Y EL RESTO DEL MUNDO DEJABA DE EXISTIR



NAIR MANUELA

Y EL RESTO DEL MUNDO DEJABA DE EXISTIR

Serie Valientes 3

Nair Manuela

Autoría y derechos: Nair Castro Rivas
Ilustración de cubierta: Carolina Rodríguez
Corrección: Gemma Iglesias
Maquetación: Rachel’s Design

Pero la tristeza y el vacío y las lágrimas
y la culpa y la vergüenza
y los recuerdos y la pena y las canciones
y los abismos.

Siempre vuelven.

Soma, *Que.te.jodan.*

ÍNDICE

PRÓLOGO

TODAVÍA DUELES

Lucía

Entro en el bar y busco la barra con la mirada. La localizo y me voy abriendo paso entre la gente, pero antes de llegar a ella me encuentro de frente con mi mejor amigo.

—¡Hola! He decidido unirme porque se me estaban echando las paredes encima. Iba a pillarme una copa antes de buscar vuestra mesa, ¿me acompañas? —le pregunto con una sonrisa.

La cara de Hugo pierde todo el color. Está sorprendido por mi aparición y no entiendo nada hasta que miro por encima de su hombro y lo veo.

—Luci, como me dijiste que no ibas a venir he invitado a…

—Mauri —susurro sin apenas aliento.

Siento que me falta el aire y mi corazón se salta un latido para acelerarse de golpe al sentirlo tan cerca.

Casi cinco años sin estar juntos y tres sin verlo en persona es mucho tiempo, pero no el suficiente como para que mis ojos no se fijen en lo guapo que está. Más mayor y musculado, pero guapo a rabiar. Su pelo castaño está un poco largo y asoma por debajo de la gorra que lleva hacia atrás. Las pestañas largas enmarcan los ojos marrones más bonitos y expresivos que he visto en mi vida y que tanto me gustaban. Bajo la mirada hacia esa boca a la que tantas veces salí a su encuentro deseando besarlo.

¡Malditos sean él y su estúpida cara guapa que me ha atraído como una polilla a la luz desde el primer instante en que lo vi!

Mauri me mira atentamente y, por suerte, mi cuerpo reacciona al ver que abre la boca. Me doy la vuelta y voy a toda velocidad hacia la puerta, como si me fuera la vida en ello. Cosa que, ahora mismo, no me parece ningún disparate viendo lo rápido que van mis pulsaciones.

¡Tonta! ¡Tonta! ¡Tonta!

¿Cómo no me he dado cuenta de que estaría Mauri? Lleva meses quedando con ellos cuando no estoy yo, ya que también es amigo de

Hugo desde el colegio.

Si es que la culpa es mía, porque fui yo la que le dijo a Hugo que hoy no me apetecía salir y me iba a quedar en casa, pero mi abuelo se ha ido a dormir pronto y me estaba consumiendo sola entre esas cuatro paredes.

Abro la puerta de la calle cabreada por cómo mi cuerpo ha reaccionado a su presencia. Tanto tiempo y, en lugar de pensar en lo jodida que estuve por él, mi cerebro decide fijarse en su aspecto.

¡Viva la superficialidad, Lucía!

Resoplo y echo a andar calle abajo hacia mi casa, que está a poco más de media hora andando. Me vendrá bien dar un paseo para bajar un poco el cabreo que siento conmigo misma.

—Lucía, espera. Por favor —escucho una voz detrás de mí.

Una voz que he echado de menos cada puto día. Una voz que solía encantarme por su tono ronco, pero que ahora solo me provoca dolor y ganas de echar a correr para alejarme del que creía que era el amor de mi vida.

Ese amor que me dejó tan destrozada cuando nos separamos que todavía estoy juntando los trozos.

Mauri

Lucía se pone tensa cuando escucha mi voz, pero se queda un par de segundos quieta antes de darse la vuelta, dirigirme una mirada seria y apretar la mandíbula.

Suspira pesadamente y no puedo evitar observar su boca. Siempre me han vuelto loco sus labios, que hoy lleva pintados de rojo mate. Nunca la había visto con los labios pintados, pero le sientan muy bien. Está preciosa y me quedo sin palabras, observándola como un tonto hasta que carraspea.

—¿Qué quieres? —pregunta en tono serio.

Está cabreada y sé perfectamente que lo único que desea hacer ahora mismo es echar a correr hacia su casa, porque es exactamente lo que hace cada vez que está cabreada o agobiada: salir corriendo.

—Hablar contigo —respondo en voz baja y, cuando veo la negativa

reflejada en su cara, añado—: Por favor.

Me muerdo el labio nervioso esperando a que diga algo más, pero se queda callada valorando si dejarme hablar o no, así que me adelanto.

—Siento que me hayas encontrado sin previo aviso. Hugo me dijo que no vendrías y por eso estoy aquí.

—No me tienes que dar explicaciones, Hugo también es tu amigo —contesta en tono seco.

—Lo sé, pero no me equivocaba al pensar que no querrías verme y he estado intentando no coincidir.

—¿Me has estado evitando? —pregunta dolida.

¿Dolida? Conociéndola lo bien que la conozco, sé perfectamente que no quiere ni verme en pintura. Lucía no es de grises, tira más al blanco o al negro. Todo o nada. Amigo o enemigo. Amor u odio. Y, siendo sinceros, no veo ni rastro del amor que antes veía en sus ojos al mirarme.

—Sí —contesto, hasta que Lucía levanta una ceja acusatoria y me acelero—: A ver, no. O sea, sí te he estado evitando, pero porque pensaba que era lo que tú querías.

—¿Lo que yo quería? Ja, déjame que me ría. Sería la primera vez que importa lo que yo quiero —ataca.

Esta es la Lucía fiera que no teme decir lo que piensa y mostrar cómo se siente. Pero ¿cómo puede pensar eso? Sabe que no es cierto, que ella siempre ha sido una prioridad. ¡Joder! ¡Si era lo más importante para mí!

—Eso no es así. Lo que tú has querido siempre ha sido importante y lo sabes —respondo serio poniendo en palabras mis pensamientos con la mayor calma que soy capaz de reunir.

Le cambia la cara cuando ve que me ha hecho daño con su afirmación y veo un leve rastro de culpabilidad en su rostro.

—Tienes un minuto para decirme lo que quieras. Ni un segundo más —resuelve.

¡Mierda! Un minuto es muy poco tiempo para todo lo que quiero decirle. Si ni siquiera sé por dónde empezar. Aun así, intento ordenar mis ideas para no dejarme en el tintero nada de lo que quiero

transmitirle.

—Cuarenta segundos —dice secamente.

Me armo de valor y decido resumir mucho mis intenciones, porque estoy seguro de que en cuanto se cumpla el plazo se va a ir sin mirar atrás.

—Pasaron muchas cosas y demasiados malentendidos. Necesitamos hablarlo bien todo. Esto no se puede arreglar en un minuto, Lucía.

—¿Arreglar? No te equivoques, aquí no hay nada que arreglar —añade con una risa seca y carente de humor.

—¿Por qué? —pregunto en voz baja.

—Porque todavía dueles, Mauri —susurra.

Nos miramos en silencio un par de segundos antes de que ella niegue con la cabeza.

—Se acabó tu tiempo.

Lucía echa a andar sin girarse, tal y como imaginaba que haría, así que no ve cómo me quedo destrozado en mitad de la acera.

Y lo cierto es que la entiendo, porque me pasa exactamente lo mismo y en mi mente no para de repetirse la frase que me gustaría haberle dicho antes de que se fuera: Tú también dueles.

CAPÍTULO 1

PODRÍA JURAR QUE NO TE RECUERDO NADA

Lucía

Dos semanas más tarde

Cierro el éxcel que estaba revisando con los avances de mi equipo y se lo envío a mi jefa. Cojo el rotulador rojo de punta fina y tacho de la agenda las dos últimas tareas que me quedaban: «compilar ficheros» y «enviar reporte unificado a Raquel».

Pocas cosas me producen tanta satisfacción como ir cumpliendo uno a uno los objetivos diarios que me marco y sentir el rotulador deslizándose por encima hasta tacharlos todos, así que cojo un regaliz de la bolsa que está sobre la mesa contenta por haberlo dejado todo hecho.

Miro el reloj y veo que hace más de una hora que debería haber terminado mi jornada, pero quería empezar mañana el trabajo con todo al día.

Cierro el portátil, me estiro en la silla y me dirijo al salón, donde estoy segura de que me encontraré a mi abuelo Ramón echándose una siesta, aunque él me dirá que estaba descansando los ojos, porque si no ya habría venido a mi despacho para decirme que trabajo demasiado y que apague el ordenador.

Me asomo por la puerta y, tal y como había sospechado, está roncando plácidamente en su butaca. Me acerco intentando no hacer ruido y le echo por encima una manta. A pesar de estar en septiembre y todavía en verano, lleva unos días quejándose de que tiene frío hasta con la chaqueta puesta.

Quiero pensar que es por la edad, casi setenta años, y no porque se esté poniendo enfermo. Solo pensar en esa posibilidad me aterra y la deshecho al instante, como hago cada vez que el miedo a perderlo se asoma.

Me dejo caer en mi cama antes de coger el móvil y marcar el número de teléfono de Hugo.

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz! ¡Te deseo, caraculo, cumpleaños feliz! —canto en cuanto descuelga.

Su risa se cuela a través del teléfono y escucho a Erik ladrando de fondo. Esa bola peluda de Sara nos ha enamorado a todos hasta el punto de que siempre intentamos hacer los máximos planes posibles contando con él para que no se quede solo en casa.

—Gracias, Luci. ¿Tienes plan para el sábado? —pregunta animado.

—¿Qué me ofreces?

—Me gustaría hacer una barbacoa en casa aprovechando que todavía hace bueno. Así celebramos mi cumpleaños y cerramos el verano —propone.

—Genial, cuenta conmigo. Yo me encargo de la música. ¿Necesitas ayuda con la compra o algo? ¿Seremos muchos?

—Pues todavía no lo he pensado. Me lo ha propuesto Sara hace un rato y me apetece hacer algo en casa con mis amigos —dice con esa forma de hablar tan tranquila que tiene—. Me imagino que nos juntaremos los de siempre.

Mierda.

«Los de siempre» míos no son «los de siempre» de Hugo. Los suyos incluyen a Mauri, el único novio que he tenido en mi vida y una de las personas a las que más he querido hasta que todo se fue al garete.

Verlo aquel día en el bar me superó. No fui capaz de conciliar el sueño esa noche y me pasé el resto del fin de semana como una zombi por casa. Para mi sorpresa, mi abuelo no dijo nada del tema y dejó que me regodeara en la mezcla de tristeza y rabia que me provoca pensar en él.

Tristeza por todo lo que éramos juntos. Lo feliz y completa que me sentía a su lado no lo he vuelto a sentir nunca. He estado con chicos y me lío con quien me apetece cuando me apetece, pero todo lo que me transmitía Mauri con una simple mirada no me ha vuelto a pasar y lo único que me queda después de estar con otro es un enorme sentimiento de tristeza y vacío. Siempre me falta algo, un gesto, un abrazo, una letra de canción, un beso en la nariz…

Pero la rabia siempre le gana el pulso a la tristeza.

Rabia por todo lo que sentí con tan solo verlo y que hablara de

arreglarlo. ¿Arreglar el qué? Ya no hay nada entre nosotros que merezca la pena ser arreglado. Ambos cometimos errores y rompimos lo que teníamos. Y vaya si dolió la ruptura y todo lo que vino después, que fue todavía más duro.

De todos modos, sería una auténtica cabrona si por mi culpa Hugo no pudiera celebrar su cumpleaños con todos sus amigos y, muy a mi pesar, Mauri es amigo suyo de toda la vida. Hasta ahora me libraba de verlo porque vivía fuera y cuando venía quedaban los dos solos. Además, en los últimos cumpleaños de Hugo, Mauri ni siquiera vivía en Madrid, así que no vino a ninguno, pero hace meses que vuelve a vivir en la capital y su relación vuelve a ser tan sólida como antes, así que seguramente Hugo querrá que vaya.

Mi mejor amigo me conoce tan bien que lleva un par de minutos en silencio al otro lado de la línea sabiendo que mi cabeza está lidiando con todo este asunto. Por eso es tan necesario para mí tenerlo cerca, porque sabe cuando necesito mis tiempos y nunca me presiona.

—¿Mauri está invitado? —pregunto sin rodeos.

—Sí, pero si no quieres que esté, no viene —responde al instante—. Mauri no quiere que dejes de hacer nada porque vaya a estar él.

—Pss, lo que quiera él me la pela —le corto—. No voy a hacerte elegir entre amigos y menos en tu cumpleaños. Con ignorarlo ya estaría.

—¿Segura? —pregunta indeciso.

—Sí.

Tras un par de detalles más sobre lo que necesitamos para la barbacoa, colgamos.

Reviso y separo los discos que voy a llevar el sábado, porque Hugo es *old school* como yo y somos ya de los pocos que disfrutan de la música escuchando los CD en la minicadena por orden. Adoro sacar los libretos y leer las letras, que me acabo aprendiendo de memoria.

Me tumbo en la cama mirando hacia el techo y pensando en la cena que haré esta noche cuando la imagen de Mauri empieza a ocuparlo todo.

Estaba tan guapo y me sentí tan cabreada al verlo y ver cómo mi cuerpo todavía reacciona a él que vuelvo a sentir la rabia creciendo en

mi interior.

Resuelta, me pongo unos pantalones cortos, una camiseta dos tallas más grande y mis deportivas. Me hago una coleta tirante mientras enchufo los auriculares en el móvil y abro mi lista de reproducción favorita, porque como llevar un discman es demasiado *hipster* para mí por la calle uso música en línea como el resto del mundo.

En cuanto el asfalto choca contra mis zapatillas, siento cómo el aire entra mejor en mis pulmones. Siempre que estoy enfadada mi mejor medicina es correr hasta que no puedo más.

Paso por delante del parque que hay cerca de casa, nuestro parque, y niego con la cabeza antes de acelerar el ritmo sin mirar hacia nuestro banco y perderme en la letra de la canción *Maquiavélico* de Canserbero que suena en mis oídos: «De no ser por esas veces en que cometo la gran barbaridad de ponerme a pensar. O por esas otras veces en que cometo la gran estupidez de no olvidar, de meditar mirando al techo al despertar, de imaginar cualquier cosa. De no ser por esas veces en que suelo respirar, podría jurar que no te recuerdo nada».

Ojalá no recordarlo todo.

CAPÍTULO 2
DAÑOS COLATERALES

Mauri

Dejo en el salón de mi nuevo apartamento la última caja y miro contento a mi alrededor.

Por mucho que tenga una relación bastante buena con mis padres, necesitaba mi propia casa y las últimas semanas la convivencia estaba siendo un poco complicada, porque volver a casa después de tantos años es difícil cuando nunca tenías que darle explicaciones a nadie sobre a qué hora sales, entras o si duermes o no en casa.

Llevo dos días de mudanza y esto ya está cogiendo forma, porque he ido trayendo cajas y colocando a la vez para que no se me acumularan demasiadas y no pudiera ni moverme.

El piso, que es bastante pequeño, se compone de una cocina americana abierta a un salón pequeño con un sofá gris, el mueble de la televisión y una estantería con recuerdos, un cuarto de baño con ducha y una habitación con el tamaño justo para meter la mesa grande que uso para trabajar en casa.

Soy arquitecto y gran parte de mi trabajo lo hago en casa o en el estudio. Cuando me mudé a Madrid hace ya seis meses fue porque llevaba tiempo rumiando la idea de volver a mi ciudad, pero no sé si era el miedo o la sensación extraña que sentía cada vez que estaba aquí que nunca acababa de tomar la decisión, hasta que mi jefe me dijo que quería tener representación en la capital y me ofreció el ascenso junto a una mejora de condiciones, así que no podía negarme.

Como fui yo el que estuvo mirando estudios, está situado en mi barrio de toda la vida, bastante cerca de casa de mis padres y mi apartamento. Como de momento en esta ciudad estoy yo solo, suelo trabajar en casa a menos que tenga que hacer una visita a la obra en la que esté trabajando en ese momento o tenga una reunión con algún cliente.

Continúo sacando las últimas cosas de las cajas y colocándolas en su sitio cuando me llama Hugo.

—¡Hola! ¿Cómo llevas la mudanza? ¿Necesitas ayuda? —pregunta en cuanto descuelgo el teléfono.

—Gracias, pero ya estoy con las últimas cosas. Menos mal que me ayudaste ayer con la furgoneta para traer la mesa del trabajo y los muebles nuevos, si no, no habría podido hacerla tan rápido.

—No es nada, tampoco nos llevó tanto tiempo y mi furgoneta es ya especialista en mudanzas.

Hugo es de esos amigos que siempre están ahí y, aunque pase el tiempo y os hayáis distanciado, cuando vuelves es como si no hubiera pasado ni un solo día.

—He hablado con Lucía —dice de repente y me quedo estático en el sitio—. Por su parte no hay problema.

—¿En serio? Con la mala leche que se gasta pensaba que diría que ni de coña —pregunto desconfiado.

—En serio. Ha dicho que con ignorarte sería suficiente.

—Eso sí suena a algo que diría ella —respondo resignado.

—Perfecto. Pues el sábado a las doce en mi casa.

—Genial, allí nos vemos.

Dejo el teléfono en la mesa antes de tirarme sobre mi sofá nuevo. Pequeño, pero cómodo. Miro hacia el techo pensando en ella. Durante mucho tiempo he intentado pensar en Lucía lo mínimo posible porque hacerlo dolía, pero hace meses llegué a la conclusión de que deberíamos hablar las cosas. Al fin y al cabo, lo que pasó no fue tan gordo y yo no he dejado de echarla de menos en todos estos años. Estar con ella era tan sencillo e increíble que ni siquiera me planteo tener nada con otra persona, porque ninguna relación estaría a la altura de lo que nosotros teníamos.

Este es otro de los motivos por el que volver me parecía necesario.

No consigo sacarme de la cabeza la idea de que todo podría haber sido distinto si lo hubiéramos hecho de otro modo y, aunque no sea la relación que teníamos, al menos poder estar en la misma habitación sin que sienta la necesidad de irse corriendo, porque yo sé que quiero que forme parte de mi vida.

Estaba tan dolida el día que nos vimos que me quedé sin palabras. No fui capaz de explicarle todos los motivos que demuestran que sí

hay algo que arreglar.

Además, sé que Hugo no lo está pasando nada bien con todo esto. Soy muy consciente de que para él Lucía siempre va a ir por delante y lo entiendo, porque su relación siempre ha sido mucho más cercana. Son imprescindibles el uno para el otro y siempre ha sido así, pero también sé que la relación que tenemos nosotros y que hemos mantenido durante todo este tiempo es importante para ambos.

Al fin y al cabo, Hugo está siendo un daño colateral y no debería sufrir las consecuencias de nuestros errores, porque tanto Lucía como yo nos hemos equivocado y a lo grande.



Vuelvo al barrio tras comprar el regalo de Hugo. Tenía claro que sería un disco, ya que me he pasado la vida escuchándolo hablar de música.

Tengo muchas ganas de su cumpleaños, ya que hace cinco años que no he podido ir por estar fuera de Madrid, así que espero pasarlo muy bien el sábado y que todo fluya de la mejor forma posible. Sé que Lucía no me lo va a poner fácil, pero tampoco me esperaría menos de ella, porque es justo su carácter fuerte y directo una de las cosas que hizo que me enamorara perdidamente de ella.

Antes de ir a mi apartamento, decido pasarme por casa de mis padres. Cuando esta tarde he acabado la mudanza, mi padre estaba trabajando y no me he podido despedir de él, aunque es cierto que vivo apenas a un par de bloques. Uno es maduro e independiente, pero adora la comida de mamá.

—Pues sí que ha durado el perderte de vista, hijo —dice mi padre riéndose en cuanto me ve entrar por la puerta del salón.

—Muy gracioso, pero justo venía para despedirme de ti. ¿Qué tal el turno de hoy? —pregunto.

—Pues igual de tostón y burocrático que siempre. Desde que estoy en oficina todo es más aburrido.

Mi padre, Paco, siempre ha sido policía de calle, pero desde que

hace un año tuvo una angina de pecho lo han cambiado a oficina para evitarle sobresaltos. Medida que su superior tomó de forma muy acertada para todos menos para él, que echa de menos el jaleo de patrullar.

Este es el último motivo por el que acepté sin pensar mi vuelta a Madrid. Lo pasé muy mal estando lejos y así lo vigilo de cerca.

—Bueno, hombre, ya se está quejando otra vez de vivir tranquilo y con horario de oficina. Eres la primera persona que se queja por trabajar en turnos de mañana de lunes a viernes —dice mi madre, Lourdes.

—Porque ni me gustó la decisión en su momento, ni me gusta ahora aunque la acate —resuelve.

—Es lo mejor para ti, papá. Estoy seguro de que lo sabes, pero te encanta quejarte.

—¿Te vas a quedar a cenar? —zanja el tema mi madre ignorando las protestas de mi padre.

—Todavía es pronto —respondo—. Pensaba acabar de colocar las pocas cosas que me quedan.

—También podemos ver juntos el partido de Champions —propone mi padre.

Porque así es él. Se queja de que ya estoy en casa cuando me acabo de mudar, pero en realidad le encanta tenernos por casa tanto a María como a mí. Echo de menos estar aquí y no compartir tiempo con mi hermana, pero lleva tres años viviendo en Canadá y no tiene pinta de que vaya a volver pronto.

Y es que, a pesar de las discusiones, los desacuerdos o las temporadas largas sin vernos, somos una familia unida y estar juntos es nuestro pasatiempo favorito.

CAPÍTULO 3

LAS COSAS HAN CAMBIADO

Mauri

Aparco mi moto en la acera enfrente de la casa de Sara y Hugo y me bajo de ella.

A pesar de tener carnet de coche, desplazarme en dos ruedas sigue siendo mi forma favorita de hacerlo. La sensación de volar montando en ella mientras el aire te azota el cuerpo es adictiva.

En ese momento un coche rojo aparca a mi lado. Veo a Lucía mirar mi moto y luego a mí. Podría jurar que escucho desde donde estoy el enorme suspiro que ha soltado. Se baja del coche y coge una mochila del asiento trasero sin mirarme.

—Hola —digo de forma educada.

Lucía pone los ojos en blanco y se queda un par de metros por detrás de mí mientras toco el timbre.

—¿Sí? —escucho la voz de Sara desde el telefonillo.

—Somos Lucía y Mauri —respondo.

—Eh… Vale, os abro —duda Sara tras un par de segundos.

Imagino que estará viendo la escena por la cámara y alucinando con que estemos los dos juntos aquí. Mi acompañante resopla, pero no dice nada.

Me aparto para dejarla pasar haciéndole un gesto con la mano, pero ella ni siquiera me mira cuando pasa por mi lado. De repente mis fosas nasales se impregnan del aroma de su colonia y me quedo sin aire al reconocer su olor, ese que tanto he echado de menos.

Lucía siempre ha sido una mujer de costumbres y por eso no me parece raro que siga usando Cheap and Chic de Moschino, la colonia que usaba su madre y que ambas compartían. Es una fragancia fresca y afrutada que me volvía loco oler cuando enterraba la cara en su cuello.

Cierro los ojos y niego con la cabeza antes de seguirla, lo que es muy mala idea porque tengo una visión completa de su cuerpo por detrás. Tiene un culo de infarto, siempre me ha encantado y no ha

cambiado demasiado. Además, Lucía mide un metro setenta y es alta, apenas le saco diez centímetros y hoy, que lleva unas sandalias con tacón, está más o menos a mi altura.

Me parece raro verla con tacones. Siempre ha preferido ir cómoda, pero me imagino que cinco años dan para muchos cambios. Aun así, está preciosa, lleva el pelo suelto en ondas con la raya al medio y los labios rojo oscuro. Se ha puesto unos pantalones pitillo negros y una blusa blanca con lunares.

Un ladrido interrumpe mi escrutinio y no me sorprende ver a una bola blanca salir del lateral de la casa que lleva al jardín trasero. Erik nos ladra y salta a nuestro alrededor para que lo acariciemos.

Lo seguimos por donde ha venido y, al llegar a la parte de atrás, veo que Hugo, Sara, Marcos, Carlota, Raúl, Laura, Ari y Álex están tensos y en silencio. Imagino que habrán pensado que veníamos juntos, así que intento justificarme, sin saber muy bien por qué.

—Nos hemos encontrado fuera —aclaro.

—Dudo mucho que ninguno piense que hemos venido juntos —responde ella sin mirarme y con un tono condescendiente que no me gusta en absoluto.

—Tampoco sería tanta locura. Vivimos en el mismo barrio.

—Ya, claro, como si yo fuera a ir contigo a ningún lado —resuelve antes de girarse y dejarme ahí plantado.

Suspiro frustrado y levanto la mirada hacia el resto, que nos observan en completo silencio. Solo Erik está corriendo de aquí para allá, emocionado por tener a tanta gente en su casa.

Niego con la cabeza mirando a Hugo, que me regala una sonrisa que intenta infundirme ánimo, pero que a mí me suena a que se está compadeciendo de mí y odio esa sensación.

Vale que no estemos en nuestro mejor momento y Lucía lo haya pasado mal, pero no es la única aquí que podría reprocharle cosas al otro. Decido cambiar el chip porque es el cumpleaños de nuestro amigo y no se merece pasarlo con la tensión que se palpa ahora mismo.

—Bueno, Marcos, ¿te ayudo con las brasas? —pregunto intentando sonar alegre.

En ese momento todos parecen salir del trance y se ponen en movimiento. Sara, Ari y Hugo empiezan a preparar el aperitivo mientras que Lucía, Laura, Raúl y Sara ponen la mesa y Carlota, Marcos y yo nos dedicamos a hacer las brasas para la carne.



El ambiente, por suerte, se ha relajado bastante.

Hace medio año no conocía a ninguno de ellos, a excepción de Hugo y Lucía, pero hoy en día los considero a todos buenos amigos. Sobre todo me divierto mucho con Raúl. Aparte de Hugo, es con el que más afinidad tengo e incluso hemos quedado un par de veces los dos solos para salir de fiesta. Al fin y al cabo, estamos los dos solteros, aunque es cierto que yo echo de menos los fines de semana de casa, manta y película.

—¿Todo bien? ¿Os falta algo más? —pregunta Marcos por segunda vez.

—Todo perfecto, cariño. Vamos a explotar —responde Carlota dándole un beso—. Estaba todo muy rico.

—Por algo tiene el título de chef del grupo, porque es el que mejor hace barbacoas de todos —añade Raúl confirmando lo que todos pensamos.

En ese momento veo que Hugo se sienta al lado de Lucía, que está callada en la otra esquina de la mesa, y le pregunta algo en voz baja. Ella le sonríe, pero es una de esas sonrisas que no llega a los ojos, sino que se muere en la boca. Si Hugo se ha dado cuenta, no lo demuestra, pero ella apoya la cabeza en su hombro y parece, al menos, más relajada.

Cuando hemos terminado de comer deciden ponerse unas copas.

—Mauri, ¿tú no quieres nada? —pregunta Sara.

—Una Coca-Cola está bien. He venido en moto —respondo.

—Tío, tenías que haber venido en bus o cercanías como todos, después vamos a salir —dice Raúl como si fuera lo más obvio.

—No puedo, mañana tengo que trabajar en casa. El jueves tengo

que entregar un proyecto importante.

—¿De qué sirve ser un arquitecto forrado si tienes que trabajar los fines de semana? —protesta mi amigo.

—Sirve de que esta semana he estado dos días de mudanza y voy muy atrasado.

—¿A dónde te has mudado? —pregunta Marcos.

—A mi barrio de siempre, cerca de la casa de mis padres en Pacífico —respondo.

—Anda, por ahí vive Lucía —dice Raúl.

La susodicha lo mira y levanta una ceja, gesto que le encanta hacer desde siempre cuando quiere preguntarle a otra persona «¿qué coño haces?».

CAPÍTULO 4

LA ROCA A VECES SE ROMPE

Lucía

¿Qué coño le pasa a Raúl? ¿Está de puta broma?

Lo que me faltaba, Mauri viviendo en el barrio. Pensaba que cuando me había dicho que vivíamos en el mismo barrio se estaba refiriendo a casa de sus padres, no a que él también se había mudado a esa zona. Ingenua de mí, estaba claro que iba a querer vivir cerca de ellos, porque es tan familiar como lo soy yo. Aunque en mi caso, nunca valoraría mudarme y dejar a mi abuelo solo, no podría vivir sin él.

La tristeza y la rabia que sentía desde nuestro encuentro han ido en aumento hasta que al final hoy todo se ha quedado en rabia al verlo nada más llegar bajándose de su estúpida moto. Moto, por cierto, mejor y más grande que la que tenía en el instituto y con la que tanto disfrutaba yendo con él de un lado a otro anclada a su espalda.

Pero todo eso murió y el intento de cordialidad que me había propuesto ha terminado en cuanto me he bajado del coche y he sentido su cercanía. El día del bar lo había visto bastante de cerca, pero la impresión de verlo no me permitió apreciar los detalles.

Físicamente se parece, pero ha cambiado para mejor. Madurar le ha sentado demasiado bien, para mi desgracia, porque mi cuerpo sigue reaccionando de forma positiva a su persona. Y eso me ha cabreado mucho y muy rápido, así que en cuanto hemos entrado me he puesto directamente lo más lejos posible de él.

Sin duda, tenerlo cerca saca mi peor versión y he respondido de forma cortante y seca cada mínima interacción que ha intentado.

—Sí, créeme que sabe dónde vivo —respondo borde a Raúl.

Me levanto y entro en la casa. Necesito aire y espacio. Me está costando más de lo que pensaba estar tan cerca de él.

Tantos años separados y es justo hoy cuando me doy cuenta de que el enfado que tengo con él es todavía mayor de lo que pensaba. He ido a terapia mucho tiempo después de la muerte de mi madre y, además

de tratar ese tema, también hablamos de nuestra ruptura y de cómo me sentía al respecto. Me di cuenta de que yo también cometí muchos errores y que no toda la culpa era suya como yo pensaba hasta ese momento, pero ahora mismo todo eso me importa una mierda y solo necesito alejarme de él y dejar de darle tantas vueltas a todo.

Me encierro en el baño un par de minutos y, justo cuando voy a salir, llaman a la puerta.

—¿Se puede? —pregunta Hugo desde el otro lado.

La abro y le dejo pasar. De todas las personas que hay ahí fuera, él es la única en quien confío de verdad y con la que quiero estar ahora mismo.

—¿Estás bien, Lu? —pregunta preocupado.

—No demasiado, pero se me pasará —respondo sincera.

—Siento mucho que tengas que pasar por esto.

—No es culpa tuya, es algo a lo que tengo que acostumbrarme. Al fin y al cabo, compartimos amigos y en algún momento tendríamos que dejar de hacer que os tuvierais que turnar para quedar con uno u otra.

—No me has entendido. Siento que tengas que pasar por esto, pero creo que tienes que hacerlo —dice para mi sorpresa hablando claro por primera vez de mi situación con Mauri—. Sé que duele porque conozco de primera mano lo que teníais, pero está claro que hay algo entre vosotros que no se ha solucionado, si no, no habría esa hostilidad de tu parte ni estaría él aguantando tus borderías. Aparte, tú misma me dijiste que la culpa había sido de los dos, entonces ¿a qué viene tanto odio?

Suspiro frustrada. Tiene toda la razón. Ambos la cagamos, éramos dos niños jugando a querer y lo hicimos fatal al final. Hasta los últimos meses todo iba de maravilla. Apenas discutíamos y la confianza era nuestra base. Nos queríamos tanto y tan bien que quizás por eso dolió tanto cuando lo dejamos.

—Me duele verlo. Me duele tenerlo cerca. Me duele verle sonreír cuando yo me siento tan rota por dentro, Hugo.

Me echo a llorar y me abrazo a él. Es un abrazo fuerte y no se separa hasta que lo hago yo. Hugo siempre ha seguido a rajatabla la

teoría de su madre de que si una persona te abraza es esa misma persona la que tiene que romper el abrazo, porque tú no sabes hasta qué punto lo necesita.

—Siento la llorera, aunque creo que lo necesitaba.

—Sí, yo también lo creo. Eres demasiado roca a veces, Lu.

No puedo evitar echarme a reír. Hugo tiene una capacidad balsámica conmigo. Su carácter pausado y tranquilo tan diferente al mío consigue siempre calmarme y animarme.

Me alegro tanto de que haya conocido a una persona como Sara. Es divertida, alegre y le da toda la vidilla que a él le falta a veces. Forman una pareja increíble y yo siento mucha envidia sana por ellos, por eso puse mi granito de arena intentando acercarlos a ambos en su día.

—Venga, vamos fuera que se estarán preguntando por qué tardamos tanto —digo retocándome el maquillaje en el espejo para que no se note que he llorado.

Hugo asiente y salimos de la casa. Solo Sara y Mauri nos miran. Más bien, me miran a mí, así que yo dirijo la mirada a mi amiga y le sonrío para que se quede tranquila.

Me siento a su lado y me pongo a hablar con ella del último encargo que nos han hecho, ya que trabajamos juntas.

Desde principios de año Sara se ha convertido en alguien importante para mí. Desde que rompí toda relación con la que era mi mejor amiga, Rosa, antes de terminar el instituto, no había vuelto a tener una amiga. La desconfianza hizo que cada vez me fiara menos de las mujeres que se acercaban a mí. Temía que me volviera a pasar lo mismo, pero con Sara es diferente. Sara da sin pedir nada a cambio y le importa de verdad cómo estoy o cómo me siento.

Con las otras chicas del grupo es otro cantar. Carlota siempre me ha caído bastante bien, pero nunca hemos llegado a tener una relación tan cercana y con Ari es un rollo distinto porque fui bastante cabrona cuando ella llegó al grupo, así que, a pesar de que nuestra relación ha mejorado bastante, dudo mucho que lleguemos a ser amigas de verdad en un futuro. Y con Laura, aunque es agradable y me cae bastante bien, apenas tengo confianza. Ella vive en Galicia y solo viene de vez

en cuando.

Además, siempre me ha dolido ver cómo un chico como Álex que me recuerda bastante a Mauri lo ha dado todo y ha cambiado tanto por su novia. Es más, muchas veces me pierdo observando lo que tienen y deseando tener eso mismo.

Bueno, nunca me he mentido a mí misma y no voy a empezar a hacerlo hoy. Lo que realmente pienso cuando los veo es que lo que teníamos Mauri y yo era mil veces mejor y que nunca volveré a tener algo tan real e increíble.

CAPÍTULO 5

LO BUENO NO SIEMPRE DURA

Mauri

Ha cambiado.

Llevamos tres horas de barbacoa y me he ido poniendo tenso a medida que pasaba el tiempo.

Lucía apenas me ha dirigido la palabra, pero no es eso lo que me preocupa. Tampoco es su estilo de vestir, que es diferente a como era antes, sino que es ella la que ha cambiado.

No sé si es porque estoy yo, pero ni hace unas semanas ni hoy ha modificado apenas su semblante serio. La Lucía que yo conocía siempre estaba sonriente y feliz. Es cierto que siempre le ha costado abrirse a los demás, pero ha estado callada la mayor parte del tiempo y a nadie le ha extrañado, ni siquiera a Hugo.

¿Tanto le ha afectado lo de su madre para que ya apenas brille? A pesar de ser consciente de lo importante que he sido para ella y que nuestra ruptura también le dolió, estoy convencido de que la pérdida de su madre es lo que ha provocado un cambio tan grande.

Sabía que no era indiferente a ella en absoluto, pero verla así solo ha conseguido que mis ganas por hacerla sonreír, aunque sea una sonrisa pequeña, se conviertan en una auténtica necesidad.

—¿Damos los regalos? —pregunta Álex cuando Hugo y Lucía han vuelto con nosotros.

Álex es amigo de Hugo y Sara desde que trabajaron juntos en una tienda. Me he dado cuenta de que Lucía los ha mirado a él y a su novia Ari un par de veces de reojo, pero no sé por qué. Es un tío alto, guapo y divertido, en cierto modo me recuerda un poco a mí. Somos similares en forma de vestir y en la actitud despreocupada, pero lo que veo en Lucía es una emoción que no sé descifrar.

—¡Venga, sí! —contesta Sara dando palmadas.

Poco a poco le van entregando los regalos. Cuando llega mi turno y abre el disco escucho un resoplido al otro lado del grupo y veo que Lucía mira el disco con el ceño fruncido.

—¡Me encanta! Llevaba tiempo deseando escucharlo —me dice Hugo feliz.

—Me alegro mucho, ¡disfrútalo! —respondo.

Llega el turno de Lucía y noto que es reticente a darle el regalo, pero se lo acaba entregando. Mientras lo abre, reconozco la carátula al instante. Es el mismo disco que le acabo de regalar yo y sé que, por el motivo que sea, Lucía está cabreada conmigo por haberle «robado» el regalo.

—Tienes el *ticket* dentro, puedes cambiarlo en el plazo de un mes, puesto que ya lo tienes —responde seria y marcando las últimas palabras.

—Sí, en el mío igual. Puedes cambiar el que te apetezca, no importa —digo yo restándole importancia.

—Gracias a ambos, chicos. Sabéis muy bien mis gustos, no es raro que hayáis coincidido.

—Claro. Además, tuve una buena maestra musical que me enseñó los mejores grupos y canciones —añado yo mirando con cariño a Lucía en un intento de suavizar la tensión que se vuelve a sentir en el ambiente.

Ella me mira seria y mi mirada se desliza hasta sus labios mientras veo cómo se muerde el inferior antes de levantar la vista y encontrarme con su mirada beligerante. Contengo el aire y me preparo para el golpe.

—No vayas por ahí. No te creas que con un par de cumplidos o porque nos tengamos que ver más a menudo va a cambiar nada, Mauri. Una cosa es compartir espacio y otra muy distinta es que tenga que escucharte o hablar contigo. Así que ni lo intentes —dice en voz baja cuando pasa por mi lado para alejarse del grupo.

Se pone a mirar los discos que ha traído de espaldas a nosotros. Es su forma de mantenerse al margen y la entiendo.

—¡Joder! Mira que Lucía suele ser borde y seca, pero hoy está incluso más difícil de lo habitual. No se lo tengas en cuenta, se habrá levantado con el día cruzado —dice Raúl comprensivo.

Él apenas sabe nada de lo que pasó entre nosotros. Sabe que nos iba muy bien juntos, pero que yo me fui de Erasmus a Bolonia y la cosa se

fue enfriando hasta que rompimos. Obviamente, pasaron más cosas que un simple enfriamiento, pero eso es algo que solo nos concierne a nosotros dos.

Pero lo que me importa ahora mismo no es eso, sino que Lucía no está bien. No hace falta ser muy inteligente para darse cuenta, pero como el resto ha conocido ya a esta Lucía al parecer no les extraña que esté tan apagada y ausente. Hugo sí sabe que no está bien y así me lo ha dicho, pero también ha insistido siempre en que Lucía tiene sus tiempos y presionarla solo consigue que ella se aleje y se aísle y, por mucho que me joda, sé que tiene toda la razón.

Ella es de esas personas que, si se sienten atacadas o vulnerables, atacan, de esas que antes de sufrir se ponen la coraza y de esas que quieren lealtad absoluta porque eso es exactamente lo que te entregan.

Empieza a sonar la música y vuelve junto a nosotros. Se sienta en la silla al lado de Hugo al otro lado del grupo y me mira. Me pone nervioso la dureza de su mirada que transmite decepción y enfado, pero la conozco demasiado bien y sé que le duele la situación tanto como a mí.

La letra empieza a sonar y me paraliza cuando me doy cuenta de que Lucía quiere transmitirme con música, esa que siempre ha sido nuestro punto de unión junto al cine, cómo se siente ahora mismo conmigo tan cerca. La canción *Cada vez que mientes* de K1ZA pone en letra sus propios pensamientos: «Te he escrito una canción y la he tirado a la basura por las veces que juraste que lo bueno siempre dura. Mírame, mírate, no hay cura. Me has abierto el corazón forzando la cerradura. Ahora di eso de que la vida es muy dura, si entra el sol por tu ventana y mi cabeza está oscura. Un día entenderás el daño que hacen las dudas».

—Te equivocas, Raúl. No se ha levantado cruzada. Lo que está es muy cabreada conmigo —respondo.

Me duele su dolor y no puedo evitar pensar que me encantaría conseguir una máquina del tiempo para volver al pasado y que todo fuera como era antes.

CAPÍTULO 6

LABIOS PERFECTOS Y JUGOSOS

Mauri

Diez años antes

Es el primer día de clase de primero de Bachillerato y me siento raro por no tener a Carlos, mi mejor amigo, conmigo en clase, ya que decidió hacer un ciclo de Formación Profesional. Lo cierto es que no puedo reprochárselo porque él siempre ha preferido trastear con ordenadores y aparatos electrónicos, y en el ciclo, aparte de estudiar mucho, también tienen más práctica, que es lo que a él le gusta.

Me acerco a Lucía, que está sentada en mitad del aula, y me siento en una de las mesas vacías que tiene al lado. Ella me mira y levanta una ceja inquisidora sin dedicarme ni una mísera sonrisa. Así de agradable es a veces.

Desde el colegio siempre hemos ido a la misma clase y formamos parte del mismo grupo, aunque nunca hemos sido los más cercanos. Por mi parte, Carlos y yo somos como uña y carne y, por la suya, suele juntarse más con Rosa y Hugo, pero la primera no tengo ni idea de dónde está y el segundo estudia otra especialidad de bachillerato, por lo que no compartimos apenas asignaturas.

Lucía es de esas chicas calladas que se suelen mantener en un segundo plano sin intervenir nunca demasiado. Incluso cuando salimos todos juntos de fiesta rara vez habla con nadie de fuera de nuestro grupo, algo que no me pasa a mí que soy un ser sociable por naturaleza. Aun así, siempre consigo sacarle más palabras que la mayoría, a pesar de su carácter de mierda.

—Me siento contigo —respondo a su pregunta silenciosa mientras saco una libreta de la mochila.

—Conmigo se sienta Rosa, ya lo sabes —responde seca.

—¿Y dónde está?

—Esta semana no viene. Está de viaje y vuelve el domingo.

—Pues aquí me quedo. De todos modos, hay una mesa vacía al otro

lado, se puede sentar ahí.

—No, desde el colegio Rosa se ha sentado a mi izquierda —responde frunciendo el ceño.

—¿Siempre eres tan cuadriculada?

Me dirige una mirada gélida y empieza a sacar sus cosas sin contestarme.

—Mañana me pongo en la otra. ¿Contenta? —propongo.

Lucía suspira y asiente con la cabeza antes de sacar diez bolígrafos de colores y colocarlos todos con la tapa hacia arriba junto a su estuche.

Niego con la cabeza riéndome y cojo el único bolígrafo que tengo en la mochila.

—¿De qué te ríes? —pregunta mirándome con curiosidad.

—De que seamos tan diferentes. Tú tienes un ejército de bolis y yo, uno a punto de agotarse. Míralo, da hasta penita verlo solo y todo mordido —respondo intentando sacarle una sonrisa.

Y funciona, ya que me regala la primera sonrisa que probablemente me haya dedicado en su vida y que me deja tonto por el cosquilleo raro que siento en el pecho al ver cómo achina los ojos al mirarme y añade una carcajada a su sonrisa.

—¿Por qué te has quedado tan callado?

—Creo que es la primera vez desde que nos conocemos que te ríes conmigo y me ha descolocado un poco —me sincero.

—Aunque te parezca raro, me gusta reírme —responde sin perder la sonrisa.

—Vaya, dos sonrisas y antes de que llegue la profesora. ¡Estoy en racha! —digo alzando un puño victorioso.

Lucía niega con la cabeza riéndose y se pone recta en cuanto entra nuestra tutora en clase. Al fin y al cabo, todos sabemos que es una cerebrito que nos da a todos mil vueltas en inteligencia y que adora estudiar.

—¡Bienvenidos a Bachillerato! Esos dos años intensos en los que tenemos el objetivo claro de que saquéis la mejor nota en selectividad. Asumo que todos los que estáis aquí es porque os interesa estudiar una carrera u os han obligado vuestros padres, por lo que ruego a estos

últimos que intenten no perjudicar a sus compañeros que están aquí por voluntad propia. Dicho esto, quiero filas de dos personas, así que antes de nada vamos a organizar el aula.

Todos nos levantamos y empezamos a colocar las mesas. Cinco minutos después volvemos a estar todos sentados y la profesora, Carmen, coge un montón de hojas de su carpeta.

—Voy a pasar lista para iros entregando los horarios personalizados, ya que hay optativas y tenéis distintas materias. La hora de tutoría la usaremos para resolver dudas o para que estudiéis, hagáis deberes o simplemente estéis callados sin molestar —añade con una sonrisa cómplice y todos nos reímos—. Ahora, fuera bromas, sé que esa hora otros tutores la usan para dar su materia, pero a mí no me parece justo, así que podréis dedicarla a cualquier otra actividad escolar. ¿Tenéis alguna duda antes de que pase lista?

—¿Podemos sentarnos donde y con quien queramos o nos vas a sentar por orden alfabético? —pregunta un compañero de última fila.

—No, asumo que hoy ya os habéis sentado con quien preferíais y no me gusta que os mováis y no teneros localizados, así que el sitio en el que estáis sentados ahora será vuestro asiento hasta final de curso.

Miro a Lucía de reojo con cara de culpable y articulo un «lo siento» sin hablar. Ella me mira con una sonrisa pequeña.

—No importa —susurra.

Y no sé por qué, pero que no le haya importado tener que sentarse conmigo todo el curso consigue que vuelva a sentir ese hormigueo que he sentido antes.

Hasta ahora nunca me había fijado en Lucía en un sentido más allá de saber que es guapa, pero como apenas hemos tenido una conversación larga en todos estos años y menos los dos solos, nunca había podido comprobar que me gusta esa sensación de descubrir una personalidad que me atrae con sus contestaciones bordes y sonrisas dedicadas.

—Bueno, el resto de estas dos horas de presentación podéis dedicarlas a revisar los horarios por si está algo mal y solucionarlo hoy antes de que empecéis mañana las clases.

Tras resolver un par de dudas de otros compañeros, el ambiente se

relaja y empezamos a hablar entre nosotros mientras la profesora se pone a leer un libro de texto.

Observo a Lucía de reojo y veo que está pasando su horario a una agenda nueva. Me quedo embobado mirando cómo escribe concentrada cada asignatura de un color y con una caligrafía perfecta.

Cuando acaba sonríe y es como si viera en su cara cómo se aplaude a sí misma por lo bonito que le ha quedado. Fascinante.

Gira la cara y me pilla mirándola.

—¿Qué pasa? ¿No revisas tu horario? —pregunta nerviosa.

Mis ojos se deslizan por su rostro hasta su boca y me sorprendo pensando que sus labios son perfectos y tienen pinta de ser muy jugosos si los mordisqueas. ¿A qué sabrán? ¿Encajarían bien con los míos?

—¿Mauri? —pregunta sacándome de mi trance—. ¿Qué te pasa? Te has quedado absorto.

Eso me pregunto yo, ¿qué narices me está pasando con Lucía? No estoy tan ciego como para no ver que está buena y me atrae. Ahora bien, ¿será recíproco? En realidad, no sé ni siquiera si tiene novio, sí que la he visto alguna vez con algún chico por el barrio, pero no creo que ninguno fuera nada serio, si no, lo habría traído alguna vez con nosotros de fiesta.

Tampoco es que sea yo mucho de ligar, eso se lo dejo a Carlos, que le encanta ese tira y afloja del principio que a mí tanta pereza me da. Sí he salido un par de veces con alguna chica, pero suelo darme cuenta al poco rato de que estoy deseando irme a mi casa a jugar a la consola o a pasar el rato con mis amigos.

Levanto la mirada y veo a Lucía observándome mientras hace un gesto impaciente con las manos para que hable y yo, siendo sincero, no sé qué coño me está pasando para estar dándole tantas vueltas a la cabeza, pero no dejo de pensar, como buen adolescente que soy, en las ganas que tengo de besar esos labios que de repente tanto me llaman la atención.

CAPÍTULO 7

UN GIRO INTERESANTE

Lucía

Bajo las manos tras agitarlas delante de la cara de Mauri, que me mira desorientado.

¿Qué le pasa? Tampoco es que lo conozca tan bien como a Hugo, pero sé que no es normal que se quede tanto tiempo callado.

Además, me ha puesto muy nerviosa ver cómo me estaba mirando y más todavía cuando se ha quedado observando mi boca como si fuera increíble.

¿Y qué puedo decir? Este es un giro interesante de los acontecimientos. Mauri siempre me ha parecido muy guapo. Tiene una cara atractiva y una personalidad extrovertida que envidio. A mí siempre me ha costado abrirme a la gente y socializar. Me gusta más escuchar y examinarlo todo a ser el centro de atención.

Observo cómo unas interminables pestañas enmarcan unos ojos marrones miel preciosos que se arrugan cada vez que sonríe. Y lo sé porque, desde que tengo la edad suficiente como para fijarme en chicos, él siempre ha sido el que más me ha llamado la atención de todos. Algo que, por descontado, solo sabe Rosa, mi mejor amiga.

No por nada, pero es que Mauri nunca había mostrado interés por mí, hasta ahora que me estudia sin apartar la mirada como si fuera la primera vez que me ve realmente, así que no es de extrañar que mi ego aplauda el repaso que me está pegando.

¿A quién no le gustaría que el chico que le gusta desde hace un par de años la mire así? Desde luego, yo no voy a ser la que se queje.

Carraspea y hace contacto visual antes de sonreírme nervioso.

—Perdona, me he quedado atrapado —susurra en voz baja.

—No te preocupes, no pasa nada —respondo en el mismo tono.

Me pregunto qué estaría pensando, pero no tengo la suficiente confianza con él como para preguntarle, así que esta vez tendré que quedarme con la curiosidad.

El resto de la clase nos lo pasamos hablando de las asignaturas que

compartimos, que son la mayoría.

De vez en cuando, mientras Mauri está dibujando, *hobby* que desconocía que tenía, me permito observar sus facciones y recrearme en las manos tan bonitas que tiene. No sé por qué, pero siempre me ha parecido importante que las manos de los chicos sean bonitas para que me fije en ellos.

Cuando me pilla mirándolo por cuarta vez, pongo toda mi atención en la agenda y la contemplo orgullosa. La verdad es que me ha quedado realmente bien el horario a colores y sonrío satisfecha por enésima vez.

Soy una persona muy organizada y maniática. Me gustan las cosas de una determinada forma y me cuestan los cambios, aunque he de decir que del cambio de Rosa por Mauri a mi lado este curso he salido bastante beneficiada y por ello ni siquiera me ha molestado.



El resto de la semana pasa volando con los primeros días de clase, en los que conoces a los profesores y haces poco más. Aun así, yo he separado ya las asignaturas en mi clasificador por los mismos colores que en la agenda, para mi paz mental.

Me gusta tomar apuntes en sucio y pasarlos a limpio al llegar a casa para retener lo que hemos aprendido ese día y, sobre todo, tener los apuntes sin tachones ni mal escritos.

A lo largo de esta semana Mauri y yo cada vez hemos ido ganando más confianza. A pesar de que me cuesta abrirme, ha conseguido arrancarme más de una sonrisa entre clase y clase e incluso ha alabado mi organización y pulcritud con los apuntes, algo que me ha encantado, para qué mentir.

Salimos del instituto y nos dirigimos hacia nuestras casas. La primera a la que llegamos es a la de Hugo y nos despedimos de él antes de continuar andando juntos Mauri y yo.

Al principio, se me hacía raro caminar los dos solos, ya que siempre

venían Carlos y Rosa con nosotros, pero el primero está estudiando un ciclo y la segunda vuelve este domingo, así que hoy es el último día que estamos solos camino a casa y tengo que reconocer que incluso me da pena. Estoy disfrutando mucho estos paseos juntos.

—¿Eres de música o de cine? —pregunta con interés tras un par de segundos caminando juntos.

—Música, sin duda. ¿Tú? —respondo con rapidez mientras le doy un mordisco al regaliz que llevo en la mano.

—Cine. Sin duda también —contesta riéndose—. ¿Algún disco que me recomiendes?

—Pues déjame pensar…

Quiero que le guste lo que le aconseje, así que me decido por uno de mis raperos favoritos.

—Canserbero, el disco *Vida*. —Escojo mentalmente entre los discos que tengo en casa.

—Vale, pues lo escucharé.

—Y por orden de pistas. Si el artista escogió ese orden es por algo. Al menos la primera vez —añado seria.

—Palabra de *boy scout*.

Mauri jura poniéndose una mano sobre el pecho y me arranca una carcajada. Es tan fácil reír con él que me sorprende pasar tanto tiempo sonriendo a su lado cuando antes apenas intercambiábamos un par de frases cuando nos juntábamos todos.

—Si quieres, te dejo yo el disco y así no tienes que comprarlo —ofrezco.

—Genial, pues yo te dejo *Million Dollar Baby* —resuelve—. ¿La has visto?

—La verdad es que no. ¿Es la de la chica boxeadora?

—¡Esa es! Una obra de arte con un reparto increíble —dice emocionado.

Le sonrío contagiada y continuamos hablando de música y cine hasta que nos vamos acercando a mi edificio, que está antes que el suyo.

Lo cierto es que no me apetece nada irme a casa. Estoy tan a gusto con él los dos solos que no quiero que se termine ya.

—Bueno, te veo mañana en el cumpleaños de Hugo, ¿no? —pregunto sorprendida por la necesidad que siento de tener la certeza de que voy a verlo pronto.

—Sí —responde ya en mi portal.

—El disco te lo llevo mejor el lunes a clase. Acuérdate de la película —le recuerdo antes de buscar las llaves para abrir el portal.

—Lucía…

Lo miro al escuchar su tono nervioso, que me contagia. Una sensación nueva empieza a agitarse en mi estómago cuando baja su mirada hasta mi boca y la empiezo a notar seca.

—Estoy pensando que tengo ganas de escuchar el disco este fin de semana. ¿Te apetece quedar esta tarde y así hacemos el intercambio? —propone indeciso.

Decido armarme de valor y ser directa, algo que siempre agradezco en los demás.

—¿Por qué no me pides una cita sin necesidad de poner una excusa tan mala? Si solo quieres coger el disco, podrías haberme pedido que subiera ahora a por él y que te lo bajara —planteo con una sonrisa de lado.

Mauri se empieza a reír negando con la cabeza e incluso la vergüenza empieza a cubrir sus mejillas.

—¡Cazado! No estaba seguro de si querrías una cita conmigo —responde.

Estos días he descubierto que es una persona muy sincera, que si le preguntas algo te dice siempre lo que piensa de verdad, sin edulcorarlo ni darle vueltas y eso me encanta.

—Sí quiero —resuelvo su duda.

—Guay —contesta sonriente—. ¿Te recojo a las seis?

—Perfecto.

Me despido con la mano y subo en el ascensor con una gran sonrisa cubriendo mi cara.

CAPÍTULO 8

RARO, PERO INTERESANTE

Lucía

Me parece increíble que vaya a tener una cita con Mauri. ¡Con Mauri!

Acabo de comer a toda prisa bajo la atenta mirada de mi madre, Pilar, y mi abuelo, Ramón. Sé que algo se huelen, pero de momento me dejan mi espacio y no me dicen nada cuando me voy a mi cuarto.

Vivir con ellos es fácil. Los tres tenemos nuestras rutinas de momentos para cada uno, pero también momentos juntos como ir a hacer la compra en familia o salir a pasear los sábados por la mañana. Además, todos los domingos mi madre nos hace su famosa y espectacular tortilla de patatas acompañada con jamón serrano recién cortado por mi abuelo. Esta es, sin lugar a dudas, mi comida favorita, y compartir con ellos el ritual de prepararla juntos es el mejor momento de la semana.

Cierro la puerta de mi habitación y empiezo a pensar qué me voy a poner. Siempre me ha gustado vestirme cómoda, pero verme guapa.

Me paso la siguiente hora probándome ropa hasta que me decido por unos pantalones de tiro bajo apretados, una camiseta ajustada blanca de tirantes anchos, una sudadera de Loreak Mendian roja con una margarita en el medio y unas zapatillas Puma rojas, negras y blancas.

Tras dirigirme al baño, me lavo los dientes, me peino el flequillo abierto y me aliso el resto con la plancha del pelo. Mi melena castaña clara no es nada del otro mundo, pero es un color bonito. Me hago la raya negra en los ojos y un poco de rímel.

Cuando estoy dándome los últimos retoques, entra mi madre y se sienta en el borde de la bañera.

—Vaya, pero ¡qué guapa, cariño! —exclama sonriente—. ¿Has quedado?

Me mira sugerente a través del espejo levantando y bajando las cejas y pongo los ojos en blanco mientras se me escapa una pequeña sonrisa.

—Sí, he quedado.

—Asumo que con un chico por lo guapa que te has puesto. ¿Tengo razón? —pregunta expectante.

—Tienes razón, cotilla —respondo riéndome.

Mi madre y yo siempre nos hemos llevado muy bien. Ella siempre me ha dicho que tengo que vivir, aprender y equivocarme, así que nunca he sentido la necesidad de mentirle u ocultarle partes de mi vida, como le pasa a Rosa con sus padres.

—¿Lo conozco? ¿Hugo? —tantea.

—¿En serio, mamá? Hugo es mi mejor amigo, nada más.

—Yo qué sé, hija, como pasáis tanto tiempo juntos. Podría ser —aclara a la vez que yo vuelvo a poner los ojos en blanco—. Entonces ¿quién es el afortunado?

—Mauri —me sincero.

—¿El hijo de Lourdes? —afirmo con la cabeza y continúa—: Y parecía tonta mi hija. Es muy guapo, eh.

—Y ya está, se acabó el interrogatorio —corto la conversación girándome para evitar que vea la sonrisa que cubre mi cara, porque sí, Mauri es realmente guapo, pero lo que he ido conociendo esta semana de su personalidad me está gustando todavía más.

Le doy un beso en la mejilla y salgo del cuarto de baño.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanto cuchicheo? —pregunta mi abuelo en el pasillo.

—Luci tiene una cita, papá —responde mi madre—. Con el niño de Lourdes.

—Con cuidado, que no tenga yo que darle un aviso —amenaza riéndose el hombre de la casa.

—¡Sois imposibles! —les digo antes de meterme en mi habitación.

Los escucho reírse a través de la puerta y no puedo evitar contagiarme. Son cotillas e intrusivos, pero formamos una familia que no cambiaría por nada del mundo. No sé qué haría sin ellos.

Me dirijo a la minicadena y pongo algo de música mientras hago tiempo hasta que llegue la hora.



A las seis bajo al portal y me encuentro a un Mauri muy atractivo apoyado en una moto negra de carretera.

Tiene un casco en cada brazo y sonríe al verme. Se incorpora y camina hacia mí. Tiene una forma de andar que siempre me ha gustado, muy seguro de sí mismo y con cierto ritmo.

Se planta delante de mí y me mira nervioso, como si no supiera cómo saludarme, pero lo cierto es que yo tampoco sé cómo actuar ahora mismo.

Me mira de una forma intensa que eleva mi nerviosismo a otro nivel pensando que a lo mejor va a besarme, pero él niega con la cabeza y se empieza a reír. Yo lo miro seria sin saber qué hacer y levanto una ceja inquisidora.

—Esto es muy raro, pero de una forma fascinante —aclara.

Y, para qué engañarnos, tiene toda la razón.

—Ya, creo que es la primera vez que salimos los dos solos y sí que es extraño, la verdad.

—Raro, pero interesante —añade con una sonrisa de lado que me encanta.

Nos quedamos mirándonos un par de segundos como dos tontos hasta que me mira de arriba abajo y me extiende un casco rojo y negro.

—Sin duda, este te pega con la ropa que llevas —aprueba guiñándome un ojo.

Siento cómo me pongo roja y decido cortarle este ligoteo antes de que el cosquilleo de mi estómago me haga decir una tontería. No pienso ponérselo tan fácil.

—¿Estás bien? Creo que se te ha metido algo en el ojo. Hace cosas extrañas —digo tras coger el casco y echar a andar hacia la moto intentando no reírme.

Mauri estalla en una carcajada y me sigue.

—Eres terrible para la autoestima de cualquier tío —responde—.

Pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —pregunto.

—Que creo que el gesto te ha gustado más de lo que reconocerás nunca —contesta pagado de sí mismo y se pone el casco sin opción a réplica tras volver a guiñarme el ojo.

Me pongo el mío con una sonrisa resignada porque sí que me ha encantado, pero empieza a conocerme y no se lo reconocería ni muerta.

Mauri se acerca para revisar que esté bien ajustado. Aprieta las correas y se asegura de que el cierre no se abra. Al hacerlo roza con los dedos mi cuello y un escalofrío me recorre de arriba abajo.

Se sube a la moto y se gira para asegurarse de que me subo y pongo bien los pies en los estribos. Me agarro a los enganches de atrás, pero niega con la cabeza y agarra mis manos para pasarlas por su cintura y juntarlas en su estómago, de forma que mi cuerpo se mueve y queda totalmente pegado a su espalda. Una espalda fuerte y tonificada debo añadir, gracias a los entrenamientos de baloncesto que hacen él y Carlos en el equipo del barrio desde hace años y que el resto de la pandilla vamos a ver de vez en cuando.

Este Mauri tan preocupado por la seguridad choca con el Mauri risueño y despreocupado al que estoy acostumbrada, pero lo cierto es que me gusta que le importe que llegue sana y salva a nuestro destino que, por cierto, ni siquiera he preguntado cuál es.

Y eso sí es raro, porque siempre me gusta tenerlo todo bajo control, pero cuando estamos juntos me pierdo en lo que siento y parece que a mi cabeza le cuesta sumar dos más dos.

No puedo evitar sentirme cómoda estando con él y me centro en disfrutar de nuestro primer viaje en moto juntos.



Media hora después aparca en la acera enfrente de un local de billares. Cuando nos bajamos, veo cómo Mauri se frota las manos, que tiene muy rojas. Me acerco y se las agarro.

—Madre mía, pero si las tienes heladas —digo preocupada mientras se las envuelvo con las mías.

—No pasa nada, es que me he olvidado los guantes en casa —aclara restándole importancia—. ¿Te apetece una partida de billar?

—Claro, voy a darte una paliza —afirmo resuelta.

—No es difícil. No tengo ni idea de jugar —responde.

—Entonces ¿para qué me traes aquí? —pregunto confundida.

—No sé, en las películas es lo que suele hacerse en las primeras citas y quería impresionarte —dice levantado los hombros como si fuera lo más lógico—. Juro que la escena quedaba mejor en mi cabeza.

Su respuesta me pilla por sorpresa, pero me encanta su sinceridad y que no quiera aparentar, sino que se muestre tal y como es, sin engaños.

—Anda, vamos a buscar una mesa libre y te enseño —propongo divertida.

CAPÍTULO 9

GENIAL ES MEJOR QUE MUY BIEN

Mauri

Sigo a Lucía mientras busca una mesa de billar libre y no puedo evitar que mis ojos bajen hasta fijarse en su perfecto trasero. Me pone mucho físicamente, pero también me vuelve loco con sus cortes y sus preguntas y respuestas directas.

Preparo el taco tal y como Lucía me enseña y me quedo prendado escuchando su forma de explicar, tan esquematizada como es ella, sin saltarse ni un solo paso o dato que tener en cuenta, pero centrándose en lo importante. Y es que tiene una cabeza tan analítica y eficaz que me tiene fascinado.

—Eres buen alumno, aprendes rápido —alaba tras jugar un par de horas.

—Eso es porque tienes una forma de enseñar tan práctica que es sencillo seguir las pautas —respondo con un cumplido.

Lucía me mira contenta, pero no añade nada más.

A veces hace eso, me mira sin decir nada, y pagaría lo que fuera por saber si lo que piensa es algo positivo o negativo. ¿Se lo estará pasando bien? Es algo que nunca me había planteado al quedar con una chica hasta ahora. Puede sonar egoísta, pero es la verdad.

En realidad, creo que nunca me había importado gustarle a nadie, pero, joder, en este caso es así. Quiero gustarle, ya que a mí cada vez me gusta más que pasemos tiempo juntos.

Me he pasado toda la semana absorto pensando en ella y observándola en clase. No puedo apartar la mirada cuando escribe todo lo que dicen los profesores. Su concentración es tal que es hipnótico verla tomar apuntes. Apuntes que toma de forma cuidadosa y pulcra, pero que acaba pasando a limpio de todos modos en casa. De hecho, entre clase y clase me ha dejado mirar su carpeta por colores y asignaturas y está todo perfectamente clasificado. Tanto que hasta dan ganas de enmarcar sus apuntes.

Suspiro al comprender que no va a decir nada más y me descubro

deseando que no termine la cita porque me lo estoy pasando muy bien esta noche. Es la primera vez que no quiero irme para viciarme a la consola o para ver a mis colegas, sino que me apetece seguir con ella.

—¿A qué hora tienes que estar en casa? —pregunto.

—Tarde. Mi madre confía en mí —responde con una sonrisa que me quita el aire.

—Son las ocho y media todavía. ¿Te apetece cenar algo? —propongo indeciso.

—Claro, me lo estoy pasando bien.

—¿Solo bien? Me acabas de desinflar como a un globo —respondo haciendo un puchero.

Lucía se ríe con suavidad.

—Vaaale. Me lo estoy pasando muy bien, hace mucho que no me río tanto —concede.

—Me conformo con eso. Por ahora.

Elegimos una hamburguesería y la cena pasa demasiado rápido entre bromas y anécdotas. Poco a poco voy conociendo mejor a una Lucía familiar y aplicada en los estudios. No me canso de escucharla hablar y es que creo que hoy lo ha hecho más que desde que la conocí en primaria.

—La cuenta, por favor —solicito al camarero cuando se acerca a recoger nuestros platos.

—Esta vez invito yo. Ya has pagado todas las partidas de billar y las bebidas allí —dice Lucía.

—No, no. En las películas siempre paga el chico.

Lucía se ríe con ganas y niega con la cabeza.

—¡Qué obsesión con las películas! Creo que ves demasiado cine de romance juvenil americano —afirma divertida—. Pago yo la cena y no es discutible —añade convencida.

—Pero, Lucía, no tenemos taquillas vecinas en el instituto ni hay baile de fin de curso. Déjame aprovechar los pocos recursos que me quedan para conquistarte —respondo arrancándole una carcajada.

—¿Me quieres conquistar, Mauri? —pregunta divertida.

—Pensaba que estaba bastante claro, aunque me está saliendo un poco regular mi plan de hoy.

—Te está saliendo muy bien —responde ella guiñándome un ojo y dejándome esta vez a mí con la boca abierta sin saber qué responder.



Aparcamos la moto junto a mi casa y la acompaño hasta la suya, pero todavía no estoy preparado para que acabe la cita.

Caminamos en un silencio cómodo hasta que llegamos a su portal y nos intercambiamos la película y el disco rozando nuestras manos sutilmente.

—¿Te ha gustado ir en moto? —pregunto sacando conversación—. ¿Habías montado antes en una?

—No, ha sido la primera vez y me ha encantado la sensación de sentir el aire en el cuerpo —responde contenta.

—A mí me ha gustado más la sensación de compartir el viaje contigo y tenerte tan cerca —declaro en voz baja.

Nos perdemos en los ojos del otro y siento la necesidad de besarla y probar esa boca que tan loco me tiene. Lucía se pasa la lengua por el labio inferior y sé que lo está deseando tanto como yo.

Los gestos de ambos esta noche como los roces inocentes o su mano en mi espalda han ido dirigidos a este momento. Además, juraría que en la moto al volver se ha apretujado a mí más que a primera hora, como si estuviera acomodando su cuerpo al mío. Ha sido una sensación increíble el conducir con ella abrazada a mi espalda, me ha hecho sentir completo y eso, en lugar de asustarme, me ha hecho sentir una tranquilidad que no había sentido nunca.

Le rodeo el cuerpo con los brazos, juntándolos en la parte baja de su espalda. Lucía se acopla y deja las manos apoyadas en mi pecho, calentándome la piel debajo de la sudadera.

Nos miramos y nuestras bocas se unen y bailan al unísono de forma adictiva danzando en un lío maravilloso de lenguas y labios.

Nos exploramos con calma y levanto mis manos para rodear su cara y darle un pico al terminar el beso, pero antes de apartarme le doy un pequeño beso en la punta de la nariz que le hace sonreír de una forma

dulce que no le había visto hasta ahora y que estoy deseando volver a provocar en ella.

—¡Qué ganas tenía! —susurro contra su boca.

—Y yo. Ha sido increíble —responde también en voz baja antes de acercarse para volver a besarme, y me vuelve loco lo decidida y directa que es.

Pierdo la noción del tiempo que pasamos besándonos, hablando y riendo juntos, pero cuando llega la hora de despedirnos siento un vacío que me indica que no quiero que este día termine nunca.

—Toma, tu casco —dice mientras me lo acerca.

—No, quédatelo. Así ya lo tienes para la próxima cita —respondo confiado.

Lucía se vuelve a quedar callada, pero sonríe de forma tímida antes de sujetarlo bajo el brazo. Calmo la agitación que he sentido con su silencio al pensar que si no ha insistido en devolvérmelo es porque ella también quiere repetir.

—Te veo mañana. Me lo he pasado genial, que es mejor que muy bien —digo arrancándole una carcajada.

—Yo también me lo he pasado genial —confirma llenándome el pecho de una satisfacción nueva para mí.

Me acerco a ella y le doy un último beso antes de que se meta en el portal.

Me miro en el reflejo de la puerta y me sorprendo al verme con una cara de tonto increíble, pero estoy tan contento y me siento tan bien que me importa una mierda sonreír solo por la calle.

CAPÍTULO 10

CUANDO EL PASADO VIENE DE VISITA

Lucía

Presente

Hoy es uno de esos días en los que el pasado ha venido de visita y no quiero hacer nada más que quedarme en casa con mi abuelo y pasarme el día en pijama.

A veces echo de menos a la antigua Lucía. Aquella que era divertida y le encantaba estar con sus amigos, pero soy más que consciente de que las pérdidas poco a poco me han ido agriando el carácter hasta el punto de que paso días en los que no me apetece ni sonreír.

Rosa sepultó la confianza que tenía en otras personas, sobre todo en las mujeres, justo en esa edad en la que tu autoestima es tan frágil como es la adolescencia. Al menos ahora sí puedo decir que cada vez me cuesta menos confiar y he conseguido dar pasitos en positivo, ya que hoy por hoy considero a Sara una amiga de verdad en la que confío y no tengo miedo a que me apuñale.

Mauri afianzó mi sensación de no ser lo bastante buena como para mantener a las personas que quiero a mi lado. Es una herida que todavía hoy duele y que no sé cuándo conseguiré cerrar. Dan igual los chicos con los que haya estado, nunca he vuelto a sentirme igual a como me sentía estando con él. Con Álex pensé que podría pasar algo más que un par de polvos, pero mezclé confianza y atracción con estar colgada por él y me estaba engañando a mí misma. Solo hay que ver cómo mira a Ari y darse cuenta de que eso es amor de verdad, y lo sé porque yo sentí esa mirada una vez.

La muerte de mi madre me marcó como ningún otro de los momentos duros que me tocó vivir. Hasta ese momento pensaba que nada podría hacerme más daño que perder a mi mejor amiga y al que consideraba el amor de mi vida, pero su muerte dolió tanto que todavía me estoy recuperando. Por fin entendí que nadie se muere de amor, pero de pena no estaría tan segura, porque el dolor fue tan

grande que lo arrasó todo durante mucho tiempo.

Una vez leí en el libro de prosa poética *Que.te.jodan* de Soma la frase «¿Y cómo me encuentro yo ahora si me he perdido tanto que ya no recuerdo cómo se lee una brújula?», y así es justo como me sentí durante mucho tiempo después de que nos la arrebataran.

Aunque la herida ya duele menos, me sigo acordando a diario de ella en pequeñas cosas del día a día. Incluso a veces me sorprendo despertándome pensando en contarle lo que he soñado que hacíamos juntas, para que al instante la realidad me golpee y solo me apetezca volver a taparme con el nórdico hasta la cabeza y no salir de la cama en todo el día, como me ha pasado esta mañana.

Cada vez que sueño con ella siento la necesidad, aunque pueda sonar masoquista, de poner en bucle la canción *Si no estás* de Belén Arjona, que habla justo de la pérdida y a mí me hace sentir más cerca de mi madre. Le doy a *play* y canto la letra en voz baja, sobre todo la parte que dice: «Nunca pensé no escucharte ni hablarte y me rompo y me caigo y no puedo avanzar. Y no estás, y los años pasarán, las nieves volverán… Y sin ti es como dejar de vivir. Si no estás, me siento tan sola. ¿Por qué te has marchado así? ¿Por qué me has dejado aquí? Si no estás, mi alma se encoge al pensar que muriendo sin ti tengo que empezar a vivir».

La letra duele, pero me consuela saber que si lo hace es porque ha sido importante y yo no quiero olvidar nada sobre mi madre, tanto lo bueno como lo malo. Si duele es porque ha sido real.

El único motivo por el que intento mostrarme más contenta de lo que me siento en el día a día tiene nombre y es mi abuelo Ramón. Si perder a una madre antes de tiempo es duro, ni siquiera soy capaz de imaginar lo que tiene que doler perder a una hija con la que has convivido y compartido casi cuarenta años de tu vida.

Mi abuelo es fuerte, mucho más que yo. Él fue el que me ayudó a levantarme cada día tras su muerte y el que me recordó todo por lo que siempre había peleado y trabajado duro y que mi madre no habría querido que perdiera, así que a las pocas semanas después del entierro me obligó a volver a la universidad y a mis responsabilidades. Y lo cierto es que mantenerme ocupada siempre me ha ayudado, así que

dejé de regodearme en el dolor, la pena y la rabia por su pérdida. Mantenerme distraída me vino bien, pero ojalá fuera tan sencillo, porque la herida sigue doliendo todavía hoy.

El sonido de mi móvil me sobresalta, así que cierro el libro que he abierto hace rato, aunque no lo estoy leyendo, mi cabeza se ha ido por otros lares, y descuelgo la llamada.

—¿Qué haces? —pregunta Sara.

—Leyendo un libro.

—¿Un sábado por la tarde? Eso es más plan de domingo. Vengo a proponerte un planazo al que no podrás decir que no —dice con ese tono alegre que tanto la caracteriza y no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Sorpréndeme.

—Han abierto una nueva hamburguesería en tu barrio y vamos a ir todos a cenar juntos.

Sé de que sitio me habla. He pasado esta semana por delante y tiene muy buena pinta, pero no lo suficiente como para que salga hoy de casa.

—Venga, Lucía. Pensaba que podríamos normalizar todo después de la barbacoa en mi casa —dice tras interpretar mi silencio como que no quiero ir por si está Mauri.

El cumpleaños de Hugo hace un par de semanas ha marcado un antes y un después.

Ver a Mauri me dolió, pero ese día fui consciente de la buena relación que tiene con el resto de mis amigos y, sobre todo, con Hugo. Parecía encajar con ellos incluso mejor que yo. Aunque eso no es difícil, porque es una de esas personas divertidas y agradables con las que es fácil estar mientras que yo soy arisca, borde y no me abro demasiado con los que me rodean.

—No es eso, de verdad. He asumido que forma ya parte del grupo y no quiero condicionaros a elegir.

—Siempre te elegiríamos a ti —responde al instante y agradezco su lealtad, aunque suene egoísta.

—Hugo ya ha tenido que ir de puntillas entre ambos durante demasiado tiempo. Estoy en pijama metida en la cama y por eso no

me apetece ir.

—Hemos quedado en una hora en la boca del metro. Te quiero allí o iré a por ti. Sabemos dónde vives —amenaza antes de colgar sin darme opción a contestar.

Y le agradezco ese carácter impulsivo y alegre. Si no fuera por él, me quedaría en casa demasiadas veces sin ganas de hacer nada. Así que cojo un chándal, ya que no quiero que nadie piense que me arreglo para lucirme ante él, y me voy directa a la ducha.

CAPÍTULO 11

ME HACÍA SENTIR TAN VIVO

Mauri

Llego el primero a la boca del metro. Ventajas de vivir al lado de la parada.

Desde aquí veo el portal de Lucía y no puedo evitar estar pendiente para verla salir por esa puerta por la que salió tantas veces con una sonrisa que era solo para mí.

No sé cómo lo voy a hacer ni en qué momento, pero con su actitud del otro día y conociéndola lo bien que la conozco, estoy todavía más convencido de que sí hay muchas cosas que arreglar y curar entre ambos. Nos queríamos demasiado como para tratarnos como dos desconocidos e ignorarnos cada vez que nos vemos.

Se me corta la respiración cuando la veo salir. Su versión en chándal siempre ha sido mi favorita porque tenía el camino libre para colar las manos por debajo de su sudadera y acariciarle la piel con libertad. Se ha recogido el pelo en un moño alto y no lleva ni una pizca de maquillaje, no lo necesita. De hecho, el día de la barbacoa cuando la vi en tacones y tan arreglada se me hizo raro. Estaba muy guapa, eso sin duda, pero esta Lucía me recuerda más a la que me volvía loco.

Su cara cambia en cuanto me ve y se queda quieta en mitad de la acera un par de segundos antes de reaccionar y acercarse.

—Hola —dice en tono seco.

—Hola. Estás preciosa —respondo sincero sabiendo que me la estoy jugando.

Lucía alza una ceja y me mira con desprecio.

—Venga, Lucía. Sabes que siempre me has gustado en chándal y sin arreglar.

—Muy gracioso. Ni siquiera te molestes —me corta—. Odio que la gente llegue tarde —murmura mirando su reloj.

Ha pensado que lo decía en broma, pero decido no insistir temiendo que se cruce todavía más y se marche a su casa cabreada antes de

empezar siquiera la cena. Está tan guapa que solo tengo ganas de abrazarla, esconder la cabeza en su cuello y perderme en su olor. Echo tanto de menos lo que éramos.

—Tal vez tú y yo hayamos llegado antes porque vivimos al lado y hemos calculado mal el tiempo —comento nervioso intentando cortar la tensión que se palpa en el ambiente y el camino que estaban tomando mis pensamientos.

Lucía se gira y me mira de frente por primera vez.

—¿Y dónde vives? —pregunta tras un par de segundos, y sé que ha sido incapaz de contenerse, aunque lo haya intentado.

—Vivo justo ahí, encima de la carnicería —respondo señalando mi portal.

Sigue mi dedo y se queda callada mirando sus pies tras alzar ambas cejas.

—Quería estar cerca de mis padres después del susto del año pasado —añado sintiendo que tengo que justificar mi respuesta.

Lucía alza la cabeza y me mira con el ceño fruncido.

—Me lo contó tu madre. Me alegro de que esté bien —dice en voz baja—. Hablo con ella cuando me la encuentro por el barrio o a veces que viene a casa a ver a mi abuelo.

Esto lo sé por mi madre, ya que era la mejor amiga de la suya desde pequeñas. Como ambas se quedaron en el barrio, mantuvieron su amistad y mi madre iba mucho a casa de Lucía, por eso sé que le tiene mucho cariño y se asegura de que no les falta nada ni a Ramón ni a ella porque siente que se lo debe a Pilar. Y la entiendo, una amistad tan fuerte como la que tenían consigue que ese sentimiento de lealtad no desaparezca aunque una de las partes ya no esté.

—Lo sé. Siempre se ha preocupado mucho por vosotros.

—Soy consciente —responde.

Nos quedamos en silencio y no se me ocurre qué decir. Preguntar por su abuelo sería mentir, ya que Ramón y yo hemos mantenido el contacto durante estos años. Así es como sabía que ella avanzaba e iba superando el duelo por lo de Pilar. Ambos acordamos que no le diríamos nada de nuestras llamadas a escondidas. Entre el carácter que tiene y el rechazo que siente por mí, sabíamos que no le iba a

parecer bien.

Cuando voy a preguntarle por el trabajo, veo a Raúl subiendo las escaleras del metro.

—Menos mal… —murmura Lucía por lo bajo, pero no lo suficiente como para que no lo haya escuchado.

Es jodido ver lo distanciados que estamos ahora mismo.

Cuando veo la tristeza que la envuelve a cada segundo solo tengo ganas de consolarla, estar ahí para ella y demostrarle que, a pesar de que ha pasado tiempo, no me he olvidado de ninguna de sus caricias o de sus besos.

Me encantaría que supiera que no me he olvidado de ella, porque sería imposible olvidar algo que me hacía sentir tan vivo.

CAPÍTULO 12

HEMOS SIDO TANTO Y AHORA NO SOMOS NADA

Mauri

Una vez que llegan todos y nos sentamos en la hamburguesería, pedimos la cena y nos ponemos a hablar de cómo nos ha ido la semana. Escucho atento cómo Carlota nos cuenta lo bien que le va con la academia de inglés que acaba de montar y a la que ya se le han apuntado más alumnos de los que esperaba.

Todos se han sentado por parejas, menos Lucía, Raúl y yo. Maravilloso recordatorio de que nosotros ya no lo somos, puesto que Raúl se ha sentado a su lado y yo estoy enfrente de ella viendo cómo evita mi mirada.

Lucía apenas interacciona con el resto. De hecho, en nuestra conversación de antes ha hablado más que en todo este rato. Me recuerda a la Lucía de antes de estar juntos, que era callada y más reservada, pero yo sé que hay una Lucía ingeniosa y divertida. Y Hugo también lo sabe, pues siempre está pendiente de ella.

Cuando hablaba con él después de lo de su madre, me decía que era como si hubiera perdido las ganas de vivir. No quería salir, apenas hablaba y estaba triste todo el rato. Pensaba que exageraba, ya que Hugo adora a Lucía desde que en el colegio fue la primera persona en molestarse en hablarle y no permitir que estuviera solo, pero lo cierto es que es todavía peor de lo que imaginaba. Es una sombra de lo que era y me jode saber que tengo parte de culpa en ello.

Nos traen la comida y, por costumbre, levanto el plato y vuelco mis patatas en el suyo. Cojo la hamburguesa para darle el primer mordisco, pero me quedo quieto cuando veo que Lucía y Hugo me miran sin disimulo. Entonces caigo en la cuenta de lo que acabo de hacer.

—Perdona. Ni siquiera he pensado en lo que estaba haciendo —me disculpo.

Cierro los ojos frustrado. No hago más que cagarla con ella tomándome confianzas que ya no me corresponden, pero que se me escapan antes de pensarlo dos veces.

—No pasa nada. Gracias —dice en voz baja.

Al instante baja la mirada al plato y se pone a comer en silencio. Es uno de esos silencios suyos de los que me encantaría saber qué piensa y cómo se siente, pero sé que se ha cerrado a cal y canto.



Cuando acabamos la cena, Hugo y Sara se ofrecen a acompañarnos hasta casa alegando que les apetece dar un paseo. Sé que lo hacen para que Lucía no se quede a solas conmigo y lo entiendo, porque no quiero que se sienta incómoda.

La observo un par de pasos por delante hablando con Sara. No puedo negar que me ha sorprendido para bien ver que su relación con ella es muy buena. Siempre había temido que no fuera capaz de volver a confiar en desconocidos, así que me alegra saber que al menos en eso sí ha cambiado.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta Hugo a mi lado en voz baja.

Lo miro y sonrío mientras niego con la cabeza.

—Lo llevo, que ya es bastante.

—Soy consciente de que no te lo está poniendo fácil, pero sigue necesitando tiempo. Necesita acostumbrarse a que vuelvas a estar en su vida.

—Lo sé, pero me duele tanto el sentirla tan lejos y verla así de mal —respondo—. Tú sabes que no está bien, ella no suele ser tan callada ni melancólica.

—Cuando tú estabas con ella no, pero perderte a ti y a su madre le hizo mucho daño. Puede que no lo parezca, pero créeme que está mucho mejor que hace un par de años.

Niego con la cabeza incapaz de decir nada más sin echarme a llorar.

Soy consciente de que el sufrimiento que ha tenido que pasar es demasiado grande y por eso agradezco que en su día fuera a terapia, tal y como me dijo mi madre. Si así es como está mejor, no me quiero imaginar cómo afrontó la muerte de Pilar, pues no me quiso a su lado, a pesar de que yo sí que quería estar.

Caminamos un par de metros más hasta que llegamos a mi edificio. Estoy deseando acompañar a Lucía a su casa y darle un abrazo antes de que suba al ascensor como hacíamos siempre, pero sé que no me lo permitiría, así que me despido de ellos con la mano y entro en mi portal con una sensación enorme de pena en el pecho.

Esta es nuestra relación ahora y tengo que acostumbrarme a ir de puntillas y saber el sitio que me corresponde ahora mismo en su vida, que es la de un simple conocido.

Y, joder, vaya si escuece saber que hemos sido tanto y ahora no somos nada.

CAPÍTULO 13

¿TÚ QUIÉN ERES? DIME

Mauri

Diez años antes

Llego a casa tras mi primera cita con Lucía y me meto en la cama después de lavarme los dientes y quitarme la ropa, ya que siempre duermo en calzoncillos sea verano o invierno.

Por suerte, mis padres habían salido a cenar cuando he llegado, si no, me habrían preguntado dónde, con quién y qué había estado haciendo y mi cara me habría delatado. Además, mi padre, Paco, es policía, así que no se le escapa una. Y mi madre, Lourdes, no es policía, pero sin duda es mucho mejor investigando sucesos y cotilleos que la mayoría del cuerpo. Aunque, si Lucía le ha dicho a su madre que íbamos a salir juntos, seguro que mi madre ya está al día en el asunto.

Pongo el disco que me ha prestado Lucía en mi portátil y escucho canción tras canción por orden, tal y como ella me ha sugerido, mientras voy leyendo las letras en el librito que acompaña a la portada. Son letras profundas y la mayoría con un claro mensaje social.

Llego a una frase que me recuerda a ella, a esos silencios que tan nervioso me ponen. ¿Se lo habrá pasado tan bien como yo o me lo ha dicho por no hacerme daño? ¿Habrá cogido el casco por compromiso y, en realidad, no piensa volver a quedar conmigo? ¡Joder, Mauricio, que tú nunca has sido inseguro!

Decido dejar de darle vueltas y enviarle un mensaje con la letra de una de las canciones, *Quién eres*, deseando que me responda y así aclarar un poco mis dudas en función de lo que me diga.

MAURI: *«¿Tú quién eres? Dime. Tu silencio me hace pensar», Canserbero. Gracias por la recomendación, me encanta ;)*

Dejo el móvil sobre la mesa pensando en si le parecerá bien que le escriba o si pensará que soy un pesado, ya que acabamos de pasar un montón de horas juntos.

No hemos hablado nada de escribirnos o hablar, pero no lo he podido evitar. Me encantaría saber descifrar sus silencios con una simple mirada.

El sonido me saca de mis pensamientos y cojo el móvil con prisa. Me pongo nervioso al ver su nombre en la pantalla y lo desbloqueo con rapidez.

> **LUCÍA:** *«Si quieren, vengan, bajen a mi sótano, es todo un paraje de ideas, de sensaciones, de un lenguaje libre de opiniones», ZPU. Nos vemos mañana :)*

Una sonrisa se extiende por mi cara al leer su respuesta y reconocer la canción *Odio y amor*. Es una clara invitación a conocernos más, y no puedo evitar quedarme dormido con una sensación de alegría y expectación por saber qué va a ocurrir entre nosotros ahora que hemos cruzado la línea.



—Vale, ya está bien. ¿Qué está pasando, tío? Estás más raro que un perro verde y no dejas de mirar hacia ellos todo el rato —pregunta Carlos, mi mejor amigo, señalando con la cabeza hacia la zona en la que Hugo y Lucía se están poniendo una copa.

Es el cumpleaños de Hugo y estamos haciendo botellón en un parque cercano al Bongo, el *pub* de música rap que tanto nos gusta y al que solemos ir cuando nos apetece salir, ya que tiene sesión de tarde para menores.

Desde que hemos llegado, no he podido dejar de observar lo guapa que está Lucía. Es increíble que la conozca desde hace tanto tiempo y que hayamos formado parte del mismo grupo, pero que no sea hasta

ahora que la conozco más que me resulte tan increíble y que lleve desde ayer deseando volver a estar los dos solos.

Cuando nos hemos visto, ni siquiera nos hemos dado dos besos, porque es algo que en nuestro grupo nunca hemos hecho. Simplemente llegamos a donde está el resto y saludamos, sin más ceremonia. Además, hoy se han juntado también más conocidos de Hugo del instituto y Lucía siempre está con él, así que apenas han estado con nosotros.

Carlos me da un golpe en el brazo y cuando lo miro molesto me hace un gesto con la mano impaciente.

—¿Me vas a contestar? ¿Qué te pasa con Hugo y Lucía hoy? —vuelve a preguntar impaciente—. Una semana sin ir juntos al instituto y ya no me entero de nada.

—Me gusta Lucía, ¿contento? —respondo sabiendo que no me va a dejar en paz hasta que le cuente lo que me pasa.

—¿Lucía? ¿Nuestra Lucía? —pregunta confuso.

Afirmo con la cabeza y Carlos la mira justo en el momento en el que Lucía nos observa y abre la boca sorprendido.

—Alucino. ¿Desde cuándo? ¿Tú a ella?

Mi mejor amigo empieza a disparar pregunta tras pregunta, puesto que es el tío más cotilla que he conocido en mi vida y le encanta saber todo de todos, así que le resumo la última semana por encima. Hay ciertas cosas que me guardo para mí, como el nerviosismo que siento cada vez que está cerca o las enormes ganas que tengo de ir a besarla y apartarla del amigo de Hugo que le está tirando los trastos.

Me sorprende este último pensamiento, ya que nunca he sido un tío celoso, aunque es cierto que nunca me ha gustado una chica de verdad. ¿Será eso lo que me está pasando con ella?

—Pues sí que han pasado cosas en una semana. En el entrenamiento del martes no me contaste nada. Te lo tenías bien callado —me reprocha.

—Sabes que no tengo la obligación de contarte nada, ¿no?

—No, qué va, soy tu mejor amigo y eso me da ciertos derechos —responde seguro.

Yo me río y no digo nada. Nuestra relación siempre ha sido así.

Hemos crecido juntos y siempre hemos estado el uno para el otro. Carlos es esa persona de confianza con la que puedo contar en cualquier momento sin dudar que va a estar para mí.

—Pues si lo hubiera sabido desde el principio podría avisarte cuando no te quita la vista de encima, como ahora mismo que no deja de mirarte —dice levantando las cejas de forma sugerente—. A por todas.

Niego con la cabeza y miro a Lucía que, efectivamente, sí me está observando. Cuando nuestras miradas conectan, me regala una pequeña sonrisa y, justo en ese momento, Hugo le dice algo y se acercan a nosotros.

—Vamos a irnos ya al *pub*. ¿Os venís? —propone el cumpleañero.

—Claro. Cuéntame, Huguito, ¿de verdad todo tu círculo de amigos son solo tíos? —pregunta mi amigo.

—Gracias por la parte que me toca —responde Lucía por él.

—Tú no estás en la carta, cielo —le responde pasándole un brazo por el hombro a Hugo y echando a andar con él.

Lucía me mira levantando una ceja inquisidora.

—¿Me ha llamado cielo? ¿En serio? —pregunta con cara de asco.

—Nota mental: nada de motes pegajosos —digo anotando en una libreta imaginaria.

Lucía se ríe y echa a andar detrás de ellos. No tardo en seguirla y vamos caminando un par de pasos por detrás hablando del disco y de la película que ya ha visto hoy con su familia y les ha encantado.

A pesar de sentirme cómodo, no hablamos sobre la cita de ayer ni nos tocamos hasta que llegamos al garito y nos dedicamos a escuchar buena música todos juntos. Incluso los dueños, que ya nos conocen de tanto que vamos, nos ponen unos chupitos muy suaves por ser el cumpleaños de Hugo.

Al rato de llegar, nos separamos un poco del grupo cuando Carlos empieza a hablar con unas chicas y me pide que le haga la cobertura. Es el único defecto de mi amigo, que cada vez que quiere ligar, que es demasiado a menudo, me pide que le haga el soporte para hablar con la amiga de la chica que le gusta, pero esta vez apenas participo en la conversación y me disculpo con ellas cuando veo que Carlos ya está

tonteando bastante cerca con una de ellas.

Lucía y yo no hemos dejado de mirarnos e incluso hemos intercambiado alguna sonrisa tímida. Parecemos tontos, pero este nerviosismo no me abandona y, siendo sinceros, le estoy cogiendo gusto a sentir esta anticipación.

CAPÍTULO 14

VAMOS A POR TODAS

Lucía

Mauri me vuelve a buscar con la mirada y me sonríe hastiado.

Podría estar molesta porque llevan media hora hablando con unas chicas, pero, en realidad, solo Carlos habla mientras Mauri tiene toda su atención puesta en mí. Además, este juego de acompañar a Carlos cuando quiere ligar es algo por lo que hemos pasado todos en algún momento. Incluso a mí me ha enganchado alguna vez para que empiece a hablar con alguna chica y se la presente. Por suerte, debido a mi bordería natural hace tiempo que no me lo pide, ya que dice que le espanto a las chicas en lugar de ayudarle.

En realidad, Carlos no necesita ayuda para ligar. Es el típico chico alto, fuerte y bastante mono de cara. Para él ligar es tan natural como para la mayoría respirar, pero le encanta el juego de conquistar y ser conquistado y por ello suele acabar liándose con cualquier chica en la esquina de la discoteca de turno.

—Voy a por un refresco, ¿quieres algo? —pregunta Hugo a mi lado.

—No, te espero junto a nuestras sudaderas —respondo señalando el taburete en el que están apiladas, ya que han ido volando a medida que hemos empezado a movernos al ritmo de la música.

Me dirijo allí y, cuando me giro, me encuentro con un Mauri absorto mirándome el culo. Levanta la mirada y al verme artículo «cazado» mientras él pone cara de circunstancias, pero me sonríe sin una pizca de culpabilidad.

Mi cantante favorito, ZPU, empieza a sonar por los altavoces y suena *Doble o nada*. Empiezo a susurrar la letra cuando Mauri niega con la cabeza, dice algo al grupo y se acerca hasta quedarse a un par de centímetros de mí y yo me pongo nerviosa con su cercanía.

Pone una mano en mi espalda y, a pesar de que mido un metro setenta, se tiene que inclinar un poco para acercarse a mi oído.

—Justo mi parte favorita de la canción: «Vamos a por todas jugando a doble o nada a todas horas» —me susurra.

Mi corazón da un vuelco al pensar que se puede referir a ir a por todas juntos. Me gusta, me gusta mucho lo cómoda que me siento estando con él.

Llevo desde ayer en una nube deseando volver a verlo y sentirlo tan cerca como lo estoy sintiendo ahora mismo. Estiro la mano y la pongo en su nuca. Mauri cierra los ojos cuando entierro los dedos en su pelo y lo acerco a mí con seguridad. Nuestros labios se juntan y nos besamos con ganas.

—Voy a salir a tomar al aire —digo al separarnos.

A Mauri le cambia la cara y se queda serio, sin saber qué decir cuando me doy cuenta de que no ha entendido lo que quería decir.

—¿Vienes? —propongo.

Una sonrisa preciosa cubre su cara y, antes de que me pueda mover, se acerca y me da otro beso largo. Al separarse vuelve a darme un beso pequeñito en la nariz como ayer y que me derrite por dentro, porque me parece más íntimo y bonito que cualquier otro beso compartido.

Cogemos nuestras cosas y nos acercamos a Hugo, que se ha quedado hablando con su compañero de clase.

—Hugo, me voy ya.

—¿Sola? Te he visto muy ocupada hace unos minutos —pregunta divertido.

—No, me voy con Mauri —respondo tímida.

Mi mejor amigo me sonríe y se despide de ambos. Esta tarde le he contado todo lo que pasó ayer cuando vino a mi casa a buscarme. Al principio le ha sorprendido, puesto que apenas nos ha visto hablar en todo este tiempo, ni siquiera cuando Rosa y Carlos estuvieron liados un par de semanas nos vio hablar de cualquier cosa que no fueran las clases o de esos dos y de lo rápido que se iba a cansar el uno del otro, pero sí sabía que me atraía desde hacía tiempo, así que se ha alegrado por mí y me ha dicho que Mauri es buen tío.

—¿Te apetece ir paseando hacia el barrio? —me pregunta cuando ya estamos en la calle.

—Genial —respondo.

Hablamos de todo y de nada, pero la conversación solo se corta

cuando uno de los dos decide que es hora de darnos otro beso, por lo que el camino a casa se alarga más de lo normal.

Cuando ya estamos llegando a nuestro barrio, entrelaza sus dedos con los míos y me mira nervioso. Me he dado cuenta de que el Mauri seguro de sí mismo que yo pensaba que era no lo es tanto, al menos no cuando me dedica algún gesto y no sabe cómo voy a reaccionar.

Sonrío y le doy un apretón sorprendida con lo suaves que tiene las manos y lo bien que encaja su mano izquierda enlazada con la mía derecha. El calor que siento con ese gesto es tan impredecible que me arrasa y me hace sentir de maravilla.

Como todavía queda un buen rato para que sea nuestro toque de queda, nos sentamos en un banco que hay en una plaza cerca de nuestras casas. La plaza escondida la llamamos, porque está en una esquina cerca de las vías del tren y solo se llega a ella a través de una calle peatonal. Aparte de cuatro bancos y un parque que suele estar lleno de niños por la tarde, apenas tiene vida por las noches y es donde a veces nos juntamos, sobre todo cuando Carlos o Rosa quieren fumar sin que sus padres los vean.

Mauri se sienta en el banco y me siento a su lado hasta que, entre beso y beso, acabo sentada en sus piernas con el cuerpo girado hacia él. Estamos a finales de septiembre, así que ya empieza a refrescar por las noches y agradezco el calor que emana de su cuerpo.

Estar con él es tan sencillo que me encanta. Nunca me lo he pasado tan bien con otro chico ni me he sentido tan cómoda. Mauri es tierno y dulce, algo que nunca habría dicho antes de conocerlo más a fondo, debido a que siempre está de coña y pasando de cualquier problema, pero, sin duda, esta actitud más íntima me vuelve loca y me hace sentir muy bien.

El tiempo pasa demasiado rápido y cuando me doy cuenta estamos en mi portal. Antes de irse, me enmarca la cara con las manos y le doy un pico suave en los labios con pena por tener que despedirnos.

—Me encantas —susurra apoyando su frente en la mía, y yo me siento tan feliz ahora mismo que podría caer un meteorito y me daría igual.

CAPÍTULO 15

INSEGURIDADES

Lucía

Por fin, después de dos semanas fuera, mi mejor amiga vuelve a casa. La he echado un montón de menos estos días que ha estado de viaje con sus padres en Punta Cana.

Rosa y yo somos amigas desde que tengo uso de razón. Nos conocimos en la escuela infantil y hemos compartido pupitre y confidencias desde entonces celebrando juntas cada triunfo y llorando cada tropiezo.

Estoy deseando contarle todo lo que ha pasado con Mauri. No sabe nada, ya que sus padres son muy estrictos y le controlan el móvil, así que no hablamos de nada comprometido y mucho menos de chicos.

Si sus padres supieran que Rosa no es virgen desde hace tiempo, la habrían encerrado en su habitación. Es más, para ellos Rosa ni siquiera piensa en chicos, aunque sea sin duda lo que más hace a lo largo del día, pero los tiene muy engañados. Diría incluso que apenas conocen a su hija, ya que ella les muestra lo que ellos quieren que sea, no lo que es en verdad. Y, en realidad, es bastante triste que una persona sea una auténtica desconocida para su familia.

—¡Me voy! —digo asomándome al salón.

—Coge una chaqueta, que ya está refrescando —ordena mi abuelo desde su butaca.

—Abuelo, estamos en septiembre y son las cinco de la tarde —respondo riéndome.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla que lo deja contento. El hombre de nuestras vidas es un auténtico oso amoroso poco dado a regalar muestras de afecto, pero adora recibirlas.

En nuestra casa tenemos la norma de no salir nunca sin darnos un beso y despedirnos, costumbre que adquirimos hace tiempo cuando yo tenía ocho años y murió mi abuela Lucía, de ahí mi nombre heredado, y el abuelo estaba tan triste que decidimos darle todo el cariño posible para que le doliera un poquito menos. Nunca le he preguntado si

sirvió de algo, pero él jamás se ha quejado de recibir desde entonces el doble de cariño por nuestra parte.

—¿Con quién has quedado? —pregunta mi siempre cotilla madre.

—Con Rosa, ha llegado esta mañana de vacaciones.

—Ah, pensaba que igual era con el hijo de Lourdes. Pásalo bien —responde de forma seca—. No vengas tarde que mañana hay clase.

—No tan entusiasta, mamá. —Pongo los ojos en blanco mientras le doy otro beso también a ella.

—Sabes que tiene algo que no me convence. No lo puedo evitar, cielo, pero si tú te fías de ella, yo me fío de tu criterio. Por algo eres la más lista de esta familia —añade feliz y me regala un abrazo.

Llego a casa de Rosa y nos dirigimos a su habitación tras abrazarnos dando saltitos después de tanto tiempo sin vernos.

—¡Qué morena estás, tía! ¡Cuéntamelo todo! —pido quitándome las deportivas y subiéndome a su cama para ponerme cómoda mientras saco una bolsa de regalices del bolsillo.

Rosa es guapa y, además, viste bien y se maquilla de maravilla. El moreno que trae del Caribe destaca todavía más sus ojazos azules y su pelo rubio, que lleva trenzado a un lado. Es la mítica chica que todos miran por la calle y que liga todo lo que quiere y más con solo levantar un dedo. Podría decirse que yo soy el patito feo a su lado, pero lo cierto es que nunca me he sentido así, porque ni me gusta ligar ni me gusta que me regalen los oídos, así que prefiero que toda la atención masculina se centre en ella.

Después de un par de horas, Rosa me ha contado todo sobre su viaje y cómo se veía con un chico que también estaba en el mismo resort a escondidas de sus padres.

Cuando ya me lo ha contado todo, saca una bolsita y me extiende un regalo. Lo abro expectante y veo que es un llavero precioso de una calavera mexicana con brillos de colores llamativos que me enamora al instante.

—Yo me compré uno parecido, pero un poco más grande —dice encantada enseñándomelo mientras yo añado el regalo a mi montón de llaves.

—Me encanta, es precioso —agradezco dándole un abrazo.

—Bueno, ¿qué tal el inicio de curso? ¿Alguna novedad? —pregunta mientras se lima las uñas.

—En clase todo normal. Tengo tus horarios y te he hecho copia de mis apuntes a limpio, mañana te los doy. Y sí, tengo algo que contarte. Verás, esta semana… —respondo tímidamente.

—¿Algún chico interesante en clase? —me corta.

Suspiro porque así es Rosa, siempre pensando en chicos como prioridad. Su vida se basa en sacar las mejores notas para que sus padres la dejen tranquila y entrar en Medicina, tal y como ellos estudiaron y quieren para ella, y conseguir la atención del chico que le guste en ese momento. Aunque sus gustos varían en cuanto consigue al chico en cuestión.

En ese sentido Carlos y ella son iguales, les encanta gustar, ligar y cambiar de objetivo, por eso lo suyo siempre fue más un reto mutuo que otra cosa.

—Para tus gustos hay dos chicos nuevos que han venido de otros institutos. Si me preguntas a mí, Mauri está en nuestra clase también.

—Tomo nota de las nuevas incorporaciones —dice de forma sugerente—. En cuanto a Mauri, ¿en algún momento se te pasará el cuelgue tonto? Llevas ya demasiado tiempo pensando en él, lo que necesitas es que salgamos el fin de semana que viene y ligarte a un buen maromo, a ver si te quita la tontería. Si no se ha fijado en ti hasta ahora, no lo va a hacer.

—No es un cuelgue tonto y estás muy equivocada. Han pasado cosas estos días —respondo haciéndome la interesante. Si hay algo que nos encanta es el chismorreo.

Rosa se incorpora al momento con la boca abierta.

—No te creo… ¿Qué cosas? —pregunta desconfiada.

—Pues tuvimos una cita el viernes y ayer nos volvimos a liar y me dijo que le encantaba —le cuento con una sonrisa de lado a lado.

No sé qué reacción me esperaba, pero, desde luego, no la mirada que me dedica mi mejor amiga.

—No te pongas tan contenta por mí después de que te cuente que el chico que me gusta desde hace tiempo por fin se ha fijado en mí —digo molesta.

Rosa reacciona cambiando su expresión y me abraza.

—Ay, gordi, ¡me alegro un montón por ti! —dice con una sonrisa forzada en la cara que me hace sentir mal—. Es solo que estaba pensando que, ahora que ya se ha liado contigo, lo más seguro es que pase de ti. Al fin y al cabo, es igualito que Carlos —añade con morritos separándose de mí.

—No tienen nada que ver, tía. Carlos queda con una distinta cada semana, pero Mauri ni siquiera suele quedar con chicas y lo sabes —añado molesta sintiéndome en la necesidad de defenderlo—. Pensaba que al menos te alegrarías por mí, la verdad.

—No me hagas caso, igual me equivoco. Tienes razón, en realidad es una novedad genial.

—Me voy ya, que tus padres están a punto de llegar y son ya las siete y media —digo mirando el reloj.

Lo cierto es que no me apetece estar más con ella y lo sabe, así que no hablamos más del tema mientras me acompaña a la puerta.

Me ha decepcionado su reacción. Yo siempre he escuchado todos sus dilemas y he celebrado con ella cuando el chico que le gustaba le hacía caso, así que no entiendo por qué no es capaz de hacer lo mismo.

Pero ¿y si tiene razón? ¿Y si Mauri pasa de mi culo ahora que ya nos hemos liado? Una parte de mí duda de esto por lo dulce y tierno que ha sido estos días, pero más de un chico me ha dicho que soy una sosa por no querer darnos más que un par de besos, así que a lo mejor le pasa lo mismo y ya se ha cansado de mí.

Me meto en el ascensor contrariada dándole vueltas al tema cuando me llega un mensaje. Saco el móvil del bolso y sonrío al mirar la pantalla.

MAURI: *¿Qué haces, Lucilú? Me apetece mucho verte ;)*

Sonrío por el nuevo mote que me ha puesto y contesto al instante con una sensación de felicidad inesperada.

LUCÍA: *¿En diez minutos en el parque?*

MAURI: *Estoy allí en cinco, seré Flash.*

Salgo del portal con una energía renovada, deseando verlo y desechando las inseguridades que he sentido hace unos instantes.

CAPÍTULO 16

NO QUIERO PASEOS NI CHARLAS SUPERFICIALES

Lucía

Presente

Me levanto agotada después de no haber dormido más que un par de horas por culpa de haberme quedado leyendo hasta las tantas.

Entro en la cocina y veo a mi abuelo peleándose con el exprimidor.

—Estos inventos del demonio —maldice, y no puedo evitar reírme.

—Es eléctrico, abuelo. No hace falta que lo apuñales. Con que aprietes un poco gira solo, pero si lo aprietas demasiado se bloquea y no gira —le explico por quinta vez este mes.

—No sé para qué necesitamos estas modernidades. Yo estaba encantado con el viejo —protesta.

—El viejo tenía más años que yo y ya estaba roto. Anda, siéntate que te hago el zumo.

Desayunamos juntos mientras me cuenta sus planes para hoy. Tiene torneo de tute, para sorpresa de nadie, en el bar de la esquina. Es triste, pero mi abuelo pasa más tiempo en la calle con sus colegas que yo.

Me visto presentable para la reunión que tengo a media mañana y me meto en mi despacho. Durante bastante tiempo no teníamos claro qué hacer con la habitación de mi madre. Aunque la mía es más pequeña, no quería dormir allí como si estuviera usurpando su sitio, así que estuvimos de acuerdo en usarla como despacho cuando empecé a trabajar desde casa. Mentiría si no dijera que me gusta trabajar aquí, donde todavía hay fotos y objetos suyos.

Lo único que he cambiado en todos estos años de mi habitación ha sido mi cama de noventa por una grande en la que poder estirarme, pero el resto sigue siendo tal cual era en el instituto. Aunque mi vida haya estado llena de cambios involuntarios, no me gustan en absoluto.

Me siento segura en la calma de la rutina.

En cuanto me conecto a la red de la oficina, me empiezan a llegar correos electrónicos, así que me hago un moño y me pongo a trabajar.



Ha sido una mañana ocupada llena de reuniones, pero he conseguido tachar todas las tareas rojas de mi agenda como «preparar planes de acción noviembre» u «organizar vacaciones de Navidad del equipo».

Me sorprendo a mí misma cerrando el ordenador a las tres en punto por primera vez en muchos meses. Es viernes y no trabajamos por la tarde, así que hoy me lo voy a tomar para mí, puesto que he quedado esta noche.

Hace tiempo me bajé una aplicación para ligar por internet. Es sencillo y efectivo. Chico me habla, intercambiamos un par de horas de conversación para ver que no es un psicópata, dejo claro que solo busco sexo, quedamos, echamos un polvo y me vuelvo a mi casa con el verdadero hombre de mi vida, que es mi abuelo.

Suelo usar la aplicación los días en los que me apetece desestresarme y correr no sirve para nada, como me pasó ayer, así que llegué a mi casa y empecé a hablar con Pablo, que busca exactamente lo mismo que yo. Tiene una hija con su exnovia y no tiene tiempo ni para relaciones ni para estar pendiente de nadie.

Tras echarme una siesta reparadora, me pongo un vestido negro de tirantes que se desliza por mis curvas, unas medias finas negras y unos botines de tacón alto. Cojo un bolso rojo, a juego con mis labios, y una cazadora de cuero.

Dejo una nota a mi abuelo para informarle de que he salido y me dirijo al punto de encuentro. No me gusta dar mi dirección exacta, así que hemos quedado un par de edificios más abajo.

Cuando llego, Pablo ya me está esperando. Es moreno, alto, brazos fuertes llenos de tatuajes y me observa con una sonrisa de lado que confirma que le gusta lo que ve.

Le devuelvo la sonrisa y me acerco a él para darle dos besos, pero pasa un brazo por mi cintura y me da un buen morreo.

—¿Para qué andarnos con tonterías si ambos sabemos a lo que venimos? —pregunta sin un ápice de vergüenza.

—Toda la razón.

Nos metemos en su coche y vuelve a darme otro beso antes de arrancar. Pablo no se anda con rodeos y eso me gusta.

—¿Vamos a un sitio más tranquilo? —propongo.

No quiero ni paseos ni charlas superficiales, ya que ni a mí me interesa su vida ni a él la mía.

—Conozco el sitio perfecto —responde con seguridad.



Hora y media después estoy metida en mi cama tras echar un polvo bastante decente en el coche de Pablo. Ha durado lo suficiente y se ha preocupado de que yo también terminara, que ya es más de lo que puedes pedir de más de uno.

Es cierto que la situación se ha puesto un poco rara cuando ha querido practicarme sexo oral y yo no he querido porque necesito más confianza para llegar a disfrutarlo, pero al momento ha bajado su mano y se ha asegurado de que quedara bien satisfecha.

A pesar de que hace cinco años que Mauri y yo lo dejamos, acostarme con otra persona nunca ha vuelto a ser lo mismo. Con él todo era pasión y amor. Me hacía sentir como si fuera la única mujer sobre la tierra y me estuviera adorando. Siempre ha sido muy generoso en el sexo y su forma de follarme sucio, pero recordándome lo mucho que me quería, hacía que fuera todo mucho más especial.

Al saciarme con otra persona solo siento la necesidad inmediata de irme, ducharme y dormir sola. Con él follar me gustaba tanto como todo lo que venía después, como las caricias, los besos en la nariz y dormir abrazados el resto de la noche.

Espero algún día ser capaz de encontrar a otra persona que me

llene, aunque sea la mitad de lo que lo hacía él. Aunque sé que para eso falta mucho, puesto que ahora mismo no me imagino compartiendo mi día a día con nadie más que con mi abuelo y mis amigos.

CAPÍTULO 17

MENTIR A LOS AMIGOS ESTÁ FEO

Mauri

Hugo llega a mi casa antes de lo acordado, por lo que me pilla con la cena todavía en la sartén. No es que sea un gran chef, pero hago mis pinitos desde que me fui a vivir solo a Italia.

Lo cierto es que he empezado tarde a cocinar porque he visto ciertas cosas esta tarde que, sin duda, preferiría no haber visto, así que intento no pensar en ello. Bastante me he comido la cabeza estas últimas dos horas.

—¡Qué bien huele! —exclama al llegar a la cocina.

—Espero que te gusten las fajitas. No he caído en preguntarte si te apetecía cenar esto.

—Yo como de todo, no te preocupes —dice—. Bonito piso, por cierto. Es pequeño, pero bien situado.

—Sobre todo me interesaba estar cerca de mis padres, porque el estudio mi jefe lo ha puesto donde yo le he aconsejado, que es en este barrio.

—Siempre te he considerado inteligente —responde Hugo mientras se ríe.

Estar con él es sencillo. Es una persona tranquila y buena que siempre da buenos consejos y no te juzga. Me arrepiento de haberme alejado de él hace unos años.

Hablando de Carlos, el susodicho toca el timbre y Hugo va a abrirle la puerta mientras yo acabo de sacar la carne de la sartén.

—Hombre, Huguito. Dichosos los ojos —escucho a mi mejor amigo.

—Ya tenía yo ganas de verte. Hace por lo menos tres años que no coincidimos.

Llegan a la cocina y me ayudan a poner la mesa mientras se ponen al día. Durante un tiempo mantuvieron el contacto, pero cuando Carlos fue padre con Martina dejó de salir tanto y Hugo empezó a juntarse más con sus compañeros de la tienda y el grupo del que parece que, poco a poco, empiezo a formar parte.

—Lo que te diga. Ser padre es agotador y tengo la sensación de no haber vuelto a descansar de verdad desde que nació Berta, pero no lo cambiaría por nada del mundo —dice con una sonrisa enorme en la cara.

—Ver para creer. El más irresponsable ha sido el primero en ser padre —comenta Hugo.

—Nunca pensé que lo diría, pero cuando me dijiste que ibais a intentar ser padres pensé que os habíais vuelto locos, pero me equivoqué. Es lo mejor que te ha podido pasar. Eres un padrazo —añado yo orgulloso.

—Me vas a hacer llorar, capullo —contesta el aludido.

Continuamos cenando entre anécdotas de nuestra adolescencia y lo bien que lo pasábamos con unas latas y unas pipas en el parque escondido. Éramos muy felices y ni siquiera sabíamos que estábamos en los mejores años de nuestras vidas sin preocupaciones, trabajo ni cargas económicas. Todo lo que teníamos que hacer era ir al instituto, aprobar y estar con nuestros amigos.

Y con ella. Con Lucía todo era mejor. La echo tanto de menos que verla y sentirla tan lejos duele más de lo que podría haber imaginado cuando decidí volver.

—Y a ti, ¿qué te pasa? Llevas un rato callado con cara de seta —pregunta Carlos.

—No me pasa nada. Está todo bien —respondo evitando el tema que llevo rumiando en mi cabeza desde esta tarde.

—Ya, claro. No le mientas a tu amigo, está feo —contesta Hugo.

Maldito Hugo. Pocas veces saca su lado desafiante, pero con el tema Lucía siempre va directo a disparar a quemarropa.

Lo miro y resoplo antes de decidir si les cuento o no lo que me pasa. Tardo poco en tomar la decisión, ya que es complicado tenerlos a los dos juntos y así mato dos pájaros de un tiro, pero por otro lado confirmar en voz alta todo lo que siento me aterra porque entonces no habrá marcha atrás.

—Parece mentira que seas su mejor amigo, Carlos. Es por Lucía, seguro —contesta Hugo ante la mirada inquisidora de Carlos y mi mutismo selectivo.

—¿Lucía Lucía? ¿Nuestra Lucía?

—¿Qué otra Lucía crees que tendría a este así?

—¿Podemos dejar de repetir todo el rato su nombre? Creo que todos sabemos de sobra cómo se llama —intervengo.

—¿Por fin habéis vuelto? Siempre me ha caído de puta madre y llevas todos estos años llorando por ella —añade mi mejor amigo.

—No, no hemos vuelto —contesto obviando la segunda parte de su afirmación, puesto que negarlo sería mentirnos a los tres.

—Pero es uno de los motivos por los que decidiste volver de Barcelona, aparte de lo tu padre y el curro, ¿no? —insiste mi mejor amigo—. Es cuestión de tiempo.

—Lo dudo mucho —contesto abatido.

Hugo me mira pensativo. Sé perfectamente que su lealtad está con ella, pero ha sido el primero en decirme que no todo estaba perdido cuando le dije este verano que no había conseguido olvidarla. Que daba igual lo mucho que lo intente, ella siempre vuelve a mi cabeza una y otra vez.

—Tendrías que verlos. La tensión se corta con el cuchillo cada vez que están en la misma habitación. Lucía intenta mostrarse indiferente porque está dolida, pero Mauri va haciendo pequeños gestos que la descolocan por completo y se ablanda para volver a sacar las uñas en cuanto se da cuenta.

—Pagaría por verlo —responde Carlos riéndose.

—Yo no lo veo tan así. De hecho, cuando coincidimos solo pienso que es imposible cagarla más.

—¿Estás de broma? —pregunta antes de dirigirse a Carlos y continuar hablando—: El otro día, sin ir más lejos, quedamos varios para cenar juntos y le echó en el plato sus patatas fritas, que sabes que a Lucía siempre la han vuelto loca.

—Ahí estuviste ágil, campeón —me dice Carlos mientras levanta los pulgares.

—Fue de forma inconsciente.

—Hay más —continúa Hugo que se ve que se ha levantado con ganas de hablar—. Después pidió su postre favorito, comió un poco y dijo que no podía más y si alguien lo quería, así que Lucía se lo acabó

comiendo encantada. Aunque se muestre fría y distante, la conozco muy bien y sé que esas cosas la remueven y se ablandará poco a poco.

—Todo eso no sirve de nada, porque mientras me animabas a intentar reconquistarla se te ha olvidado contarme que tiene novio —le reprocho a Hugo.

Este me mira con el ceño fruncido y Carlos con la boca abierta. Siempre le han encantado los salseos y solo le falta sacar las palomitas mientras alterna su mirada entre los dos.

—Lucía no tiene novio. Es más, solo ha tenido un novio en toda su vida y está en esta habitación —contesta Hugo muy seguro.

—Pues cualquiera lo diría cuando esta tarde, volviendo del supermercado de comprar nuestra cena, la he visto despampanante acercándose a un tío que le ha metido la lengua hasta la campanilla antes de irse juntos en el coche.

—Hostia… —silba Carlos por lo bajo.

El silencio nos envuelve hasta que Hugo se echa a reír.

—Yo no le veo la puta gracia, la verdad —contesto borde.

El muy gilipollas se está partiendo el culo en mi cara cuando yo llevo horas jodido rememorando ese instante una y otra vez. Ella, preciosa, caminando hacia él. Él rodeando su cintura con el brazo y besándola con la confianza del que lo hace a menudo. Y ella sonriéndole antes de meterse juntos en el coche e irse a lo que, sin duda, era una cita romántica.

Creo que si me hubieran dado un puñetazo en el estómago me sentaría mejor que esa imagen.

—Te lo repito, Lucía no tiene novio —dice de nuevo muy seguro de sí mismo.

—Pues no es lo que parecía —respondo.

—Imagino que no esperarías que te guardara fidelidad todos estos años —responde defendiendo a su amiga—. Está soltera y se acuesta con quien le apetece de vez en cuando, como imagino que habrás hecho tú. ¿O llevas cinco años de absoluto celibato?

—Sabes que no me estoy refiriendo a eso. No estamos juntos y ella puede hacer lo que quiera. Es normal que tenga a una fila de tíos esperando a que les preste atención porque es jodidamente perfecta.

Pero no creo que ese tío sea un simple polvo por cómo se comportaban.

—Lo dudo mucho.

—De todos modos, aunque estuviera conociendo a alguien, ¿de verdad te vas a rendir tan pronto? —me reta Carlos cortando el bucle en el que estábamos entrando—. Llevas meses diciendo que ibas a intentar recuperarla. Pensaba que ese era tu objetivo.

Resoplo frustrado. Ese era mi objetivo y lo tenía muy claro, pero entre sus cortes, sus miradas de desprecio y ver la sonrisa que le ha dedicado a ese tío me he desinflado como un puto globo.

—No es tan fácil.

—Dudo mucho que pensaras que Luci te lo iba a poner fácil —interviene Hugo de nuevo—. Hace mucho que perdió las ganas por todo lo que no sea trabajar y cuidar de Ramón, pero es justo por eso por lo que te animé. Se merece ser feliz y sé que bajo todas esas capas de odio y coraza todavía siente algo por ti, si no, habría pasado página hace tiempo, ya que candidatos no le han faltado, pero lo que vosotros teníais era amor del bueno y os hacía muy felices a ambos. Ve a por todas, aunque cueste.

CAPÍTULO 18

LO BUENO SIEMPRE DURA

Mauri

Nueve años y medio antes

Siento a Lucía abrazada a mi espalda y sonrío. Me encanta sentirla cerca, ya sea una mano, una pierna o escondiendo la cara en su cuello para oler esa colonia tan rica que usa. No me canso del sonido de sus carcajadas, sus labios, su humor borde o esa sonrisa que tiene guardada solo para mí y que me vuelve loco.

Ella me vuelve loco, es perfecta de inicio a fin.

Hoy celebramos seis meses juntos y no puedo estar más nervioso, porque también va a ser la primera vez que durmamos juntos y, tal y como estamos los dos deseando, nos acostemos.

Estos meses hemos hecho cosas, no voy a negarlo, pero nunca hasta el final y nunca despertándome después con ella. Siempre han sido cosas de un rato a solas en casa de uno de los dos, pero con el temor de que llegara alguien.

Su abuelo Ramón se acaba de prejubilar y solo sale para echar una partida de cartas con sus amigos por la mañana, que es cuando nosotros estamos en el instituto. Y mis padres tienen turnos rotativos, así que es complicado que no esté uno de los dos o María en casa.

Al final, Lucía ha conseguido que su madre se fíe de ella y se lleve a su abuelo al pueblo a pasar el fin de semana y yo, que mis padres me dejen dormir con ella. Lo cierto es que no nos han puesto demasiadas pegas por estar juntos en casa de uno u otra debido a que nuestras madres son amigas, pero siempre con la puerta abierta y pasando casualmente a dejar la ropa limpia o a recoger la sucia. Nunca he tenido el armario más al día en ropa limpia que este último año.

Aunque algún susto nos hemos llevamos con algún beso más intenso o una mano furtiva por debajo de la camiseta del otro que rápidamente se cortó con un grito escandalizado. Porque, seamos sinceros, a ningún padre o madre le gustaría ver a su retoño haciendo

guarradas, como pasa al revés, así que no puedo decir que no entienda que no quieran que estando ellos en casa hagamos nada ni a nosotros nos apetece hacerlo sabiendo que están al otro lado del pasillo.

Aparco la moto en uno de los laterales del parque del Retiro y nos bajamos de ella. Cada uno coloca el casco bajo su brazo y juntamos nuestras manos, una costumbre que me encanta y que ya hacemos de forma automática, sin pensarlo.

Nos dirigimos al monumento de Alfonso XII, nuestro rincón favorito de Madrid, hablando de las vacaciones de Semana Santa, que están al caer. Una vez allí nos sentamos en la escalinata, yo detrás con la espalda apoyada en el pedestal y Lucía entre mis piernas apoyada en mi pecho.

Me agarra la mano entrelazando nuestros dedos y gira la cabeza para dedicarme una sonrisa tan increíble que me deja sin aire. A pesar de llevar juntos ya bastante tiempo, me sigue dejando sin aliento lo guapa, inteligente y divertida que es. Y está conmigo, soy un tío con mucha más suerte de la que me merezco.

Le doy un beso en la nariz, que sé que le encanta y la aprieto contra mí. Puedo pasarme horas con ella a mi lado y en silencio, viendo cómo la gente da vueltas en las barcas por el Estanque Grande.

Lucía me da una tranquilidad que no sabía que necesitaba hasta que empezamos a salir juntos. Con cada cita, ya sea planeada o improvisada, cada visita rápida entre las horas que ella estudia, que son muchas, y mis entrenamientos, aunque sean diez minutos en su portal, o cada tarde haciendo nada juntos, me ha demostrado que estar a su lado es mi sitio favorito.

No necesito nada más y tal vez por eso me sienta tan nervioso por esta noche. No es solo por el sexo, sino más bien por dormir juntos, apretujarla contra mi cuerpo y despertarnos juntos. Va a ser alucinante y solo pensarlo me hace sentir un tonto enamorado, pero es que eso es justamente lo que soy.

No lo hemos hablado, ya que solo nos hemos dicho te quiero por indirectas a través de canciones por mensajes, una rutina que hemos cogido y que a ambos nos encanta, pero no por ello deja de ser cierto. La quiero, mucho, no me imagino ni quiero estar sin ella porque me

complementa a un nivel que nunca pensé que podría complementarme otra persona. Lucía es increíble.

—Estás muy callado. ¿En qué piensas? —pregunta girando su cuerpo y pasando sus piernas por debajo de las mías para rodear con ellas mi cintura mientras yo la abrazo y acerco su cuerpo al mío.

La mejor distancia entre nosotros, sin duda, es la inexistente.

—En lo colado que estoy por ti —respondo al instante.

Lucía se ríe y pone los ojos en blanco con una sonrisa que no tardo en devorar con un beso.

—Lo digo en serio —dice cuando nos separamos.

—Yo también. Estaba pensando que me encantas y que eres increíble.

—Hace tiempo que me tienes comiendo de tu mano, señorito Herrero. No es necesario que sigas intentando conquistarme. ¡He caído con todo el equipo! —exclama de forma dramática antes de regalarme una sonrisa impresionante y abrazarme.

—«Contigo descubrí lo que era amor sin miedo. Me enseñaste que con un mirar es posible atravesar el mar si el corazón habla primero. Y sigo siendo aquel niño pequeño que ahora tiembla solo con pensar que, si no estás al despertar, solo seré un niño en sueños» —le susurro en el oído la letra de una de mis canciones favoritas: *Amor adolescente* de Ambkor.

—Te quiero —dice en bajito pegada a mi boca antes de darme un beso lento y tierno.

Y yo siento cómo me explota el corazón para volver a unirse y aumentar el ritmo. Sus palabras son bálsamo para mis oídos. Una vez más, estamos a la par en sentimientos como lo hemos estado hasta ahora.

Nuestra relación ha ido avanzando poco a poco, sin prisa. Los dos empezamos a buscar al otro a la mínima oportunidad, a hacer planes juntos, a hacer gestos nuestros y a buscar lugares y momentos a solas, pero las miradas, los besos y los susurros han sido una constante en nuestra relación. Con echarle un vistazo sé con exactitud lo que piensa o siente y a ella le pasa lo mismo. Estoy seguro de que nuestra conexión no la tienen todas las parejas o, al menos, eso me gusta

pensar.

Agarro su cara y le devuelvo el beso.

—Quiero estar contigo hasta que me muera, Lucilú —susurro antes de enterrar la cara en su cuello y disfrutar, una vez más, de su fragancia—. Lo bueno siempre dura y lo nuestro es increíblemente bueno.

CAPÍTULO 19

SI LA ROCA ES FUERTE, NO IMPORTA LA MAREA

Lucía

Mauri y yo llegamos a mi casa con ese nerviosismo de la anticipación que consigue que no podamos mirarnos sin dejar de reír.

Estos meses han sido alucinantes a su lado. Mauri es divertido, cariñoso y está cañón. ¿Qué más puedo pedir cuando quiere aprovechar cada mínimo minuto libre para vernos, aunque sean dos minutos?

Todavía me acuerdo de aquellos primeros días en los que yo tenía miedo por si se cansaba de mí y él, tal y como me contó después, temía que lo mandara a paseo o lo cambiara por cualquier otro. Es más, cuando le confesé que siempre me había sentido atraída por él y que, tal vez, me gustara desde hacía tiempo, alucinó y me dijo que nunca lo había sospechado.

Es cierto que yo lo vi, ver de verdad, primero, pero cuando nos sentamos juntos al inicio del curso, él me vio a mí. Podría decirse que yo llevaba colgada por él más tiempo, pero para él el descubrimiento fue repentino y más intenso.

Y vaya si fue intenso, tanto que a veces no sé dónde acaba él y dónde empiezo yo. Nos hemos convertido en un todo maravilloso. Nos entendemos, ayudamos y divertimos juntos.

Yo siempre he sido una persona bastante reservada que suele mantenerse en un segundo plano, pero fue conocerlo y empezar a reír constantemente. Él siempre me ha animado a brillar y, en muchas ocasiones, me ha dado alas cuando pensaba que ni siquiera las tenía, pero sí sabía que él estaría abajo para cogerme si me caía.

Por eso voy a conseguir sacarme el título C1 de inglés en solo un año cuando pensé que no me daría tiempo entre las clases, los exámenes y todos los trabajos que nos ponen, pero él me lleva y me recoge de la academia con su moto para que no pierda tiempo y pueda

ir a la mejor profesora que encontré y que vive en otro barrio. Lo hace solo porque es importante para mí y eso significa mucho.

Si quieres a alguien, las cosas que son importantes para esa persona lo son para ti también. Porque no hay mejor forma de querer que ayudar a tu otra mitad a cumplir sus sueños.

Y yo quiero a Mauri. Lo quiero con locura, pero de la bonita. De esa que consigue dibujar una sonrisa cada vez que piensas en él.

¿El truco? Estoy bastante segura de que es la confianza. Confío en él, ya que no me ha fallado nunca. Siempre que me ha tenido que decir algo, fuera bueno o malo, me lo ha dicho sin rodeos ni adornos. Si me he pasado en alguna discusión con mi madre, no me ha dado la razón, sino que me ha ayudado a ver que puedo llegar a ser bastante cabrona si me enfado. Y con esto no quiero decir que suela discutir con mi madre, porque la adoro, pero somos tan parecidas que es inevitable chocar de vez en cuando y sacar nuestra mala leche a relucir, que de ella vamos las dos sobradas.

Además, entre nosotros apenas discutimos y nos entendemos muy bien. Las pocas discusiones que hemos tenido se han solucionado con una mirada de reojo, una breve sonrisa y un abrazo de reconciliación. Después, como es lógico, lo hemos hablado, pero es cierto que nunca ha habido gritos, ni insultos ni cabreos que duran días como he visto en Hugo y su primera novia, que lo trae por la calle de la amargura intentando manejarlo a su antojo, o los dramas que tiene Rosa cuando el chico de turno la ignora.

Mauri siempre dice que para pasarlo mal habrá tiempo y motivos importantes, pero que por una tontería no vamos a discutir o dejar de pasar un buen rato juntos. Y yo creo que tiene toda la razón y tal vez por eso nos va tan bien, porque si la roca es fuerte, no importa la marea.

—¿Te importa si me pongo un chándal? Para estar más cómodo —pregunta cuando llegamos a mi cuarto.

—Genial, te voy a copiar —le respondo cogiendo uno de mi armario mientras él saca el suyo de la mochila que ha traído.

Mauri se va al baño a cambiarse y yo lo hago en la habitación. Estamos en ese punto en el que nos hemos explorado por encima de la

ropa y un par de veces por debajo como tocarnos uno al otro, pero nunca nos hemos acostado del todo. Hasta hoy, espero. Ambos estamos preparados y sabemos que, si todo sale bien, será el día.

—¿Te apetece pedir una *pizza* y ver *Shutter Island*? Me parece increíble que todavía no la hayas visto, Lucilú —propone entrando en la habitación para dejar en su mochila la ropa que se acaba de quitar.

—No todos somos unos frikis cinéfilos como tú, Mauri. Hay gente que no se ha visto todo el cine del mundo y no le ha explotado la cabeza ni se ha vuelto loco. Te lo juro por Snoop Dogg —respondo toda seria para estallar en una carcajada al instante.

—Estás muy graciosa tú hoy. Ya verás —amenaza acercándose a mí como un depredador.

—No, no. Por favor, cosquillas no —suplico cuando veo sus intenciones.

Intento escapar, pero él es más ágil, rápido y fuerte, así que acabo colgada de su hombro como si fuera un saco de patatas.

—Ya no te ríes tanto —dice mientras me da una palmada en el culo y se dirige hacia el salón—. Verás ahora.

—Por favor, por favor. Pago yo las *pizzas*. Te hago los deberes un mes. —Saco mis últimas cartas en cuanto me tira al sofá.

¿Surte efecto? En absoluto. A los dos segundos empieza a hacerme cosquillas y yo me retuerzo y suplico, pero no hay clemencia.

—¿Y una paja? —digo con cara sugerente cuando para un segundo para coger aire y se me queda mirando con cara de estar valorando de verdad mi propuesta—. Oye, pervertido, que era una broma.

—Una lástima, Lucilú. Esta vez seré más duro por hacerme falsas ilusiones —dice en tono ronco.

Y vuelve a hacerme cosquillas hasta que termina tirándose encima de mí y dándome un beso. Y otro. Y otro. Y otro. Hasta que, una vez más, no sé dónde acaba él y dónde empiezo yo.

CAPÍTULO 20
MI ADICCIÓN

Mauri

Lucía es adictiva.

Imagino que la droga tiene que ser una sensación similar y, por mucho que la consumas, el adicto es incapaz de cansarse de ella o dejar de consumirla.

Así me siento cada vez que estoy con ella, deseando tocarla, abrazarla y besarla hasta que el mundo se termine.

Hace tan solo un par de minutos nos estábamos riendo, pero nos hemos empezado a besar y ya no puedo pensar en otra cosa que no sea que el tiempo se pare y que me pille entre sus brazos.

Separo mis labios de los suyos y la miro. Lucía me regala la sonrisa más bonita del puto planeta y apoyo mi frente en la suya tras darle un beso de esquimal, nariz con nariz.

—Te quiero —susurro con vergüenza por ser la primera vez que se lo digo en voz alta, aunque mi cabeza se lo ha gritado mil veces.

Lucía ensancha su sonrisa y me coge la cara con las dos manos para acercarla a su boca y me besa con cariño y deseo. Y es justo este deseo el que acaba de encenderme cuando levanta las caderas y me roza.

—Joder —mascullo cuando enrosca sus piernas alrededor de mi cadera, friccionando nuestras entrepiernas—. Vas a volverme loco.

Beso su cuello con una calma que sé que le encanta y desespera a partes iguales cuando mete las manos por debajo de mi camiseta y me la quita.

—¿Estás segura? —pregunto.

Yo siento que estoy preparado y que no querría hacer esto con otra que no fuera ella. Joder, si es que ni siquiera me veo besando a nadie que no sea mi chica.

—Sí. Quiero que nuestras primeras veces sean algo nuestro para siempre —responde segura.

—Eres increíble. Tengo una suerte que todavía no me la creo —susurro en su cuello antes de coger el borde de su camiseta y tirar de

ella hacia arriba.

No sé qué esperaba, pero desde luego no que no llevara sujetador y ver sus pechos redondos y perfectos así, sin aviso. Los observo goloso cuando noto que Lucía me mira nerviosa y su cuerpo se tensa.

—¿Qué te pasa? —pregunto al instante.

—Me da vergüenza hacerlo con la luz encendida, ¿podemos apagarla?

—Claro que podemos, pero si es porque crees que no me va a gustar algo que vea, ya te adelanto que eso es totalmente imposible. Estoy enamorado de ti de principio a fin y eres perfecta, no te cambiaría nada —susurro.

—Está bien, la dejamos encendida, pero sigo estando muy nerviosa por si hago algo mal —dice enterrando la cara en mi cuello.

—¿Cómo te crees que estoy yo? Llevo meses esperando este momento y me aterra que no te guste o no disfrutemos ambos.

—Eso es imposible. Todo lo que haces siempre me gusta.

Nos sonreímos como lo que somos, dos tontos enamorados hasta las trancas, y nos fundimos en un beso tranquilo y reconfortante. Creo que saber que ambos estamos histéricos y nos da miedo defraudar al otro ha conseguido quitar parte de los nervios que sentíamos.

Lucía me quita la camiseta y me pasa las manos por el estómago y la espalda hasta dejarlas en mi trasero para agarrarlo con ganas.

—Tienes un culo que me encanta. No me canso de tocártelo —dice riéndose.

—A mí me gustan más tus tetas —digo poniendo mis manos en ambas—. Son preciosas y suaves.

Lucía suelta un pequeño gemido cuando capturo uno de sus pezones con mi boca y lo succiono. Sé que le encanta que me entretenga con ellas porque es de las cosas que sí hemos hecho, aunque con la luz apagada. Además, este es, sin duda, uno de mis pasatiempos favoritos cuando estamos a solas, meter la mano bajo su camiseta y dejarla calentita posada sobre una de sus tetas.

Bajo las manos a su pantalón y deslizo la mano por dentro de sus bragas hasta rozar en el punto que ella me enseñó no hace mucho que le gustaba.

—¿Así bien? —susurro besándole el cuello.

—¡Sí! —exclama retorciéndose bajo mi mano.

Es hipnótico verla perder así el control. Siempre es comedida y tranquila menos cuando estamos los dos solos, que es ella tal cual. Por una parte, me da pena que el resto no conozca a esa Lucía graciosa, divertida y risueña que es conmigo, pero, por otro lado, y tal vez sea un poco egoísta por mi parte, me encanta que solo se muestre así conmigo. Me siento especial. Aunque yo también le muestro solo a ella mi parte más cariñosa y dulce.

Lucía protesta cuando quito la mano, pero callo sus protestas con un beso. Le bajo el pantalón de chándal y las bragas para tener mejor acceso. Lucía me quita el chándal y los calzoncillos y empieza a tocarme, siguiendo un ritmo lento que me tortura y me vuelve loco.

Sigo tocándola e introduzco un dedo de la otra mano temiendo si le gustará o no, pero cuando ella se retuerce despeja todas mis dudas y continúo con ambos movimientos. A medida que Lucía se va acercando al orgasmo, acelero el ritmo de mi dedo frotando con un poco más de presión hasta que se deshace en mis manos y siento la humedad, teniendo que apartar su mano para no terminar en ese momento al ver su cara de placer.

La cubro a besos en el cuello, la cara y la boca. Ella intenta volver a agarrar mi polla, pero se lo impido.

—Como me sigas tocando, voy a terminar antes siquiera de haber empezado —susurro en sus labios—. ¿Estás segura de continuar?

—Quiero que disfrutes tanto como lo acabo de hacer yo —responde convencida.

Me levanto del sofá y me dirijo a coger un preservativo de mi mochila, pero me sigue por el pasillo y no puedo evitar girarme para admirar su cuerpo en cuanto entramos en su habitación.

Es la primera vez que estamos los dos desnudos por completo ante el otro y nos observamos con curiosidad. Cuando acabamos de contemplar el cuerpo del otro, nos sonreímos cómplices.

Estiro la mano para agarrarla de la cintura y estrecharla entre mis brazos. Sentir sus tetas contra mi torso sin nada entre nosotros es una de las sensaciones más cálidas que he sentido en mi vida.

—Tienes un culo perfecto —declaro posando las manos sobre él.

—Tú sí que eres perfecto —dice antes de que la coja en brazos.

Lucía enrosca sus piernas en mis caderas y me dirijo a la cama, donde la tumbo con cuidado. Saco de la mochila un preservativo y me siento en el borde.

Nervioso, abro el preservativo y me lo coloco bajo su atenta mirada. Le doy un beso largo en cuanto me vuelvo a tumbar encima de ella y, poco a poco, va subiendo de intensidad cuando nuestras manos empiezan a recorrer el cuerpo del otro.

Me separo un poco y me agarro la polla antes de dirigirla a su entrada. La miro y ella me regala una de esas sonrisas que consiguen que se me acelere el corazón. Le doy un beso en la nariz y ambos bajamos la mirada hacia donde nuestros cuerpos están a punto de unirse por primera vez.

Me deslizo en su interior un poco y siento cómo aprieta y pone cara de dolor.

—¿Quieres que pare? ¿Te duele mucho? —pregunto preocupado empezando a sacarla.

—No, no. Dame un segundo para acostumbrarme. Es una sensación rara, pero no del todo desagradable —pide.

Cierra los ojos y deja escapar un suspiro.

Me quedo quieto dentro de ella mientras le voy dando besos suaves y cariñosos. Intento absorber, sin éxito, algo del dolor que debe de estar sintiendo ahora mismo y que me mata que tenga que sentir para poder disfrutar después juntos.

CAPÍTULO 21

PIEL CON PIEL

Lucía

Duele.

Es una sensación extraña el sentir cómo el cuerpo cede ante la presión externa, pero poco a poco me voy relajando y acostumbrando a tenerlo dentro de mí.

Hace un par de semanas que había decidido que hoy sería el día en el que Mauri y yo perderíamos la virginidad juntos.

A pesar de que más de una vez hemos estado bastante cerca de dar el paso, nunca era el momento. Pero hoy, después de hablar del tema con mi madre, tras varios consejos y un par de advertencias sobre tomar precauciones, puesto que es demasiado joven para ser abuela, se ha ido al pueblo con mi abuelo y me ha dejado sola en casa todo el fin de semana.

Ya no noto la presión de antes, así que abro los ojos y me encuentro con los suyos preocupados y una boca que no ha parado de darme besos por la cara con toda la delicadeza del mundo.

—Hola —susurro.

—Hola, preciosa. ¿Estás mejor? ¿Quieres seguir?

Asiento con la cabeza segura y busco sus labios con los míos. Introduzco la lengua en su boca y me agarro a su espalda. Aun así, Mauri duda y apenas mueve el cuerpo. Conociéndolo, está valorando si echarse para atrás por si me duele demasiado y no se lo estoy diciendo.

Bajo las manos y le aprieto el culo mientras profundizo más el beso. Mi chico reacciona y empieza a moverse lentamente, con una contención que nunca le había visto, ya que es bastante impulsivo.

Una vez que está por completo en mi interior, suelta un suspiro torturado y me sonríe. Beso su pecho y lo acerco más a mí.

—Esto… No sé si duraré mucho, Lu. Estás tan apretada que siento demasiadas cosas placenteras a la vez y es la hostia —confiesa avergonzado.

—Está siendo perfecto —respondo sincera—. No podría ser mejor de lo que está siendo.

Me regala una sonrisa preciosa antes de empezar a mover las caderas y empujar en mi interior.

Todavía sigue siendo una sensación extraña, pero me llegan ramalazos de placer con las envestidas que me da. Una de ellas me produce tal sensación que un gemido se me escapa de la garganta sin poder remediarlo mientras arqueo la espalda.

—¡Joder! —dice antes de darme el morreo más sucio, en el buen sentido, que me ha dado hasta ahora.

Nos besamos como si nos fuera la vida en ello mientras Mauri acelera el ritmo. Siento de nuevo una bola en mi bajo vientre que quiere explotar y lo hace cuando él se empieza a agitar en mi interior.

No ha sido tan intenso como el de antes, pero sí que me ha dado bastante más placer del que he pensado que podría sentir después del dolor de la primera vez.

Mauri sale de mi interior, se levanta y tira el preservativo en la papelera de mi escritorio. Vuelve a la cama y se acuesta con cuidado a mi lado, cubriéndonos a ambos con el edredón. Estira su brazo y me aprieta contra él.

—¿Ahora te duele? ¿Puedo hacer algo? —pregunta apoyando la mano en mi vientre.

—No me duele. Solo quiero que nos quedemos así un ratito —pido.

—No pensaba alejarme ni un milímetro de ti.

Apoyo la cabeza en su pecho y aspiro su olor mezclado con el sudor de lo que acabamos de hacer y huele a casa. Su colonia, Sportman, es fresca y deja un olor muy rico cuando pasa un rato desde que se la ha puesto. Estar así tumbados en la cama abrazados y oliendo a Mauri es la mejor sensación que he sentido nunca.

Mauri se ha preocupado, me ha adorado y me ha hecho sentir que yo era lo más importante para él. Aun ahora me sigue cuidando pasándome distraídamente la mano por la espalda con cariño y delicadeza. Me toca como si pensara que me duele todo el cuerpo cuando ya no es así, la sensación que siento es de relajación.

Los dos estamos en silencio, saboreando lo bien que sienta el

habernos unido a este nivel. Ha sido increíble y, aunque no perfecto, no lo cambiaría por nada.



—Lucilú, despierta —escucho la voz de Mauri antes de sentir unos labios besándome la frente.

Abro los ojos y me encuentro a Mauri acuclillado junto a la cama con su pantalón negro de cuadros de pijama y una camiseta gris que se aprieta a su cuerpo.

Sonrío al verle las gafas puestas. Me encanta porque está atractivo a rabiar, a pesar de que las usa debido a que de cerca no ve demasiado bien. Suele llevar lentillas, pero en casa siempre usa las gafas y sabe que a mí me vuelve loca verlo con ellas.

—¡Qué guapo! Quiero un beso, porfa —pido todavía medio dormida.

Mauri sonríe y me da un beso breve en los labios. Intento atraerlo hacia mí agarrándolo por la camiseta, pero niega con la cabeza.

—Venga, dormilona. Está la cena esperándonos.

¡Cómo sabe conquistarme! Adoro la *pizza*. Es una de esas comidas que podría comer varias veces a la semana sin cansarme.

Me levanto con energía renovada y me pongo el pijama en tiempo récord mientras Mauri me observa divertido apoyado en el quicio de la puerta.

—Si es que ya sabía yo que iba a ser nombrar la *pizza* y que te pusieras en funcionamiento. Por eso la he pedido mientras dormías para que no tuvieras que esperar.

—Si es que he elegido muy bien —le digo pasando por su lado alegre y dándole una palmada en el culo.

Comemos mientras vemos la película que había sugerido él hace tan solo un par de horas, aunque parece que ha pasado mucho más tiempo.

Cuando acabamos de cenar, nos tumbamos en el sofá cubriéndonos

con una manta. Mauri me abraza y desliza la mano para agarrarme una teta, una manía que cogió hace meses y que a mí me hace gracia porque únicamente la rodea y deja la mano quieta sobre ella, como si temiera que se fuera a escapar.

Al terminar la película, recogemos la cena y nos metemos en mi cama pequeña, ya que dormir en la cama de mi madre o mi abuelo no es una opción y ninguno de los dos quiere, así que nos amoldamos al espacio.

Mauri me acerca a él y yo me abrazo a su pecho, ya que se ha quitado el pijama para dormir y está en bóxer y yo, en bragas. Es maravilloso sentirnos piel con piel sin miedo a que nadie entre en la habitación.

Poco a poco empezamos a tocarnos y a besarnos cada vez con más ganas hasta que terminamos acostándonos por segunda vez. Esta vez no me duele y siento más placer.

Al terminar, nos dormimos abrazados y nunca, en toda mi vida, he descansado tan bien.

CAPÍTULO 22

MUCHO ES IGUAL A INFINITO

Lucía

Nos pasamos el resto del fin de semana escuchando música, viendo películas y dándonos placer. No somos unos expertos, ni mucho menos, pero estamos mejorando y disfrutando juntos del proceso.

La confianza es uno de nuestros puntos fuertes, así que cada uno le ha enseñado al otro cómo le gusta que le toque o el ritmo perfecto para que se deje llevar. Incluso Mauri se ha atrevido a practicarme sexo oral, aunque me dio tanta vergüenza que me empecé a reír de los nervios. Yo todavía no me he atrevido a hacérselo y él solo me ha dicho que no quería que hiciera nada por presión o por devolverle el favor, que teníamos toda la vida para aprender y seguir experimentando juntos. Siempre juntos.

Por desgracia, lo bueno se acaba pronto y ya estamos a domingo por la tarde. En poco menos de media hora llegan mi madre y mi abuelo, así que estoy sentada en mi cama viendo cómo Mauri mete su ropa y su neceser en la mochila.

Me estoy poniendo triste y me están entrando ganas de llorar. Puede parecer una tontería, pero este fin de semana ha sido tan increíble que no quiero que termine nunca. No quiero volver a dormir sola en mi cama después de saber lo a gusto que he dormido entre sus brazos y lo maravilloso que ha sido despertarme con su olor llenándolo todo.

—Venga, Lucilú. No pongas esa cara de pena que ha sido un fin de semana inmejorable —dice acercándose a mí preocupado.

—Lo sé, pero no quiero que termine —respondo en voz baja.

—Ni yo, pero mañana te veo a primera hora para ir al instituto —propone intentando animarme.

Posa las manos en mi rostro y me mira con ternura antes de besarme con calma, saboreando cada segundo del beso.

—Te quiero mucho —susurra contra mi boca.

—¿Cuánto es mucho? —pregunto con una pequeña sonrisa.

—Infinito —contesta al instante muy seguro.

Le doy un abrazo antes de que coja su mochila y nos dirijamos a la entrada de mi casa. En ese momento escuchamos la llave y se abre la puerta.

—Pili, estás muy rara. Todo el día perdiendo el tiempo y mira a qué hora llegamos —protesta mi abuelo mirando hacia mi madre, que lo sigue cargada con la maleta.

Mi progenitora pone los ojos en blanco, gesto que, sin duda, le he copiado infinidad de veces y me sonríe cómplice al vernos a Mauri y a mí. Me había prometido que hasta las seis no volverían, para que pudiéramos aprovechar también el domingo juntos. Hemos charlado largo y tendido sobre el hecho de acostarme con mi novio, y ella siempre ha mantenido que cuando estuviera preparada lo iba a sentir y me daría mi espacio para estar tranquilos.

Nuestras madres nos tuvieron muy jóvenes. Los padres de Mauri llevaban saliendo desde los catorce, así que cuando Lourdes se quedó embarazada con veinte años se casaron. Mi madre, por su lado, se quedó embarazada de mi padre, un francés que estaba aquí por trabajo, tras un par de meses saliendo, cuando también tenía veinte, pero desapareció en cuanto supo que yo venía de camino y no hemos sabido nada más de él. Ni falta que hace, porque siempre hemos vivido con mis abuelos y Ramón es mi abuelo, pero siempre ha ejercido también de padre. Nunca he sentido que me faltara nada.

Así que no es extraño que ambas estén encantadas con nuestra relación. Aunque yo nunca había estado en casa de Mauri antes de salir juntos ni él en la mía, nuestras madres sí son habituales en la casa de la otra y la confianza que tenemos con nuestras respectivas suegras es enorme.

—Hombre, pero si está aquí el chaval —dice mi abuelo al vernos.

Con él Mauri no tenía confianza, pero a base de venir a casa, ver películas juntos y echarse algún que otro tute, a estas alturas mi abuelo es el mayor fan de mi novio.

—Buenas tardes, Ramón. ¿Qué tal por el pueblo? ¿Has podido ver a tus hermanos? —pregunta Mauri.

—La verdad es que lo hemos pasado muy bien, ¿verdad, pequeña?

—Sí. De vez en cuando respirar aire fresco y meterte un par de buenas comidas de pueblo sienta de maravilla —responde mi madre —. A ver si lío a tu madre para irnos un fin de semana allí las dos solas, sin hijos, ni marido, ni padre.

—No creo que te cueste mucho convencerla —responde riéndose—. Bueno, yo me voy ya, que he quedado con Carlos.

Mauri se despide de ellos con dos besos y al llegar a mí se inclina y al momento se pone recto al ser consciente de que tenemos público. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla al ver que mi abuelo parece no tener prisa en dejar su gorra y su chaqueta en el perchero.

Una vez se cierra la puerta sonrío contenta.

—¿Se ha portado bien? —pregunta mi abuelo mirándome serio.

—¡Mamá! ¿Qué le has contado al abuelo? —increpo indignada, aunque mi madre se mete en su habitación riéndose.

—No me ha contado nada, pero tonto no soy y yo también tuve diecisiete años y una novia que, por cierto, era tu abuela y bien hermosa que era.

—Sois peor que las señoras de pueblo, de verdad —respondo.

Le doy un beso sonoro, de los que sé que le encantan, antes de ir a la habitación de mi madre.

—No quiero detalles, pero ¿estás contenta? —pregunta en cuanto entro por la puerta.

—Fue cuidadoso, cariñoso y ha sido un fin de semana mágico. Creo que estoy enamorada, mamá —me sincero.

—¿Crees? Ay, cielo, hace mucho que estáis enamorados como dos tontos y es maravilloso veros. Me alegro mucho de que tengas a alguien que te cuide tanto. No te mereces menos. —Me abraza—. ¿Habéis tomado precauciones?

—Sí, no te preocupes por eso que no tengo ninguna intención de quedarme embarazada tan joven.

—Por eso eres la más lista de las dos —responde riéndose—. Venga, ayúdame a pelar las patatas para la tortilla.

Sigo a mi madre hasta la cocina y no puedo evitar pensar en que se me ha hecho corto el fin de semana y que ojalá podamos hacer planes así más a menudo. El Mauri adormilado es todavía más cariñoso y me

encanta. Aunque, para qué engañarme, Mauri me encanta de todas las formas posibles.



CAPÍTULO 23

NO TODO ES RECHAZO

Mauri

Presente

Llevo dos semanas sin ver a Lucía y siento que no avanzo con ella.

He estado centrado en el inicio de un nuevo proyecto y solo he visto a Carlos. Desde que he vuelto quedamos mínimo una vez a la semana. Siento que Berta crece muy rápido y ya me he perdido los tres primeros años, así que no me quiero perder nada más de mi ahijada. Además, hablar con Carlos siempre me ha sentado bien. Es despreocupado, pero a veces tiene una forma de pensar con la que consigue que todo parezca mucho más sencillo y pese menos.

Hoy, aprovechando que Halloween está a la vuelta de la esquina, hemos decidido hacer un *escape room* de miedo que ha elegido Raúl. Ari y Álex han subido a Galicia a ver a los padres de la primera y Carlota y Marcos se han escapado de fin de semana, así que solo estamos Hugo, Sara, Raúl, Laura, Lucía y yo.

—Chicos, muchas gracias por incluirme en el plan a pesar de que Ari no esté —dice Laura en cuanto estamos todos juntos esperando a entrar en el local.

—No te aceptamos por Ari. Eres ya una más del grupo y más ahora que por fin has aprobado las oposiciones y te mudas —responde Sara con la alegría que la caracteriza—. Esta noche lo celebramos.

—Va a estar muy bien tenerte por aquí —responde Raúl guiñándole un ojo nada disimulado.

Intuyo que estos dos se traen algo entre manos. Es cierto que nunca los he visto en ninguna situación comprometida, pero la mirada que están intercambiando ahora mismo es bastante sospechosa.

No sé qué le iba a contestar ella porque en ese momento una mujer vestida de novia cadáver abre la puerta y nos pide que la acompañemos.

Recorremos un pasillo con muy poca luz y, al llegar al final, nos

pide que nos pongamos de dos en dos. El reto es el mismo para las tres parejas, pero gana la que lo resuelva en menos tiempo.

—Yo voy con Hugo. Soy una cagada y necesito que vaya conmigo —dice Sara al instante agarrándose al brazo de su chico.

—Laurita y yo vamos juntos. A Mauri apenas lo conoce y a Lucía seguro que le tiene hasta miedo de lo borde que es a veces —añade Raúl dando más explicaciones de las que nadie le ha pedido.

—Oye, que yo no le tengo miedo a Lucía —responde ella, y añade mirándola—: No me importaría ir contigo, de verdad.

En ese momento Lucía y Raúl se miran fijamente y veo el instante exacto en el que Lucía claudica. Su suspiro es tan grande que estoy seguro de que todos lo hemos escuchado.

—No te preocupes, yo voy con Mauri que me gusta ganar y es bueno en estas cosas —responde, y sé que ni ella misma se cree la excusa que acaba de poner, porque si hay alguien a quien se le da bien es a ella.

Antes de separarnos en tres salas distintas, Hugo me sonríe y sé que intenta darme ánimos. Ambos sabemos que Lucía no me lo va a poner nada fácil.

—Solo he aceptado este reparto porque parece que Raúl tiene mucho interés en ir con Laura —dice Lucía en cuanto nos quedamos a solas.

—Sí, tranquila. En ningún momento he pensado que era por el placer de disfrutar de mi compañía —respondo con calma.

—Aun así, quiero ganar.

—No esperaba menos. ¿Cómo lo hacemos?

—Yo me encargo de acertijos y puzles y tú, de códigos y candados —resuelve.

—Siempre tan práctica —murmuro y ella alza una ceja—. No lo digo en el mal sentido. Sé que al ir contigo ganaremos. Siempre hemos formado buen equipo.

—Tú y yo nunca más volveremos a ser equipo. Somos solo compañeros de actividad —dice en tono seco.

No respondo.

Me ha dolido tanto que ni siquiera quiera ser equipo en un

puñetero juego que me giro antes de que pueda ver el daño que me acaba de hacer con solo unas pocas palabras.



El juego avanza y cada uno se ha encargado de las tareas que ha repartido ella al principio. Apenas hemos intercambiado más de un par de frases necesarias para continuar y ni siquiera hemos vuelto a establecer contacto visual, no quiero que vea lo vulnerable que me siento ahora mismo y Lucía siempre me ha sabido leer demasiado bien.

Conseguimos abrir la puerta y nos metemos en un cuarto pequeño en el que indica que debemos esperar unos minutos hasta que los espíritus completen la posesión de nuestros cuerpos, mientras empieza a sonar una música tétrica y las luces empiezan a parpadear.

Todo va bien hasta que, de repente, nos quedamos por completo a oscuras. A los pocos segundos siento que Lucía me rodea con los brazos y aprieta su cuerpo contra el mío.

Al principio me pilla por sorpresa, pero decido disfrutarlo en lugar de pensar el porqué. La estrecho contra mí y no puedo evitar oler su pelo y sentir una paz que hacía tiempo que no sentía mientras le doy un beso en el pelo.

—No pasa nada, Lucilú. Estoy aquí contigo, ¿vale? —susurro.

Ella entierra la cabeza en mi cuello y siento cómo aspira y deja escapar todo el aire.

—Siempre has olido tan bien —murmura en voz muy baja.

Se me escapa una sonrisa porque estoy seguro de que esto último lo ha dicho pensando que no la he escuchado, pero qué bien sienta saber que no todo lo referente a mí le provoca rechazo a estas alturas.

CAPÍTULO 24

LA ROCA A VECES TIENE QUE AFLOJAR

Lucía

Sé que está mal sentirme tan bien ahora después de lo cabrona que he sido antes con Mauri.

Claro que siempre hemos sido un buen equipo, lo sé de sobra, pero ya no lo somos y no puedo evitar sentirme así por mucho que él intente acercarse y normalizar las cosas entre ambos.

Aun así, estar entre sus brazos es liberador. Ha sido rodear su cuerpo y sentir que encajábamos. Siento que era el sitio en el que tenía que estar, y ese sentimiento me aterra porque Mauri y yo ya no volveremos a ser dos piezas del mismo rompecabezas.

Podría decir que lo abrazo por la oscuridad, pero nunca me ha dado miedo. Lo abrazo porque, aunque él haya intentado disimularlo, sé que le ha dolido lo que he dicho y me jode saber que ahora mismo preferiría estar en cualquier sitio menos aquí conmigo.

Me lo merezco, lo sé, y yo misma hasta hace un rato tampoco quería estar aquí con él como compañero, pero nunca he podido aguantar su cara de tristeza, es superior a mí. Cuando se pone triste toda su cara lo refleja y soy incapaz de ignorar que esta vez la culpable soy yo, así que en cuanto nos quedamos a oscuras no puedo reprimir más las ganas de abrazarlo y consolarlo.

Curioso, puesto que él cree que me está consolando a mí y no al revés, pero tampoco voy a sacarlo de su equivocación. No quiero que piense lo que no es. Solo sé que necesitaba un abrazo y se lo he dado como él ha hecho tantas veces conmigo.

Ni siquiera me molesta que me llame por el mote que me puso hace tantos años, porque el momento es íntimo y me gusta escucharlo. Me transporta un par de segundos a tantos momentos buenos que hemos vivido.

Cuando las luces vuelven a parpadear, sé que es el momento de separarme y, muy a mi pesar, me gustaría quedarme así un poco más. Los brazos de Mauri siempre me han dado calma, incluso en los peores

momentos, pero ya no me pertenecen, por mucho que duela.

Aspiro su olor por última vez, impregnando mi nariz de su colonia, y me separo en cuanto la luz vuelve.

Mauri me mira con cautela, como si no supiera cómo actuar ahora conmigo. ¿Desde cuándo no sabemos cómo actuar el uno con el otro? Es triste haber llegado a este punto.

—No hablaremos de esto. Nunca —digo.

Lo escucho suspirar y, cuando lo miro, la tristeza sigue reflejada en su rostro.

—Pero gracias —susurro antes de sonreír con pena.

Mauri me devuelve la sonrisa más triste que le he visto hasta ahora y solo asiente, dejándome un poco rota al darme cuenta del poder que pueden tener unas pocas palabras dichas desde el rencor.



Hace ya una hora que hemos terminado el *escape room* y ni siquiera el haber ganado ha cambiado el estado de ánimo de Mauri. Sigue cabizbajo y más callado de lo habitual.

A veces me pierdo en sentimientos negativos y hago daño gratuito. No me gusta ser así, pero las pérdidas me han ido convirtiendo en una persona que a veces me cuesta reconocer y que no me gusta en absoluto. Así que cuando Mauri dice que él no va a salir, decido volver al barrio con él para pedirle perdón, ya que le he estropeado el día y no me parece justo.

—Espera, voy contigo. Tampoco me apetece salir —le digo en cuanto se despide.

Todos se quedan callados y es entonces cuando me doy cuenta de que seguramente sea la primera vez que le hablo directamente a él por voluntad propia.

Hugo me sonríe y asiente con la cabeza.

—La roca a veces tiene que aflojar —me susurra cuando me da un abrazo—. No sé qué ha pasado ahí dentro, pero lo ha dejado tocado.

Asiento siendo consciente de que tiene razón y nos despedimos del resto.

A pesar de meternos juntos en la estación de metro y el vagón, ninguno habla. Él sé que no quiere hacerlo porque está dolido y no quiere decirme nada malo, nunca ha sido de ese tipo de personas que hacen daño gratuito, por muy enfadado que esté. Tiene un temple que ya me gustaría a mí en determinados momentos como este, que si hubiera mantenido la boca cerrada él no estaría así de triste.

Cuando salimos de nuevo a la calle en nuestro barrio, sé que no puedo atrasarlo más.

—Lo siento, ¿vale? Sé que me he pasado y me arrepiento.

—No te preocupes. Sabes que no me suele durar mucho y en un rato estaré bien. No pasa nada.

—Sí pasa. He querido marcar las distancias y he hablado desde el resentimiento, pero no te lo merecías.

Mauri levanta una mano y la acerca a mi cara, pero la baja y suspira frustrado.

—Eso no significa que no pienses lo que has dicho y que, para ti, nunca más volveremos a ser equipo. El problema no son las palabras, sino que eso es lo que sientes de verdad, Lucía.

¿Eso es lo que siento? Una parte de mí cree que no quiero volver a saber nada más de él, pero otra me recuerda lo bien que me sentí en sus brazos y que esa paz no la he vuelto a sentir desde que rompimos.

Por sus palabras parece que Mauri ha sido capaz de olvidarlo todo y echa de menos lo que éramos. Yo también lo hago, pero ojalá fuera mucho más sencillo olvidar todo lo malo y todos los pensamientos negativos que llevan tantos años acompañándome.

Pasamos un par de segundos mirándonos y no sé qué es lo que ve él en mi mirada, pero niega con la cabeza ante mi silencio y abre la boca antes de que una voz dulce nos interrumpa.

—¡Te cacé! —exclama una niña pequeña abrazándose a sus piernas.

—Enana, no deberías escaparte de tus padres —dice Mauri con voz suave—. ¿De dónde sales?

—De casa de los abuelos.

—¡Berta! ¿Qué hemos dicho de no echar a correr por la calle?

Me giro y veo a Carlos y a Martina, que se acercan a nosotros. Hace años que no los veo y ni siquiera sabía que tenían una hija. Una hija preciosa, debo añadir. Entre sus tirabuzones oscuros y que no deja de abrazar a Mauri, que la ha cogido en brazos, siento el corazón un poco más calentito que hace un par de minutos.

—Lucía, ¡cuánto tiempo sin verte! —dice Carlos antes de darme un abrazo que me pilla por sorpresa.

Martina, un poco más tranquila, me da dos besos y me regala una sonrisa.

—Tenéis una hija preciosa —respondo devolviéndosela.

—Gracias —responde Carlos—. Os ha visto en cuanto hemos salido de casa de mis padres. Ha dicho «padrino» y se ha dado a la fuga. Le encanta darnos estos sustos —añade riéndose.

—Siempre te digo que eres una gamberra —dice Mauri con cariño mientras le hace cosquillas a Berta, que se ríe y juraría que es la risa más bonita que he escuchado en mi vida.

—Le hemos prometido a Berta cenar fuera, ¿os apetece acompañarnos? —pregunta Martina.

—Me apunto.

—Yo me tengo que ir, pero pasadlo muy bien —respondo.

—Otro día será —dice Carlos con una sonrisa mientras me da otro abrazo—. Me alegro mucho de verte, de verdad.

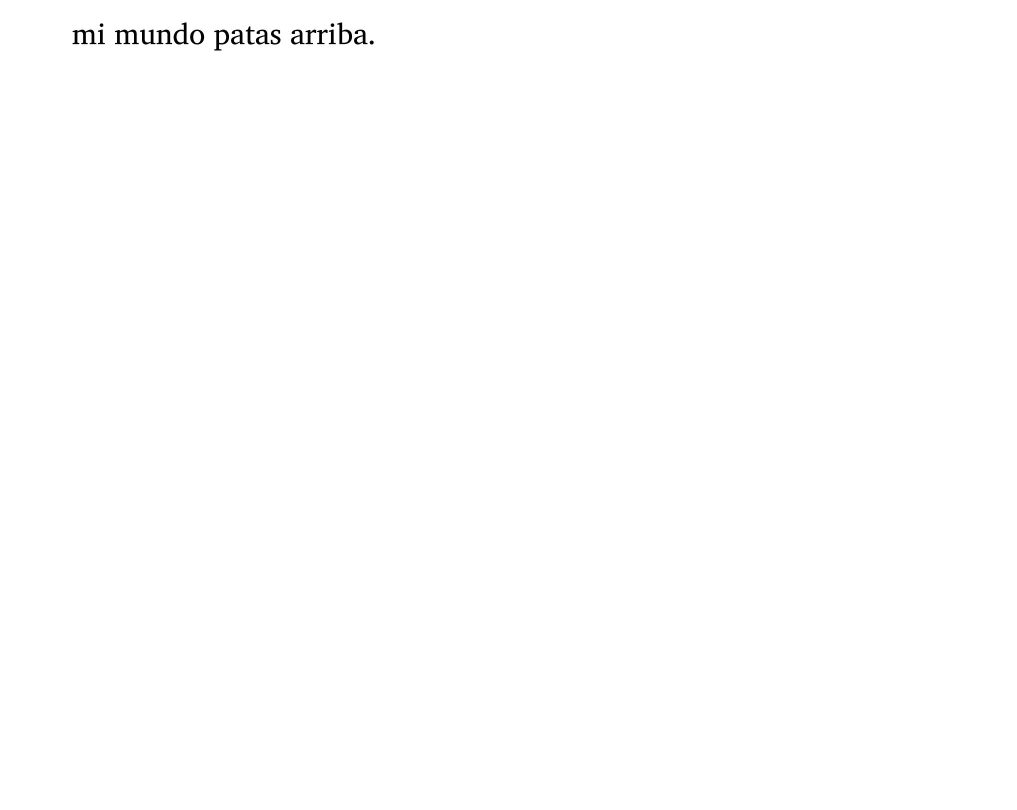
Me despido de ellos y me dirijo a mi casa.

Me ha gustado verlos y saber que siguen juntos. Carlos siempre me ha caído muy bien y nos llevábamos genial, hasta que Mauri y yo lo dejamos y me distancié de él, puesto que verlo me recordaba demasiado a otras épocas. Con Martina la relación siempre ha sido más distante por mi parte, pero es una chica agradable que nunca ha tenido una mala frase hacia mí.

Es curioso lo rápido que cambia la vida con el paso del tiempo.

En cinco años he perdido al único chico del que me he enamorado y a mi madre de una forma dolorosa y horrible aislándome de todos menos de Hugo y de mi abuelo, pero durante este tiempo Carlos ha tenido una hija y Mauri ha vivido en Barcelona, se ha convertido en padrino de una niña preciosa y ahora ha vuelto a Madrid para poner

mi mundo patas arriba.



CAPÍTULO 25

ESPÉRAME EN LA META

Mauri

Nueve años antes

Salgo de la ducha a toda prisa. Carlos lleva veinte minutos esperándome en el parque.

Este fin de semana mis padres se han ido de *spa* por su aniversario y nos han dejado a María y a mí solos en casa. Mi hermana decidió invitar a su mejor amiga cuando supo que Lucía se iba a quedar con nosotros, ya que decía que no iba a estar en medio de los dos como la típica hermana pesada y yo la adoré por ello, así que acabamos los cuatro pidiendo comida a domicilio y jugando a juegos de mesa, aunque después Lucía y yo nos fuimos al cine y disfrutamos otra vez de poder dormir juntos.

El sonido del móvil me saca de mis pensamientos y me río cuando veo que es un mensaje de mi mejor amigo, cuya paciencia no es una de sus mayores virtudes.

CARLOS: *Me voy a hacer viejo de esperarte.*
¡Baja ya, capullo! Al menos píllame una birra.

Cuando llego al parque me lo encuentro liándose un cigarro y le paso la cerveza que me ha pedido.

—¿Cuánto te debo? —pregunta.

—Es un regalo por tenerte esperando tanto tiempo.

—Pues tienes razón, soy un amigo de puta madre —dice risueño—. ¿Dónde te has metido todo el fin de semana?

—Mis padres se han ido, así que Lucía se ha venido a mi casa.

—Vamos, que os habéis pasado el fin de semana follando como conejos.

—No hablo de mi vida privada —respondo riéndome.

—Sí hablabas hasta que llegó Lucía.

—Poco tenía que contar antes de ella.

—Pero alguna cosa siempre contabas. Mira que te ha pegado fuerte, eh. Pero me alegro, Lucía es una tía de puta madre.

Y no es que necesitara la aprobación de mi amigo, pero me siento orgulloso de que mi chica le caiga bien. Carlos lleva toda la vida conmigo y es importante para mí. Así todo es mucho más sencillo.

—Gracias. Y tú, ¿qué has hecho este fin de semana?

—Pues quedar con los del ciclo e ir a la Silikona. ¿Sabes quién estaba liándola allí en los baños?

—¿Liándola en qué plan? —pregunto.

Carlos es incapaz de guardarse un cotilleo y hace tiempo que aprendí que, me interesara más o menos el cotilleo, era mejor escucharlo y quererlo tal y como es.

—Mamada a un tío y el portero echándolos de la discoteca a ambos.

—Sorpréndeme, ¿los conozco?

—Rosa y un tío que no había visto en mi vida.

—Pues eso que se llevan.

—Esa tía no es trigo limpio, te lo digo yo —dice Carlos convencido.

—Pero si te liaste con ella un par de veces —le respondo riéndome.

—Una cosa no quita la otra, pero dejé de liarme con ella porque no me gustaba su forma de ser. Estaba conmigo y no paraba de mirar a los tíos que estaban alrededor. Es de esas personas que quieren gustar sexualmente a todo el mundo para sentirse superiores. ¿No te das cuenta de que tu propia novia está más cohibida cuando está la otra delante? Rosa tiene la necesidad de ser siempre el centro y llamar la atención.

—Lo sé y lo hemos comentado Lucía y yo, pero prefiere dejar a Rosa brillar, puesto que nunca le ha gustado ser la protagonista y dice que, si no, Rosa se pone borde y aguantarla es peor.

—Lo dicho, Lucía es la hostia. Tienes suerte, capullo —dice extiendo el puño y se lo choco riéndome—. ¿Tienes planes para dentro de dos fines de semana?

—¿Qué tienes en mente?

—Pues hablé con Hugo y los del ciclo de ir al concierto de Beltrán

el viernes. Mañana vamos a pillar las entradas. ¿Te pillo dos?

—Solo una. Lucía seguro que no sale. Tiene al día siguiente el examen de inglés que lleva preparando un año.

—Perfecto. Me tengo que ir ya. Mi viejo está un poco pesado con qué voy a hacer en verano y eso que estamos todavía en primavera. Me espera un fin de curso duro.

Nos separamos en la esquina de nuestra calle y subo a casa. Mis padres ya han llegado y sabían que Lucía iba a venir a casa y que yo tenía la orden de cuidar de mi hermana, pero no han hecho más que las típicas preguntas de rigor sobre si hemos comido bien.

Apuesto, sin ningún tipo de miedo a equivocarme, que Lucía le habrá contado a su madre nuestro fin de semana, sin entrar en detalles innecesarios, así que Pilar ya habrá puesto a mi madre al día y, por extensión, mi padre lo sabrá todo antes de quedarse hoy dormido. Así son mis padres, por las noches comparten los cotilleos que tienen sobre sus hijos sin sentir ni un ápice de arrepentimiento.

Acabamos de cenar mientras mi hermana nos pone al día entusiasmada sobre sus avances con el piano. María tiene dos años menos que yo y adora tocarlo desde que era pequeña, pero hace unos años empezó a decir que se quería dedicar a ello a nivel profesional, así que va a clases particulares dos veces a la semana y ha mejorado un montón.

—¿Puedo tocarte la última canción que he aprendido antes de que empiece? Porfa, porfa —me pide al trasladarnos al salón para ver la serie de turno todos juntos. En mi casa somos mucho de ver las series semanales en familia.

—Claro que sí, enana —respondo, pues hacerla feliz siempre ha sido una de mis prioridades.

A pesar de que ella es más pequeña, nos llevamos muy bien. Sé que a veces soy demasiado protector porque es más joven y no quiero que ningún capullo le haga daño, pero también soy consciente de que tiene que vivir y equivocarse. Por suerte todavía falta una temporada para que empiece a fijarse en chicos, o eso quiero creer.

María se sienta en el piano con esa gracia natural que tiene, levanta la tapa y nos dedica una sonrisa orgullosa antes de ponerse a tocar. No

sé qué canción es, ni la época ni el autor, pero sí sé que mi hermana es una artista y que, si se esfuerza, va a poder vivir de ello.

Llámalo orgullo de hermano mayor, pero María ha nacido para tocar el piano.



Después de ver el capítulo de esta semana de *Los Serrano*, me meto en la cama y pienso, para variar, en Lucía. Si siempre está dando vueltas en mi cabeza, después de otro maravilloso fin de semana juntos se va a marear de tanto girar.

Sin dudar, saco el móvil y le envío un mensaje con la letra de la canción *Abrazos impares* de Rayden. Una costumbre que tenemos desde hace tiempo y me encanta.

MAURI: *«Gritaré con fuerza todo lo que he conseguido para que por una vez el mundo y tú seáis testigos. Espérame en la meta, que aún me queda recorrido, pero que tu mejor parte me acompañe en el camino». Te quiero.*

CAPÍTULO 26

NUESTRA FAMILIA ES DE TRES

Lucía

Antes de dormir me tiro sobre la cama con los pies apoyados en la pared y sonrío al leer el mensaje que me envía Mauri y le contesto al instante con la letra de la canción *Quédate*.

> **LUCÍA:** *«Quédate conmigo hasta que ya no salga el sol. Déjame abrazarte para sentir tu calor. Pase lo que pase, nunca te diré un adiós. Hasta el día en que me muera, tú en mi corazón. Y ahora sé el significado de lo que es querer», Shé. Y yo te quiero infinito.*

Tras un par de mensajes tontos en los que seguimos confesando esas cosas que tanto nos gustan, pero que nos daría vergüenza que otros leyeran, nos despedimos y llamo a Rosa.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Acabo de llegar a casa de quedar con Adrián.

—¿El tío de los recreativos? ¿El que tenía veinte años y te gustaba tanto?

—Sí. Ayer lo puse como una moto haciéndole una mamada en los baños de la discoteca y hoy quería terminar la jugada. Me encanta tener ese poder sobre los tíos, te la metes en la boca y se olvidan hasta de cómo respirar —dice riéndose a través de la línea.

A Rosa siempre le ha gustado sentirse deseada y que todos los chicos posibles estén detrás de ella. Disfruta con ello y, a pesar de que triunfa mucho debido a que es preciosa, sus líos nunca duran más de un par de semanas. Más de una vez que le ha dado bajón al saber que los chicos no quieren nada más que sexo con ella.

—Bueno, cuéntame tú. ¿Habéis follado mucho el fin de semana? —pregunta.

Pongo los ojos en blanco aunque no pueda verme. No me gusta que lo simplifique tanto, ya que lo que hacemos Mauri y yo no es echar polvos. Siempre es mucho más. Sin embargo, discutir con ella sobre

eso, que lo reduce todo a follar, no tiene sentido.

—Sí, nos hemos acostado y ha estado muy bien.

—¿Folla bien Mauri? Dame detalles, ¿la tiene grande?

—Tía, es mi novio. Ya te he dicho más de una vez que no voy a darte ese tipo de detalles. Ha estado genial y es todo lo que tienes que saber.

—¡Qué aburrida! Después no me pidas detalles a mí —responde borde.

—Nunca jamás te los he pedido. Eres tú la que siempre da demasiados —respondo riéndome.

—¿Se la has chupado por fin? —Pongo los ojos en blanco de nuevo desesperada. Está muy pesada con ese tema y lo haré cuando me sienta preparada.

—No, pero hemos hecho otras cosas maravillosas —respondo.

—Coño, espabila, Lucía. A los tíos les flipan las mamadas. Si no se la haces tú, saldrá a buscarlo en otra —dice seria, tratándome como si fuera tonta.

—Lo dudo mucho, pero gracias por tus consejos —respondo fríamente.

—Veremos. Te tengo que dejar, han llegado mis padres de cenar fuera y ya sabes que si escuchan la palabra polla y boca en la misma frase puede que les explote la puta cabeza —se despide.

Tras colgar siento una sensación rara en el cuerpo. Sé que Rosa no tiene razón, Mauri no es así, pero lo que no me ha gustado ni un pelo es que me trate con condescendencia. Siempre me ha hablado como si estuviera por encima de mí, pero desde que estoy con Mauri es como si le molestara verme feliz.

Cojo de nuevo el móvil y llamo a Hugo.

Le cuento todo y él no pide detalles ni yo se los doy, ya que a Hugo lo único que le importa es yo esté bien, y se pasa el día diciendo que Mauri está pillado por mí hasta las trancas.

—Pasa de ella. Se está convirtiendo en una persona bastante difícil de aguantar —me dice Hugo cuando le cuento la conversación con Rosa—. No hace falta que te diga que Mauri no es así, ¿verdad?

—Lo sé. Estoy muy tranquila con él.

—Menos mal, no dejes que te meta tonterías en la cabeza. Lo que tiene es un problema de autoestima gigante y mucha envidia de lo que tenéis Mauri y tú, puesto que es una insegura y ningún tío la soporta más de un par de veces.

Me quedo sin palabras porque es la primera vez que escucho a Hugo hablar así de otra persona. Hugo nunca ha sido de insultar o decir tacos, pero no necesita hacerlo para que sea más cierto lo que dice.

Medito sus palabras y lo cierto es que el problema de autoestima me encaja en su necesidad de hacerme sentir siempre por debajo de ella con comentarios como «sí, esa camiseta te queda bien, aunque te faltan tetas», o sus «para sacar tan buenas notas, eres un poco tonta con los tíos» cada vez que le intentaba explicar que ni Mauri ni yo teníamos prisa por acostarnos al principio. Nos gustaba ir descubriéndonos poco a poco.

Aun así, siento la necesidad de defenderla por ser mi amiga desde pequeña y, aunque es cierto que durante los últimos años ha cambiado bastante, me pueden los otros diez años de amistad.

—No es tan mala como parece. Sus padres pasan de ella y la obligan a estudiar lo que ellos quieren. Dirigen su vida sin ni siquiera preguntarle qué quiere ella y por eso está más rebelde esta última temporada.

—No sé, Lu. Desde luego, yo si fuera tú tendría cuidado con ella.

Mi respuesta muere en mi garganta cuando mi madre abre la puerta de mi habitación.

—¿Has visto la hora que es, Lucía? —pregunta seria, porque una es madre joven, pero sabe plantarse cuando hay que hacerlo—. Son las doce y media de la noche. Dame el móvil y a dormir.

—Vale —respondo sabiendo que tiene razón—. Mañana hablamos en el insti, Hugo.

Cuelgo y le doy el móvil a mi madre, que niega con la cabeza con el ceño fruncido.

—Una deja a su hija pasar el fin de semana en casa de su novio para que disfrute del amor de verdad y ya se cree que puede trasnochar entre semana y acostarse a las mil. —Suspira de forma

dramática—. Venga, apaga la luz. Que ya no serás virgen, pero las normas las sigo poniendo yo.

—¡Mamá! —digo muerta de vergüenza—. Mira que te encanta meterme estos cortes.

Se ríe de esa forma que tanto adoro y con la que le salen unas arrugas pequeñas en los ojos. Mi madre es preciosa y, aunque huye de las relaciones estables, sí que ha tenido algún amigo de vez en cuando, pero que nunca llegamos a conocer ni mi abuelo ni yo, ya que dice que su familia es de tres.

Se acerca a la cama y me da un beso en la frente.

—De todos modos, siempre seguirás siendo mi niña pequeña. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, ma.

CAPÍTULO 27

LOS MALDITOS MUROS

Mauri

Presente

Llego el viernes a casa de mis padres agotado tras un duro entrenamiento en el gimnasio.

Llevaba semanas queriendo apuntarme, pero siempre lo iba posponiendo hasta que el otro día volviendo de una reunión con un cliente pasé por delante y aproveché para hacerlo. En Barcelona hacía boxeo dos días a la semana, pero aquí hago máquinas y corro en la cinta hasta que ya no puedo más.

Al menos hacer ejercicio me mantiene ocupado por las tardes al acabar de trabajar y me ahorra pensar demasiado cuando me meto después en la cama.

—¡Qué bien huele! —digo al entrar en la cocina.

—Gracias, cariño. He hecho puré de calabaza de primero y guiso de segundo —responde mi madre.

—Si sigues cocinando lo que más le gusta al pipiolo, nunca dejará de aparecer para cenar —dice mi padre.

Los tres nos echamos a reír con la pulla de mi padre porque sabemos que él fue el primero que me insistía en que volviera a Madrid para estar cerca. Es más, hoy ha sido él el que me ha escrito para que viniera a cenar con la excusa de ver después el partido del Real Madrid juntos.

Cenamos mientras nos ponemos al día y aprovecho para que me cuenten qué les ha dicho el cardiólogo en la revisión que han tenido esta mañana.

—Todo bien. Estoy hecho un toro —dice mi padre con orgullo.

—Sí, pero también te ha dicho que no te emociones y sigas cuidándote —añade mi madre con paciencia.

—No te preocupes, Lourdes, que tienes Paco para rato —le dice apretándole la mano con cariño.

Mi madre se levanta y le da un abrazo. Todos lo pasamos mal cuando nos dio el susto, pero mi madre fue, sin duda, la que peor lo llevó. Al fin y al cabo, cuando llevas desde los catorce años con la misma persona es muy difícil asimilar que se pueda marchar.

Desde pequeños siempre nos han enseñado a colaborar en todo y a repartir las tareas, así que mi padre y yo recogemos la mesa, puesto que ella ha cocinado.

Cuando terminamos, nos sentamos en los sofás y mi madre pone el partido. Siempre le ha gustado el fútbol y no perdona ni un solo partido. Incluso se han ido más de una vez juntos al estadio a ver algún derbi o final de Champions.

Mis padres tienen ese tipo de relación en la que han pasado épocas malas, ya que son muchos años juntos, pero que siempre se han mantenido unidos y lo han superado todo, ya que se quieren con locura.

Ojalá haber seguido su ejemplo.



Dos horas después celebramos la victoria y decidimos llamar a mi hermana antes de que me vaya. Como vive en Toronto y son seis horas menos, la pillamos a media tarde cuando llega de hacer recados.

—¡Qué alegría! No contaba con veros hoy —responde tras descolgar la videollamada—. Anda, pero sí también está mi hermano favorito —añade con una sonrisa.

—Eres una pelota, enana. ¿Qué tal todo? —pregunto riéndome.

—Bien, la verdad es que estoy muy contenta porque hemos estado practicando mucho y el musical cada vez es más conocido y viene más gente.

—¡Qué bien! —exclamamos los tres a la vez.

—Hemos comprado los billetes para ir este verano a verte los tres. Vamos la primera quincena agosto, cuando el calor de Madrid no nos deje ni respirar —añade mi padre.

—¡Genial! Ya me aseguraré de guardar las vacaciones para esos días. Si queréis, podemos alquilar un coche y movernos un poco por el país.

—Eso sería fantástico. La otra vez solo vimos Toronto y alrededores y tengo ganas de ver más —respondo yo entusiasmado con la idea de volver a visitar a mi hermana y estar juntos tantos días.

Pasamos la siguiente media hora buscando sitios para ver y María nos promete que investigará qué merece la pena. Le encanta viajar y es por eso por lo que acabó viviendo allí cuando fue con la compañía con la que tocaba y le ofrecieron quedarse.

Una vez llego a mi casa, me meto en la cama y me pongo una película para dormir. De hecho, estoy tan cansado que no veo más de diez minutos antes de cerrar los ojos.



El sábado me levanto tarde y aprovecho para remolonear en la cama todo lo que puedo antes de ducharme y salir a desayunar fuera.

Una vez en la calle decido acercarme a la biblioteca a coger un par de libros, ya que prefiero cogerlos prestados que comprarlos, pues en mi minúscula casa no caben estanterías.

Cuando vuelvo a casa con un par de libros de Brandon Sanderson, decido que este fin de semana voy a dedicarme a leer y a estar tranquilo en casa, así que rechazo la invitación de Raúl para salir esta noche. Aunque me gusta salir, odio las resacas. Además, me apetece descansar después de las últimas semanas en las que mis emociones han pasado por distintos niveles de frustración, tristeza y resiliencia.

Lucía no me lo está poniendo fácil, pero me niego a pensar que sus disculpas del otro día no significaron nada. Como mínimo significaron que no le gusta hacerme daño, y eso ya es un gran progreso, puesto que las anteriores veces en las que coincidimos no le importó ser borde y distante.

Al final voy a tener que hacerle caso a Hugo y armarme de

paciencia hasta que ella decida bajar un poco los muros que tanto se ha molestado en levantar contra mí, pero al menos el abrazo que nos dimos me dio los ánimos suficientes como para no perder la esperanza y ser paciente.

CAPÍTULO 28

PERSONA VITAMINA

Lucía

Esta semana ha pasado volando.

Estamos a punto de lanzar una campaña de *marketing* importante y me ha consumido muchas horas del día revisar que todo estuviera perfecto.

Soy consciente de que también me he mantenido ocupada para no pensar en todo el asunto del abrazo, pero por mucho que lo he intentado, esa sensación de calma ha vuelto a mi cabeza más de una vez estos días. Además, no puedo evitar pensar en si me guardará rencor por lo que le dije, aunque conociéndolo como lo conozco sé que no, ya que él no es ni la mitad de rencoroso de lo que lo soy yo.

Me bajo del coche y toco el timbre de la casa de Hugo y Sara, ya que me ha invitado esta última cuando le he comentado que mi abuelo se había ido al pueblo porque tenía una comida en casa de uno de sus hermanos. Lo bueno de que mi abuelo se mudara a Madrid para trabajar cuando era joven es que es muy independiente y va y viene en su coche a su antojo. Eso sí, el domingo antes de comer ya está en casa, ya que le gusta dormir la siesta en su butaca.

La puerta se abre y Erik aparece ladrando y moviendo el rabo con alegría. Es un perro tan suave que es maravilloso acariciarlo, aunque después de un rato siempre se cansa y se va a su cama con el juguete de turno.

Abro el bolso y le doy un hueso enorme que le compré en el supermercado cuando fui a comprar una botella de vino que me pienso beber hoy con mi amiga. Hugo se ha ido a dormir a la montaña con su padre, así que estamos las dos solas y por eso me voy a quedar a dormir en su casa.

—Hueso y vino, ¡cómo sabes conquistarnos! —dice Sara alegre tras darme dos besos—. Vamos a ponerlo a enfriar para después de cenar. ¿Te apetece *pizza* casera?

—Siempre me apetece *pizza*. El día que te diga que no, llévame a

urgencias porque algo anda mal —respondo riéndome. Con ella me resulta muy fácil hacerlo.

Después de cenar en la isla de la cocina, decidimos movernos al sofá con un par de copas y la botella de vino. Erik nos sigue, ya que le gusta ir a su bola, pero cerca de la gente.

—Cuéntame, ¿habéis terminado el proyecto? —pregunta en cuanto nos sentamos.

—Sí. Mi equipo ha hecho un trabajo increíble y ayer estuve hasta tarde, pero por fin está todo perfecto —respondo.

—¡Pero si ayer era viernes y acabamos a las tres del mediodía! Lucía, necesitas trabajar las horas que te corresponden y disfrutar del tiempo libre.

—Lo sé, pero me cuesta. Cuando no estoy trabajando, quedo con vosotros o estoy leyendo y a veces pienso que si adelanto cosas del trabajo seré más productiva.

—¿Lo haces de verdad para adelantar tareas o porque así no piensas demasiado en otras cosas que te preocupan más esta temporada?

Me quedo callada. No me esperaba que Sara sacara el tema, aunque fuera de forma indirecta. Mauri es un tema que hasta ahora he hablado solo con Hugo, ya que es el único que sabe todo desde el principio y nos conoce a ambos, pero tal vez sea hora de que me abra con otra persona y no sé de nadie mejor que Sara para hacerlo.

—Bueno, la verdad es que últimamente siento que le doy demasiadas vueltas al tema de Mauri —respondo sincera.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—Sé que ha pasado mucho tiempo y va siendo hora de que pase página y podamos, al menos, tener una relación normal para que no afecte al resto, sobre todo a Hugo que es el que más está en el medio, pero te juro que me cuesta horrores que así sea.

—¿Tan grave fue vuestra ruptura? —pregunta.

—No es que fuera grave, es que dolió demasiado porque nos queríamos mucho. Yo creo que nos quedó grande tanto amor y no supimos gestionarlo en la distancia, así que lo dejamos y no volvimos a tener apenas contacto.

—¿Y ahora qué sientes por él?

—Siento rabia. Lo veo y soy incapaz de bajar los muros y mostrarme vulnerable. Cada vez que lo tengo cerca me acuerdo de lo bien que me sentía a su lado, pero también de lo mucho que me costó cerrar esa herida, si es que en algún momento lo hice, porque la verdad es que ya empiezo a dudarlo.

Nos quedamos un par de minutos calladas y sé que Sara está dejando que asimile lo que acabo de decir, puesto que es cierto, pero hasta ahora no me había permitido expresarlo en voz alta. Yo pensaba que Mauri estaba cerrado y olvidado, que nunca iba a volver a mi vida, pero desde que lo ha hecho ya no tengo nada claro.

—¿Qué opinas? —le pregunto.

Me sorprende buscar consejo en una amiga por ser la primera vez que lo hago desde hace casi diez años. Cuando pasó todo lo de Rosa, supe que me iba a costar mucho volver a confiar en otra chica, pero con Sara ni siquiera lo tuve que pensar. Al ver que mi mejor amigo perdía el culo por ella, empecé a fijarme más en su forma de comportarse y tratar a los demás.

Sara tiene una personalidad tan alegre que es imposible no dejarse arrastrar por ese positivismo y buen rollo. Es una persona vitamina y yo doy las gracias por que Hugo la haya puesto en nuestras vidas. Nunca le he escuchado decir nada malo de nadie y siempre está para todo el mundo. Ojalá más personas como ella en el mundo.

—Yo creo que tenéis que hablar las cosas. Cuando estamos todos juntos, solo veo dolor en los dos y es muy triste veros así. Creo que ambos sentisteis algo muy fuerte y que todavía quedan sentimientos, así que me parece una tortura no hablar e intentar ver qué es lo que está pasando, puesto que estáis sufriendo.

—No sé, no tengo claro que haya mucho de qué hablar. Ni siquiera tengo claro que queden sentimientos buenos en mí hacia él.

—Entonces te voy a dar el mismo consejo que me diste a mí con Hugo en su día: no te precipites y piensa bien las cosas. Si hablas con él desde el rencor solo vas a conseguir haceros más daño.

Me guardo para mí que eso es justo lo que pasó la última vez que nos vimos, que el que habló fue mi rencor y después me sentí muy mal

por haber sido así. Aunque sienta que apenas queda nada del amor que nos teníamos, sí que hay todavía algo de cariño y hacerle daño tampoco me gusta.

—Me voy a pensar tu consejo —concedo—. Ahora, ponte otra copa de vino y cuéntame tú qué tal va la organización del viaje a Nepal que vais a hacer Hugo y tú el año que viene.

No sé si le voy a hacer caso o no, pero lo cierto es que el haber hablado del tema consigue que mi cabeza descanse un poco más y que esa noche duerma mucho mejor que los últimos días.

A veces solo necesitamos compartir lo que no deja de dar vueltas, ya que escuchar otro punto de vista hace que todo sea más sencillo.

Antes me aterraba iniciar cualquier relación de amistad con una mujer, pero creo que por fin he superado ese miedo y puedo decir con seguridad que sienta muy bien volver a sentir ese tipo de confianza.

CAPÍTULO 29

ME FALTAS TÚ

Mauri

Nueve años antes

Es viernes y hoy toca salida con los chicos.

Como el concierto de Beltrán empieza a las ocho, decidimos beber un par de cervezas en un parque cercano a la discoteca antes de entrar. Eso mismo han pensado bastantes personas, ya que el parque está lleno de gente de nuestra edad.

Me encanta pasar tiempo con mis amigos. A pesar de tener pareja y el mismo grupo de amigos, me gusta disfrutar de ellos por separado, ya que si está Lucía acabo a su lado de forma inconsciente, como si fuera un jodido imán.

Entramos en el local un poco contentillos. Tengo ya dieciocho y podría pedirme una copa, pero mañana tengo partido de baloncesto a las doce. Algo que, por cierto, Carlos ha debido de olvidar, ya que ya va más perjudicado que el resto.

Nos situamos a mitad de pista por petición de Hugo, al que no le gustan demasiado las aglomeraciones. Desde que empecé con Lucía, nuestra relación se ha estrechado. Es un tío tranquilo, pero divertido y buen amigo. Cada vez disfruto más pasando tiempo con él.

Cuando empieza a cantar la canción *Luna negra*, no dudo en enviarle un mensaje a Lucía. Sé que adora la canción y a mí me recuerda a ella. La echo de menos.

MAURI: *«Te voy a bajar el cielo para que puedas bailar y poder echarte flores como si fueras gitana. Quiero que me des tú el humo, echarlo para flotar. Si estamos los dos, a estas alturas no importa nada». Me faltas tú, Lucilú.*

Guardo el móvil en el bolsillo para disfrutar sin distracciones de mis

amigos y de la buena música en directo.



Varias horas después estamos en una discoteca del barrio.

En algún momento hemos perdido a los otros amigos de Carlos y nos hemos quedado Hugo, él y yo de fiesta, y los dos van bastante perjudicados.

Voy al baño y, al volver, miro el móvil y sonrío cuando veo que tengo un mensaje de mi chica.

LUCÍA: *«Concédeme este baile que quiero leer en braille toda tu existencia, acariciarte hasta romper el aire». Mañana ;)*

Reconozco la canción *No sé cómo decirte* de Día Sexto porque se la puse el otro día después de descubrirla. Soy como un niño pequeño deseando enseñarle las canciones que escucho, pues sé que le encanta perderse en las letras.

Sonrío como el tonto enamorado que soy al sentir el calor en mi pecho al releer sus palabras. Me sigue sorprendiendo que con tan poco Lucía sea capaz de cambiar mi estado de ánimo y hacerme sentir en una nube.

—Voy a por una copa, ¿quieres? —pregunta Carlos a mi lado.

—No. Y tú tampoco deberías, tío. Mañana jugamos y vas a estar ya bastante jodido.

—Tíooooo, no seas aguafiestas —protesta arrastrando las palabras.

—Yo sí me tomaré otra —dice Hugo al otro lado.

Aunque no creo que ninguno de los dos necesite beber más, los acompaño a la barra. Temo que Carlos se caiga antes de llegar y necesitamos que nuestro base esté al menos de una pieza para el partido de mañana.

Hugo ha alcanzado ese punto divertido que le hace reírse por tonterías y tener una sonrisa constante en la cara. Un par de chicas lo

miran de reojo, pero no sé si es que él no es consciente de lo mucho que triunfa entre las chicas o simplemente es demasiado vergonzoso para lanzarse y por eso apenas lo he visto ligando en todos estos años.

Me pido un refresco y volvemos a la pista. Al menos hasta que Carlos empieza a ponerse pálido y lo sacamos entre los dos del garito.

Estamos fuera en un banco esperando a que se le pase un poco la moña para irnos a casa cuando aparece Rosa con una amiga que no conocemos.

—Sois la hostia, anda que avisáis para salir —nos echa en cara poniendo morritos.

—¿Quién es tu amiga? Yo soy Carlos, nunca te había visto.

Increíble. Está a nada de vomitar y todavía tiene ganas de ligar.

—Es Ana, una amiga de la academia con la que salgo cuando Lucía es una puta aburrida y me deja tirada —responde con chulería.

Frunzo el ceño. No me gusta ni un pelo que hable así de mi novia y, se supone, su amiga. Al final Carlos va a tener razón.

Abro la boca para contestar, pero Hugo se me adelanta.

—Lucía no es aburrida, es responsable y mañana tiene el examen que lleva un año preparando. Lo sabrías si dejaras de mirar tu ombligo en algún momento —dice con una tranquilidad pasmosa.

Todos nos quedamos callados porque estas salidas no son normales en Hugo. Lo más seguro es que las tres cervezas y las dos copas que se ha tomado le hayan dado alas, ya que es de esas personas discretas que no se suelen meter en jardines. Aunque es el mejor amigo de Lucía desde el colegio y nunca le he escuchado decir una mala palabra sobre ella. En ese sentido somos iguales y la lealtad es importante para ambos.

—La tenéis todos en un puto pedestal, pero os aseguro que no es para tanto —contesta.

—Mierda, tengo que estar en veinte minutos en casa —interrumpe Carlos de repente.

Se intenta levantar, pero se vuelve a sentar al no conseguirlo, así que Hugo y yo lo levantamos cada uno de un lado y decidimos ignorar el comentario de Rosa. No merece la pena discutir con una persona así.

—Voy con vosotros. Ana, te veo mañana —dice Rosa acoplándose a nuestro grupo.

Echamos a andar los cuatro hacia el barrio en un silencio tenso que solo se corta de vez en cuando por alguna frase sin sentido que dice Carlos, al que tenemos que ayudar para que camine recto.

Cuando llegamos a su portal, Hugo ya se ha quedado por el camino en su casa tras asegurarle que podía acompañarlo yo solo, ya que Rosa ha venido con nosotros, pero no ha movido ni un dedo para ayudarnos.

Meto a Carlos en el ascensor y, tras buscar en sus bolsillos, le pongo las llaves en la mano.

—¿Seguro que no quieres que te metamos en la cama como a un niño pequeño? —pregunto riéndome, aunque no sería la primera vez que tenemos que hacer eso ninguno de los dos.

—No, capullo. Te veo mañana en el partido —contesta antes de darle al botón mientras me hace un corte de manga.

Espero a que la puerta se cierre y me giro para salir. Estoy deseando llegar a casa.

—Venga, te acompaño a tu portal que es tarde —le digo de forma seca a Rosa.

—Espera, Mauri. Quiero hablar contigo.

CAPÍTULO 30

LA QUE ME HAN LIADO EN UN MOMENTO

Mauri

Estoy a punto de decirle que estoy cansado y que ya hablaremos en otro momento cuando veo que le cambia la cara y parece que va a echarse a llorar.

—¿Qué te pasa? —pregunto sin acercarme a ella.

Al fin y al cabo, es la mejor amiga de Lucía y a ella le importa, aunque Rosa no sea a estas alturas una de mis personas favoritas por los comentarios o contestaciones despectivos que le regala a mi novia.

—Hugo me ha dejado tocada. No miro solo por mi ombligo, pero es que Lucía se centra demasiado en sus estudios y en ti y me tiene bastante abandonada —dice con una voz triste que no me acabo de creer y menos por lo que acaba de decir.

—Ya te lo ha dicho Hugo, Lucía es responsable. Y en cuanto a estar conmigo, creo que es bastante lógico que quedemos a menudo. Somos novios y nos lo pasamos muy bien juntos.

—¿Lucía divertida? Me cuesta creerlo. No es precisamente el alma de la fiesta —responde en un tono que no me gusta nada—. A mí me parece un auténtico coñazo la mayoría de las veces.

Aprieto la mandíbula porque vuelve a lo mismo, a hablar de su amiga como si no fuera divertida, ingeniosa o inteligente cuando para mí Lucía es todo eso y mucho más.

—Mira, si vas a hablar así de ella, ni me apetece ni quiero hablar contigo —contesto borde—. Me piro a mi casa.

En ese momento se apaga la luz, así que le doy al interruptor, y cuando echo a andar hacia la calle, Rosa me agarra el abrazo y se inclina para darme un beso en la boca, pero soy más rápido y me echo para atrás.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunto enfadado.

—Venga, Mauri. No nos hagamos los tontos. Los dos sabemos cómo me miras.

—¿Cómo te miro? Tú estás muy mal, de verdad —respondo

incrédulo—. No te miro de ninguna forma y nunca lo he hecho, ni siquiera antes de estar con Lucía.

—Dudo mucho que ella sepa cómo dejarte satisfecho, ya verás como conmigo disfrutas mucho más.

Rosa se arrodilla e intenta ponerme la mano en el cinturón, pero le agarro las manos y las alejo.

—Sé que todavía no te ha hecho una mamada y yo las hago de muerte. Te aseguro que te olvidarás hasta de cómo te llamas cuando te corras en mi boca —propone sugerente pasándose la lengua por el labio superior.

—Ni te acerques a mí ni me toques, joder —digo mirándola con cara de asco.

Rosa me mira cabreada y se pone de pie.

—¿Me estás diciendo que prefieres a esa mojigata que a una mujer de verdad a la que te vas a poder follar de todas las formas y por todos los lados que quieras? —pregunta sin rendirse.

—Lucía te da mil vueltas en todo. No hay nada que puedas hacer o decir para llegarle a la suela de los zapatos.

—Ya, seguro. Los tíos sois todos iguales. Si no es conmigo, acabarás cayendo con otra.

—Aléjate de los dos. No te quiero ver ni de lejos lo que queda de curso —digo señalándola con un dedo antes de abrir la puerta—. ¡Qué coño! Ni lo que me queda de vida.



Llego a mi casa cinco minutos más tarde alterado como no lo he estado nunca en mi vida.

La cabeza me va a mil y me cuesta digerir lo que acaba de pasar. Menos mal que esta noche solo me he bebido un par de cervezas al empezar la noche y se me ha pasado el efecto hace horas, si no, pensaría que todo esto es demasiado surrealista para ser real.

Joder.

La mejor amiga, por decir algo, de mi novia desde que iban al colegio se me acaba de tirar encima ofreciéndome una mamada y sexo. No doy crédito.

¿En qué momento ha podido pensar Rosa que yo me he sentido atraído por ella si cada vez que la veo está Lucía y solo tengo ojos para mi chica? No entiendo nada.

Saco el móvil para llamarla y contarle todo, pero veo que son las cuatro de la madrugada y tiene el examen a primera hora.

Sé que solo la pondría nerviosa. Le perjudicaría mucho saber lo cabrona que es Rosa y ha estudiado muy duro este último año para prepararse el examen, así que analizo mis opciones.

Lucía tiene el examen de diez a doce y yo, el partido de doce a dos, así que no la veré hasta después de comer, puesto que hemos quedado a las tres para pasar la tarde juntos.

Lo mejor es esperar a ese momento para hablarlo en persona. Esta no es una conversación que se pueda tener por teléfono.

Pero ¿qué coño le digo? «Hola, cariño. Ayer vi a tu amiga Rosa y ha intentado comerme la polla y que me la follara. También ha dicho mierdas ofensivas sobre ti. Por cierto, ¿qué tal tu examen?».

Buf, esto va a ser muy difícil.

Le va a doler y a mí me va a doler ver a Lucía pasarlo mal. ¡Joder! Si es que me duele solo de pensar en cuánto daño le va a hacer descubrir que su amiga no lo es en absoluto.

No contárselo no es siquiera una opción. Nuestra relación se basa en la confianza y no podría ocultarle algo tan gordo y seguir quedando en grupo con Rosa como si no hubiera pasado nada. Vamos, ni de coña. Merece saber la clase de cabrona que es.

Tiene gracia que fuera Carlos, el más despistado de los dos, el que se diera cuenta de que no era de fiar y de que trataba a Lucía como si fuera inferior. Me centro tanto en mi novia cuando estamos juntos que la mitad de las veces ni siquiera estoy pendiente de las conversaciones que suceden a nuestro alrededor.

¡Vaya puto marronazo! ¡La que me ha liado Rosa en un momento!

Me pongo la alarma para enviarle un mensaje a Lucía para desearle

suerte y recordarle que hemos quedado después.

Cuando me meto en la cama, intento dormir algo antes del partido, pero estoy tan cabreado que apenas consigo descansar un par de horas.

CAPÍTULO 31

TRAICIÓN

Lucía

Siempre que tengo un examen me levanto con mucha energía y hoy no es una excepción.

Comparto el desayuno con mi abuelo y, al terminar, me acompaña paseando hasta la academia en la que haré el examen. Me encanta disfrutar del hombre de la casa, así que paseamos hasta allí juntos con mi brazo agarrado al suyo.

Me despido con un beso de oso, de esos que tanto le gustan, y me desea suerte.

Antes de dejar el bolso en la taquilla que me han asignado para dejar los objetos personales, reviso el móvil y sonrío al tener un mensaje de mi persona favorita.

MAURI: *Mucha suerte, cariño. Aunque no la necesites porque lo vas a bordar. Te veo después. Te quiero infinito. No lo olvides jamás.*

Pongo el móvil en silencio y cierro la taquilla antes de meterme en el aula, sentarme en una mesa libre y colocar sobre ella un lápiz, una goma, un bolígrafo azul y otro negro.

He estudiado tanto para este examen que estoy tranquila. Solo tengo muchas ganas de pasarlo para sacarme el título de una vez.



Acabo el examen contenta. Lo he aprobado seguro.

Estoy deseando llegar a casa para tachar de mi agenda «examen de inglés», pero «aprobar el título C1 de inglés», que está anotado en la lista que tengo de tareas que hacer antes de acabar el curso, tendrá que esperar hasta que nos den las notas. En esa lista hay cosas como

«leer treinta libros por placer», «ir al museo del Prado», «aprobar todo con buenas notas» o «ver más películas wéstern en familia».

Cuando salgo a la calle, reviso el móvil y veo que tengo varias llamadas perdidas de Rosa. ¡Qué raro! Si le dije varias veces esta semana que tenía el examen cada vez que me decía que saliéramos el viernes. A veces tengo la sensación de que no me escucha o, si soy sincera, de que en realidad no le importa lo que le diga.

Desbloqueo el teléfono y, tras hablar con mi madre para contarle que el examen me ha salido muy bien, llamo a Rosa.

—¡Joder, menos mal! Te llevo llamando toda la puta mañana —dice en cuanto descuelga.

—Ya te dije que tenía un examen —contesto borde.

—Y a mí me ha pasado algo horrible. —Se queda callada un par de segundos y su tono se vuelve triste cuando sigue hablando—: Necesito hablar contigo.

—He quedado a las tres, pero me paso ahora por tu casa si quieres —propongo.

—Vale, aquí te espero.

Colgamos y me quedo con una sensación rara en el cuerpo.

¿Qué le habrá pasado? ¿Estará embarazada? ¿Le habrá hecho algo el ligue de turno?



Rosa me abre la puerta con los ojos rojos de haber estado llorando.

—¿Qué ha pasado? —pregunto preocupada.

—Vamos a mi cuarto mejor —dice en tono bajo.

La sigo por el pasillo dándole vueltas en mi cabeza a qué habrá podido pasar. Sigo pensando que la hipótesis del embarazo es la más realista si tenemos en cuenta la variedad de chicos con los que se ha acostado y que, tal y como ella me ha confirmado en más de una ocasión, con la mayoría ni siquiera usa preservativo.

Hemos discutido en varias ocasiones el tema de no usar condón,

pero cada vez que le digo que antes de llover chispea, aparte de la cantidad de enfermedades de transmisión sexual que existen, ella dice que no es cierto y que la marcha atrás es fiable. ¡Terrible!

Es increíble que siendo su padre ginecólogo piense eso, pero como para sus padres ella continúa siendo virgen y está muy lejos de tener relaciones sexuales, me imagino que ni siquiera se han planteado todavía hablar con ella del tema. Lo que contrasta bastante con mi situación, ya que yo tuve esa vergonzosa conversación con mi madre hace unos cuatro años, cuando ni siquiera me había dado unos besos con nadie y luego un par más cuando las cosas con Mauri se pusieron serias.

Una vez estamos en su habitación, dejo el bolso encima de la cama antes de sentarme a su lado en el suelo con la espalda apoyada en esta. Se ha quedado callada mirando sus manos.

—Venga, suéltalo ya. Te vas a sentir mejor —le digo dándole un pequeño choque de hombros.

Suelta un suspiro pesaroso antes de murmurar:

—Siento mucho tener que contarte esto y ser yo quien te abra los ojos.

—¿De qué hablas, Rosa? Me estás preocupando —pregunto inquieta.

Levanta la cara y me mira con cara de pena, aunque hay algo que no me acaba de convencer en su forma de mirarme.

—Mauri intentó acostarse conmigo ayer —suelta de carrerilla.

He debido escuchar mal, porque es imposible que mi novio haya hecho eso. Mauri nunca me haría algo así.

—¿Estás segura? ¿No lo habrás malinterpretado? —tanteo.

—Apenas he dormido debido a que me he pasado toda la noche llorando y pensando en cómo contártelo. Esto está siendo muy difícil para mí, pero si no estuviera cien por cien segura de lo que ha pasado no lo haría.

—Ya, es solo que no encaja con él. A lo mejor te dijo algo y lo entendiste de otro modo o ibas borracha y se te ha difuminado lo que pasó.

—¿En serio? ¿De verdad crees que podría inventarme algo así? —

grita enfadada.

—No sé, Rosa…

—¿Me estás llamando mentirosa? —pregunta con rabia.

—Cálmate. Solo digo que me parece bastante improbable que Mauri haya intentado nada contigo. Él nunca me haría eso, me quiere de verdad.

—Eres tan inocente que incluso me haría gracia si tu querido novio no hubiera intentado darme un beso ni bajarme los pantalones para follarme en el portal de Carlos cuando lo acompañamos a casa.

Y todo esto me cuadra todavía menos, ni siquiera un poco. Ya no solo por mí, sino porque Mauri jamás intentaría forzar a nadie a nada. Él no es así.

Aun así, Rosa está llorando enfadada, no sé si por lo que se supone que pasó o por ver que no me estoy creyendo lo que me está contando.

—¡Espabila! Ya te lo dije el otro día. Los tíos son unos cabrones por naturaleza y solo piensan con la polla.

—Cuéntame qué es lo que pasó exactamente —pido armándome de paciencia. No paro de pensar que me está mintiendo, pero no logro entender por qué lo haría.

—Todos iban bastante borrachos y tuvimos que acompañar a Carlos hasta el ascensor porque iba dando tumbos. Cuando iba a salir, intentó besarme y, cuando me aparté, me puso la mano en el botón de los vaqueros mientras decía que llevaba tiempo pensando en follarme y que se la chupara, ya que tú no lo hacías.

Vamos, ahora sí que no me creo nada. Él no habla así y jamás le contaría nada sobre nuestra vida sexual. Pero ¿qué gana Rosa inventándose todo esto?

—¿Por qué? —pregunto dolida.

CAPÍTULO 32

NO ME RECONOZCO

Lucía

—¿Por qué? Yo creo que está bastante claro, le pongo y pensó que te iba a traicionar y me iba a acostar con él a escondidas. No es de fiar, Lu. Incluso no me extrañaría que te intentara contar otra versión.

Veo que no se está fijando en mi cara de decepción o, más bien, se piensa que es por Mauri y no por ella. Si hasta parece que está disfrutando de este momento, de hacerme daño, ya que tiene esa sonrisa de superioridad que tantas veces le he visto dirigir a otras personas.

Y yo me he hartado. Rosa ha llegado a mi límite.

Llevo años a su sombra, haciéndole caso en todo y siguiendo sus dramas cuando la mayoría se los busca ella solita. Viendo cómo distintas amigas se acercan y alejan de nosotras por sus mierdas y su afán de protagonismo y yo soy la única que sigue a su lado. Incluso una de ellas se alejó porque Rosa ligaba con su novio y me avisó de que me alejara de ella.

Siempre pensé que yo era intocable para ella por todos los años de amistad y por ser la única persona constante en su vida, la única que nunca le ha dado de lado. Hasta los chicos hace meses que se han distanciado bastante de ella y nunca la llaman para quedar.

—No me estás entendiendo, Rosa. Te estoy preguntando que por qué me haces esto. ¿Qué ganas haciéndome tanto daño? —pregunto en voz baja pero firme.

—Me parece increíble que no me creas y que pienses que tu novio perfecto no te haría daño. No entiendo cómo puedes dudar de mi palabra, pero creer a ciegas que él no haría algo así. Eres inocente, pero no estúpida. A saber si no lo ha hecho con otras antes de haberlo intentado conmigo.

—¡Ya está bien! —le grito.

Rosa se queda callada con la boca abierta. La he pillado por sorpresa, ya que es la primera vez que le hablo mal y me planto frente

a ella.

¡Qué narices! Es la primera vez que siento tanta rabia y dolor que me encantaría romper algo, lo que sea, con tal de deshacerme de todo el cabreo que estoy sintiendo ahora mismo.

—Estoy harta de tus tonterías, de que pienses que eres el puto centro del universo. Te he aguantado faltas de respeto, gritos, desplantes e incluso algún que otro insulto —enumero con los dedos con furia—, pero lo que no te voy a permitir es que metas mierda entre Mauri y yo. ¿Qué coño te he hecho yo para que me hagas tanto daño? Por mucho que intente exprimirme el cerebro, no le encuentro lógica.

Rosa está callada asimilando que le hable así, pero el silencio se me hace demasiado pesado cuando tengo la cabeza llena de emociones tan feas.

—¿Qué coño te pasa? ¿Estás celosa? ¿Sientes envidia? Dime qué narices consigues inventándote algo así e intentando separarme de Mauri, porque él tampoco te ha hecho nada.

—¿Envidia de ti? No me hagas reír, Lucilú —dice con retintín mientras me mira con desprecio—. Eres un muermo, no tienes tetas, no entiendes nada de tíos y te crees que con diecisiete años has encontrado al amor de tu vida. Eres penosa. ¿Te crees que por tener un novio que todavía no se ha cansado de ti puedo sentir celos? No hay nada que tengas que pueda querer yo.

—Bastante me parece una familia que se preocupa por mí sin tener que mentirle a cada frase que cruzo con ellos —suelto con rabia.

—Al menos mi padre no se largó porque no quería ni conocerme como el tuyo —dice con una sonrisa cruel.

—No lo necesito cuando tengo un abuelo que vale por diez padres como el tuyo y que me quiere tal y como soy —respondo.

—Eres una zorra.

—He aprendido de la mejor. ¿Qué pasa? ¿Esta Lucía con carácter no te gusta? Llevas años diciéndome que tengo que sacar genio y plantarme. Pues aquí lo tienes, lo has conseguido —digo dando un par de aplausos al aire—. ¡Enhorabuena, campeona!

¡Joder! Siento que estoy perdiendo la cabeza.

No me reconozco. Yo no soy cruel ni mezquina ni voy a hacer daño. Si es que ni siquiera suelo enfadarme y mucho menos gritar. Pero ni sacando algo de rabia y dolor me he sentido mejor. Es más, nada de esto está bien.

—Me piro. Ni se te ocurra escribirme ni llamarme. Tú y yo ya no somos amigas —digo antes de coger el bolso y salir de su habitación.



Llego a mi casa muy alterada.

Por suerte mamá y el abuelo no están, así que me tiro en la cama y miro el reloj. Todavía queda una hora para ver a Mauri. Necesito hablar con él y que me diga que todo está bien y si pasó algo ayer o es todo invención de Rosa, pero ahora mismo está en pleno partido.

No dudo de su lealtad, pero sí que haya pasado algo más que se me escape y que por eso Rosa se ha inventado todo esto.

¿Tan tonta cree que soy como para que me cuente algo y me lo crea al instante? ¿Así es como me ve la gente? ¿Inocente y manipulable? Aunque inocente sí he tenido que ser para tener a mi lado a una persona como ella durante tanto tiempo.

La amistad es mucho más que compartir momentos, también es esa sensación de confianza y lealtad que no necesitas que te reafirmen a diario porque la sientes dentro. La amistad es querer la felicidad de esa persona y complementarse al celebrar lo bueno y llorar lo malo.

Y yo no tenía eso. Ahora me doy cuenta.

Bueno, miento, sí lo tengo, pero no con Rosa. Hugo es el amigo en el que puedo confiar. Él siempre me dice lo malo y lo bueno y es quien ha intentado abrirme los ojos con Rosa durante mucho tiempo al ver que fallaban muchas cosas en nuestra amistad.

Llamo a Hugo, pero cuando me salta el contestador recuerdo que iba a pasar el día con sus padres en el rocódromo, ya que querían enseñarle a su madre a escalar.

Me pongo un chándal y decido salir a correr. Nunca lo he hecho,

pero siento la necesidad de hacerlo y alejarme de todo el dolor y la decepción que siento tanto con Rosa como conmigo misma por haber sido tan gilipollas como para confiar en alguien así.

Antes de salir, le envío un mensaje a Mauri.

LUCÍA: *Tenemos que hablar. Ven a mi casa cuando acabes, por favor.*

Dejo el móvil encima de la cama y pongo música en mi MP3 antes de bajar a la calle y encaminarme hacia el Retiro para correr como si me fuera la vida en ello.

CAPÍTULO 33

JUNTOS SOMOS INMORTALES

Mauri

Estoy acojonado, para qué mentir.

Llevo varios minutos sentado en el banquillo del vestuario mirando el mensaje que me ha enviado Lucía. Había sacado el móvil para llamarla y preguntarle por su examen, pero en cuanto he visto lo que me había escrito me he quedado sin respiración.

El «Tenemos que hablar» es un indicador bastante claro de que algo se ha ido a la mierda.

¿Habrá hablado Rosa con ella? Si es así, a saber qué milonga le habrá contado.

Confío en Lucía y en la relación que tenemos, pero también sé que quiere mucho a Rosa y esta es muy manipuladora. Solo espero que mi chica sea tan inteligente como lo ha sido siempre y, si es eso lo que ha pasado, no se haya creído ni una sola palabra.

Sigo dándole vueltas al tema en la ducha y, cuando llego al barrio, estoy tan nervioso y he barajado tantas posibilidades que creo que me voy a volver loco, así que voy directo a su casa.

—Hombre, ¿tú por aquí? Lucía no está, pensaba que estaba contigo —dice Pilar cuando me abre la puerta.

—Hemos quedado en un rato, pero me he adelantado —digo entrando cuando ella se hace a un lado para dejarme pasar.

—Se habrá entretenido. ¿Va todo bien? Tienes mala cara —pregunta preocupada.

—Es solo que estoy cansado, hemos tenido partido esta mañana.

—¿Seguro? —insiste y yo asiento con una sonrisa que intenta ser tranquilizadora, pero que sé que no le ha convencido en absoluto—. ¿Has comido?

—Sí, gracias. ¿Puedo esperarla en su habitación?

—Claro. Si necesitas algo estamos en la cocina comiendo.



A la media hora estoy desesperado.

He dado vueltas en círculo por su cuarto, he revisado mi móvil veinte veces antes de enviarle un mensaje preguntándole dónde estaba y darme cuenta de que lo tiene encima de la mesa cuando suena al recibirlo.

Me siento en la cama y apoyo los antebrazos en las rodillas, pasándome las manos por detrás de la nuca intentando armarme de paciencia mientras espero, pero los nervios pueden conmigo.

Ni siquiera he comido, a pesar de haberle dicho a Pilar que sí, pero estoy tan preocupado que no me entra nada en el estómago.

Alzo la cabeza cuando escucho la puerta de la calle y unos pasos que conozco a la perfección. Estoy deseando ir corriendo a su encuentro, pero no quiero que su madre note que ha pasado algo.

—Está Mauri en tu habitación, lleva un rato esperando. ¿Qué ha pasado? —le pregunta en el pasillo.

—No quiero hablar ahora del tema, pero te prometo que mañana te cuento todo. Necesito hablar con él —escucho responder a mi novia.

—Está bien —se conforma Pilar—. Papá, coge una chaqueta que nos vamos al bingo y te invito a cenar fuera —dice elevando la voz.

—Pero si dan la película de las cuatro en un rato —protesta Ramón acercándose por el pasillo, y escucho cómo hablan bajito entre ellos—. Ah, vale. Pues nada, dormiré la siesta entre línea y línea. No seas muy dura, que es buen chaval, pero si te ha hecho algo malo tú me avisas que ya le canto yo las cuarenta.

—Eres de lo que no hay.

Se cierra la puerta de la calle y Lucía se encamina hacia la habitación. Mis nervios, ya de por sí disparados, lo hacen todavía más. Yo solo sé que quiero estar con ella, que la quiero y perderla me destrozaría.

—Hola —dice ella desde la puerta entreabierta.

—Hola —respondo con miedo.

Lucía me mira y se pone a llorar. Me levanto como un resorte y me acerco a ella, al menos hasta que alza una mano para que no la abrace. Y esa distancia me mata un poco porque es la primera vez que la veo llorar y siento la necesidad de estrecharla entre mis brazos y consolarla.

—Necesito que me cuentes qué pasó ayer, Mauri. Rosa me ha contado una historia que me ha hecho mucho daño y, antes de tomar ninguna decisión firme sobre mi relación con ella, necesito saber por tu boca qué fue exactamente lo que ocurrió —pide con voz temblorosa.

Estoy acojonado. Espero que no me deje. No me imagino una vida sin ella. Ni la imagino ni la quiero.

Intento poner en orden mis pensamientos y decido no adornar nada porque sé que Lucía lo prefiere así.

—Ayer nos encontramos con Rosa. Hugo le metió un buen corte por meterse contigo y cuando nos fuimos a casa se acopló a nosotros. Después de acompañar a Carlos, que iba muy pedo, al ascensor de su casa, Rosa intentó besarme, pero me aparté antes de que tan siquiera me rozara. Te juro por mi vida que no nos liamos ni nada por el estilo. Luego empezó a decir no sé qué tontería de que yo la miraba, cosa que no es cierto, y siguió insultándote hasta que me cabreé y se puso de rodillas diciéndome no sé qué mierdas de que sabía que no me habías hecho una mamada y que ella podría satisfacerme y podría follármela de mil maneras. La mandé a la mierda y me fui.

Lucía cierra los ojos y veo el dolor reflejado en su cara.

—No me lo puedo creer —dice con la voz rota.

—Te juro, cariño, que no hice nada más que defenderte y apartarme. Pensaba contártelo ahora en persona al verte porque no quería que interfiriese en tu examen —suplico deseando tocarla y abrazarla.

Me duele ver cómo sufre y todavía más que no me permita acercarme. Lucía va hasta la cama y se sienta en el borde. Me acerco y pongo de cuclillas frente a ella.

—Lucía, dime algo, por favor. ¿Qué te ha contado ella? —pido en voz baja.

—Que había sido al revés. Que tú habías intentado besarla y acostarte con ella —susurra haciendo crecer mi enfado e incredulidad. ¡Cómo se puede ser tan mentirosa!

Levanta la mirada, llena de lágrimas, y niega con la cabeza. Alzo las manos y enmarco su cara con delicadeza. Lucía no se aparta y eso calma un poco la inquietud y el miedo que siento.

—¿De verdad crees que sería capaz de hacer algo así? —susurro.

—No. De hecho, eso es lo que le he dicho y hemos discutido. No me he creído ni una sola palabra de lo que me ha contado —responde segura.

Y, por fin, el aire entra en mis pulmones y apoyo mi frente en la suya sintiendo cómo una calma enorme se abre paso en mi interior. Mi chica ha confiado en mí y ha demostrado que me conoce mejor que nadie, y yo no puedo estar más orgulloso de ella y de lo que hemos construido juntos.

—Nunca cambiaría esto —digo dándole un beso en la frente—. Ni esto —añado dándole otro en la nariz de los que le gustan—. Ni esto —susurro poniendo mi mano en su corazón—. Nunca querría estar con otra que no seas tú.

—Lo sé —responde con una sonrisa triste.

—¿Te acuerdas de la canción *Sonrisas y lágrimas* de Shotta que escuchamos el otro día? —pregunto, y continúo cuando ella asiente—: «Yo siempre que estoy a tu lado me siento inmortal». Ya te lo he dicho más veces, pequeña, lo bueno siempre dura porque nosotros juntos somos inmortales. Te quiero, Lucía.

CAPÍTULO 34

NO PENSABA IRME A NINGÚN LADO

Lucía

Le doy un breve beso en los labios y, al menos, encuentro un poco de paz dentro de este terremoto de emociones que estoy sintiendo ahora mismo.

Por muchas vueltas que le he dado al tema mientras corría, no he llegado a ninguna conclusión real.

Me siento traicionada por Rosa y es un sentimiento muy feo que solo está dejando sitio a la rabia y al dolor y noto cómo lo están ocupando todo en mi interior. Ni siquiera puedo disfrutar la calma que siempre me regala Mauri.

¿Cómo puede hacerme esto la que se supone que es mi mejor amiga? Me parece increíble que todos nuestros años de amistad le hayan dado igual con tal de sentirse por encima al intentar liarse con mi novio. ¿Qué pensaba que pasaría? ¿Que se iban a acostar a escondidas y se reirían juntos de lo tonta que era yo? Parece mentira que tenga un ego tan grande como para pensar que cualquier tío quiere sí o sí acostarse con ella. O tal vez sea justo lo contrario, que su autoestima es tan frágil que necesita sentirse la más deseada continuamente por todas las carencias que tiene en su familia y en su vida. Aun así, ningún motivo le daba derecho a hacerme este daño.

Sé que esto me va a afectar y me va a costar volver a confiar en alguien que no sea mi familia, Mauri o Hugo. ¿Cómo voy a poder yo ahora fiarme de nadie si hasta mi mejor amiga desde que tengo uso de razón ha querido lastimarme de una forma tan deliberada?

—Voy a darme una ducha —decido antes de ponerme de pie.

—¿Estás bien? —tantea Mauri mirándome preocupado, aunque soy consciente de la tranquilidad que ha sentido cuando se ha dado cuenta de que en ningún momento había desconfiado de él.

—No, pero lo estaré —respondo con una sonrisa triste—. Primero necesito ducharme, que estoy sudada de correr.

—Estás preciosa igualmente —dice él dándome un beso en el

cuello.

Sentir su tacto y su amor cuando estoy tan destrozada me alivia, pero necesito cambiarme y empezar a ser consciente de lo que ha ocurrido.

Me meto en la ducha e intento que la rabia y la frustración se vayan por el desagüe con la suciedad, pero dudo mucho que sea algo tan rápido o que no vaya a dolerme para siempre.



Salgo de la ducha sintiéndome un poco mejor, pero estoy muy triste. Solo quiero meterme en la cama y despertarme dentro de un mes, cuando la traición duela menos.

Al salir al pasillo con el pijama puesto, me llega el olor a comida caliente y me rugen las tripas. Con todo lo que ha pasado, me he olvidado por completo de comer. Parece mentira que hace unas siete horas estuviera con mi abuelo camino al examen feliz por quitármelo de encima y ahora toda mi vida se haya tambaleado de este modo.

—¡Qué bien huele! ¿Has pedido chino? —pregunto al entrar en la cocina y ver la mesa llena de comida.

—Sí. Han traído todos tus platos favoritos —responde Mauri con una sonrisa—. Comer cura el alma, o eso decía siempre mi abuela.

Me acerco a él y no tarda en envolverme con sus brazos. Antes de separarnos, me da un beso en la sien y se sienta a mi lado.

Cenamos sin intercambiar más que un par de frases sobre la comida. Mauri me está dando mi espacio porque sabe que necesito procesar todo lo que ha pasado. Me conoce tan bien que a veces incluso me asusto lo rápido que se adelanta a mis necesidades, como esta comida o dejando la mano sobre mi rodilla mientras comemos.

Mauri recoge todo mientras yo me quedo sentada en la silla sin ganas de hacer nada. Mete los platos en el lavavajillas y me agarra la mano para que lo acompañe.

Nos conduce hasta mi habitación y, cuando miro hacia él, empiezo

a ver borroso.

—Ey, ven aquí —pide Mauri con delicadeza mientras se tumba y me arrastra con él.

Me apoyo en su pecho y me abraza.

—¿En qué piensas? —susurra contra mi pelo mientras me acaricia la espalda.

—Me siento tonta por haberme fiado de ella y, lo que es peor, me siento muy triste por haberla perdido, ya que esto no voy a poder perdonárselo nunca —respondo antes de echarme a llorar como nunca lo había hecho hasta ahora.

Mauri me abraza con fuerza y deja que expulse todo lo que llevo dentro. Me pasa un pañuelo de la mesita y no afloja sus brazos hasta que me calmo.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunta en voz baja.

—Quédate hoy conmigo, por favor —pido.

—No pensaba irme a ningún lado, Lucilú —dice tras cubrirnos a los dos con el edredón.



Abro los ojos por un ruido y me despierto con los brazos de Mauri rodeándome. No me ha soltado en todo este rato, pero está profundamente dormido.

Levanto la cabeza y me encuentro a mi madre en la puerta mirándome con preocupación. Le hago un gesto de silencio con el dedo sobre la boca y me levanto con cuidado de no despertarlo antes de salir al pasillo.

—Nos hemos quedado dormidos —aclaro.

—Sabes que no me importa que esté aquí —responde mi madre, y añade seria—: ¿Qué ha pasado, Lucía? ¿Por qué has vuelto de correr con esa cara? Intuyo que con Mauri no va la cosa, si no, no se habría presentado aquí.

—Ha sido Rosa. Te prometo que mañana te cuento todo, pero hoy

no puedo hablar más del tema —me comprometo en voz baja.

—Ven aquí, mi niña —pide abriendo sus brazos.

Es un abrazo de esos de madre que transmiten un «todo va a ir bien» y que reconfortan como solo una persona que te quiere sin condiciones podría hacerlo.

Cuando rompo el abrazo, me aparta el pelo de la cara antes de regalarme una sonrisa.

—¿Puede quedarse Mauri a dormir? Te prometo que no vamos a hacer nada, pero no quiero estar sola —suplico.

—Sí. Hace rato que he avisado a Lourdes de que había pasado algo y que estabais aquí dormidos. Está de acuerdo.

Y yo no sé qué hice en otra vida para merecerme a la madre que tengo, porque no la cambiaría por nada del mundo.

—Gracias, mamá —agradezco con una sonrisa triste.

Escucho pasos y me encuentro con mi abuelo, que me mira cauteloso.

—¿Todo bien, canija? —pregunta.

—No, pero al menos ya me siento un poco mejor —respondo agradecida una vez más por la familia que me ha tocado.

Paso por su lado y me da un beso antes de que vuelva a mi habitación.

En cuanto cierro la puerta y me meto en la cama, Mauri me envuelve con los brazos y yo entierro la cabeza en su cuello, aspirando ese olor tan rico que me da calma y con el que consigo quedarme dormida.

CAPÍTULO 35

LENTO, PERO SEGURO

Mauri

Presente

Después de perderme en la salida por fin salgo del metro.

Es sábado y hemos quedado todos para comer en casa de Carlota y Marcos y así organizar el viaje a la nieve que queremos hacer en el puente de la Constitución.

—¡Bienvenido! —dice la anfitriona con una gran sonrisa cuando abre la puerta—. Ven, que te hago un mini*tour* por nuestro piso.

Una a una me va enseñando todas las estancias. Hace meses que se han mudado a una ciudad del extrarradio de Madrid por el precio desorbitado de los alquileres en la capital y su piso es bastante más amplio que el mío y pagan menos.

Acabamos el *tour* en el salón y veo que el resto ya ha llegado. Mi mirada se va directa a Lucía y está tan guapa como siempre. Ella me saluda, así que parece que después de todo sí ha servido de algo lo que pasó el día del *escape room* y las cosas se han suavizado un poco entre nosotros.

Nos sentamos a la mesa y empezamos a comer mientras hablamos de lo que hemos hecho desde la última vez que nos vimos. Lo cierto es que no nos juntamos todos desde la noche de la hamburguesería y de eso ha pasado ya casi un mes.

Cuando terminamos, nos repartimos entre los sofás y las sillas para organizar el viaje. Veo que Lucía saca una libreta y un par de bolígrafos y sonrío al ver que hay ciertas costumbres que nunca cambian.

—Yo creo que Sierra Nevada podría estar bien —propone Raúl.

—En esa época todavía no hay demasiada nieve. Creo que es mejor el norte para asegurarnos de que la nieve esté en su punto —responde Hugo.

—Me has convencido, ¿Formigal, Baqueira o Andorra?

—Me inclinaría por Formigal, que hay un buen *après-ski* en Marchica—intervengo.

—¿Qué es eso?

—Una fiesta con DJ al aire libre que se hace cuando bajas de pistas. Hugo, Lucía y yo hemos ido y está muy bien, ¿a que sí?

—La verdad es que no he vuelto desde entonces —dice Lucía.

—¿No has vuelto a la nieve? ¿Y eso?

—Perdió la gracia —responde en un tono que no invita a seguir preguntando.

—Yo sí he vuelto y merece la pena. Voto por Formigal —interviene Hugo.

¿Cómo que ha perdido la gracia? Si a Lucía se le daba genial hacer *snowboard* y disfrutaba mucho de los viajes que hacíamos a la nieve cada año.

Bajo la cabeza frustrado al entender que seguramente no haya vuelto debido a que era yo el que organizaba todo e insistía en ir y enseñarle. Dudo mucho que quisiera recordar esos viajes tras nuestra ruptura.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que Lucía ha dejado de hacer muchas cosas que le hacen feliz. Apenas ríe, sé que ya no viaja porque lo ha comentado más de una vez y era algo que siempre hacía con su madre, y tampoco practica deportes de nieve cuando le encantaba hacerlo. Se ha centrado en cerrar heridas y se ha olvidado de que la vida es algo más que trabajar y cuidar de su abuelo.

—Mauri, ¿nos estás escuchando? —me pregunta Álex.

—No, perdona. Dime.

—Decíamos que vemos que a pie de pista no hay alojamiento, pero ¿hay algún pueblo que quede bien para subir luego a pistas?

—Hay una zona de urbanizaciones en las que pasa el bus cada poco. Espera que la busco —digo cogiendo el portátil de Marcos y abriendo el navegador.



Dos horas después, hemos reservado un piso enorme con habitaciones suficientes, nos hemos repartido los coches para ir y la compra que tenemos que llevar. Parece que todos estamos muy animados con el viaje, incluso Lucía.

Apenas hemos hablado más entre nosotros, pero sí la noto más tranquila y relajada en mi presencia, así que asumo que vamos por buen camino.

—¿Te acercamos? —pregunta Hugo—. Hemos venido en el coche nuevo de Sara.

—¿Te importa dejarme en casa de Carlos? Tengo la moto en el taller y es el cumpleaños de Berta.

En ese momento empieza a sonar mi teléfono y es mi mejor amigo.

—¿Cómo vas? Berta me está volviendo loco por no poder abrir el regalo grande. Viene cada cinco minutos a preguntarme si ya puede.

—Ya estoy de camino, tardo muy poco.

—Vale, perfecto.

Cuelgo y nos despedimos del resto. Veo que Lucía también coge su abrigo, pero no digo nada para no tentar a la suerte y que me mande a paseo.

—Entonces, ¿qué es lo que te falta? —le pregunta Hugo cuando ya estamos en el coche.

—Necesito ropa térmica para debajo, guantes nuevos y una culera. Hace tanto que no hago *snowboard* que estoy segura de que el primer día pasaré más tiempo en el suelo que sobre la tabla —responde.

—Tenemos de todo en la tienda, así hoy ya dejas todo listo y tu cabecita descansa. ¿Traje tienes?

—Sí, tengo el verde y granate, ¿te acuerdas? —pregunta mirándome.

Asiento con la cabeza. Es uno de los regalos que le hice estando juntos por su cumpleaños. Una chaqueta verde menta amplia, unos pantalones granates y unas botas verde oscuro. Aunque siempre ha sido de vestir con colores discretos, en la nieve decía que quería colores chillones para que no la perdiera nunca de vista. Como si eso fuera posible y mi radar dejara en algún momento de encontrarla en

cualquier sitio.

—Mola un montón ese traje y te quedaba muy bien —respondo con una sonrisa.

Lucía me devuelve un amago de sonrisa y se gira hacia la ventana. Hugo, que va de copiloto, gira la cabeza y me guiña un ojo con disimulo.

Cuando llego a casa de Carlos, lo hago contento. Parece que las cosas avanzan lentas pero seguras. Espero que en este mes y medio que nos queda hasta que nos vayamos de viaje pueda acercarme más a ella, porque, si todo sale bien, tengo una idea que sé que le va a encantar.

Ojalá vuelva a disfrutar la nieve como lo hacía en su día.

CAPÍTULO 36

LA NECESIDAD DE VERLA SONREÍR

Mauri

Ocho años antes

Me coloco bien las gafas y miro la ladera nevada con una enorme sonrisa.

—Venga, Lucilú, esta bajada nos la comemos con patatas —digo con confianza.

—No sé yo. Creo que te estás viniendo arriba. No hace tanto que aprendí a hacer *snowboard* —responde poco segura de sí misma.

Lo que no sabe mi chica es que, para el poco tiempo que lleva practicando este deporte, lo hace mucho mejor de lo que lo hacía yo en su momento.

Es cierto que ahora se me da muy bien porque desde que era pequeño mis padres nos han llevado a la nieve un par de días cada invierno. Soy el único no palillero de la familia, pero no me fustigan por no haber hecho esquí como ellos.

Desde que pisé la nieve por primera vez a los ocho años, tuve muy claro que quería hacer *snowboard*. Fue ver las tablas y querer probarlo, así que mis padres pagaron un profesor y aprendí a base de caídas e insistencia.

La sensación de volar sobre la tabla es increíble. La primera bajada del año, cuando te deslizas por la ladera después de meses sin practicarlo, es como aprender a montar en bici, puede que te hayas oxidado un poco, pero nunca se olvida y al rato ya estás haciendo giros e incluso algún que otro salto.

Pero esta vez es diferente por ser el primer año que, aparte del viaje familiar anual, hago un viaje con mis amigos. Carlos y su novia Martina, Hugo, Lucía, Luis, un amigo de Hugo que se trajo para no estar de sujetavelas, y yo hemos decidido venir a Formigal a pasar unos días en la nieve.

Lucía y yo ya hemos ido un par de veces a Xanadú, una pista

artificial que hay en Madrid, para que cogiera confianza. Le he dado unas nociones básicas de equilibro sobre la tabla y cómo hacer la pluma, que es deslizarse de lado a lado de la ladera hasta que coja confianza para girar y ponerse de espaldas a la pendiente. Mi chica aprende rápido y es la primera vez que lo va a practicar en la montaña. Sé que está feliz porque se le nota en las arrugas de los ojos y la sonrisa que me regala antes de ajustarse las gafas.

Nos sentamos en el suelo y nos colocamos las fijaciones. Lucía se levanta con un movimiento ágil y da una palmada.

—¡Qué energía! No pensarás lo mismo cuando no dejes de comer nieve y suelo —le dice Hugo.

—No la desanimes —le riño—. Tú, ni caso, que lo vas a hacer genial.

—Eso lo dice porque se ha caído ya al bajar del telesilla —añade Carlos riéndose de Hugo.

Todos nos reímos y nos preparamos para deslizarnos por la montaña. Lucía me mira y asiente con la cabeza antes de echar el cuerpo hacia delante y conseguir así que la tabla empiece a moverse.

La sigo con una distancia prudencial y observo cómo va haciendo la pluma de lado a lado con calma, pero segura.

—Se te da genial, cariño. ¿Quieres probar los giros o prefieres mañana?

—Ahora. La pluma ya la traigo dominada y es muy relajante, pero me encanta cuando te veo girar, es hipnótico —responde con admiración.

—Te encanta verme a mí en general. ¡Este cuerpazo es un escándalo! —digo yo riéndome mientras me señalo.

—Eres de lo que no hay, pero sí, me encantas tú —dice antes de acercarse a darme un beso, pero se cae sobre mí al deslizar su tabla más rápido de lo que pensaba y acabamos rondando un par de metros por la ladera entre risas.



Nos pasamos las siguientes tres horas practicando giros, cayéndonos y riéndonos juntos. De eso siempre mucho, porque las risas siempre han sido una constante en nuestra relación.

Es cierto que ha habido alguna discusión por inseguridades o por tener alguno de los dos un mal día, pero siempre hemos seguido remando juntos en la misma dirección.

Antes de irnos a casa, paramos a tomarnos una cerveza en el bar con forma de iglú que hay en mitad de pista y que me enseñó mi padre hace ya unos cuantos años.

—No sé cómo conseguís hacer esos cambios de rumbo con las tablas. Yo sin los palillos de los esquís sería incapaz de marcar hacia dónde quiero ir —le dice Martina a Lucía en forma de cumplido cuando nos sentamos en la nieve con las bebidas.

—No es tan difícil, solo es práctica —contesta ella de forma bastante seca.

Y es que esto es consecuencia de lo que pasó con Rosa hace ya más de un año. Lucía no ha vuelto a ser la misma. Todo ese asunto le pasó factura.

Ya no se fía de personas nuevas y ha cerrado a cal y canto su círculo cercano. Hugo, Carlos y yo, aparte de nuestras familias, somos las únicas personas con las que se muestra tal y como es. Además, exterioriza bastante recelo frente a las chicas en general. Creo que de esto solo se libra su madre, la mía y mi hermana María con la que, a base de estar en nuestra casa o quedarse a dormir algún fin de semana que mis padres no estaban, ha estrechado su relación.

Es algo que hemos hablado y, aunque intenta no ser borde, se pone la coraza antes incluso de intentar conocer a la otra persona. Le aprieto suavemente la mano y parece entender lo que quiero transmitirle. Ella misma ha reconocido que Martina le cae bien, pero le da miedo volver a confiar y llevarse otro golpe tan grande como el de Rosa.

—En *snowboard* usamos los hombros para dirigir la tabla, de modo que, si adelantas un hombro, le sigue el resto del cuerpo y, en consecuencia, también la tabla. Como tenemos el mismo número de

pie, si quieres, puedes probar mañana —dice en un tono más amistoso y veo cómo Carlos le sonríe agradecido.

Todos pensábamos que iba a ser imposible que sentara la cabeza tan pronto, pero fue conocer a Martina hace medio año y a las pocas semanas confesarme que ahora entendía el porqué, a pesar de ser tan jóvenes, mi relación con Lucía iba tan serio, porque parecía que Martina había sido hecha para él.

—Me encantaría, la verdad. ¿Quieres probar tú el esquí? —responde contenta.

—Ni de coña. Esas botas son una auténtica tortura china —dice Lucía negando con la cabeza.

—Tiene toda la razón. Cuando pruebes las nuestras, ya verás como no querrás volver a ponerte las tuyas —añado yo riéndome.

Pasamos un rato más admirando las vistas de la montaña y comiendo los bocadillos que llevábamos en la mochila, cuando veo que Lucía está callada y siento la necesidad de verla sonreír como me ocurre cada vez que veo esa tristeza en su mirada.

—¡Tengo una idea genial! —digo de pronto en voz alta atrayendo las miradas de todos.

CAPÍTULO 37

COMO SI PUDIERA COMERME EL MUNDO

Lucía

Todos miramos a Mauri expectantes para saber qué se le ha ocurrido esta vez.

Entre las cosas que me han enamorado de él está su capacidad para sentir cuándo mi cabeza se va hacia lo malo y mi ánimo se nubla. Es justo en esos momentos cuando él se saca de la manga cualquier plan o idea con tal de que deje de darle vueltas a lo que sea que esté pensando.

Me está costando cerrar la herida que me hizo Rosa y que a veces todavía supura. El curso pasado fue una tortura verla a diario en clase y, aunque intentó pedirme perdón tras un par de meses haciéndose la indignada, me mantuve lejos. La confianza se rompió y sin confianza es imposible que cualquier relación se mantenga en pie.

Al menos este año hemos empezado la universidad y ya no compartimos ni clases ni amigos, porque el grupo se mantuvo a mi lado. Tras todo lo que ocurrió, resultó que hacía tiempo que ninguno la soportaba, pero lo hacían por mí. Carlos, Hugo y Mauri me han demostrado una lealtad increíble y les estaré siempre agradecida por no dejarme caer y por todos esos planes que han propuesto para que yo no note tanto su ausencia. Este viaje es un claro ejemplo, porque en el puente de la Constitución, desde que teníamos ocho años, siempre hacíamos las dos un maratón de películas en casa de Rosa con palomitas y cotilleos varios.

—¡Sorpréndenos! —exclama Carlos animado.

—Vamos a hacernos un par de fotos grupales. Mi madre siempre dice que en cualquier viaje a la nieve toca hacer una foto con la montaña de fondo para que cada vez que mires el álbum vuelvas a sentir la sensación de paz al deslizarte por la ladera. Y, creedme, tiene razón, es como si luego pudieras volver a saborear ese momento.

Le doy un beso en la mejilla agradecida y me pongo en pie dispuesta, ya que, si él me cuida día a día, a mí me encanta apuntarme

a todos sus planes y animarlo en cada paso que da, incluso cuando quiso estudiar Arquitectura, sabiendo todo lo que tendría que estudiar y el poco tiempo que nos quedaría para vernos entre semana. Aunque mentiría si dijera que no aprovechamos cada rato libre, por pequeño que sea, para estar juntos.

Hacemos un par de fotos todos juntos apoyando la cámara en las tablas y usando el temporizador. Luis, el amigo de Hugo, se ofrece para sacar la foto alegando que es el intruso, pero pronto le sacamos esa idea de la cabeza. Si todos venimos al viaje, todos salimos en la foto.

—Ven, Lucilú. Vamos a hacernos una foto épica —propone sonriente mi chico.

Se agacha delante de mí para que me suba a su espalda y se levanta cuando ya estoy acoplada.

—Hugo, pásame la tabla —pido.

Hugo me acerca la tabla y la levanto con ambas manos en señal de victoria. Tras varias clases en la pista artificial, por fin he superado mi primer día en la montaña e incluso he aprendido a hacer giros, no muy bien hechos y con bastantes caídas por el medio, pero sí que he hecho un par bien.

—Diría que sonrierais, pero con las bragas del cuello y las gafas apenas se os ve la cara —dice Carlos.

—Estoy muy orgulloso de lo bien que lo has hecho hoy. ¡Levanta bien esa tabla, campeona! —susurra Mauri.

Sonrío al escucharlo y levanto la tabla con ganas para que Carlos inmortalice este momento.



Me meto en la habitación con la parte mala de estos viajes y que yo desconocía hasta ahora: las maravillosas y dolorosas agujetas. Me duelen músculos que no sabía ni que existían, pero ha merecido la pena.

¡Vaya si la ha merecido! Hasta hoy no sabía que podría sentirme tan libre bajando una montaña con una tabla atada a los pies, tal y como lo describió mi abuelo antes de llamarme pirada cuando le conté lo que íbamos a hacer.

Mauri, Luis y Hugo se han quedado un rato más en el salón escuchando música, pero Carlos, Martina y yo nos hemos ido a dormir agotados. Y todavía quedan dos días más de nieve. No sé si aplaudir o llorar, la verdad.

Cojo la cámara digital de la cazadora y reviso las fotos que nos hemos hecho hoy, que son bastantes. Hay de todos intentando lucirnos, pero también de la mayoría en el suelo comiendo nieve. Cuando reviso las grupales nos veo a todos haciendo el tonto en distintas posturas, pero al llegar a las que tenemos Mauri y yo no puedo evitar reírme.

Mauri tiene el poder de hacerme sentir como si pudiera comerme el mundo. Al menos, así me siento cada vez que lo tengo a mi lado.

Estos poco más de dos años han sido increíbles a su lado. Incluso lo malo ha dolido menos al saber que tenía su apoyo.

Soy consciente de que he tenido días malos en los que he pagado mis inseguridades con mis amigos y él, pero han sido comprensivos y me han perdonado en cuanto he reconocido que me había equivocado por haber descargado con ellos la rabia que todavía siento a veces.

Me está costando pasar página, e incluso hay momentos en los que me gustaría poder perdonar a Rosa y compartir buenos momentos como los que compartíamos antes de que nos empezaran a interesar los chicos y ella mutara en esa persona que llegó a ser tan cruel.

Suspiro echando a un lado estos pensamientos, porque, en realidad, hoy ha sido un día increíble y, aunque sienta que estoy reventada, mi cabeza se siente de maravilla por el ejercicio y por compartir el tiempo con las personas que me importan y a las que yo les importo.

Saco de la maleta el libro que he traído y me meto en la cama. Por muy cansada que esté, soy incapaz de dormirme si no leo un par de capítulos.

Me despierto cuando siento que me quitan el libro de entre las manos. Mauri lo deja en la mesita de noche y se mete conmigo en la

cama. Yo me pongo de lado y me abraza encajando nuestros cuerpos.

—Nunca me cansaré de dormir abrazándote —murmura en mi nuca, y yo sonrío cuando su mano rodea mi teta izquierda, su sitio favorito del mundo.

CAPÍTULO 38

Y EL RESTO DEL MUNDO DEJABA DE EXISTIR

Mauri

Presente

Vuelvo a desconectar y conectar el cable de red sabiendo que el resultado va a ser el mismo que las otras cuatro veces: no hay conexión.

Empiezo a escuchar un fuerte ruido en la calle y me asomo a la ventana para confirmar mis sospechas: el obrero está rompiendo la acera con el martillo demoledor. Seguro que se ha cortado la red por lo que sea que esté arreglando.

Sopeso mis opciones e ir al estudio es inútil, porque está en este mismo barrio y el corte debe ser general. Ir a una cafetería lo descarto al instante, ya que estoy preparando unos planos y necesito una mesa grande para plasmar todo lo que tenemos guardado en la nube a la que solo puedo acceder con cable de red, ya que el acceso a la nube de mi trabajo no permite conexión wifi por temas de ciberseguridad.

Saco el móvil del bolsillo y llamo a Hugo, ya que, además de una conexión de red que funciona, tiene una mesa de salón de tamaño considerable en la que cabrían sin problema mis planos.

Hugo me confirma que puedo ir a su casa, aunque me quedaré solo con Erik puesto que ambos trabajan. También añade que me dé prisa, pues Sara ya se ha ido y él está a punto de irse.

Meto en la mochila el ordenador, el cargador, el ratón y el portaplanos. Como voy justo de tiempo para revisar si llevo todo el material necesario, meto también el estuche, que no tengo ni idea de dónde ha salido, con rotuladores y lápices que encontré en casa de mis padres cuando hice la mudanza.

Salgo de casa y me voy directo en la moto a casa de Hugo.



Una hora más tarde estoy en su salón con todo extendido en la mesa y Erik pendiente de cada movimiento que hago.

—Anda que no te tienes que aburrir tú aquí solo cuando Sara también tiene que ir a la oficina —le digo al perro, que me ladra por respuesta.

Me río y pongo algo de música mientras continúo con los planos del proyecto que tengo entre manos, hasta que suena el timbre.

Me dirijo a la puerta pensando que será un repartidor, pero cuando la abro me quedo sin palabras al ver a Lucía. Se ha agachado a saludar a Erik, que revolotea a su alrededor, así que puedo observarla hasta que repare en mi presencia.

Está preciosa, joder.

Lleva el pelo recogido en un moño y se ha pintado los labios de granate. Me pierdo en su boca cuando empieza a hablar de forma atropellada.

—Perdona, Hugo. Han cortado internet en mi barrio. Como rotamos en la oficina en mi puesto, hoy está otra de las coordinadoras y tengo reunión a las once, así que necesito un sitio tranquilo. Te he llamado antes, pero no me has contestado, así que he supuesto que… —Se queda callada en cuanto levanta la mirada y me ve sujetando la puerta.

Nos quedamos un par de segundos en silencio, evaluándonos, mientras Erik se tumba en el jardín con un hueso de juguete.

—Hola —digo, ya que parece que esto es lo único de lo que es capaz mi cabeza cuando la tengo delante sin esperarlo.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta con el ceño fruncido.

—Pues vivimos en el mismo barrio y parece que hemos tenido la misma idea al haberse jodido internet.

—¡Qué suerte! —murmura por lo bajo, aunque no lo suficiente como para que no lo escuche—. ¿Dónde está Hugo?

—En la tienda y Sara, en la oficina.

—Lo de Sara ya lo sé porque trabajamos juntas, pero pensaba que hoy Hugo libraba.

—Por lo que me ha dicho cuando lo he llamado, se había puesto enferma no sé quién y tenía que abrir él —explico.

—¿Me dejas pasar o nos vamos a quedar aquí toda la mañana? Tengo cosas que hacer —dice en su común tono borde que reserva cuando las cosas no salen como ella esperaba.

Me aparto sin decirle nada y la sigo hasta el salón. En cuanto llegamos, alza una ceja al ver que todo está ocupado y me apresuro a hacerle un hueco antes de sentarme.

—Con un sitio pequeño me llega. Tengo una reunión en un rato, si te molesto me puedo meter en la habitación.

—No, tranquila. Estoy preparando unos planos.

Lucía empieza a sacar las cosas de su bolso y a ordenarlo todo en la mesa como siempre ha hecho. Me río con disimulo cuando abre su agenda y veo las anotaciones a colores. Algunas cosas no cambian nunca, como el hecho de que me esté mirando con los ojos entrecerrados al ver mi sonrisa, aunque puedo ver cómo lucha para que sus comisuras no se levanten.

—¡Mierda! —murmura a los pocos segundos.

—¿Qué pasa?

—Nada —contesta.

—Venga, dímelo por si puedo ayudarte.

—Lo dudo mucho.

—Prueba —la reto.

—Me he dejado los bolígrafos en casa —dice seria.

Me río de nuevo porque sé que se está planteando en serio ir a su casa a por su colección infinita. Es incapaz de anotar algo en un color distinto al que tiene asignado de toda la vida.

—No tiene gracia. Ya sabes que me gusta el orden y que todo siga un código.

—Pues que sepas que a lo mejor sí que puedo ayudarte, listilla —le digo con cariño al sentirme cómodo, pero me pongo serio al momento cuando me observa con la ceja levantada—. Toma, tengo un estuche que deber tener de todo, ya que pesa un montón.

Se lo acerco tras levantarme y se queda anclada en el sitio mirándolo cuando se lo dejo en las manos.

—Esto es mío —dice cogiendo el estuche y revisando su contenido —. No me acordaba de él.

—¿Tuyo? Estaba en el escritorio de mi cuarto en la casa de mis padres —respondo extrañado.

—Lo dejé yo allí hace años, por si perdía el mío. Te lo dije, pero estabas muy ocupado en ese momento metiéndome mano.

Nos quedamos callados y Lucía se lleva una mano a la boca mientras me mira asustada por lo que acaba de decir.

Y sí, eso me cuadra, porque cada vez que me perdía en su cuerpo el resto del mundo dejaba de existir.

CAPÍTULO 39

EL HECHO ES QUE NOS PERDIMOS PARA SIEMPRE

Lucía

¿Qué coño me pasa? ¿Cómo he podido soltar algo así?

Hablar con Mauri siempre ha sido sencillo, y estas últimas semanas ya no siento tanta rabia como sentía antes. Incluso alguna vez me he sentido a gusto, como el otro día organizando el viaje a la nieve.

Me siento tan estúpida ahora mismo por haber hablado de cuando estábamos juntos que solo quiero enterrar la cabeza bajo tierra y no sacarla hasta que Mauri se haya ido a su casa.

—Lo siento, no quería decir eso —digo.

—No pasa nada. Seguro que fue así. Cuando estábamos juntos nada más importaba —responde con una sonrisa nostálgica.

No puedo evitar un leve apretón en el corazón cuando le escucho hablar de nosotros en pasado. Es así como tiene que ser, pero no me gusta ni un pelo cómo me acabo de sentir con sus palabras.

—Por suerte, eso no nos va a volver a ocurrir.

Mauri no dice nada, pero me mira con el ceño fruncido como si le molestara lo que acabo de decir y, por un momento, siento la necesidad de retractarme e ir junto a él para alisarle la arruga. Siempre ha sido una persona que ilumina cada instancia con su alegría y parece que últimamente me he empeñado en apagarlo.

En este caso, el comentario no lo he dicho con malicia, sino constatando una realidad. No vamos a volver a estar juntos y tampoco vamos a volver a sufrir tanto como lo hicimos en su día.

Gracias al universo, se me pasa la tontería a los pocos segundos y, sin esperar una respuesta, me siento en la mesa y abro el estuche para coger todos los colores que necesito.

La verdad es que ha sido un alivio que lo tuviera en su poder, porque he estado a punto de volver a casa a por ellos o asaltar el estudio de Sara, pero me daba miedo romperle alguno y sé que los que

ella tiene son de buena calidad y cuestan un ojo de la cara. Aunque, conociéndola, estoy segura de que le daría igual si me hubiera cargado alguno.

Alzo la vista cuando noto que Mauri me está mirando como si me estuviera estudiando, pero baja la mirada en cuanto alzo una ceja, así que ambos nos ponemos a trabajar en lo nuestro.



Acabo la reunión satisfecha con la acogida de los cambios que he propuesto a mi jefa y que el equipo ha aceptado de buena gana. En realidad, nos van a ayudar a todos a trabajar de forma más rápida y eficaz, pero no siempre la gente se toma los cambios en la forma de trabajar de manera positiva.

—Vaya. Siempre imaginé que serías muy buena en tu curro, pero ha sido increíble escucharte hablar con tantas ganas y de una forma tan práctica y sencilla como eres tú —dice Mauri.

Me pongo colorada por su halago hasta que me doy cuenta del final de su frase.

—¿Me estás llamando básica? —pregunto molesta.

—¿Qué? En absoluto. De hecho, eres de todo menos eso.

—Ah, bueno, mejor todavía. ¿Crees que soy complicada?

—Joder… ¿Hay respuesta correcta? —pregunta con las manos en alto como si le estuviera apuntando con una pistola—. Quién me mandará a mí intentar hacerte un cumplido.

—Eso digo yo. Sabes que nunca he sabido encajarlos muy bien.

Y no sé por qué estoy comportándome así cuando no lo estaba diciendo a malas, pero tengo las emociones tan revolucionadas cuando lo tengo cerca que soy incapaz de hablar con él sin sentir anhelo, tristeza o dolor.

Justo eso es lo que más me fastidia de todo esto. Me encantaría sentir indiferencia hacia él, cuando lo cierto es que siento demasiadas cosas cuando lo tengo delante y me frustra el no poder controlarme.

Mauri me mira, pero no añade nada más y eso me confunde. Siempre ha sido una persona que habla mucho y que no se calla nada, pero desde que ha vuelto se resigna con mis cortes y no entra al trapo. Se ha convertido en el rey del silencio y eso me molesta, porque me hace sentir que soy mala con él.

Escucho su suspiro por lo bajo y cierro los ojos, puesto que, a pesar de todo lo que hemos vivido, el único Mauri que nunca he soportado ver ha sido al Mauri triste, así que hago acopio de todas mis fuerzas y centro la atención en mi ordenador.

—¿Te importa si pongo música? —dice tras media hora de silencio absoluto.

—Sí, por favor —contesto.

—Gracias.

—De nada.

Nos miramos un par de segundos antes de que él niegue con la cabeza y baje la mirada a su portátil. Estoy segura de que ahora mismo está pensando lo mismo que yo, que con todo lo que hemos sido es una mierda habernos quedado en frases de cortesía que parecen querer decir mucho más, pero que se quedan atascadas en la garganta.

La música empieza a llenar el salón y agradezco que el sonido interrumpa la cantidad de pensamientos sobre nosotros que estoy teniendo hoy. Tenerlo cerca me hace plantearme demasiadas cosas y analizar más de un sentimiento para los que no estoy preparada para profundizar en ellos.

Cierro los ojos y bajo las manos a mi regazo con pesar cuando, tras tararear un par de letras que conozco, empieza a sonar *Maquiavélico* de Canserbero, una canción que durante estos cinco años siempre me ha recordado a nosotros y a todo lo que perdimos cuando fuimos tan inocentes como para creer que hay amores que son eternos.

Escucho cómo Mauri también deja de teclear y no me atrevo a abrir los ojos por miedo a que me esté mirando y vea todo lo que me remueve escuchar con él delante la parte de la letra que dice: «El porqué de por qué llegamos a este punto es muy difícil de decir. Como determinar causas de que ya no estemos aunque nos queramos así.

Pudo haber sido por mí, pudo haber sido por ti, pudo haber sido cualquier cosa. Pudo haber sido incluso el aleteo de una mariposa. El hecho es que nos perdimos para siempre».

CAPÍTULO 40

PENSÁBAMOS QUE IBA A SER FÁCIL

Mauri

Cinco años antes

Le quito el candado a la bicicleta y me dirijo a casa tras haber tomado un par de cervezas en Piazza Verdi con mis compañeros de piso. Ambos se han quejado, por motivos muy diferentes, de que no me quedara hasta más tarde, pero llego ya tarde a la hora en la que he quedado con Lucía para hablar por Skype.

—¡Por fin! Llevo más de una hora esperando, Mauri. Yo también tengo cosas que hacer —dice en cuanto contesta mi llamada.

Me acabo de sacar la cazadora y la tiro encima de la cama.

—Perdona, he ido a tomar algo con estos y se me ha ido el tiempo —me disculpo.

—Serviría la excusa si no fuera la quinta vez que te pasa este mes.

—Bueno, también te ha pasado a ti varios días —protesto molesto por su saludo.

Lucía suspira y me pierdo en su imagen en la pantalla. La echo tanto de menos que hasta duele a veces, pero llevamos varias semanas discutiendo casi todas las veces que hablamos porque nuestros horarios nunca coinciden.

Cuando solicité el Erasmus en Bolonia, ella fue la primera en animarme a pedir la beca, pero ya me ha echado en cara más de una vez que esté tan lejos, a pesar de saber que aprender otro idioma con fluidez es importante en mi carrera.

Llevo días con la sensación de que lo único que hacemos es discutir por todo. No conseguimos tener una simple conversación en la que reconozcamos lo mucho que nos echamos de menos sin acabar echándole en cara al otro que no hayamos hablado el día anterior o que nos hemos enterado por nuestras familias de algo relacionado con el otro.

Entre las clases, las prácticas y la vida social ajetreada de cualquier

erasmus a veces se me complica el poder llegar a la hora pactada o dedicarle todo el tiempo que me gustaría. Además, Lucía tiene clases por las mañanas y trabaja por las tardes en una asesoría de recepcionista para ayudar a su madre con la matrícula, ya que no quería añadirle la carga de sus gastos.

Todo ello solo nos permite hablar por las noches, pero aquí se sale todos los días de la semana y la gente queda para hacer botellón a las nueve, ya que las discotecas cierran a las cuatro, así que la fiesta empieza antes que en España, por lo que muchas veces cuando ella puede yo ya estoy fuera de casa o si puedo yo ella está trabajando o estudiando.

Lo único que no ha cambiado es lo bien que estamos cuando nos vemos en persona. Aunque estos seis meses solo nos hayamos visto tres veces, las tres han sido como si nunca nos hubiéramos separado y en Navidad incluso nos fuimos un par de días juntos a pasar fin de año solos después de nuestro viaje anual a la nieve con los colegas.

—Venga, no quiero volver a discutir otra vez. Estás preciosa, ¿a qué hora has quedado con Hugo? —pregunto intentando relajar el ambiente.

Lucía me sonríe, pero no le llega a los ojos.

—En diez minutos. Ya está viniendo para aquí —responde triste.

—¿Tan pronto? —pregunto sin poder evitarlo—. Joder, no pensaba que fuera tan tarde. Lo siento, pequeña.

—No pasa nada —contesta en voz baja, aunque yo sé que sí pasa—. ¿Qué tal la quedada?

—Pues lo de siempre. Hemos estado bebiendo unas cervezas sentados en la plaza y Eduardo y Mark han insistido en que volviera después de hablar contigo, pero no me apetece. Me quedo en casa hoy.

—¿Y eso? ¿Todo bien? —pregunta preocupada.

—Es solo que te echo de menos y me encantaría poder salir con vosotros. Me cansa el salir cinco días a la semana y no poder dormir contigo los fines de semana.

Podría añadir que estoy hecho una mierda porque hace semanas que nos noto lejos, que siento que colgamos de un hilo tan fino que temo que se pueda romper.

Lucía suspira con pena y veo que está a punto de llorar.

—A mí también me cansa esta situación. Pensaba que iba a ser más fácil para ambos —dice con pesar.

Nos interrumpe el sonido de su móvil y lo ojea antes de ponerse triste y mirar la cámara.

—Es Hugo. Tengo que irme, me está esperando abajo.

—¿Hablamos mañana por la mañana? ¿Te viene bien a las diez? —propongo—. A mediodía tenemos un evento en la universidad.

—Vale.

—Lu, te quiero mucho. No lo olvides.

—Y yo a ti, Mauri.

Cuelga rápido, pero no lo suficiente como para que no pueda ver cómo se lleva las manos a la cara antes de que se corte la imagen.

Me mata verla así y saber que esta relación a distancia es la que le está haciendo tanto daño.

Cuando solicité el Erasmus pensaba que era lo mejor para mi carrera, pero ya me he arrepentido en más de una ocasión. Lucía ha venido dos veces a verme y he disfrutado enseñándole la ciudad y presentándole a todo el mundo. Incluso salir de fiesta con ella aquí ha sido increíble y han sido mis mejores noches hasta ahora. Todo con ella a mi lado siempre es mejor.

Aun así, no puedo evitar arrepentirme, pues no quiero estar aquí si eso me va a costar mi relación. Sigo pensando que Lucía es la mujer de mi vida y nunca he mirado a otra en ese sentido. Ella me da todo lo que necesito. A pesar de la distancia, de sentir menos cariño y, obviamente, tener que recurrir a tocarme solo para darme placer, ni una sola vez me he planteado ponerle ni un solo dedo a otra.

Ahora es cuando me doy cuenta de que el amor no lo puede todo y que hay circunstancias más fuertes como la distancia o la falta de comunicación, que es lo que nos está pasando a nosotros.

Mis compañeros de piso intentan aconsejarme a diario, pero no podrían ser más opuestos.

Mark suscribe que las relaciones a distancia pueden funcionar sin ningún lugar a dudas, ya que si quieres a alguien la distancia no importa tanto, pero claro, es mucho más sencillo decirlo cuando tu

novia también está de Erasmus en una ciudad a menos de dos horas de aquí y cuyo billete cuesta diez euros. La mía está a mil setecientos kilómetros y el billete de avión cuesta bastante más.

Edu sostiene que somos demasiado jóvenes como para estar tan atados y que deberíamos aprovechar para follar todo lo que podamos, porque echar un polvo de Erasmus es muy sencillo y él lo practica todo lo que puede.

Y yo solo pienso que, si no es Lucía, no quiero que sea otra, eso lo tengo muy claro. Lo que me preocupa es que Lucía se dé cuenta de que no le compensa esperarme o que cuando vuelva en junio, en cuanto acabe el último examen, sienta que estaba mejor sin mí y me dé la patada.

Lo que sí tengo claro es que esto nos está pasando factura y yo me arrepiento cada puto día de haber solicitado la beca, porque las fiestas, el turisteo y los exámenes fáciles no compensan el sentir que estoy haciendo daño y perdiendo a la persona que más quiero.

CAPÍTULO 41

NOS ESTAMOS PERDIENDO

Lucía

Cuatro horas después vuelvo a casa pensando que no debería haber salido.

Al menos he sido inteligente y, como estaba tan triste, no he bebido ni una gota de alcohol. No quería que me diera el bajón y ponerme a llorar delante de todo el mundo.

Hugo me ha preguntado varias veces que si estaba bien o si me había pasado algo, pero por mucho que sea mi mejor amigo, también es amigo de Mauri y no quiero interferir en su relación.

Entro en casa con cuidado de no despertar a nadie cuando veo que la luz de la habitación de mi madre está encendida. Me asomo a la puerta entreabierta para descubrir que está leyendo una novela de esas románticas que tanto le gustan. Tiene la estantería llena de ellas colocadas por colores, costumbre que he heredado, aunque yo soy más de leer fantasía.

Continúo hasta mi habitación y me pongo el pijama antes de volver a la suya.

—¿Puedo? —pregunto desde la puerta.

Mi madre levanta la mirada y me regala una sonrisa, que se borra justo en el instante en que nuestras miradas se cruzan.

—Cariño… Ven aquí —pide abriendo los brazos.

Me tumbo a su lado y dejo que me abrace. Es reconfortante, pero a la vez consigue que me ponga a llorar mientras me pasa la mano por la espalda y me aparta el pelo de la cara.

—¿Qué ha pasado, cielo? ¿Habéis vuelto a discutir? —pregunta preocupada cuando me he calmado lo suficiente para poder hablar.

—Sí y no. En realidad, nunca discutimos de gritarnos o alterarnos demasiado, pero sí chocamos mucho. Mamá, nos estamos alejando. Ya no hablamos todos los días, que tampoco era necesario, pero las pocas veces que conseguimos hablar a lo largo de la semana acaban siendo ratos de veinte minutos con suerte en los que estamos más molestos

que cariñosos —me desahogo.

—¿Y qué solución le ves?

—Yo lo quiero y él a mí, de eso estoy segura, porque si dudáramos de lo que sentimos ya lo habríamos dejado.

—Eso ya lo sé, mi vida, pero querer muchas veces no puede con todo. Al menos no es suficiente si se sufre más de lo que se ríe, como os está pasando a vosotros.

—Yo no quiero estar sin él, mamá. Cuando estamos juntos es como siempre, como si nada más importara y pudiéramos con todo, pero parece que nos hemos olvidado de eso. ¿Para qué lo anime a irse? Lo estoy perdiendo y me aterra pensar seguir sin él —sollozo poniéndome a llorar de nuevo.

Mi madre me pasa un pañuelo y me abraza más fuerte, como si quiera absorber todo el dolor que estoy sintiendo ahora mismo para que deje de sufrir.

No sé cuánto tiempo paso llorando, pero sí sé que me quedo dormida mientras ella me acaricia la cabeza y me regala algo de la paz que tanto necesitaba.



Me despierto en la cama de mi madre. Miro el reloj y veo que son las dos del mediodía.

—¡Mierda!

Cojo el móvil y tengo varios mensajes de Mauri preguntándome si voy a conectarme. Ha estado más de dos horas esperándome hasta que se ha tenido que ir porque llegaba tarde.

LUCÍA: *¡Lo siento! Me quedé dormida en la cama de mi madre sin haber puesto el despertador. ¿Por la noche puedes hablar?*

MAURI: *Tenía planes, pero prefiero hablar contigo. Te echo de menos.*

LUCÍA: *Gracias. A las diez te llamo. Te quiero infinito.*

Salgo de la habitación con una sonrisa al saber que hoy vamos a hablar y, espero, poder tener una conversación como las de antes sin reproches ni resquemores.

—Llegas justo a tiempo —dice mi abuelo Ramón con una sonrisa y con mi madre sentada a su lado en la cocina.

—¿A tiempo para qué?

—Tenemos un regalo para ti.

Me acerco y mi madre me enseña la pantalla del portátil.

—¿Estáis de broma? No hacía falta. Esta noche hemos quedado para hablar y seguro que va todo mucho mejor —digo mirándolos.

—Y hablaréis, pero en persona, que es como se tienen que hacer las cosas —aclara mi abuelo.



Mi familia está para encerrar, pero la adoro.

El billete de avión que me han comprado es para hoy viernes, así que he comido, he hecho la maleta y me he ido al aeropuerto. He hecho un poco de tiempo al llegar para darle una sorpresa a Mauri y aparecer justo a la hora en la que hemos quedado para hablar.

Toco el timbre y me abre la puerta Mark, su compañero de piso, que me da un abrazo al verme.

—¡Vaya sorpresa se va a llevar! —susurra—. Lleva semanas con un humor de mierda. Me alegro mucho de que estés aquí —añade con una sonrisa.

—Tengo muchas ganas de verlo —respondo contenta.

—Mauricio, tienes visita —grita Mark guiñándome un ojo.

—Ya os dije que hoy no salía. A quien sea le dices que se vaya —me llega su voz y siento cómo los nervios trepan por mi estómago, algo que me pasa cada vez que lo siento cerca.

Le hago un gesto a Mark para que no le diga nada más y me acerco

a su habitación, que tiene la puerta cerrada. La abro y veo a Mauri tumbado en la cama de espaldas a la puerta, por lo que no me ve.

—Pírate. Me va a llamar ahora mi chica y no quiero ver a nadie —contesta un Mauri borde al que no estoy acostumbrada. Cierro la puerta e intuyo que él se lo toma como que Mark lo ha dejado solo porque añade—: Venga, Lucilú, no me falles que quiero ver esa carita —murmura impaciente en voz baja.

—¿Y no prefieres verla en directo? —digo con una sonrisa.

Mauri se pone recto y gira la cabeza con rapidez antes de levantarse y cogerme en brazos con la felicidad reflejada en su rostro. Enlazo las piernas en su cadera y le rodeo el cuello con los brazos antes de enterrar los dedos en su pelo y darle un beso hasta que, como siempre, no sé dónde empieza él y dónde acabo yo.

CAPÍTULO 42

ROTO EN MIL PEDAZOS

Mauri

Llevo dos días en una nube con Lucía a mi lado.

No es la primera vez que está aquí, en Bolonia, así que hemos aprovechado para hacer turismo y darnos mucho cariño.

Hoy nos hemos levantado tarde tras pasar la noche hablando y teniendo sexo del bueno. Echaba tanto de menos estar así con ella que casi ni me acordaba de lo que era sentir esta paz. Pero todo lo bueno se acaba y hoy se va, así que llevamos ya un par de horas más callados y siento cómo la nube gris se está colocando encima de nuevo.

No hemos discutido ni una sola vez, porque así es como somos los dos juntos, pero ahora que sabemos que vamos a volver a estar mínimo un par de meses sin vernos y hablando a duras penas, nuestras caras son largas. Incluso nos hemos venido a un parque ya con su maleta para no estar encerrados en casa, pero no es lo mismo que nuestro rincón en el Retiro.

Observo a mi chica y está triste. ¡Joder! Yo también estoy triste y no es un sentimiento que sepa gestionar, ya que me frustra no poder cambiarlo a mi antojo.

—Ey, ¿estás bien? —pregunto intentando descubrir qué se le está pasando por la cabeza.

—Sí, estoy bien.

—Venga, Lu, que ya sabes que bien no es un estado de ánimo que yo acepte. Decir que se está bien es lo mismo que no decir nada. ¿Qué estás pensando?

Estiro mi mano y la acerco a mí.

—No quieres saberlo —responde en voz baja.

—Claro que quiero. Todo lo que tiene que ver contigo me importa —contesto al instante.

Lucía me mira y debe ver la súplica en mi cara, porque respira hondo, como si se estuviera armando de valor.

—Se me está haciendo muy duro este curso. Sabía que no iba a ser

fácil estar separados, pero nunca pensé que iba a doler tanto.

Suspiro tragando a duras penas sus palabras. Lo está pasando peor de lo que pensaba y eso que era muy consciente de que esta última temporada estaba más triste y decaída.

—Ya lo sé, yo tampoco me esperaba que fuera a ser así —me sincero.

—Es que te siento lejos la mayoría de los días. Solo estamos bien estando juntos en persona, pero pasamos días sin hablar más que un par de minutos en los que discutimos y nos echamos cosas en cara. Ya ni siquiera recuerdo la última vez que estuvimos más de una semana sin discutir. Antes de que te vinieras solo discutíamos por tonterías, pero ahora cualquier cosa es un buen motivo para sacar los reproches que ambos hemos acumulado. Y duele, Mauri, duele mucho, joder.

—Lo dices como si fuera todo culpa mía por haber venido, pero tú me apoyaste. Además, eres tú la que no puede hablar muchas veces. Si no tienes academia, tienes grupo de estudio y, si no, clases de francés o trabajo o el voluntariado ese que estás haciendo en la perrera —exploto.

—¿Qué pretendías que hiciera? ¿Que dejara mi vida en pausa mientras tú estabas de Erasmus emborrachándote y saliendo de fiesta? Yo también tengo derecho a disfrutar de mis años de universidad a mi manera y es así, sintiéndome útil y haciendo cosas.

—Nunca he pretendido que estuvieras en casa esperándome. No lo pintes así porque eso jamás ha salido de mi boca.

—Entonces, ¿qué coño quieres de mí? —pregunta furiosa.

Y no reconozco a esta Lucía. Está llena de resentimiento y enfado. Me mata saber que está sufriendo tanto.

—Quiero tener lo que teníamos. Era perfecto —respondo derrotado.

—Madura de una vez. La vida no es tomo mis decisiones y que le jodan al resto —suelta con rabia.

Siento como si me acabara de dar una torta. Aunque lo más seguro es que si me la hubiera dado me habría dolido menos que sus palabras.

—¿Cómo puedes pensar que no me importas? Esta decisión la tomamos juntos. ¡Tú me animaste! —repito incrédulo.

—Viniste a mi casa con los papeles y un montón de información sobre esta ciudad, el programa de Arquitectura y todo el arte que hay en este maldito país y que podrías ver gratis con la tarjeta de la universidad. ¿De verdad pensabas que te iba a romper el sueño así?

—Podrías haberme dado tu opinión de verdad. Pensaba que nuestra relación se basaba en la confianza —susurro.

—Tú querías venir sí o sí, aunque eso supusiera dejarme a mí en el camino.

Lucía se echa a llorar y siento que algo se rompe en mi interior al verla así.

—Venga, Lucía, por favor —suplico—. No te pongas así. Te vas en un rato y no quiero que nos despidamos así. En ningún momento ha entrado en mis planes dejarte en el camino.

La estrecho entre mis brazos y nos quedamos así un par de minutos, en silencio, hasta que se aparta y se pone en pie.

—Tengo que irme —dice con voz rota.

—No, así no —respondo—. Todavía tenemos un poco de tiempo.

—¿Tiempo hasta qué? ¿La próxima llamada en la que uno de los dos se olvide o no llegue a tiempo?

—¡Joder! Es que no lo estas poniendo nada fácil.

¡A la mierda la beca y a la mierda vivir tan lejos! Siempre he tenido claro que mis prioridades eran mi familia y ella y parece que no lo estoy haciendo demasiado bien si ella está tan destrozada. Apenas tardo dos segundos en tomar la decisión de volverme a España con ella. Ya haré cálculos del dinero que tengo que devolver de la beca, aunque sea currando lo que resta de curso poniendo hamburguesas.

—Así, nada de esto merece la pena…

Lucía me mira dolida y se pone seria.

—¿Que no merece la pena? Si ya sabía yo que lo que querías era hacer lo que hacen todos los erasmus, salir de fiesta y tirarte a todo lo que se mueve.

—Pero ¿qué estás diciendo? —la interrumpo.

—Sabía que tenías dudas y que no estabas seguro de seguir juntos. No quería verlo, pero está todo muy claro.

—Me refería a…

—¡Que te calles! —me grita por primera vez y me deja sin palabras —. No quiero saber nada de ti nunca más. Hemos terminado. Ya tienes el caminito libre para follarte a quien quieras y disfrutar de tu vida en Italia sin la pringada de tu novia esperándote en casa.

Coge su maleta y echa a andar, pero la cojo del brazo, todavía en *shock*.

—No lo estás diciendo en serio. Para. Piensa las cosas, Lucía. Ni tú ni yo queremos dejarlo.

—No me digas lo que quiero o no quiero. Lo único que sé es que has dudado y eso no te lo voy a perdonar —dice con rabia.

—Pero lo que quiero es… —intento explicarme de nuevo.

—¡Suéltame! No quiero que me toques ni me vuelvas a hablar nunca más.

Se zafa de mi agarre y me deja callado por la brusquedad en su forma de hablar y comportarse. Lucía no es así. Le estoy haciendo tanto daño que ha hecho lo que ya aprendió en su día: ponerse la coraza y atacar. Y vaya si está consiguiendo hacer daño.

¿Yo le he hecho esto? Está tan destrozada por mi culpa que soy incapaz de ver todo el dolor que le estoy acarreando, así que hago lo único que sé que va a ayudarla: rendirme y dejar que piense todas esas gilipolleces que está pensando. Es mejor que me odie por que piense que sobra en mi vida a que esté en ella tan destrozada.

Aun así, pese a saber que la quiero tanto que no soporto verla sufriendo de este modo, su decisión me acaba de romper en mil pedazos.

CAPÍTULO 43

TERMINÉ POR ARDER EN TU HOGUERA

Lucía

He llorado tanto en el taxi camino al aeropuerto que creo que ya no me quedan más lágrimas, pero en cuanto me siento en la puerta de embarque, vuelvo a llorar desconsolada.

Ha dudado.

Mauri ha dudado sobre estar juntos y yo me he acojonado. He vuelto a sentir el no ser suficiente como no lo fui para Rosa, que prefirió los tíos a nuestra amistad.

Soy consciente de que ha sido un amago, pero el simple hecho de que lo haya hecho es un claro indicador de que ya le ha dado vueltas al tema. Mejor cortar ahora que seguir y que se acabe liando de fiesta con otra una noche de pedo.

Ojalá nunca me hubiera enamorado de él, así ahora dolería menos. Siento tanta rabia y dolor que no puedo evitar que la arcada suba por mi garganta, así que voy corriendo al baño y echo toda la comida.

Estos últimos dos meses, desde que se fue en Navidad, hemos ido de mal en peor. Cada vez las llamadas se han espaciado más, hemos discutido en la mayoría de ellas y no hemos sido capaces de gestionar la distancia, que nos ha aplastado como un puto meteorito.

Ha dicho que no le merecía la pena, claro que no. ¿Cómo le iba a merecer la pena aguantar a su novia del instituto cuando está a tropecientos kilómetros rodeado de fiestas, chicas y un piso de colegas libre de padres? Cualquiera en su situación pensaría igual. Bueno, yo no. Yo lo hubiera elegido por encima de todo, pero se ve que no he sido suficiente, otra vez.

Nos llaman por el megáfono para empezar a embarcar. Llego a mi asiento y saco el móvil para ponerlo en silencio. Mis dedos se deslizan hasta nuestra conversación y veo su último mensaje «Te quiero, no lo dudes nunca» y rompo a llorar de nuevo porque, por primera vez, no me creo sus palabras.



Las siguientes semanas las vivo como si fuera una autómata.

Mauri me llamó varias veces los días posteriores a mi regreso a España, pero dejó de hacerlo en el momento el que le escribí que viviera su puta vida y me dejara tranquila, que estaba mejor sin él.

La rabia, tal y como se reflejó en ese escueto pero claro mensaje, ha ido en aumento y el dolor parece que en lugar de reducirse se ha quedado bien clavado en mi pecho. Me está costando volver a gestionar que no soy suficiente.

Aunque mi madre y mi abuelo me han aconsejado que hable con él, no tengo ni las ganas ni las fuerzas para escuchar su voz.

Miro nuestro chat por quinta vez en los últimos diez minutos y se me para el pulso al verlo «en línea», pero a los pocos segundos desaparece de nuevo.

A esto se resumen mis noches. A mirar nuestras conversaciones y releer los mensajes y las canciones que nos enviábamos, los cuales se habían reducido bastante estos últimos meses.

Me frustra no poder dejar de pensar en él, pero no puedo desahogarme con nadie. Mi madre es amiga de la suya y, aunque sé que nunca me traicionaría de ese modo, no quiero que tome partido ni enfrentarlas. Mi abuelo es demasiado chapado a la antigua como para entender que las relaciones se rompen, para él hay que aguantar carros y carretas y no entiende que lo hayamos dejado tras una discusión gorda sin haberlo hablado después. Pero ¿qué vamos a hablar? Si ya se quedó todo dicho ese día.

Mauri tiene su vida allí y no le merecía la pena aguantar mis dramas y mis bajones, que cada vez ocurrían cada menos tiempo. Y yo no estoy dispuesta a seguir sintiéndome como la mierda por el simple hecho de querer ver y estar con mi novio.

El único que sabe que lo hemos dejado, sin ser de mi familia, es Hugo, pero solo le conté que la distancia había podido con nosotros. Le extrañó que Mauri aceptara mi decisión sin pelear, pero eso es solo

otra de las cosas que añadir a mi lista de heridas.

No me veo capaz de contarle a nadie que en parte mis inseguridades hablaron por mí ese día cuando decidí romper. No quería volver a sentirme rechazada, así que ataqué antes de recibir el golpe. Pero ahora es mi orgullo el que me impide recular y suplicarle que vuelva conmigo, porque si a él no le ha importado haber roto, a mí menos.

Esto tiene que acabarse. Si superé lo de Rosa, esto también puedo superarlo, así que no dudo cuando deslizo el dedo sobre su teléfono y lo bloqueo en el chat y en el teléfono. Su foto desaparece, esa que nos hizo Carlos hace tiempo en la nieve y que todavía no ha quitado.

Tiro el móvil sobre la alfombra y subo el volumen de la minicadena con el mando a distancia hasta que la música lo ocupa todo y Brock Ansiolitiko consigue apretarme el pecho, pero ya no lloro con la letra de su canción *1000 leguas*: «Y dos cuerdos tejieron recuerdos desde un manicomio. Cómo vas a llorar a caballo me dijo el demonio, si el amor duele más a galope de algún unicornio. Cuando me hagas la cruz dímelo y yo me pongo la esquela. Hice un máster de olvido y al final dejé la carrera. Me quedaba dormido soñando que ardía a tu vera, y al final desperté y terminé por arder en tu hoguera».

CAPÍTULO 44

DUELE ESTAR LEJOS DE TU PERSONA

Mauri

Presente

Paso la semana con el ánimo por los suelos.

Fue duro pasar la mañana con Lucía en casa de Hugo entre silencios incómodos, su verdad aplastante y la nada apropiada canción en la que ella cerró los ojos con cara de dolor al escuchar la letra. Tanto fue así que al poco recogí mis cosas y me marché inventándome que tenía una reunión cuando en realidad lo único que quería era llegar a mi apartamento para llorar por todo lo que habíamos perdido.

La frase «El hecho es que nos perdimos para siempre» no para de repetirse en bucle en mi cabeza desde entonces. Lo teníamos todo y lo hicimos tan mal que al final nos lo cargamos.

A veces, me levanto pensando que no está todo perdido y que lo que tuvimos era especial y podemos superar el hecho de habernos separado durante estos años. Sé que lo que sentíamos era muy fuerte e incluso puedo ver que debajo de todo ese odio todavía hay sentimientos por su parte. Lo veo en muchas miradas y lo siento en sus suspiros o en la indiferencia fingida. Cuanto más tiempo comparto con ella, más claro tengo que todavía me quiere. Algo tan real no se olvida, solo se aprende a vivir sin ello.

En cambio, hay otros días, como hoy, en los que me resigno y creo que el distanciarnos fue lo mejor. Ambos estábamos sufriendo y ella lo tuvo que pasar peor, porque era la que tenía que vivir y pasar a diario por los sitios en los que lo fuimos todo.

Yo fui más cobarde y no quise volver a casa de mis padres después de que las pocas visitas que hice en los años siguientes fueran una auténtica tortura. Pasaba por nuestro banco y al rato ya estaba adelantando mi regreso a Barcelona. No soportaba ni siquiera estar en mi habitación con tantos recuerdos guardados en ella.

No fue hasta que pasó el susto de mi padre cuando me di cuenta de

que la vida era demasiado corta y yo no quería seguir viviéndola sin ella.

Aun así, no quiero plantearle, sin estar seguro de sus sentimientos, los cientos de motivos que tengo para pensar que estar juntos es lo mejor para ambos si con ello abro de nuevo la caja de Pandora y Lucía vuelve a sufrir como lo hizo en su momento. No soportaría volver a verla tan rota.

Miro la hora en el móvil y veo que, si no me doy prisa, llegaré tarde. Es viernes y hemos quedado todos para cenar y tomarnos unas cañas en el centro, así que me pongo en movimiento.



Salgo de casa con el tiempo justo para pillar el metro y llego cuando ya están casi todos sentados. Solo faltan Hugo y Sara, que llegan a los pocos minutos agarrados de la mano y riéndose de algo que ella ha dicho.

Nunca había visto a Hugo tan feliz. Siempre ha sido un tío tranquilo que aprecia las pequeñas cosas, pero ahora verlo así de contento y sonriente es incluso contagioso. Sara y él tienen una de esas relaciones en las que se complementan. Sara es puro caos y actividad y Hugo es todo lo contrario, pero se entienden tan bien que son justo lo que necesita el otro.

Siento envidia sana al verlos tan felices. Ojalá algún día volver a tener eso, porque la sensación de compartir tu vida con otra persona es increíble.

No sé qué me pasa hoy, pero estoy más melancólico y en bucle que nunca. Desde que he vuelto a Madrid siento que mis emociones viven en un intenso sube y baja en cada reunión de grupo, así que mi cerebro ha decidido salir de casa con los deberes hechos. ¡Qué suerte la mía!

Alzo la cabeza y pillo a Lucía mirándome, pero en cuanto hacemos contacto mira hacia su plato. Se ha sentado en el otro extremo de la

mesa, pero eso no me ha impedido ver que está preciosa, como siempre.

—Venga, vamos a pedir de cenar que me muero de hambre —dice Marcos mientras escanea el QR de la carta—. ¿Pedimos raciones y compartimos?

Todos apoyamos su propuesta y al poco empiezan a servir la cena, que transcurre entre bromas y alguna que otra anécdota del grupo.

Cuando terminamos de cenar, las conversaciones se parten en las distintas zonas de la mesa. Yo estoy en una esquina y a mi alrededor están sentados Álex, Ari y Hugo, así que acabamos hablando de música.

—¿En serio no has leído los reportajes que hizo Ari sobre la evolución del hiphop? —me pregunta Hugo.

—No, pero me gustaría leerlos —contesto mientras le sonrío a Ari.

—No sé, a lo mejor no te gustan. Para gustos colores y para colores flores dice mi madre —responde ella devolviéndome la sonrisa.

—Por la forma que tienes de hablar y expresarte seguro que merece la pena leerlos.

—Tenemos en casa las revistas, la próxima vez que te vea te las presto —ofrece Ari.

—No es porque sea mi novia, pero están muy bien escritos y tocan todos los palos del movimiento.

Todos nos reímos por el peloteo de Álex, pero es cierto que si consiguió sacar más de un reportaje sobre ello es porque a la gente le gustó cómo lo hacía. Ari le da un beso en la mejilla a su novio agradecida por el cumplido. Estos son otros dos que han tenido la suerte de encontrarse.

—¿Y sobre qué estáis escribiendo ahora? —pregunto a Ari.

—Pues este mes nos hemos centrado en literatura y vamos a escribir todos sobre distintos géneros. A mí me ha tocado el romance, que es ese género que a la gente le da vergüenza reconocer que lee, pero que es uno de los más leídos del mundo.

—No entiendo qué tiene de malo escribir y hablar de amor —responde Sara—. A mí me gusta leerlo. Además, me encantan los finales felices y que las medias naranjas acaben siempre formando una

naranja entera.

—Porque a ti siempre te gusta ver el vaso medio lleno, pero el amor no siempre es así. Puede ser que dos personas se quieran, pero por alguna razón, sea la que sea, no puedan estar juntas —añade Hugo mirándome de reojo.

Observo que Lucía mira su plato como si fuera lo más alucinante que ha visto en su vida y no participa en la conversación.

Me giro hacia Sara y doy voz a los pensamientos que llevan años acompañándome.

—Amor es mucho más que querer a secas. Amor es que te importe tanto la felicidad del otro que seas capaz de sacrificarte para que esa persona deje de sufrir. Es ver que las bases de la confianza flaquean y se tambalean los cimientos, así que dejarlo a tiempo es mejor que destruir al otro aun sabiendo que va a costar olvidar lo que teníais, pero nadie se ha muerto de amor. Aunque joder si duele estar lejos de tu persona y que pasen los días sin tenerla a tu lado.

CAPÍTULO 45

¿VAMOS A EMPEZAR A MENTIRNOS AHORA?

Lucía

Levanto la cabeza y observo a Mauri, que me está mirando con pena.

¿De verdad piensa que dejarlo era lo mejor para ambos? Porque yo sufrí de una forma que sé que no sufriría teniéndolo a mi lado, pero él prefería otras cosas. Lo que pasa es que es mejor pensar que aceptó la ruptura por mí que ser sincero con él mismo y darse cuenta de que ya no quería estar conmigo.

Todos se han quedado en silencio a nuestro alrededor tras sus palabras y no es para menos, ya que lo que acaba de decir es tan bonito que me entran ganas de llorar, pero no por un par de palabras edulcoradas voy a olvidarme de los minutos previos en los que estaba ligando con Ari de forma descarada.

¿Le gustará? Está claro que es su estilo, eso ni lo dudo, pero también sé que Mauri necesita algo más que una cara guapa para fijarse en alguien, necesita personalidad y de eso Ari va sobrada. Además, en su día Álex la prefirió a ella, así que no sería extraño que a Mauri le pase lo mismo.

Odio que todo esto me haga sentir tan insegura. Yo antes no era así, pero desde hace tiempo soy un cúmulo de inseguridades. Siempre pienso que no soy suficiente para nadie por mi carácter de mierda.

No me gustan los celos y nunca he sido celosa, y saber que eso es justo lo que estoy sintiendo ahora mismo me cabrea mucho, porque no quiero estar en primera fila cuando Mauri conozca a otra y se enamore de ella. No soportaría verlo y me acabo de dar cuenta de que ese día acabará llegando.

Sin ser muy consciente de lo que estoy haciendo, me pongo en pie y cojo mi cazadora.

—Me tengo que ir. Nos vemos en tu cumpleaños, Raúl —digo mirando a este último de pasada y dejando veinte euros en la mesa para pagar la cena.

Siento cómo todos me observan, pero no miro atrás cuando salgo

del local.

Echo a andar calle abajo cuando en realidad me encantaría correr, pero las botas militares que llevo no son el mejor calzado para hacerlo.

—Lucía, espera.

No, no, no. No quiero que me vea ahora tan afectada por lo que acaba de decir, pero freno en seco en cuanto escucho su voz.

—Escúchame, por favor —suplica.

Me quedo quieta y es Mauri el que me rodea y se pone enfrente de mí. Está triste y tiene ojeras bajo los ojos que no había visto antes por tenerlo lejos, pero ni siquiera eso rebaja mi enfado.

—¿Qué quieres? Tengo prisa.

—¿Vamos a empezar a mentirnos ahora? Sabes que te vas porque te ha dolido lo que he dicho —dice convencido—. Siento haberlo expresado en voz alta.

—¿Esa tontería sobre el amor? Ambos sabemos que no fue eso lo que pasó. Tú tenías tu vida en Italia y yo sobraba.

—Eso no es cierto, Lucía. Tú fuiste la que…

—No me interesa lo que tengas que decirme. ¿Por qué no vuelves dentro y sigues ligando con Ari en la cara de su novio?

—Pero ¿qué dices? —pregunta extrañado—. No estábamos ligando, estábamos hablando de música.

—A mí no me tienes que dar explicaciones.

—Pues lo que yo estoy viendo son celos y, perdona que te lo diga, no te pegan. Nunca hemos sido tóxicos y no vamos a empezar ahora —dice cabreado.

—Tú y yo no somos nada, Mauri. No tenemos nada que empezar ni ahora ni en un futuro —respondo.

—Venga, Lucía. ¿De verdad crees que no tenemos nada de qué hablar? Porque yo creo que hay muchas cosas que arreglar y se pueden arreglar.

—No me hagas reír. Vete de fiesta con Raúl. Tal vez hasta puedas echar un polvo —añado cabreada, ya que solo de imaginarme sus manos tocando a otra siento un dolor enorme en el pecho—. Polvos como los que eché yo con Álex hace unos años.

Me arrepiento de lo que acabo de decir en cuanto veo la cara de dolor y confusión que pone Mauri. Cierra los ojos y da un paso hacia atrás como si le hubiera golpeado y necesitara estar lejos de mí.

Y yo me siento mala persona, porque por muy enfadada que esté con la vida la venganza nunca ha entrado en mi forma de ser. Por mucho daño que me hayan hecho nunca he deseado que a Rosa le fuera mal o que le pasara lo mismo a la hija del señor que le causó la muerte a mi madre.

Yo no soy así y no tengo excusa. No se lo merece.

—Lo siento. No quería que te enteraras así —me disculpo en voz baja.

—Has hecho lo que haces siempre, atacar para defenderte de todo lo que estás sintiendo ahora mismo, como lo hiciste el día que me dejaste, porque la que tomó la decisión ese día fuiste tú, aunque parezca que fue al revés. Estás dolida y querías que yo sintiera lo mismo. Y, la verdad, aunque no creo que ahora te sientas mejor, enhorabuena, lo has conseguido.

Me sigue conociendo mejor que nadie. Eso es exactamente lo que acabo de hacer. Sacar las garras para intentar mitigar la presión en el pecho, pero no ha servido de nada porque me siento todavía peor.

—Mauri…

—No, por favor —dice levantando una mano para que no me acerque—. Necesito irme y digerirlo. No quiero decir nada de lo que luego vaya a arrepentirme.

Sin añadir nada más se marcha dejándome sola en la acera.

CAPÍTULO 46

HE ACEPTADO MI FIN

Lucía

Me meto en la cama con ganas de llorar y me permito hacerlo. No sé cuánto hacía que no lloraba tanto, pero hacer daño a Mauri no ha sido en absoluto gratificante.

Jamás me ha tratado mal. Incluso cuando lo dejé, porque tal y como ha dejado muy claro hoy fui yo la que lo hizo, no dijo nada y respetó lo que yo había decidido.

¿Y si lo que dijo durante la cena es lo que cree de verdad? Me parece increíble que pensara que dejarlo sería lo mejor para mí por lo mal que lo estaba pasando, pero tiene más lógica que lo que yo he pensado durante todo este tiempo, que era que quería salir y follarse a otras, porque es algo que ni siquiera hacía antes de estar juntos. Nunca ha sido de salir todos los fines de semana y liarse con chicas aleatorias, pero como no tenía ninguna otra teoría y todo el mundo habla de que eso era lo que hacían los erasmus, lo di por supuesto.

Verlo tan dolido solo me ha demostrado que Mauri todavía siente cosas por mí y ha sufrido tanto como yo. Creo que he sido bastante injusta todo este tiempo pensando que él estaría como si nada. Lo que tuvimos fue de verdad y las miradas, las caricias y los besos no pueden fingirse cuando eran tan reales como los nuestros.

Que él piense que ha vuelto para quedarse y que todavía hay algo que arreglar no borra toda la soledad que he sentido durante años. Por eso, cuando empiezo a ser sincera sobre mis sentimientos, resulta todavía más demoledor el ser consciente del daño que le he causado hoy. Si había alguna posibilidad de arreglar algo como él pretendía, me la he cargado esta noche.



Suelto el aire y vuelvo a mirar el wasap que me ha enviado Mauri a las cinco de la mañana con un mensaje muy claro, y más cuando reconozco la letra de la canción *Rómpeme* de Ale Berraquero y Miranda.

MAURI: *«Hace tiempo que no pienso en mí. Hace un rato me acordé de ti. Sigo por las calles de Madrid borracho y perdido he aceptado mi fin».*

Lo primero que he pensado al leer su nombre en la pantalla ha sido que para qué lo había desbloqueado cuando organizamos el cumpleaños de Hugo hace meses. Cuando el resto contestaba a cosas que yo no entendía, le pregunté a Sara y me enseñó el chat. Como lo tenía bloqueado no me aparecían sus mensajes.

Lo segundo ha sido sentir un apretón en el pecho. Hacía casi cinco años que no recibía la letra de una canción por su parte.

Mentiría si no reconociera que se me ha escapado una sonrisa cuando he visto que era esa canción que tantas veces habíamos escuchado juntos tirados en su cama, al menos hasta que he releído la letra y me he dado cuenta de lo que decía y lo que significaba.

Creo que ayer le hice más daño de lo que me gustaría reconocer por culpa de no saber morderme la lengua cuando algo me sienta mal. Sin duda, tengo que trabajarlo, porque no me gusta hacer daño de esta forma tan gratuita.

Me tapo de nuevo con el nórdico y decido ser sincera de una vez por todas. Si siempre voy de abanderada de la verdad, no tiene lógica que me siga mintiendo a mí misma. Todavía tengo sentimientos fuertes por Mauri y no son precisamente negativos.

Sería contraproducente no reconocer que siento atracción por él, puesto que mi cuerpo reacciona siempre a su cercanía, como un puto imán. A veces, me pierdo mirando sus manos y deseando que me toquen sus dedos suaves o que sus brazos me rodeen para sentir después su mentón sobre mi cabeza. Incluso más de una noche me he recreado sola rememorando las noches que pasamos juntos.

A pesar de haberme acostado con distintos chicos tras haberlo

dejado, ninguno me ha hecho nunca sentir tan deseada y adorada como lo hacía Mauri. Sí, he conseguido llegar al orgasmo y disfrutar, pero siempre me ha faltado algo, como si el acto en sí estuviera incompleto. Es más, hasta los besos se me quedaban a medias porque no terminaban con un beso en la nariz.

Son tantas las cosas que echo de menos que más de una vez me he encontrado a mí misma pensando en él y en todas las cosas que echo de menos cuando he estado con otro chico.

Siento mucha impotencia por no haber sido capaz de pasar página después de tanto tiempo, así que a lo mejor es hora de dejar de hacerlo y ver qué pasa.

Está claro que amigos nunca hemos sido ni lo vamos a ser, pero es hora de acabar de una vez por todas con todos los reproches y tal vez así pueda dejar de esforzarme tanto por mostrar indiferencia. Es agotador.

Lo que peor llevo cuando tengo un mal día es lo mucho que echo de menos a mi madre. Con ella todo era menos complicado y cualquier abrazo suyo lo recomponía todo. Su ausencia duele más cuando me siento tan perdida.

CAPÍTULO 47

SE HA IDO

Lucía

Cuatro años antes

El último año ha sido un tiovivo de emociones en el que he intentado estar lo más ocupada posible para acabar agotada al final del día y dormir del tirón. A veces ha funcionado, pero otras no y me he pasado buena parte de la noche pensando demasiado.

Las cosas han cambiado bastante.

Cuando acabó el curso pasado, sé por mi madre que Mauri se fue directo al pueblo de sus abuelos y luego hizo un cambio de expediente a Barcelona para acabar allí la carrera.

Mentiría si dijera que no me dolió saber que lo tiene tan superado que hasta se ha cambiado de ciudad para no volver a verme. Puede que para él haya sido fácil y apenas le haya costado rehacer su vida sin mí, pero para mí todo esto ha sido una auténtica mierda e incluso mi carácter se ha visto resentido. Si antes ya me costaba conocer gente nueva, ahora me cuesta todavía más.

—¿Me dejas este disco? —pregunta Hugo interrumpiendo mis pensamientos.

Menos mal que lo he tenido a mi lado. Aunque nunca he entrado en detalles sobre lo que ocurrió, siempre ha estado conmigo para dejarme llorar en su hombro o ponerme canciones alegres para hacerme sonreír cuando mi ánimo decaía. Lo quiero tanto por haber permanecido a mi lado incluso cuando no lo merecía, tras alguna mala contestación o tras recluirme en casa más de un fin de semana sin querer hacer nada, que no me imagino lejos de él.

Pero no todo ha sido malo. También he salido de vez en cuando con mis compañeros de la universidad e incluso con Hugo y sus amigos. Además, después de una temporada de auténtica castidad, hace un par de meses decidí cortar ya con toda clase de autocompasión y he salido al mercado, como dice Hugo.

Es cierto que la primera vez que me acosté con otro chico me pasé el día siguiente llorando y sintiéndome culpable. ¿Culpable de qué? ¿De intentar rehacer mi vida? No lo sé, pero el caso es que después de ahí sí me he liado con un par más y tengo que reconocer que me gusta el hecho de sentir el deseo en otra persona aleatoria sin llegar a nada más que sexo y un buen rato.

Dudo mucho que mi corazón esté preparado para volver a engancharse tan fuerte con otra persona. Es más, me aterra volver a hacerlo y, por eso, no me implico con nadie más allá de una noche. Nada de citas, nada de intercambio de teléfonos ni nada de falsas promesas.

He llegado a sentir tanta rabia que muchos de los momentos buenos que viví con Mauri están ahora empañados con una sensación de que no fueron reales por su parte. Ni lo nuestro era para siempre ni nosotros inmortales.

—¿Lucía? —llama mi atención Hugo con paciencia—. ¿Todo bien?

—Sí, perdona. Estaba pensando en tonterías. Claro, puedes coger los que quieras, ya lo sabes.

—Este fin de semana voy a quedar con Carlos. ¿Quieres venir? Siempre me pregunta por ti —tantea mientras separa un par de discos más de mi estantería.

Suspiro con tristeza. Carlos fue un daño colateral. Verlo me dolía porque me recordaba demasiado a Mauri, así que rompí todo tipo de lazos con él. Nuestro grupo se rompió por completo.

—No, he quedado con los de la universidad. Tenemos que hacer un trabajo sobre redes sociales.

—Está bien —responde negando con la cabeza, ya que sabe que la excusa del trabajo me ha venido perfecta.

Me giro al escuchar la puerta de la calle. Debe de ser mi madre, que ha llegado ya de trabajar. Justo a la hora perfecta para preparar juntas nuestra tortilla de los domingos, porque esa tradición no la perdonamos ni en los malos momentos.

Unos pasos apresurados llegan desde el pasillo y se abre la puerta de mi habitación. En cuanto veo la cara devastada de mi abuelo, me pongo de pie y me acerco a él.

—¿Qué pasa, abuelo? —pregunto sintiendo cómo la ansiedad empieza a trepar por mi estómago.

—Canija, ha pasado algo malo —responde con voz temblorosa.

—¿Cómo de malo? Dime qué ocurre.

—Tu madre ha tenido un accidente. Un conductor se ha metido en su carril y se ha llevado su coche por delante —explica llorando.

Me quedo sin aire y la ansiedad ya lo ocupa todo. Hugo se pone a mi lado y le acerca a mi abuelo la silla de mi escritorio.

—No, no te sientes. Hago una maleta para mamá y nos vamos al hospital —digo mientras me pongo en movimiento, ya que siempre he sido una persona resolutiva.

Mi abuelo me mira con pena y empieza a negar con la cabeza a la vez que se sienta. Baja la mirada a sus manos, que están temblando.

Hugo empieza a llorar y yo no entiendo qué está pasando. Si mi madre no está en el hospital imagino que es porque no ha sido grave y se habrá ido al centro de salud, por lo que vendrá en un rato a casa. Pero algo no va bien cuando mi abuelo no ha dejado de negar con la cabeza y cada vez llora más fuerte, incluso se pasa una mano por la cara con desesperación.

Me acerco a él y me acuclillo a su altura. Le agarro las manos con delicadeza y le doy un beso de los que le gustan a él, pero ni siquiera así se calma.

—Abu, no te preocupes, que solo ha sido un susto feo. Hoy hacemos tú y yo la tortilla y ella que descanse, ¿vale?

La mano temblorosa de mi abuelo me cubre la mejilla y me mira con esos ojos verdes que tanta paz me han dado siempre, pero que tan perdidos siento ahora mismo.

—Es que mamá no va a venir, Lucía. Se ha ido.

CAPÍTULO 48

ROTOS

Mauri

Cojo la maleta de la cinta transportadora y me dirijo a la puerta de salida. Veo a mi padre y, en cuanto llego a su lado, nos damos el abrazo más largo y sentido de nuestras vidas.

Cuando me llamó mi madre ayer y no paró de llorar, fui consciente al instante de que algo horrible había pasado, pero nunca me imaginé que la noticia iba a ser que Pilar había fallecido.

Me dejó destrozado. La conozco desde que nací, puesto que es la mejor amiga de mi madre y estoy muy acostumbrado a estar en mi casa y que ella venga de visita o, al menos, lo estaba hasta que Lucía y yo rompimos.

Lucía.

No me puedo ni imaginar cómo estará. Le he escrito y llamado, pero me tiene bloqueado, a pesar de haber sido ella la que me dejó a mí.

Conociéndola como la conozco, estoy seguro de que este ha sido el golpe más duro de su vida, porque la relación que tenían Pilar y ella era especial. Eran más que madre e hija, eran amigas que se iban todos los años de viaje, que veían series juntas mientras comían chocolate o que se pasaban horas hablando sobre cualquier tema con Ramón mirándolas con cariño. El pobre Ramón, con lo buenazo que es y lo duro que tiene que ser enterrar a una hija de repente.

¡Qué injusto es todo esto! Todo por un puto borracho que pensó que coger el coche hasta arriba de alcohol a las siete de la tarde era una buena idea, llevándose por delante a Pilar y mandando al hospital a otra pareja.

—¿Cómo está mamá? —pregunto preocupado.

—Muy mal, no te voy a mentir. Todos lo estamos —responde con pesar.

—¿Y Lucía y Ramón?

—Están que no están, hijo. Ramón no deja de llorar diciendo que le

tocaba a él antes y que ojalá se pudiera cambiar por ella. Y Lucía apenas habla o come, está totalmente apagada.

Cierro los ojos con dolor. Esto es una mierda, no se lo merecen. Nadie se merece que otra persona le quite la vida por su irresponsabilidad y deje al resto destrozados.

—Vamos, quiero ver a mamá antes de ir a casa de Lucía.



Escucho pasos y a los pocos segundos Ramón me abre la puerta. No estaba seguro de cómo iban a recibirme, pero Ramón me abraza con cariño. Soy incapaz de contener las lágrimas cuando paso los brazos por su espalda.

—Lo siento tanto —digo en voz baja.

—Yo también —responde apenado—. Sé que saldremos de esta, pero veo el camino tan largo y duro que no sé si tengo fuerzas y la niña…

Deja la frase a medias cuando se abre una puerta y aparece Hugo por el pasillo. Me da un abrazo al verme y nos metemos los tres en la cocina.

—¿Ha comido algo? —pregunta Ramón preocupado.

—Nada, dice que no tiene hambre —responde mi amigo derrotado.

—Va a enfermar, lleva desde ayer sin comer. Tampoco llora ni se enfada, solo se sienta en la cama y mira la pared sin hablar.

Nos quedamos los tres en silencio. Me rompe saber que está en ese estado. La Lucía que yo conozco habría llorado, gritado y consolado a su abuelo, pero este golpe ha sido tan duro que ni siquiera es capaz de sacar lo que lleva dentro.

—¿Has venido para verla? —pregunta Hugo.

—Sí, desde que mi madre me llamó no he pensado en otra cosa —digo mientras me levanto de la silla.

Los dos asienten y se quedan en la cocina, dándonos privacidad a Lucía y a mí.

Salgo al pasillo y me dirijo a la habitación en la que he pasado tantas tardes y noches con Lucía, la persona que más quiero en mi vida.

Abro la puerta y la veo sentada en la cama con los brazos rodeando sus piernas y la cara mirando hacia la pared, tal y como ha dicho Ramón que estaba.

Me aproximo a la cama y me siento a una distancia prudencial. Escucho cómo aspira fuerte y no sé si es mi colonia o que ha reconocido mis pasos, porque gira la cabeza con rapidez.

Lucía está vacía. Esa es la mejor palabra que la describe ahora mismo. Su mirada solo transmite dolor. Un dolor enorme y profundo, de esos que sabes que van a acompañarte para siempre.

—Mauri… —susurra con voz ronca.

—Hola, pequeña —respondo en el mismo tono bajo.

Siento el instante exacto en el que Lucía se rompe, ya que me rompo con ella cuando solloza y me abraza como si su vida dependiera de ello.

—Se ha ido. Mamá ya no está y yo no sé si voy a saber vivir sin ella —dice en mi cuello.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, abrazados y llorando juntos. Apenas hablamos y no lo necesitamos. No hay nada que se pueda decir que consuele cuando has perdido a una de las personas más importantes de tu vida.

Es un dolor tan desgarrador que solo el tiempo puede ayudar a cicatrizar, porque la muerte de un ser querido nunca es una herida que se cierra, sino una con la que aprendes a convivir.



Estos últimos dos días han sido un círculo continuo de llantos, insomnio y pena.

Ayer enterramos a Pilar y ha sido uno de los momentos más duros de toda mi vida. Acompañar a Lucía, a Ramón y a mi madre ha sido

demoledor, aparte de la pena que siento yo por perder a una mujer que me ha tratado siempre como a un hijo y a la que quiero tanto.

Apenas he pasado por casa. Cuando Lucía se quedaba dormida lo hacía abrazada a mi pecho y yo era incapaz de separarme e irme, así que he dormido con ella y ni siquiera ha protestado.

Estoy en el aeropuerto esperando a que abran la puerta de embarque para volver a Barcelona. Mañana tengo que trabajar y sé que con lo que ha pasado voy a hacer todo lo posible por verlos más y disfrutar tiempo con mi familia.

Lucía está destrozada y le va a costar reponerse de esto.

No he podido evitar arrepentirme de no haber peleado más por nuestra relación. Estar con ella y abrazarla es más duro al saber que no sé cuándo volveré a verla. Incluso he pensado en mandarlo todo a la mierda y volver a Madrid, porque desde que no estamos juntos me siento incompleto, pero ya no sé si en algún momento podremos volver a tener otra oportunidad.

Me encantaría estar ahí para ella, aunque no seamos pareja, pero ha sido muy clara con el mensaje que me ha enviado esta tarde antes de volver a bloquearme.

LUCÍA: *Gracias por venir y ayudarnos. Aun así, esto no cambia nada y prefiero seguir sin mantener ningún tipo de contacto. Espero que todo te vaya genial, de verdad.*

Cierro los ojos al releerlo y no puedo evitar pensar que vivir sin ella es una auténtica basura, pero no dudo en respetar su decisión. Para mí su felicidad siempre ha estado por encima de todo, incluso por encima de la mía.

CAPÍTULO 49

ODIO LAS MENTIRAS

Lucía

Presente

Noviembre llega con una ola de frío que me preocupa por si mi abuelo coge un resfriado tan duro como el del año pasado, que se pasó casi dos semanas en la cama.

—Menos mal que estoy yo pendiente del calendario de vacunación, porque si es por ti ya si eso te la pones en verano —digo cuando salimos del centro de salud del barrio.

—¿Para qué voy a estar pendiente si tengo a la nieta más preocupada de todas?

—¡Qué sinvergüenza eres! —respondo y ambos nos reímos.

En el fondo sé que le encanta que esté pendiente y le cuide tanto, ya que es algo que siempre había hecho mi madre. El haber sido siempre el único hombre de nuestra casa le ha dado ciertos privilegios.

—¿Te duele? —pregunto preocupada al ver que se toca el brazo.

Mi abuelo se ríe y niega con la cabeza.

—Canija, estoy bien. Me estaba molestando la gasa con esparadrapo que me ha puesto la enfermera —responde con paciencia.

Soy consciente de que soy muy protectora cuando se trata de él. Es la única familia que me queda. Es cierto que en el pueblo mi abuelo todavía tiene a sus hermanos, pero mi relación con ellos no es tan cercana como con él. Como mi madre era hija única y mi abuela falleció cuando yo era pequeña, solo quedamos él y yo.

Nuestra familia de tres que tanto adoraba se quedó reducida a dos y, aunque sé que es ley de vida, me aterra hasta límites insospechados pensar en el día en el que me quedaré sola.

Desecho este último pensamiento y me centro en ajustarle la bufanda.

—Da gusto ver cómo me cuida mi nieta favorita —dice orgulloso arrancándome una carcajada.

—Serás jeta. No tienes más nietas.

—Aunque las tuviera. Tú siempre serías mi favorita —responde convencido y a mí me calienta el corazón porque lo adoro.

Me agarro a su brazo y echamos a andar hacia casa a paso tranquilo.

Desde que era pequeña me ha acompañado paseando muchas veces al instituto, a la academia o al parque en el que había quedado con mis amigos. Siempre hemos caminado con mi brazo derecho enganchado al suyo izquierdo y nunca cambiamos de lado. Ambos somos fieles a nuestras costumbres.

—Hombre, ¡benditos los ojos! —exclama mi abuelo con alegría.

Alzo la vista y veo que Mauri se acerca a nosotros con una sonrisa en la cara. Está tan guapo en camisa y americana que me dan ganas de pegarme a mí misma por tener esos pensamientos, pero es innegable que a pesar de todo la atracción física que siempre he sentido por él sigue intacta.

Una de las cosas que siempre me ha gustado mucho de él es su forma de caminar segura, como si estuviera convencido de cada paso que da.

—Ramón, ya tenía yo ganas de verte —responde dándole un abrazo.

Frunzo el ceño por las confianzas que se están gastando cuando hace años que no se ven. Incluso me atrevo a decir que no puedo evitar sentir una pequeña traición por parte de mi abuelo por lo contento que parece de ver a mi exnovio. Cuando estábamos juntos lo adoraba y se llevaban muy bien, pero, aunque no sabe todo lo que pasó entre nosotros, sí vio lo destrozada que me quedé después.

—Hola —añade mirando hacia mí con cautela y cerrando las manos como si no supiera si abrazarme a mí, pero asumo que mi expresión responde por sí sola a esa pregunta silenciosa.

—¿De dónde vienes tan elegante? —pregunta mi abuelo.

—Del estudio, tenía que reunirme con un cliente —dice—. ¿Y vosotros de dónde venís?

—A ti qué más te da —respondo cabreada por el interés que parece que tienen los dos por el otro.

—Lucía, no seas maleducada —me reprende mi abuelo—. Venimos del médico.

Aprieto la mandíbula para no contestarle a mi abuelo, pero no entiendo por qué le tenemos que dar explicaciones de nada.

—¿Del médico? ¿Te vuelve a molestar la hernia?

—¿Y tú cómo sabes que mi abuelo ha tenido una hernia? —interrumpo confundida.

Mauri cierra los ojos y pone cara de culpable mientras mi enfado empieza a coger forma.

—Puede ser que hablemos de vez en cuando —suelta mi abuelo levantando los hombros para quitarle importancia.

—¿Perdona? ¿Desde cuándo?

—Desde que los dos somos adultos y podemos hablar con quien nos apetezca —me corta mi abuelo, porque si de alguien he sacado parte de mi mal genio es de mi madre y de él.

—Luci, no es lo que… —interviene Mauri.

—No quiero ni escucharte. Y no me llames Luci, perdiste ese derecho hace tiempo.

—Deja al chaval que hable.

Me muerdo la lengua para no mandar a mi abuelo a paseo, porque sé que me arrepentiría en cuanto se me pasara el cabreo, pero se está coronando.

—Después de lo de tu madre, llamé a tu abuelo para ver cómo estabas, porque tú me habías pedido que no te escribiera, pero quería asegurarme de que estabas bien y a partir de ahí pues hemos mantenido el contacto. Le hice prometer que no te diría nada, así que si te tienes que enfadar con alguien que sea conmigo —explica con cierto deje de tristeza que no me convence ni por un segundo.

Mauri dudó de nosotros y me dejó ir. Sé que cuando murió mi madre me ayudó, pero no entiendo por qué quería saber si estaba bien si cuando marqué las distancias nunca intentó volver, le gustaba su vida en Barcelona. Por eso no dudé en enviarle un mensaje cortando todo contacto y volviendo a bloquearlo para que no me escribiera.

Y ahora resulta que durante todo este tiempo mi abuelo y él han estado hablando a mis espaldas. No sé si me enfada más el hecho de

que lo hicieran o que lo ocultaran. No me voy a mentir, me cabrean ambas cosas y mucho.

—Pues nada, os dejo para que os podáis poner al día y le cuentes cómo va mi vida —digo mirando a mi abuelo antes de soltarme de su brazo y echar a andar calle abajo.

Me parece increíble que lleven años siendo amigos.

Me siento tan traicionada y enfadada que solo pienso en llegar a casa, ponerme unas mallas, coger los cascos y echar a correr hasta que mi mente se quede en blanco y no quiera gritarles a ambos que saben que odio las mentiras.

CAPÍTULO 50

UNA VIDA EN BLANCO Y NEGRO

Lucía

Sigo tan enfadada ahora mismo que voy a gastar el doble de suela de mis zapatillas solo por la rabia con la que piso el suelo al correr.

Hubo una época en la que era muy feliz y ni siquiera estoy segura de haberlo valorado en su momento. Mamá estaba viva, el abuelo no se ponía malo tan a menudo y pensaba que Mauri me quería.

Me creí todos sus para siempre y sus somos inmortales como si fueran una verdad absoluta. Y, a pesar de saber que le hice daño con el comentario sobre Álex y que él hoy ha hecho como si nada, ahora mismo me siento muy tonta por haber esperado que al menos cumpliera la parte de no mentirnos nunca.

Es más, sé que estoy más enfadada conmigo que con ellos por haberme tragado tantas mentiras. Me consideraba más lista, pero se ve que me he sobrevalorado.

La única constante de mi vida que no ha cambiado es Hugo y doy gracias por que al menos haya una constante que no varíe. Eso me da paz.

Entro por las puertas del Retiro corriendo como nunca y con la música al máximo en mis oídos para silenciar el ruido de mi cabeza. Espero llegar a casa tan cansada que al meterme en la cama me quede dormida al instante.

Empieza a sonar *Cada una de mis canciones* de Yer y la pongo en bucle. Me siento muy identificada con la parte en la que dice: «He perdido las ganas, el tiempo y los papeles. No reconozco al monstruo que hay debajo de estas pieles. Me miro en el espejo y tú, ¿quién eres? Me hacías sentir vivo y ahora tan solo me duele. Una vida en blanco y negro, ya todo ha perdido color».



Cuando llego a casa, me encuentro con mi abuelo sentado en el sofá en silencio. Está triste y tiene las manos juntas mientras sus pulgares hacen círculos, una manía que tiene cuando está pensativo.

Suspiro al ser consciente de que me espera una charla incómoda que no me apetece en absoluto, pero no soporto ver a mi abuelo mal por mi culpa, así que me resigno a tenerla.

—Tenemos que hablar.

—Voy a ducharme primero. Dame diez minutos.

Cuando acabo, preparo dos chocolates calientes y me dirijo al salón. Dejo el suyo en la mesa del café, me lo agradece con una pequeña sonrisa.

—Incluso enfadada eres incapaz de dejar de cuidarme —dice con cariño.

No digo nada porque ambos sabemos que, por muy mal que me pueda hacer sentir mi abuelo, jamás dejaría de preocuparme por él. Es lo más importante que tengo en mi vida.

—No me ha gustado cómo has gestionado esto —empieza calmado—. Creo que siempre te hemos enseñado educación y a no comportarte como una niña caprichosa que puede decidir sobre la vida de los demás sin importarle siquiera lo que ellos piensen al respecto.

Me siento como cuando tenía ocho años, hacía una travesura y mi abuelo ejercía el papel del poli malo. Agradezco que no dé rodeos y vaya directo a lo que a él le ha molestado. Al fin y al cabo, cuando dos se enfadan, ambos suelen tener parte de razón o al menos un punto de vista igual de válido.

—Y yo pensaba que también me habías enseñado a no mentir ni a ocultar cosas a los que te importan —respondo sincera intentando mantener mi enfado a raya.

—No veo la necesidad de contarte todo lo que hago o dejo de hacer como tú tampoco me lo cuentas todo, puesto que hay una cosa que se llama intimidad. ¿En qué te afectaba saber o no saber que el chaval y yo seguíamos hablando de vez en cuando?

—Venga, abuelo. Me conoces. Si no me lo has contado es porque

sabías que me iba a molestar. Lo pasé muy mal cuando lo dejamos y tú lo viviste. ¿O no te acuerdas de cómo estaba cuando volví del último viaje a Italia? Porque yo lo recuerdo demasiado bien.

—Claro que me acuerdo, canija —contesta suavizando el tono—. Pero también recuerdo cuando mi Pilar se fue y él fue el único que consiguió que reaccionaras y lloraras todo lo que tenías que llorar. Sin él no habrías sido capaz de haberte levantado de la cama e ir al entierro de tu madre y jamás te habrías perdonado el no despedirte de ella. Necesitabas romperte para creértelo y empezar a sanar y yo no era capaz de ayudarte, debido a que también estaba destrozado con mi dolor. Solo lo hiciste cuando Mauri apareció.

Cierro los ojos cuando las lágrimas empiezan a resbalar por mi cara. Es cierto que nunca he valorado todo lo que Mauri hizo por mí cuando se murió mamá. Me abrazó, me consoló y me cuidó cuando más lo merecía, pero esos días los tengo bastante difusos y la neblina del dolor empañó lo mucho que me ayudó.

—No todo es blanco o negro y, con lo inteligente que eres, me parece increíble que no seas capaz de ver los grises ni ver más allá de la rabia —continúa.

—No es fácil, abuelo.

—Nadie dijo que lo fuera, pero no te puedes enfadar porque yo le tenga afecto a alguien que tú metiste en nuestras vidas y que siempre se ha preocupado por nosotros, incluso cuando después de eso te volviste a cerrar en banda con él. Además, no siempre hablamos de ti, sino que hablamos más de su trabajo o de cómo estamos ese día como dos viejos amigos que hablan de vez en cuando, solo que ya no jugamos al tute juntos.

Hablar con mi abuelo siempre ha sido fácil. Sus consejos me han ayudado mucho a lo largo de mi vida, pero nunca habíamos hablado así de lo que él pensaba sobre Mauri. Sabía que le tenía cariño, pero no hasta el punto de sentir que mi abuelo lo echa de menos.

Muy a mi pesar, siento cómo parte de mi cabreo se difumina con sus palabras. El hecho de que Mauri lleve todo este tiempo preocupándose por él y llamándolo para asegurarse de que todo marche bien me ablanda. Por no hablar de que también se ha estado

preocupando por mí, a pesar de haberlo alejado tantas veces.

Estoy siendo demasiado dura con él. Desde que ha vuelto, no ha hecho más que tener paciencia conmigo y con mis desplantes, malas contestaciones y cortes. Así es como yo le estoy devolviendo que estuviera ahí para mí en el momento más duro de mi vida sin ni siquiera habérselo pedido, pero siento tantas cosas cuando lo tengo cerca que no sé ni gestionarme.

—¿Crees que estoy siendo mala persona? —pregunto en voz baja.

Mi abuelo pone una mano encima de la mía y me sonríe con cariño.

—No, canija. Creo que todavía sigues enamorada de él, pero te da miedo volver a sufrir tanto y por eso sacas tu peor versión.

Lo miro extrañada por su punto de vista sobre lo que siento hoy en día por él.

—¿Enamorada de Mauri? Han pasado mucho tiempo y muchas cosas.

Mi abuelo niega con una sonrisa en los labios.

—Te olvidas de lo que te he dicho hace un momento sobre que hay grises y que a lo mejor no todo fue como tú crees. Tal vez deberíais sentaros a hablar las cosas y dejar de hacer el tonto.

Y con las mismas, sin opción a réplica, sale del salón y se mete en su cuarto dejándome completamente descolocada con sus palabras, porque ahora, por mucho que yo me pueda plantear hablar con él, estoy segura de que después de lo de hoy y lo del otro día Mauri va a ser el que no quiera ni escucharme.

CAPÍTULO 51

SIEMPRE HA MERECIDO LA PENA

Mauri

Esta tarde he quedado con mi hermana para hablar por Skype.

Sé que ella es feliz en Canadá, pero no puedo evitar echarla de menos y más ahora que estoy en Madrid.

Hace un año fuimos mis padres y yo de visita y casi explotamos los tres de orgullo cuando al acabar el musical el público se puso de pie para aplaudirles.

—Entonces, ¿vienes en Navidad? —pregunto cuando ya llevamos más de una hora hablando de nuestros trabajos.

—Pues no lo sé seguro. Me han ofrecido dar un concierto en Año Nuevo con otros compañeros, pero quiero ver con mis propios ojos que papá está bien —responde dubitativa.

—Está encabronado por no poder salir a perseguir a los malos y mamá es un poco sargento con él para que no se descontrole, pero está bien de salud, te lo aseguro. Si no, te lo diría, ya lo sabes.

—Lo sé, Mau. De todos modos, quiero veros, así que voy a decir que no para poder pasar las fiestas todos juntos.

—Estaba deseando que dijeras eso, pero estaba intentando ser el típico hermano mayor comprensivo que te apoya con tus sueños —respondo aliviado.

María se ríe y acordamos mantenerlo en secreto para darles una sorpresa a mis padres. Entre que hace dos años que María no pudo venir porque no tuvo vacaciones y que yo el año pasado no pude, ya que estábamos hasta arriba de trabajo, llevamos tres navidades sin juntarnos los cuatro y lo echo de menos.

Desde que he vuelto, siento mucha nostalgia por la vida que tenía antes aquí y que ahora considero que era perfecta.

El día que me subí al avión tras la muerte de Pilar y Lucía me envió aquel mensaje para que no me pusiera en contacto con ella, supe que Lucía se acababa de romper tanto que nunca iba a poder perdonarme, ya que el dolor la iba a cegar demasiado.

Estos cinco años separados he conocido a otras chicas, pero ninguna tiene su cara ni su humor. Ninguna es ella, tan sencillo como eso. Con alguna intenté tener algo más que un par de polvos, pero durante las primeras citas sentía que no era mi lugar.

Siempre he visto en mis padres que el amor se cuida, aunque vengan baches y haya malas épocas. Podría decir que nuestra ruptura fue por la inmadurez al ser tan jóvenes, pero estaría mintiendo si no reconociera que, además de ser dos críos a los que el amor les quedó grande, tal vez si yo hubiera insistido para que razonara podríamos haberlo arreglado, pero no pude porque vi lo mucho que ella estaba sufriendo por mi culpa y eso me mataba.

No nos merecíamos ese final. Lo nuestro era real y nos queríamos sin fisuras. Joder, la realidad es que todavía la quiero y nunca la he dejado de querer.

Y, aunque me jodió mucho haberme enterado de esa forma de que Lucía y Álex se habían acostado un par de veces, en realidad no le puedo reprochar nada a Lucía, porque soy consciente de que llevo meses quedando con el grupo y no he visto nada raro entre ellos, pues él solo tiene ojos para Ari, y Lucía estoy convencido de que todavía siente algo por mí.

Ella estaba soltera, y yo también me he acostado con otras personas. Que él esté en nuestro grupo va a ser raro al principio, pero mi prioridad es luchar hasta que Lucía se dé cuenta de que nuestra historia siempre ha merecido la pena.

CAPÍTULO 52

MIEDO

Lucía

Salgo de la cama en cuanto escucho el tercer tosido de mi abuelo en menos de diez minutos.

Lleva una semana arrastrando un gripazo que, en lugar de cortarse, cada vez va a peor, y a mí me pone nerviosa. Fue el lunes al médico, pero estamos a sábado y ya no es que no haya mejorado, es que solo ha empeorado con el jarabe antitusivo que le han dado.

Entro en el salón y me extraña no verlo sentado en su butaca, así que me dirijo a su habitación para encontrármelo todavía metido en la cama con muy mala cara.

—Abuelo, deberíamos volver al médico —digo desde la puerta.

—Solo necesito descansar. ¿Me preparas una sopa calentita? —responde tiritando.

Me siento a su lado en la cama y le pongo la mano en la frente.

—¡Estás ardiendo! Nos vamos ahora mismo a urgencias.

—No hace falta, canija. No estoy tan mal como parece, es solo un resfriado fuerte.

Vuelve a toser con fuerza y lo miro negando con la cabeza preocupada cuando veo que le falta el aire más que ayer y tiene que respirar profundamente para que le llegue a los pulmones.

—No voy a discutir esto contigo, abuelo. Vístete que nos vamos en diez minutos. ¿Necesitas ayuda? —pregunto mientras pienso ya en todas las cosas que tengo que coger como la medicación que ha estado tomando, su documentación y la bufanda que más le abriga.

—Puedo solo. No soy tan mayor —responde a la vez que pone los ojos en blanco.

Hasta enfermo tiene un carácter de mil demonios que me encanta pero que, a veces, como ahora mismo, podría ponérmelo fácil, ya que estoy tan agobiada que temo echarme a llorar en cualquier momento.



Tiemblo en cuanto nos dan el diagnóstico: neumonía bilateral.

Ha sido muy mala idea buscar cosas sobre ella en internet, porque una de las primeras entradas decía que era una de las principales causas de muerte entre la población de la tercera edad.

Estoy aterrada y más cuando el médico me informa de que tiene que quedarse ingresado debido a la gravedad de su situación. Es mayor y tiene ambos pulmones bastante perjudicados, por eso tosía y le costaba tanto respirar.

Me mandan sentarme en la sala de espera mientras le asignan una habitación. Al menos, al tener seguro privado, va a tener una habitación para él solo, así podrá descansar y yo dormir con él cada día que esté ingresado.

Estoy al borde de un ataque de ansiedad. Mi cabeza no para de pensar en que hay muchas posibilidades de que se muera y yo no quiero vivir sin él. Nuestros paseos, nuestras películas de vaqueros y nuestras partidas de tute me alegran los días.

Siempre he sido muy consciente de lo mucho que lo necesitaba, por eso estoy tan acojonada.

Desde que murió mamá hemos estado los dos mano a mano pasando el duelo y aprendiendo juntos a vivir sin ella. Fue muy duro, pero lo conseguimos porque nos teníamos el uno al otro. Pero ¿y si se muere él? Me quedaré sola y habré perdido a los dos pilares más importantes de mi vida.

Necesito hablar con alguien o me pondré a llorar en mitad de la sala de espera y rodeada de extraños igual de nerviosos que yo por sus familiares.

Saco el móvil y llamo a Hugo.

—Hola, Lu. ¿Qué haces? —responde alegre.

—¿Dónde estás? —pregunto haciendo tiempo. Me cuesta verbalizar lo que está pasando.

—Iba a salir de casa en breves. Había quedado para comer. ¿Estás

bien?

—Sí. No te preocupes. Pásalo muy bien.

—Venga, Lucía. ¿Qué está pasando? —pregunta preocupado.

—Estoy en el hospital con mi abuelo. Lo han ingresado con neumonía y tengo mucho miedo, Hugo —respondo entre lágrimas.

—¿En el Gregorio Marañón?

—Sí.

—Voy para ahí. Ramón es fuerte, no te olvides de eso.

CAPÍTULO 53

NUNCA ESTARÁS SOLA

Mauri

Cojo la cazadora cuando veo que Hugo me llama al móvil. Hemos quedado para comer y por eso me extraña cuando vuelve a llamarme al no cogerle pensando que era una llamada para avisarme de que bajara.

—Mauri, tenemos que cancelarlo. Siento avisarte tan tarde, ha surgido un imprevisto —dice serio en cuanto descuelgo, sin darme ni siquiera tiempo a saludarlo.

—¿Qué ha pasado?

—Es Ramón. Está ingresado con neumonía.

Me quedo helado en cuanto recibo la noticia. Cierro los ojos pensando en Lucía y en cómo debe estar sintiéndose, porque su abuelo significa mucho para ella.

Si lo pierde va a destrozarla por completo. Tiene que estar acojonada como no lo ha estado nunca en su vida. Su madre se fue de repente y no tuvo tiempo para pensarlo, pero ahora estará dándole vueltas a todo y pensando demasiado ella sola.

—Ven a buscarme. Voy contigo —digo colgando el teléfono y bajando de dos en dos las escaleras.



Entramos en el hospital y vamos directos a la sala de espera en la que Lucía le ha dicho a Hugo que estaba.

No sé cómo se va a tomar que haya venido con él, pero ahora mismo solo pienso en asegurarme de que tanto Ramón como ella están bien. Espero que no me mande a la mierda y me pida que me vaya, porque lo haría, aunque lo que quiero es estar aquí para ambos.

Entramos en la sala de espera y Lucía nos ve. Se echa a llorar

mientras camina hacia nosotros con prisa, como si no soportara estar ella sola con sus pensamientos ni un segundo más.

Cuando creo que se está acercando a Hugo, me sorprende dirigiéndose hacia mí y abro los brazos para recibirla. Nuestros cuerpos se acoplan y Lucía apoya la cabeza en mi pecho mientras la abrazo como hacía años que no lo hacía y, a pesar de las circunstancias, no puedo evitar sentir que estoy en casa.

Apoyo el mentón en su cabeza y le acaricio el pelo con los ojos cerrados mientras ella llora. Ahora mismo siento que estamos los dos solos y nadie nos rodea.

Lucía se agarra a mí como si fuera su ancla y temiera hundirse en cualquier momento.

—Tengo miedo, Mauri —susurra contra mi camisa de cuadros.

—Yo también —respondo con sinceridad.

—¿Y si se muere? Me quedo sola. No estoy preparada, aún no —dice con voz temblorosa.

—Nunca estarás sola. Tienes a mucha gente a tu alrededor que te quiere. Además, no nos adelantemos. Ramón es duro y va a pelearlo.

Lucía asiente y se separa de mí. Siento el vacío en cuanto nuestros cuerpos rompen el contacto y me siento muy tentando de volver a acercarla a mí, pero en este momento solo importa lo que ella necesita.

—Gracias por venir, no tenías por qué.

—Sí tenía. Me importa mucho tu abuelo y que tú estés bien.

—¿A pesar de lo mala que he sido contigo las últimas veces? —dice con pesar.

—Lucía, estabas soltera. Nunca te reprocharía que hubieras continuado con tu vida, así que no te machaques, porque eras libre para hacer lo que quisieras.

—Ya, pero te hice daño.

—Que a mí me duela no significa que sea tu culpa. No le des más vueltas. A mí eso ya no me importa. Solo quiero que estés bien.

Asiente con la cabeza y sé que vuelve a pensar en su abuelo, ya que la cara de alivio que ha puesto hace un par de segundos al asegurarse de que yo no estaba enfadado cambia por completo.

—Ven —digo abriendo los brazos de nuevo.

No se lo piensa dos veces y vuelve a refugiarse en mí. Enmarco su cara con las manos y le doy un beso en la frente.

—Siempre me vas a importar, Lucilú. No lo olvides nunca.



Dos horas después, Hugo, que se había ido a por algo de comer y beber para Lucía cuando vio que necesitábamos un momento a solas, me acerca un café asqueroso de la máquina.

En ese momento, Lucía sale de la habitación que le han asignado a Ramón y se acerca a nosotros.

—Está estable. Le han puesto una máquina para respirar y un antibiótico fuerte. El médico dice que todo depende de cómo reaccione a la medicación y cómo evolucionen sus pulmones.

Coge aire y cierra los ojos para expulsarlo. Hugo la abraza sabiendo igual que yo lo perdida que se siente ahora mismo.

—Me ha dicho que entres —dice Lucía mirándome.

—¿Y a ti te parece bien? —pregunto con cautela.

—Sí —responde con un amago de sonrisa triste.

Le doy un beso en la sien al pasar por su lado y abro la puerta.

Me impresiona ver a un señor como Ramón, alto y fuerte, rodeado de una máquina y mantas. Siempre he admirado su fortaleza y su modo de tirar para delante a pesar de todas las piedras que ha tenido en el camino.

—Chaval, acércate que no muerdo —dice con voz cansada.

Se nota que le cuesta mucho respirar incluso con la máscara de oxígeno puesta.

—Creo que tengo que agradecerte el numerito, porque tu nieta me ha dado dos abrazos —respondo en voz baja.

Ramón sonríe y asiente despacio.

—Está muy asustada. Me la cuidarás si me pasa algo, ¿verdad?

—No digas eso, no va a pasarte nada. Estás vigilado y con

medicación —digo nervioso ante el panorama que me plantea.

—Soy realista y es una opción. Que estéis juntos o no es cosa vuestra, pero necesito saber que mi canija va a estar rodeada de gente que la quiere y se preocupa por ella.

Y sé que no se quedará tranquilo hasta saber que Lucía no estará sola el día que él falte.

—Eso siempre. Tiene un grupo de amigos que se preocupan por ella. Y sabes de sobra que es una de las personas más importantes de mi vida. Siempre lo ha sido.

Ramón asiente más tranquilo, pero al instante se pone a toser. Le acerco un vaso de agua cuando se aparta la máscara y lo acepta de buena gana. Bebe un poco y se vuelve a tumbar en la cama.

—Lucía siempre ha sido fuerte e independiente, como mi Pilar, pero a menudo se olvida de lo más importante, ella misma y su felicidad. A veces hay situaciones malas como esta que hacen ver a la gente que la vida son dos días y hay que vivirlos —dice tras un par de minutos en silencio.

—No creo que esto pueda contigo, a ti también te queda mucho que disfrutar.

—Desde luego, no pienso irme sin pelear antes. Ya me jodería —responde molesto.

Me río ante su arrebato porque así es él, una persona con carácter que sé que va a pelear con uñas y dientes para salir de esta y de las que vengan, que espero que sean las menos posibles, pero que vengan, ya que eso significará que él sigue con nosotros.

—Ahora, dile a Hugo que pase, que también tengo que leerle la cartilla.

CAPÍTULO 54

POR SI TE ARREPIENTES

Lucía

Por fin puedo respirar tranquila cuando abro la puerta de casa con mi abuelo a mi lado.

Han sido dos semanas muy duras en el hospital. Había momentos en los que mejoraba y otros en los que parecía que iba para atrás y tosía más. Por suerte, todo ha quedado en un gran susto.

Miro hacia él contenta y me aprieta el brazo con cariño.

—Bendita casa. Estaba harto de estar allí metido —dice dejando el abrigo en el perchero de la entrada.

Le ayudo a sacarse la bufanda y le doy un beso sonoro en el moflete. Me devuelve la sonrisa y yo me siento feliz, a pesar de su mal humor por haber estado tanto tiempo ingresado.

—¡Mala hierba nunca muere! —exclama riéndose.

Mientras él se pone ropa más cómoda, ya que para él el pijama es solo para dormir y para estar por casa se pone ropa de calle informal, como le gusta decir, yo voy a la cocina para ver qué puedo hacer de comida.

Estoy muy agradecida a Hugo, Sara, Raúl y Mauri. Estos días me han ayudado mucho al quedarse con mi abuelo cuando tenía que ir a casa a ducharme. Él insistía en que se podía quedar solo un rato, pero yo me quedaba más tranquila si alguien lo acompañaba.

Cuando abro la nevera, alucino. Raúl me pidió ayer las llaves de casa porque quería que tuviéramos algo para comer hoy, pero nos ha hecho la puta compra del mes. Hay de todo: verdura, fruta, zumo, natillas, queso, fiambre… Es más, incluso hay un par de bolsas de la carnicería del barrio.

Saco el móvil y lo llamo al instante.

—Te has pasado. Dime cuánto te has gastado para pagártelo —digo en cuanto me saluda.

—Olvídate. Es un regalo —contesta sin inmutarse y le escucho soltar el humo del cigarrillo.

—Raúl, es demasiado. De verdad, déjame darte el dinero.

—Que no, está bien así —responde—. ¿Has abierto el horno?

Lo abro y alucino al ver una dorada cocinada con su patata panadera y un par de rodajas de limón.

—¿Estás de coña? ¿Lo has hecho tú? —pregunto incrédula.

—Pues claro, soy un gran cocinero —responde orgulloso—. Solo tienes que calentarla en el horno.

—Lo que eres es una gran caja de sorpresas, pelirrojo. Muchas gracias, tiene muy buena pinta.

—Disfrútalo, y espero que Ramón se recupere del todo ahora que ya está en casa. Me pasaré a verlo uno de estos días. Acuérdate de que tenemos plan el fin de semana que viene.

—Gracias por la compra, la comida hecha y por mover tu cumpleaños para que yo pudiera ir —digo agradecida por tener unos amigos así.

—Sin ti no sería lo mismo —responde antes de colgar y dejarme con una sonrisa.



A media tarde estamos mi abuelo y yo en el sofá viendo una de esas películas wéstern que tanto le gustan. Las ha debido de ver todas veinte veces, pero nunca se cansa de ver a Paul Newman o a Clint Eastwood en la pantalla.

Cuando era pequeña me quejaba, pero con el paso del tiempo he aprendido a amarlas tanto como él y siempre vemos varias al mes.

Me levanto y le coloco la manta por quinta vez.

—Canija, estoy asado como un pollo —dice con voz paciente.

—Mejor asado a que cojas frío —respondo con una sonrisa.

Pone los ojos en blanco, pero no dice nada porque el timbre suena en ese momento. Nos miramos ambos con cara de no saber quién será, pues no esperábamos a nadie.

Abro la puerta y me encuentro con un Mauri nervioso.

—Hola, ¿quieres pasar? —pregunto al ver que no dice nada ni hace amago de moverse.

—Sí, gracias.

Pasa por mi lado y no puedo evitar mirarle el culo. Sigue siendo perfecto y una no es tonta.

—Esto… He pensado que a lo mejor os apetecería ver una película —dice levantando la montaña de películas que trae dentro de una bolsa.

Me quedo callada intentando reprimir las ganas que tengo de abrazarlo y volver a sentirme tan segura como me sentí en el hospital, aunque tras los abrazos iniciales del primer día hemos mantenido las distancias. Aun así, abrazar a Mauri es abrazar mi zona de confort, ese sitio en el que respiro tranquila y los problemas parece que duelen menos.

—He traído palomitas y regalices —añade ante mi silencio levantando la otra bolsa con una sonrisa nerviosa.

Estas semanas ha estado pendiente de mí. Me ha llamado y se ha pasado a diario por el hospital para pasar el rato con mi abuelo y, aunque no lo dijera, estoy segura de que también para asegurarse de que yo comía y dormía las horas suficientes.

Este Mauri preocupado me recuerda al que tanto quise y del que no dudaba que me quisiera a mí. Todavía siento una parte de dolor al verlo, pero cada vez se está difuminando más y mis hormonas al tenerlo cerca se revolucionan como si estuvieran bailando una muiñeira.

—Bueno, pues me voy. Aquí te dejo todo —añade contrariado al ver que no le contesto.

—¿No te quedas? —pregunto confusa.

Una sonrisa aparece en su cara y solo puedo pensar en lo mucho que echaba de menos esa sonrisa que le alegra toda la cara.

—Esa era mi idea, pero como estabas callada pensaba que querías que me fuera —responde sincero.

—Ah, no. Estaba pensando en tonterías. Vamos, mi abuelo se alegrará de verte.

Media hora más tarde tenemos dos paquetes de palomitas hechos y

la bolsa de regalices ha bajado de forma considerable.

Es tan fácil estar con él que ni siquiera me extraña ver cómo se desenvuelve por mi cocina como si fuera la de sus padres, ya que ha estado aquí más veces de las que puedo recordar.

Apenas ponemos la película, mi abuelo se levanta.

—¿A dónde vas? Puedes elegir otra si no te gusta esta.

—Estoy muy cansado. Prefiero irme a dormir a la cama —miente con descaro.

—¿Cansado? Si te has pasado dos semanas quejándote de que estabas harto de estar tumbado.

—Sabré yo si quiero dormir —responde saliendo del salón indignado.

Mauri y yo nos reímos incrédulos por la bomba de humo que se acaba de marcar para dejarnos a solas.

—Es increíble este señor —digo negando con la cabeza.

—¿Quieres que me marche? La idea era ver una película con él para que estuviera entretenido y no tuviera ganas de irse a echar la partida con los colegas —pregunta.

—Me apetece ver la película —respondo con sinceridad, porque ahora que pensaba que ese iba a ser mi plan de sábado, cualquier otra opción me parece una mierda.

Estamos los dos sentados uno al lado del otro en el sofá y yo tengo las piernas recogidas encima. Me sonríe y me pasa el bol de palomitas.

—¿Y tus gafas? —pregunto cuando me doy cuenta de que no las lleva puestas.

—Las tengo en la cazadora, pero no quiero levantarme por si te arrepientes y me pides que me vaya —responde en voz baja.

Mi corazón se salta un latido por su confesión y le sonrío.

CAPÍTULO 55

SENCILLAMENTE ES QUE NO QUIERO

Mauri

Creo que me va a estallar el puto corazón.

Es la primera vez en años que vuelvo a ver esa sonrisa que Lucía tenía guardada solo para mí y es todavía más bonita de lo que recordaba. Le llega a los ojos y lo ilumina todo a su alrededor.

Lucía es tan jodidamente perfecta que necesito parpadear dos veces para asegurarme de que no estoy soñando.

Nos miramos en silencio un par de segundos en los que Lucía se muerde el labio inferior y mis ojos se deslizan por su cara hasta pararse en ellos.

Estoy deseando besarla, pero no quiero estropear lo bien que estamos ahora por un par de besos y que se arrepienta. Necesito saber que ella lo quiere tanto como yo y no puedo arriesgarme a que después se vuelva a alejar y a cerrarse en banda.

—¿Por qué me miras así? —susurra.

—Porque eres preciosa —respondo en el mismo tono.

Me sonríe otra vez y apoya la cabeza en mi hombro mientras nos tapa a los dos con una manta. Le paso el brazo por los hombros y la apretujo contra mi costado para disfrutar de la película tal y como hacíamos antes.



Cuando la película termina, Lucía ya lleva un rato dormida.

Estoy seguro de que estas dos semanas apenas ha descansado más de dos horas seguidas, así que cojo con cuidado su cabeza y le pongo debajo un cojín. A continuación, la cubro hasta el cuello con la manta y le doy un beso en la frente antes de irme.

Podría acomodarme y quedarme, pero no quiero que se sienta incómoda si se despierta y estoy aquí sin estar seguro de que es lo que ella también quiere.

Cuando estoy en la entrada, sale Ramón al pasillo y me observa desconfiado.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo antes de irme? —pregunto al ver que no dice nada.

—Estoy ya como un chaval de veinte. Listo para otra.

—Bueno, espero que hasta la siguiente quede bastante.

—¿Por qué te vas ya? —pregunta sin rodeos.

—Porque ambos sabemos que Lucía tiene sus tiempos y primero tiene que acabar de asimilar que he vuelto para quedarme —respondo sincero.

Se ríe y me contagia cuando me da una palmada en el hombro.

—Siempre dije que eras listo y no me equivocaba, pero asegúrate de que esta vez sea la última —añade serio.

—Créeme que lo tengo muy claro. No quiero estar más sin ella y me aseguraré de que ella lo tenga igual de claro.

Ramón asiente con la cabeza en señal de aprobación y se mete en su habitación sin decir ni una sola palabra más.

Cuando ya estoy en la cama, le doy muchas vueltas a si le escribo o no a Lucía. Acabo decidiendo que quiero que se despierte sabiendo que me he ido, pero que no he dejado de pensar en ella, así que le envío un mensaje con la letra de *Pensando en ti*.

MAURI: *«No te diré que creo que moriré sin ti porque no creo. Tú sabes que soy un guerrero. No te diré que no puedo vivir sin ti porque sí puedo.*
Sencillamente es que no quiero», Canserbero. Descansa. Un beso enorme.



Estas dos últimas semanas han sido distintas en el buen sentido.

He terminado el proyecto que tenía a medias, he acompañado a mis padres a comprar los regalos de Navidad e incluso les he asegurado que enviaría el de María por Correos, pero en realidad lo he escondido en mi casa. Van a alucinar cuando me vean llegar con ella. No hay día que no la echemos de menos cada vez que estamos los tres juntos.

Con Lucía las cosas avanzan lentas, pero seguras. Le estoy dando espacio para que me eche de menos y, al menos, cuando hemos quedado en grupo me sonríe al llegar y me habla como al resto. Además, he notado un cambio de actitud por su parte, ya que la he sorprendido más de una vez mirándome como si estuviera intentando adivinar mis intenciones. Creo que me conoce tan bien que sabe que mis acercamientos son por algo y empieza a confiar en mí de nuevo, aunque su lado más desconfiado no le permite dejarse llevar del todo y por eso todavía se mantiene cautelosa.

Me escribe Raúl por si quiero salir a cenar, pero le contesto que hoy tengo planes. En realidad, no le estoy mintiendo, porque, aunque ella todavía no lo sabe, hoy he quedado con Lucía.

Es el aniversario de la muerte de Pilar y siempre me he sentido raro este día.

Mi madre perdió a su mejor amiga y se pasa el día viendo películas que veían juntas, llorando y echándola de menos. Dice que es su forma de estar cerca de Pilar y que no quiere olvidarse de cómo eran ellas juntas, así que rememorarlo cada año es su tributo.

También sé que Lucía está metida en la cama sin querer hacer nada. Cuando he llamado antes a Ramón para preguntarle cómo estaban llevando los dos el día me ha contado que regular, así que me ha animado cuando le he dicho que pensaba hacerla salir de casa.

MAURI: *Te espero en nuestro banco dentro de media hora. Es importante.*

LUCÍA: *¿Podemos dejarlo para mañana? Hoy no me apetece salir de casa.*

MAURI: *Por eso tiene que ser hoy, Lucilú. Porque sé qué día es y lo que necesitas.*

LUCÍA: *Está bien, pero solo porque mi abuelo me está amenazando con que o salgo yo de casa o sale él sin chaqueta y se sienta en el parque*.

Sonrío satisfecho al ver que Ramón ha cumplido con su parte del plan, aunque no de una forma demasiado sutil.

Ambos sabíamos que Lucía no iba a querer salir de casa ni separarse del libro de turno en el que se está refugiando hoy. Cuando me ha dicho su abuelo que ni siquiera había salido a correr, que es su liberación cuando los sentimientos la desbordan, he sabido que tendríamos que unir fuerzas para conseguir animarla, y lo hemos conseguido.

CAPÍTULO 56

QUE TÚ ESTÉS BIEN SIEMPRE HA SIDO MI PRIORIDAD

Lucía

Cojo la cazadora entre mosqueada por tener que salir y emocionada por la anticipación de ver a Mauri.

Desde que mi abuelo ingresó en el hospital y estuvo a mi lado, he bajado la guardia por completo, aunque estoy aterrada por ello. No quiero volver a pasarlo tan mal, pero hoy solo me apetece verlo a él.

Es el aniversario de la muerte de mi madre y he alternado el día entre llorar, escuchar canciones en bucle que me recuerdan a ella y leer su libro favorito, *Emma* de Jane Austen.

Suelo mantener las emociones controladas cuando se trata de su muerte, gracias a los meses de terapia que hice, pero el día concreto lo paso mal al acordarme de todas las cosas que hacíamos juntas y todo lo que ya no podré compartir con ella.

—Dale un saludo al chaval de mi parte —dice mi abuelo cuando estoy saliendo de mi habitación.

Puede intentar engañarme porque quiere que lo vea fuerte para que no lo pase peor hoy, pero él lleva este día igual de mal que yo. Mi madre y mis abuelos siempre han estado muy unidos al ser hija única. Al tenerme tan joven y siendo madre soltera, nunca se fue de casa. Ellos la ayudaban a cuidarme, por lo que estuvieron juntos toda la vida. Cuando murió mi abuela Lucía, mi abuelo lo pasó muy mal, pero decía que el tenernos con él hacía que la pena doliera un poquito menos.

Al morir mamá conseguimos, y todavía no sé cómo, salir a flote juntos, pero eso no hace que haya determinadas fechas en las que los ánimos flojeen y los dos necesitemos recordarla a nuestra manera. Yo entre sus libros favoritos y mi abuelo viendo álbumes de fotos que yo no soy capaz todavía de ver sin echarme a llorar, así que cuando los veo me aseguro de estar sola en casa para que él no me vea tan triste y

lo pase mal por no poder hacer nada para quitarme ese dolor que compartimos desde que ella se fue.

Miro hacia el salón antes de salir de casa y veo que está bajando los álbumes. Sonrío triste al darme cuenta de que su insistencia en que me fuera también era porque necesita su rato a solas recordando a ella y a mi abuela.

Llego a nuestro banco y me encuentro a Mauri con una mochila a los pies. Llevo años evitando venir por aquí, pero esta vez es diferente y no puedo evitar que se me escape una pequeña sonrisa cuando se levanta y me da un abrazo.

Estas últimas semanas hemos compartido tiempo y conversaciones como dos personas adultas que son amigas, pero mentiría si no reconociera que después del hospital he anhelado más abrazos como el que estoy recibiendo ahora mismo, y también si no reconociera que el día que vimos la película juntos le habría devuelto el beso si se hubiera lanzado.

Por un momento pensé que lo haría, pero por otro lado me gusta que no haya sido así, ya que he podido pensar más en nosotros. Sé que en su mensaje me ponía que no quería vivir sin mí, pero necesito hechos y no palabras. No quiero tirarme a la piscina mientras todavía tenga dudas sobre si esta vez se va a quedar conmigo.

—¿Cómo estás? —me pregunta en cuanto me siento a su lado mientras abre la mochila y saca una manta con la que nos cubre a los dos.

—Bien —respondo de forma automática.

—Vale. Ahora dime la verdad.

Mauri también saca de la mochila una bolsa de regalices que me pasa después de coger uno para él. Se lo agradezco con una pequeña sonrisa y suspiro antes de hablar.

—Estoy hecha una mierda. A pesar de acordarme de ella a diario, todos los veintiocho de noviembre soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea ella y todo lo que no podremos hacer juntas.

—¿Y por qué no piensas al revés? —propone.

Alzo una ceja inquisidora para que me aclare a qué se refiere.

—En lugar de pensar en todo lo que no harás con ella, piensa en

todo lo que habéis compartido, que es mucho. Habéis hecho mil cosas juntas, muchas más de las que comparte la mayoría durante toda su vida con sus padres. ¿No te acuerdas del viaje a Costa Rica? ¿O de las escapadas al pueblo con tu abuelo?

Me quedo callada al ver su punto de vista. Es cierto que nos encantaba viajar juntas. Si era en España y no había que ir en avión mi abuelo se apuntaba, pero si nos íbamos a otro país él se iba al pueblo con sus hermanos a pasar esos días. Mi madre y yo hemos disfrutado juntas del frío de Laponia y del calor del Caribe. Hemos visto decenas de museos y comido diferentes platos de, al menos, quince países.

El primer viaje lo hicimos cuando yo cumplí siete años y me llevó a Disneyland. Lo pasamos tan bien que a partir de ahí hacíamos uno o dos por año.

—Eso es cierto. Hemos hecho un montón de planes las dos solas y otros tantos con mi abuelo. La verdad es que he disfrutado de ella, pero se me ha hecho corto. Se fue tan pronto y la echo tanto de menos que muchos días todavía duele como si hubiera sido ayer el día en que se fue —respondo antes de echarme a llorar y que Mauri me rodee con sus brazos como si quisiera atrapar toda mi pena.

—Por cierto, nunca te di las gracias por todo lo que hiciste por mí esos días. Sin ti creo que no habría sido capaz de salir de mi habitación y no me habría perdonado el no despedirme de ella —digo una vez me he calmado.

—No me las tienes que dar. Para mí que tú estés bien siempre ha sido una prioridad —responde calentándome un poquito el corazón, porque, por primera vez en muchos años, sí le creo.

CAPÍTULO 57

¿QUÉ PREFIERES, HACER EL AMOR O LA GUERRA?

Lucía

Durante la última hora me he desahogado, he llorado e incluso me he reído con alguna anécdota familiar. Hablar sobre mi madre me ha servido para soltar todo lo que llevaba años guardándome, como la rabia que siento hacia el conductor del otro coche. Mauri me ha escuchado e incluso ha aportado varios momentos que yo había olvidado.

Sé que tenemos mucho que hablar, pero por primera vez vuelvo a sentir esa conexión que teníamos en la que no necesitábamos las palabras para adelantarnos a las necesidades del otro.

Me conoce tan bien que sabía que hoy sería uno de esos días en los que el dolor lo cubre todo. Hablar con él me ha hecho recordar que tengo miles de buenos momentos con ella que tengo que atesorar para volver a ellos cuando tenga un mal día.

—Es domingo. ¿Seguís haciendo la tortilla de patatas más rica del mundo cada semana? —pregunta tras un par de minutos de cómodo silencio.

—Esa tradición la perdimos el día que mamá se fue —respondo con un suspiro antes de apoyar la cabeza en su hombro.

—Qué pena.

—La verdad es que sí. A mí me encantaba, pero a mi abuelo le volvía loco. El sábado siempre se aseguraba de que tuviéramos patatas y huevos.

—Sí, al bueno de Ramón siempre le ha gustado la buena comida —dice riéndose.

—¿Sabes qué? A lo mejor va siendo hora de retomarla como forma de celebrar todas las que hicimos los tres juntos. Seguro que se lleva una alegría.

—Pues venga, ya me cuentas mañana si os sale igual de sabrosa y si

a Ramón le gusta la idea.

—No, vienes conmigo y entre los tres seguro que nos sale más rica.

Mauri se levanta y me agarra la mano para que me ponga de pie. Se acerca a mí para enmarcarme la cara con las manos y me sonríe de una forma tan tierna que el corazón me late descontrolado de anticipación.

Le veo dudar sobre si besarme o no. Imagino que piensa que a lo mejor no es el día o que me voy a apartar, pero que me bese es lo único que quiero en este preciso instante, así que acorto la distancia que nos separa y lo beso yo a él.

Cuando nuestros labios se chocan, veo la sorpresa en su rostro, pero reacciona rápido y me pasa un brazo por la cintura para acercarme a él.

Nuestras bocas se reconocen con familiaridad. Besar a Mauri siempre me ha parecido adictivo y hoy no es menos. Enlazamos nuestras lenguas con calma, volviendo a saborear al otro y disfrutando con cada caricia que se dan.

Es un beso lento, sin prisa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, en el que nuestros cuerpos se reencuentran.

Antes de separarnos, Mauri deposita un beso suave en mi nariz y yo cierro los ojos con una sonrisa para disfrutar del beso que más he anhelado todos estos años separados, porque desde el último que me dio en Italia ningún beso me había vuelto a parecer completo hasta hoy.



Llegamos a casa después de darnos un poco más de cariño, de ese que tanto he echado de menos, aunque ni siquiera era consciente de cuánto.

Me sigue pareciendo increíble que sus besos sean siempre tan perfectos y me hagan sentir tan bien.

En cuanto nos metemos en la cocina riéndonos, aparece mi abuelo

detrás de nosotros.

—¿A qué se debe tanto alboroto? —pregunta intrigado—. ¿Qué vais a hacer?

—Ahora lo sabrás —respondo con una sonrisa.

Saco huevos de la nevera y patatas del armario bajo su atenta mirada, pero es cuando ve a Mauri destapar el jamón y coger un plato cuando se le empañan los ojos y sonríe agradecido. Volvería a hacerlo mil veces solo para hacer a mi abuelo así de feliz.

Se acerca a mí y me da un abrazo y un beso en la frente que me sabe a gloria, porque él no es muy dado a las muestras de afecto, pero cuando las da las aprovecho todo lo que puedo.

—Muchas gracias, canija. Tu madre se habría sentido orgullosa de que por fin hayamos recuperado nuestra mejor tradición.



Cuando me meto en la cama varias horas después, no puedo evitar pensar en mamá y en lo mucho que la echo de menos, pero también vienen a mi cabeza momentos buenos y ya no siento tanta tristeza como antes.

Es muy duro vivir sin ella, pero sé que querría que disfrutáramos de la vida y lo cierto es que yo no lo estaba haciendo demasiado bien, así que le prometo, esté donde esté, que voy a aprovechar más el día a día y voy a hacer cosas que me hagan feliz. Se lo debo, pues ella ya no puede hacerlo.

A veces se nos olvida celebrar la vida y pasamos por ella de puntillas, cuando en realidad lo que tenemos que hacer es pisar fuerte y dejar huella.

Por lo pronto, hoy he conseguido quitarme la coraza y dar yo el primer paso con Mauri. Sé perfectamente que él no iba a avanzar hasta que yo le diera alguna señal. Al fin y al cabo, sí fui yo la que lo dejó y la que lo ha estado apartando cada vez que intentaba acercarse.

No sé en qué punto estamos ahora mismo, pero no puedo evitar

dormirme con una sonrisa después de coger el móvil para poner la alarma del trabajo y ver que tengo un mensaje.

MAURI: *«Y ahora dime ¿qué prefieres, hacer*
el amor o la guerra?», Se compone de amor, Nikone.

CAPÍTULO 58

DISPUESTOS A JUGAR

Mauri

Llego el primero al restaurante en el que hemos quedado para celebrar el cumpleaños de Raúl.

A pesar de que por fin Lucía y yo hemos avanzado, no quiero agobiarla, así que estos días le he dejado espacio para que asimilara el beso y todo lo que significa. Aunque ahora que he vuelto a probar sus labios no puedo pensar en otra cosa que no sea en hacerlo a diario.

Álex, Ari y Laura llegan cuando el camarero está dejando la caña que he pedido en la barra. Al principio no me sentía muy cómodo al ver a Álex sabiendo que se había acostado con Lucía, pero no he necesitado más que observarlo un rato para ver cómo pierde el culo por su novia y ella por él. Es obvio que saber que sus manos la tocaron y se hicieron disfrutar mutuamente no es agradable en absoluto, pero yo también me he acostado con otras mujeres, y no es culpa de ninguno de los dos que más tarde yo me haya unido a su grupo.

Poco a poco va llegando el resto hasta que solo falta Lucía, que llega cuando nos informan de que nuestra mesa está preparada.

Me quedo sin aliento al verla. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y los labios granate oscuro que me llaman a gritos desde el instante en el que nuestras miradas conectan y me sonríe triunfante al saber que me ha dejado sin aliento. Se ha puesto unos pantalones pitillo negros y una camiseta con transparencia que me vuelve loco en cuanto se quita la cazadora. Está sexi a rabiar y lo sabe.

Saluda a todo el mundo y al llegar a mí me da dos besos mientras apoya las manos en mi pecho.

—Estás increíble —susurro en su oído.

—Tú tampoco estás nada mal —responde riéndose.

Cuando entramos en el comedor, Hugo me agarra del brazo para que lo mire.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta con una sonrisa—. ¿Me lo estoy imaginando o he visto complicidad entre vosotros?

—Estamos en ello. Dejémoslo en que progreso adecuadamente —respondo contento.

En lugar de contestar me da un apretón en el brazo y nos sentamos a la mesa con el resto.



La cena ha pasado volando entre risas e historietas sobre Raúl.

—¡Un chupito por el cumpleañero! —dice Carlota mientras levanta su vaso.

—Tenías que ser tú la que lo propusiera, no podía ser de otro modo —contesta Raúl con alegría a la vez que alza el suyo.

Todos nos unimos y bebemos poniendo diferentes caras de asco a medida que el Jägermeister baja por nuestras gargantas. Es una bebida asquerosa, pero que a Carlota, a la que de forma muy acertada llaman el duende de los chupitos, le encanta tomar siempre que salimos de fiesta.

—Yo quiero proponer un brindis por Raúl. Por ser el que siempre pone ese punto de diversión y humor a este grupo, además de ayudarnos cuando lo necesitamos. No sería lo mismo sin ti —dice Lucía con una sonrisa.

Raúl se pone serio por un segundo impresionado por sus palabras y al instante alza su copa y bebe tras lanzarle un beso.

Raúl es el tipo de persona graciosa, leal y que vive un poco en las nubes. Ha sido con el que más he congeniado desde que volví de Barcelona, porque con él la diversión está siempre asegurada.

Aun así, me he dado cuenta de que es el que menos habla de su vida personal o su familia. Solo muestra su lado fiestero y gracioso, aunque estoy seguro de que hay mucho más y espero que algún día empiece a compartirlo.

—Venga, no vamos a brindar solo por mí. Seguro que a más de uno le ha pasado algo bueno estos días —propone.

—Yo brindo por los regresos de los buenos amigos cuando son para

quedarse —añade Hugo mirándome.

—Y yo por los que siempre están ahí —respondo a su vez.

—Pues a mí me gustaría celebrar que por fin es oficial y Laura ya tiene piso en Madrid —dice Ari muy emocionada.

Todos aplaudimos y felicitamos a la susodicha, que está muy contenta.

—¡Enhorabuena! Me alegro de que estés más cerca por fin —le dice Raúl.

Me extraña esa respuesta, pero apenas tengo tiempo de asimilarla, ya que todos se levantan para ir a la discoteca que ha elegido Raúl.

Sé que todavía está estudiando y se supone que este curso está terminando el trabajo de fin de grado, pero está claro que es el que más pasta tiene de todos, puesto que no duda en invitarnos a la cena alegando que es su cumpleaños y que ha elegido un sitio un poco caro.

Cuando llegamos a la discoteca, cogemos entre todos un reservado ante las protestas de Raúl que también quería pagarlo él, nos ha costado que aceptara que lo invitáramos. Diría que a veces es incluso demasiado generoso, aunque por suerte nadie en este grupo se aprovecha de la situación.

En cuanto ponen las botellas del reservado en la mesa, nos servimos una copa y nos vamos animando. Es el típico día en el que todos tenemos muchas ganas de pasarlo bien y disfrutar del tiempo juntos.

Además, Lucía hoy está más alegre y me gusta pensar que soy un poco responsable de su cambio de actitud. Está más sociable que de costumbre y ya no se cierra tanto en banda como antes. Creo que por fin ha conseguido cerrar lo de Rosa y no podría alegrarme más por ella. A las personas tóxicas es mejor mantenerlas lejos. En cambio, con Carlota y Sara se siente cómoda y se le nota. Incluso con Ari y Laura habla y baila mientras cantan todas juntas.

En un momento dado, Lucía se gira y se acerca a mí moviéndose al ritmo de la música. Está tan bonita hoy que dudo mucho que sea capaz de resistirme a besarla.

—¿Por qué no dejas de mirar hacia nosotras? —pregunta retándome.

—Me gusta lo que veo —respondo mojándome los labios con la

lengua—. ¿Esa camiseta es casualidad o querías volverme loco? Porque si la respuesta es lo segundo, lo has conseguido.

Lucía se gira sin responderme y camina hacia las chicas mientras yo observo ese culo que tanto me gusta y sé que ella lo sabe, porque a medio camino se gira y, cuando levanto la mirada, me guiña un ojo satisfecha.

Parece que hoy no he sido el único que viene dispuesto a jugar.

CAPÍTULO 59

CÓMO TE ATREVES

Lucía

Llevamos dos horas de fiesta y estoy un poco contenta de más gracias al alcohol.

Tras nuestro beso de la semana pasada, estaba deseando ver a Mauri. Ese día me enseñó que también hay otra forma de llevar el duelo y que, aunque siga doliendo, también es bonito recordar lo bueno. Entre tanto dolor se me habían olvidado muchas cosas, por eso, después de ese día mi abuelo y yo nos pasamos una tarde entera hablando de ella y compartiendo juntos nuestros recuerdos. Creo que a él también le ha venido muy bien.

Pero hoy estoy contenta por otro motivo. Me ha costado darme cuenta, pero me apetece estar con Mauri. Sé que no estoy preparada para que volvamos a estar juntos, nos veamos a diario y volvamos a compartirlo todo. De hecho, me aterra tan siquiera pensarlo porque sé todo lo que viene después cuando las cosas se tuercen. Pero sé que quiero volver a besarlo y sentirlo piel con piel, como solíamos decir.

Llevamos toda la noche intercambiando miradas y algún que otro baile, pero con distancia prudencial. Estar con él es tan fácil y me hace sentir tan bien que no me acordaba de lo mucho que echaba de menos estar así con alguien siendo yo y dejándome llevar sin pensar demasiado.

Empieza a sonar *Cómo te atreves* de Morat y veo cómo Mauri se acerca con una sonrisa en la cara y se pone a cantar delante de todos, que nos miran divertidos.

—«No me perdono, sé que te perdí, pero expiraron los remordimientos. Fui dictador y el no dejarte ir debió haber sido mi primer decreto».

Creo que va igual de contentillo que yo con el alcohol si le da igual ponerse a cantar en mitad de una discoteca. Todos empiezan a silbarnos y decido soltarme y acompañarlo, pues lo que me ha dicho es muy bonito y mi corazón está dando saltos mortales hacia atrás.

—«¿Cómo te atreves a volver? Y a tus cenizas convertir en fuego. Hoy mis mentiras veo caer, que no es verdad que te olvidé» —respondo con una sonrisa divertida y usando el puño como micrófono.

Nos acercamos cantando hasta que Mauri me rodea la espalda con sus brazos y yo le rodeo el cuello con los míos. Ambos juntamos nuestras bocas y nos damos un beso como los de antes, uno de esos en los que demuestras las ganas que tenías de llegar a este punto y que no termine nunca.



Cuando encienden las luces de la discoteca, estoy con Sara cotilleando en el baño. Después de nuestro numerito cantando y los morreos que nos hemos estado pegando Mauri y yo esta última hora, no se ha resistido más y en una de las veces que nos hemos unido al grupo para bailar me ha arrastrado al baño para que le contara qué había cambiado.

Este rato ha sido muy divertido. De vez en cuando asumíamos que debíamos estar con el cumpleañero y el resto, pero al poco rato uno de los dos se acercaba al otro, como si fuéramos incapaces de mantener las manos alejadas.

Nos tenemos tantas ganas y ha pasado tanto tiempo que solo pienso en quedarnos a solas para saber si me voy a volver a sentir igual de bien que me sentía cada vez que nos acostábamos.

Cuando estamos fuera de la discoteca, Mauri y yo decidimos volver en metro a nuestro barrio. Tras despedirnos, echamos a andar hacia la entrada más cercana y, de forma automática, enlazamos nuestras manos antes de mirarnos y sonreír. Encajan como si fueran un puzle de solo dos piezas que no necesitan al resto para estar completas.

Mientras dura el viaje hablamos de esta noche, de nuestro momento karaoke improvisado y de las caras que se le han quedado al resto cuando nos hemos besado.

—Sabes que te voy a secuestrar y hoy vas a dormir en mi piso,

¿verdad? —pregunta cuando estamos saliendo de la boca del metro.

Tira de mi mano y me aprieta contra su cuerpo. Echaba tanto de menos esta familiaridad al tocarnos que es como si no hubiera pasado el tiempo. Estaba tan acostumbrada a todos sus gestos y movimientos que me encanta sentirlos de nuevo y reconocerlos.

—No sé. A lo mejor deberíamos ir poco a poco. El otro día un beso, hoy cogidos de la mano. A lo mejor el fin de semana que viene te dejo tocarme el culo —respondo intentando parecer seria.

Mauri me mira horrorizado, pero asiente con la cabeza e intenta apartarse.

—¡Que no! Que es broma —digo partiéndome de la risa y volviendo a acercarlo a mí.

—Estás tú muy graciosa hoy, Lucilú.

—Es que sienta bien reírse y me da la sensación de que a veces se me olvida hacerlo.

—¿Sabes qué es lo que sienta bien? Escucharte a ti reír. Es como una droga y necesito más, así que haré que te rías conmigo a diario.

—No me digas esas cosas, que acabaré pensando que es de verdad —le digo con un puchero—. No quiero pensar en mañana, solo quiero disfrutar hoy juntos.

No me responde y se pone serio, pero pronto le cambia la cara cuando pongo una mano en su pecho y me acerco para besarlo.

A partir de ahí todo se acelera y no tardamos más que un par de minutos en entrar en su portal. Nos metemos en el ascensor y Mauri me aprisiona contra una esquina. Agarra mi culo y me impulsa hasta que termino rodeando sus caderas con las piernas.

—Cuánto te echaba de menos —murmura contra mi cuello mientras besa el punto exacto debajo de mi oreja que sabe que me encanta.

Yo entierro la mano en su pelo y tiro de él para volver a besarlo. Me retuerzo contra su cuerpo cuando noto la erección que le aprieta el pantalón. He echado tanto de menos sentirlo que se me escapa un gemido de satisfacción al saber que está así por mí.

Entramos en su casa a oscuras con él sujetándome contra su cintura y se dirige al sofá, donde nos deja caer quedando él sentado y yo encima a horcajadas. Nos quitamos las cazadoras y las tiramos sin

mirar ni siquiera dónde han caído.

—Va a ser muy lento. Llevo demasiado tiempo imaginándomelo y pienso disfrutarlo —dice con voz ronca.

Asiento y empiezo a balancearme sobre él para rozar nuestras entrepiernas. Gemimos a la vez con desesperación y yo solo puedo pensar en sentir su cálida piel. La última vez que nos acostamos todavía éramos jóvenes, pero ahora ya somos más adultos y nuestros cuerpos han cambiado, así que no dudo en tirar hacia arriba de su jersey y su camiseta para quitárselos.

Observo su pecho desnudo y paso las manos sobre los pectorales. Mauri nunca ha sido un chico obsesionado con el gimnasio, pero sí practica deportes, así que su cuerpo está tonificado de una forma deliciosa. Bajo la cabeza y dejo un par de besos aquí y allá hasta terminar besando su pezón.

Mauri me besa con premura antes de quitarme la camiseta y quedarse observando mi sujetador negro de encaje. Besa el borde de mis pechos y me quita el sujetador para enmarcarlos con las manos y succionar mis pezones, primero el derecho y luego el izquierdo.

—Están como las recuerdo. A ellas las he echado mucho de menos —susurra mirándome divertido.

—Yo también he echado otras cosas de menos —respondo poniendo la mano encima de su erección.

Nos besamos saboreándonos con hambre como hacía tiempo que no lo hacíamos.

Cuando pienso que me voy a volver loca de excitación sin habernos quitado ni siquiera los pantalones, Mauri se pone de pie colocando mis piernas para que se vuelvan a enroscar en su cintura y nos dirige a la que imagino que será su habitación.

Me siento tan bien ahora mismo que incluso la determinación con la que he salido de casa pensando que quería que esto pasara solo una vez empieza a difuminarse.

CAPÍTULO 60

NO QUIERO QUE ESTE MOMENTO TERMINE NUNCA

Mauri

Echaba tanto de menos sentir a Lucía que hasta duele.

No puedo despegar las manos de su cuerpo y disfruto de cada caricia y roce. Estar con ella es como volver a tocar las nubes con las manos y no quiero que este momento termine nunca.

Lucía siempre ha sido fogosa y más cuando fue pasando el tiempo y fuimos probando cosas nuevas. Sé que a ambos nos gusta la pasión y follarnos con ganas, así que hoy no está siendo menos.

Aunque estos años me haya acostado con otras chicas, que podría contar con las manos y me sobrarían dedos, nada es equiparable a cómo me siento cuando estoy con ella. Es como volver a casa después de mucho tiempo y sentir que todo vuelve a estar en su sitio y que tú sabes que ese es tu lugar favorito.

Deposito a Lucía con delicadeza encima de la cama y noto que me tiene muchas ganas, porque no tarda ni un segundo en desabrocharse el pantalón y quitárselo arrastrando con ellos sus braguitas de encaje negro. Siempre he sido muy básico para la lencería, negro y encaje, y ella lo sabe, así que sonrío al darme cuenta de que esta noche ha venido a por todas sabiendo que acabaríamos juntos.

Se incorpora cuando ve que no me he movido y se apoya en los antebrazos.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta con fingida inocencia.

—Me gusta demasiado —respondo antes de inclinarme y darle un morreo sucio.

Mientras nuestras lenguas se enredan, Lucía aprovecha para abrirme el pantalón y bajármelo. Me manosea un poco por encima del calzoncillo, pero a los pocos segundos decide que también le molesta y me lo quita, dejando libre mi erección.

Se separa y me observa de arriba abajo. Siempre lo ha hecho y,

aunque al principio me hacía sentir que estaba pasando un examen, luego me di cuenta de que su mente curiosa quería memorizarlo todo, incluido a mí.

—A mí también me gusta lo que veo —susurra mordiéndose el labio.

Me tumbo encima de ella, con cuidado para no aplastarla, y empiezo a besarle el cuello, las preciosas tetas, el ombligo… Lucía tiembla de anticipación. Sabe que una de las cosas que más me gusta es devorarla y sentir cómo se corre gracias a mi lengua.

Beso la zona con delicadeza y ella deja escapar un suspiro. Pone la mano en mi pelo para marcar el ritmo y a mí me vuelve loco su seguridad.

Lamo, succiono y beso con ganas hasta que noto que está llegando al límite porque le empiezan a temblar las piernas. Acelero el movimiento de mi lengua en círculos sobre su clítoris e introduzco un dedo con cuidado hasta que siento cómo explota de placer y sus gemidos llenan todo el espacio de la habitación.

Lucía cae rendida sobre la cama cuando me incorporo y me pongo a su lado.

—Dame un minuto y seguimos —dice con la voz entrecortada.

—Tengo todo el tiempo del mundo —respondo mientras acaricio su ombligo y subo por sus pechos. Lucía sigue la mano con la mirada y sonríe relajada.

Un par de segundos después la beso despacito, solo por el placer de sentirla de nuevo. Lucía mueve la mano y la coloca sobre mi polla, empezando a deslizarla arriba y abajo provocándome demasiado placer.

Cuando me besa el cuello y empieza a descender por mi torso, me quedo sin aliento. Voy a durar una mierda en cuanto sus labios me rodeen. Siempre me ha encantado su forma de saborearme y devorarme.

Ambos disfrutamos mucho del sexo oral y el placer que le produce al otro. Tanto es así que muchas veces ni siquiera pasábamos de eso cuando teníamos prisa o estábamos en la casa del otro y no podíamos hacer casi ruido por si nos descubrían.

Lucía rodea mi polla con la mano y la recorre de abajo arriba con la lengua hasta acabar succionando la punta.

—¡Joder! —maldigo en voz baja—. Lo haces demasiado bien.

Ella me sonríe desde abajo con una mirada retadora y se la mete entera en la boca. Chupa, lame y saborea hasta que pierdo el norte. Lo acompaña todo con el movimiento de la mano, que cada vez es más rápido y delirante.

—Lucía, para. Me voy a correr —suplico casi sin aliento.

Ella en lugar de parar acelera el ritmo hasta que me corro en su boca. Me sonríe cuando se incorpora y se apoya en mi pecho.

—¡Vas a volverme loco! Ahora vamos a tener que esperar un poco para hacerte todo lo que llevo tiempo planeando.

—Aún es pronto —responde haciéndome el hombre más feliz al saber que no tiene prisa por irse de mi lado.

Se tumba a mi lado y disfrutamos de estar piel con piel. Parece que somos incapaces de dejar de tocarnos después de llevar tanto tiempo sin hacerlo.

Un rato después la cosa va subiendo de nuevo de temperatura y Lucía vuelve a estar encaramada encima de mí mientras la abrazo y disfruto de sus maravillosas tetas. Las acaricio, juego con ellas y aprieto con la mano con la presión exacta que sé que le gusta.

Ninguno de los dos se ha olvidado del cuerpo del otro y de lo que nos gusta y es increíble hacer juntos este redescubrimiento. Nuestros cuerpos siempre han bailado su propia melodía y hoy parecen encantados de volverse a ver.

Nuestros sexos están tan excitados y lubricados que no me extrañaría que en cualquier momento se unieran con tanta fricción y roce.

Lucía protesta cuando la aparto a un lado y me inclino sobre la mesita de noche para sacar un preservativo. Me lo coge de la mano y me lo pone con delicadeza. Me sigue fascinando ver sus manos tocándome de nuevo. Está tan sexi y yo tenía tantas ganas de que llegara este momento que solo puedo cruzar los dedos para durar lo suficiente.

Me tumbo encima de ella y abre las piernas para que me coloque.

La hago sufrir un poco moviendo mi punta sobre su sexo, pero sin llegar a introducirme dentro, hasta que me agarra del pelo y me besa con ganas.

Poco a poco me empiezo a deslizar en su interior y Lucía me abraza juntando nuestros pechos. Cuando la tengo entera metida dentro y paro el movimiento, ambos dejamos escapar un suspiro y nos besamos, saboreando el momento.

No quiero moverme demasiado hasta que se calme un poco mi excitación. Ella sabe que me vuelve loco que me apriete la polla y lo hace hasta que me hace gemir de placer.

Empiezo a moverme mientras sus manos me rodean el culo y me lo aprieta para que vaya más rápido. Follar siempre nos ha gustado fuerte y sucio.

Cuando estoy a punto de correrme, la saco rápido y apoyo la cabeza en su pecho.

—Estaba a punto —protesta.

—Date la vuelta, ya verás como habrá merecido la pena—respondo.

El perrito siempre ha sido nuestra postura favorita. Es en la que más profundo llego y en la que ella siente más, así que no me extraña cuando Lucía me sonríe, se gira y empieza a mover el culo mirándome con deseo hasta que se la meto entera de un solo movimiento.

—¡Joder, sí! —gime con placer.

Pongo una mano en su culo antes de darle un cachete y ella me mira aprobando el gesto. Con la mano libre me inclino para rodear su pecho.

—Más rápido, más fuerte —pide jadeando.

Muevo la mano hasta su hombro y me aferro a él para poder acelerar y hacer movimientos más contundentes, tal y como ella me ha pedido.

—Estoy a punto. Córrete conmigo —suplico cuando sé que es cuestión de segundos.

Lucía aprieta las paredes de su sexo y explotamos a la vez entre temblores y jadeos.

Ha sido el puto mejor polvo de mi vida y no podía ser de otro modo que no fuera con ella. Siempre ella.

Cuando salgo de su interior y tiro el preservativo con un nudo a la papelera, veo que Lucía se está incorporando.

—Ni de coña. Deja ese culito en la cama que no pienso renunciar a dormir contigo —digo serio.

Lucía pone los ojos en blanco y se mete bajo el nórdico.

—Bueno, pero solo esta vez —responde.

—Eso ya lo veremos, Lucilú.

Me meto en la cama a su lado y no tarda en acercarse y acoplar nuestros cuerpos. Por mucho que intente resistirse sé que se siente igual de cómoda que yo, ya que a los pocos minutos su respiración se vuelve más pesada.

Bajo la cabeza y aspiro su olor antes de cerrar los ojos y quedarme dormido con la mujer de mi vida entre mis brazos, porque nada va a conseguir que me vuelva a separar de ella.

CAPÍTULO 61

TU HISTORIA Y LA MÍA

Lucía

Me despierto sintiendo el calor de unos brazos que me rodean y el olor que tanto adoro de Mauri.

Abro los ojos y me está observando con una ternura que me rompe un poco. Hacía mucho que no me miraba así y me encanta a la vez que me aterra todo lo que me hace sentir.

Levanta la mano y empieza a seguir el contorno de mi cara con el dedo haciéndome cosquillas suaves.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Memorizarte. Me da miedo que me alejes de nuevo y no quieras volver a verme, así que estoy intentando recordar cada lunar y cada peca —responde en voz baja.

Cierro los ojos intentando contener las lágrimas que amenazan con salir en cualquier momento. Este Mauri tierno me rompe de maneras que el Mauri divertido nunca ha conseguido. Cuando se lo propone, es romántico, dulce y me trata como si fuera lo más importante para él.

Casi me había olvidado de esta parte, casi, porque en realidad es mi parte favorita. Sé que soy la única a la que se la ha mostrado y siempre me he sentido especial por ello.

Como no sé qué decir, lo beso.

Esta vez no follamos.

Esta vez hacemos el amor despacio, con ternura y recordando cada caricia y cada palabra.

Esta vez nos rompemos juntos antes de recomponernos en los brazos del otro.



Llego al mediodía a mi casa con una sensación extraña en el pecho.

Por un lado, me siento como si hubiera vuelto al sitio en el que tengo que estar, pero, por otro, tengo miedo a volver a separarnos y pasarlo mal de nuevo. No creo que soportara otra ruptura y menos sin tener esta vez el apoyo que mi madre me dio en aquel momento.

Aun así, no puedo evitar echarlo ya de menos cuando no hace ni cinco minutos que nos hemos despedido en mi portal, porque, a pesar de vivir a escasos doscientos metros, ha querido acompañarme.

Esta mañana los dos hemos estado tristes, pero nos hemos amado como nunca.

Mauri me ha venerado y ha adorado cada rincón de mi cuerpo como si fuera la última vez y, en realidad, a mí también me aterra que así sea. Es contradictorio, pero ni yo misma acabo de aclararme.

Lo único que tengo claro es que haber pasado la noche juntos era lo que quería y no me arrepiento en absoluto. Nadie me hace sentir tan deseada como él ni conoce tan bien cada centímetro de mi piel.

En la cama siempre hemos fluido de una forma increíble y parece que ninguno se ha olvidado de ello. Nuestros cuerpos iban por libre sabiendo a la perfección cómo encajar y moverse al mismo ritmo.

En cuanto me meto en el baño para darme una ducha, me llega un mensaje y sonrío teniendo la certeza de que va a ser él. Tal y como me esperaba, no me equivoco.

MAURI: *«Todo lo que hemos dejado para estar aquí ahora, nena,*
ya no volverá. Dime que nunca has pensado mirando al pasado
que todo era mejor atrás», Tu historia y la mía, Hens.

LUCÍA: *«Quiero que nos volvamos a ver. Déjame ver cómo me*
ven tus ojos, ven. Quiero decirte que, si hablamos de mirar,
los ojos son de quien te los hace brillar», Haz de luz, Rayden.

No puedo evitar meterme en la ducha con una sonrisa, porque, a pesar de los tropiezos, nuestra roca sigue siendo fuerte.



Mi abuelo y yo comemos juntos unos buenos callos que ha preparado él esta mañana y que le sientan genial a mi resaca emocional. Nada como tener el estómago lleno para pensar con claridad.

—Esta noche no has venido a dormir —afirma como quien no quiere la cosa mientras estoy metiendo los platos en el lavavajillas.

—¿Cuál es la pregunta, abuelo? —cuestiono sabiendo de sobra que su vena cotilla está deseando saber más.

—¿Has estado con el chaval?

—Correcto. ¿Alguna duda más que pueda resolver para que puedas dormir la siesta tranquilo? —contesto riéndome.

—¿Tú eres feliz? —pregunta mirándome directamente a los ojos.

—Lo soy —contesto sincera.

—Pues entonces eso es todo.

Antes de salir de la cocina, se acerca y me da un beso en la frente. Estoy en racha, porque en una semana me he llevado dos muestras de afecto que pienso atesorar en mi memoria.

Cuando acabo de recoger la cocina, paso por el salón para tapar con la manta a mi abuelo, que ya está durmiendo en su butaca.

Al llegar a mi habitación, me tumbo en la cama y llamo a Hugo. Quiero contarle lo que ha ocurrido, ya que él estuvo ahí cuando lo dejamos y, en realidad, ha estado a mi lado en cada suceso importante de mi vida.

—Buenas tardes, Luci. Estaba esperando tu llamada —responde en tono divertido.

Desde que está con Sara, comparten ese espíritu alegre y positivo que tan bien le sienta.

—¿Versión corta o extendida? —pregunto sin rodeos.

—La que más te apetezca.

—Entonces corta. Sí, ayer Mauri y yo nos liamos, aunque eso ya lo viste. Sí, también nos acostamos. Y sí, también hemos dormido juntos —contesto de forma muy esquemática a sus preguntas silenciosas.

—A veces eres demasiado concisa y así te queremos —dice a través de la línea mientras se ríe y no puedo evitar unirme a él—. Se te ha olvidado lo más importante, ¿tú cómo estás?

Medito un par de segundos antes de contestar. Sé que cuando lo diga en voz alta va a ser más real que nunca.

—Mentiría si no te dijera que me siento muy bien. Desde el primer día estar con él ha tenido ese efecto. Todo este tiempo que me he estado acostando con otras personas siempre he tenido la sensación de que me faltaba algo, incluso los besos eran incompletos, pero con él es como si el círculo se cerrara por completo y todo estuviera en su sitio —divago mientras Hugo se mantiene en silencio escuchándome con paciencia—. Mauri es diferente a todos, siempre lo ha sido y, aunque sabía que lo echaba de menos, no era consciente de lo incompleta que me sentía hasta ayer.

—Vaya. Creo que es lo máximo que me has dicho sobre él en los últimos cinco años y me alegro de que seas tan sincera contigo misma. Pensaba que ibas a agobiarte o cerrarte en banda y alegar que lo de ayer había sido cosa del alcohol.

—¿Desde cuándo he sido yo una cobarde? —pregunto indignada.

—Desde nunca. Siempre has sido la más valiente de los dos —responde orgulloso.

CAPÍTULO 62

NUESTRA FOTO

Mauri

Estos días han sido una auténtica locura y doy gracias de que por fin haya llegado el puente y nos vayamos unos días.

Para empezar, mi jefe me ha encargado un trabajo urgente que debía salir antes de irme de vacaciones. He hecho más horas de las que debería y apenas he dormido, pero he conseguido terminarlo a tiempo.

Por suerte, he podido ver a Lucía dos veces estos días, aunque también hemos hablado por teléfono. El primer día que la llamé por la noche fue raro, pero el tercero me confesó que estaba esperando mi llamada cuando la llamé un poco más tarde que los otros días.

El primer día que quedamos fue en un bar y nos dedicamos a ponernos al día en temas familiares, laborales y cualquier hecho que hubiéramos vivido estos años separados y que nos apetecía compartir con el otro. Una cosa llevó a la otra y acabamos dándonos el lote en su descansillo como si fuéramos los dos adolescentes hormonados que fuimos en su día. Nos tuvimos que separar cuando un vecino salió de su casa para bajar la basura y me preguntó si yo también bajaba, así que tuve que colocar con disimulo mi erección, darle un beso casto a Lucía e irme a mi casa a darme una buena ducha fría.

La segunda vez decidimos ver una película en mi apartamento para evitar que las ganas se nos fueran de las manos en público. Al llegar se dedicó a cotillear cada rincón y se sentó en mi sofá como si fuera el suyo. Estuve a punto de que me estallara el pecho de felicidad al ver su precioso culo sentado en mi sofá con un pijama mío que le quedaba enorme, pero no por ello estaba menos guapa que de costumbre. Esa vez sí pude dedicar tiempo a adorar su cuerpo y a demostrarle lo mucho que la he echado de menos todos estos años.

No puedo decir que estamos juntos, pero sí que vamos por buen camino. Lucía todavía necesita acabar de creerse que no pienso separarme de ella nunca más y yo tengo un plan para ello.



Sonrío al ver cómo Lucía se tira de espaldas y empieza a hacer un ángel de nieve. Su cara de felicidad es inmensa y cierra los ojos para disfrutar todavía más el momento.

—No recordaba que me gustara tanto la nieve. No he vuelto desde que lo dejamos, me recordaba a ti —dice todavía con los ojos cerrados.

—Yo volví dos veces, pero nunca ha sido lo mismo —respondo tirándome a su lado y agarrando su mano enguantada.

—Venga, tortolitos, levantaos que hay un bar con forma de iglú a mitad de montaña que me han dicho que está genial —dice Marcos colocándose las gafas.

Me levanto y estiro la mano para que se agarre Lucía. Al impulsarla tiro un poco más de lo necesario para que se caiga sobre mí y robarle un beso.

—¡Eso es trampa! —murmura contra mi boca.

—¿Y Laura? ¿No subía a pistas con vosotros? —pregunta Raúl a Ari.

—Se encontraba mal, le dolía la barriga.

—Pues si ya estamos todos, vámonos —dice Sara dando una palmada con energía.

Nos repartimos en los telesillas y subimos hasta arriba de todo de la montaña. Nos acabamos separando en pequeños grupos, pero quedamos en juntarnos en el bar para tomar una caña y comernos los bocadillos que hemos traído.

Hugo, Lucía y yo tenemos más experiencia porque hemos venido muchas veces, así que los tres acabamos bajando más rápido que el resto y llegamos antes al punto de encuentro.

—Hugo, ¿nos haces una foto? —pregunto a mi amigo cuando nos quitamos las tablas.

—¿Vuestra foto mítica? Tendréis mínimo cuatro y todas os las he

hecho yo, menos la primera. Soy algo así como vuestro fotógrafo oficial —responde riéndose cuando asiento con la cabeza.

Lucía me regala una sonrisa enorme cuando se da cuenta de a qué foto me estoy refiriendo y, sin dudar, salta sobre mi espalda cuando me agacho un poco. Una vez colocados, Hugo le pasa su tabla amarilla y Lucía la levanta con las dos manos mientras yo le sujeto las piernas y mantengo el equilibrio.

—Tres, dos, uno… ¡Patata!



Cuando estamos terminando de comer, la mitad del grupo se marcha al otro lado de la ladera. Es la primera vez que vienen a Formigal y quieren bajar por todas las pistas abiertas.

Raúl, Sara, Hugo y yo nos quedamos con la excusa de querer ir al Snowpark cuando Lucía dice que se va a casa porque lleva demasiado sin hacer esquí como para meterse a hacer piruetas y, además, ha quedado para hablar con su abuelo, que está en el pueblo con sus hermanos.

Lucía no lo sabe todavía, pero esta noche tenemos una cita y los que se han quedado con la excusa del Snowpark van a ayudarme con mi plan, porque yo ya sabía que ella y Ramón hablan todos los días a la misma hora cuando este se va al pueblo.

Antes de que baje el pequeño trozo que queda hasta el inicio de pista, me acerco a ella y la abrazo.

—A las siete tienes que estar abrigada y preparada para salir de casa —digo con una sonrisa.

—¿Y eso? ¿A dónde vamos? —pregunta con curiosidad.

—Es una sorpresa. ¿Confías en mí?

—Sí, aunque odio no saber qué vamos a hacer —responde.

Le doy un beso en la frente y me despido de ella. La veo bajar con soltura haciendo cada giro como una experta y es que, aunque haga años que no lo practicaba, el esquí es como andar en bicicleta y nunca

se olvida.

—Va a flipar —dice Hugo a mi lado.

—Le va a encantar —confirma Sara—. Estoy segura de que ya no va a tener más dudas después de esto.

—Venga, vámonos ya, que se me hace tarde para lo que quieres que prepare —añade Raúl detrás de nosotros.

Sonrío a mis amigos y les agradezco de nuevo lo mucho que se están involucrando en ayudarme a recuperarla.

Me siento en la nieve para apretarme las fijaciones, pero antes saco el móvil y le envío un mensaje a Carlos para decirle que todo marcha según lo previsto. Al fin y al cabo, él y su mujer me han ayudado con el plan, puesto que Martina trabaja organizando eventos y, cuando le pregunté qué podíamos hacer aquí romántico, supo al instante qué era lo que más le iba a gustar a Lucía.

Me pongo de pie y nos dirigimos hacia el telesilla más cercano para subir a prepararlo todo.

CAPÍTULO 63

¿LO SABE ALGUIEN MÁS?

Lucía

Me bajo del *skibus* que une los distintos sectores de la montaña con la urbanización en la que tenemos el piso. Por suerte, hemos alquilado unas jaulas a pie de pista y he podido dejar allí todo el material.

A pesar de que han pasado semanas desde que mi abuelo salió del hospital, quiero asegurarme de que lo está pasando bien en el pueblo y está bien, así que hablamos durante el trayecto que hay desde la parada del autobús a nuestra casa y me cuenta que está de maravilla y que el viaje en coche solo se le hizo corto. Lo noto feliz y eso a mí ya me vale, porque sé que de vez en cuando necesita volver a la casa en la que creció y rodearse del resto de su familia.

Contenta y nerviosa llego al portal. ¿Qué me habrá preparado Mauri? Por muchas vueltas que le he dado mientras bajaba la última pista no he sido capaz de dar con una solución lógica, pero confío en él y sé que merecerá la pena la espera.

Estos días hemos hablado y hemos pasado tiempo juntos. Poco a poco estoy perdiendo el miedo a que se marche gracias a sus mensajes, sus besos y todas sus muestras de cariño.

Entro en casa y me paro en seco en cuanto asimilo la escena que estoy viendo. Laura está en el baño que está justo enfrente de la puerta de la calle sentada en el borde de la bañera con un predictor en la mano y me mira con pánico, como si no esperara que nadie fuera a llegar a esta hora a casa.

—No hace falta que lo escondas. Lo he visto —digo con una sonrisa que espero sea tranquilizadora cuando veo que baja la mano nerviosa.

¡Madre mía! El miedo que tiene que estar sintiendo ahora mismo.

—¿Estás bien? —pregunto cuando me doy cuenta de que me sigue mirando, pero no ha dicho nada—. Sé que no somos íntimas ni nada por el estilo, pero sé guardar un secreto y sé escuchar, que a lo mejor es lo que necesitas ahora mismo.

Empieza a asentir con la cabeza y acaba negando mientras le

empieza a temblar el labio inferior. Camino hacia ella y me siento a su lado en el borde de la bañera.

—¿Cuántos minutos le faltan?

—Da igual. Me he hecho dos más y han dado positivo —responde mirando sin apenas parpadear el que tiene en la mano.

—¿Y qué opinas tú del resultado? —pregunto intentando descifrar si debo felicitarla o ayudarla a buscar soluciones.

Se queda callada un par de segundos, imagino que sopesando si soy digna de confianza o no.

—No es lo que estaba buscando, eso desde luego —dice—, pero tampoco puedo decir que no me haga un poco de ilusión. Siempre he querido ser madre joven, aunque no tanto —añade riéndose.

Me uno a su risa y decido compartir algo de mi vida con ella. Creo que es justo lo que necesita en este momento, alguien que le diga que, aunque sea joven, no es una locura si es lo que ella quiere.

—¿Sabías que mi madre me tuvo con diecinueve años? —pregunto.

—No tenía ni idea. ¿No le dio mucho miedo ser madre a esa edad?

—Siempre me dijo que no lo buscó, pero que había podido disfrutar de mí con mucha energía y entenderme mejor cuando entré en la edad del pavo. Además, ahora sabiendo que iba a morir tan joven, me alegro de que me hubiera tenido a esa edad, porque así la pude disfrutar más tiempo.

Laura me agarra la mano en señal de comprensión y le devuelvo el apretón.

—¿Entonces quieres tenerlo o te lo vas a pensar?

—No tengo nada que pensar. Creo que si aborto me arrepentiría al instante, ni me lo planteo. Lo que me aterra es el cambio tan grande que va a dar mi vida. Al menos, ya he aprobado la oposición y tendré ingresos para mantenernos.

—¿Lo sabe alguien más? ¿El padre? —pregunto.

—De momento solo lo sabes tú y porque me has pillado con las manos en la masa. La idea era primero mentalizarme y luego ver cuándo y cómo se lo cuento a él. Dudo mucho que ser padre entre en sus planes, así que estudiaré las formas de quitarle esas cargas legales para que luego no haya problemas ni sienta que voy a reclamarle

nada.

—Nunca dejará de fliparme la cabeza de los que estudiáis Derecho. Siempre pensando en todo lo que puede salir mal y no dejando ningún fleco suelto.

—Gajes del oficio —responde riéndose.

—De todos modos, a lo mejor el padre quiere formar parte, aunque es cierto que ahora que te vienes a vivir a Madrid después de Navidad va a ser más complicado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque imagino que será de Galicia como tú, ¿no?

Laura parpadea y traga saliva antes de contestar.

—Eso es. Es de mi pueblo y no lo conoce nadie, ni siquiera Ari. Por favor, prométeme que no le vas a contar nada a Ari. Se lo contaré yo cuando esté preparada.

—No tienes ni que pedirlo —respondo—. Todo va a salir bien y, si todavía no se lo has contado a nadie y necesitas que alguien te acompañe al médico, llámame. ¿Vale?

Laura me mira afectada por mis palabras y asiente con la cabeza antes de darme un abrazo.

—Muchas gracias, Lucía.



A las siete en punto estoy maquillada, abrigada y con mis mejores botas de montaña, porque a una le gusta ponerse guapa, pero no romperse una pierna al resbalar por culpa del hielo que cubre las aceras.

Después de nuestra conversación en el baño, Laura y yo hemos estado hablando un buen rato más sobre las oposiciones que acaba de aprobar y su traslado a Madrid. No sabía que había aprobado las más difíciles de todas, que son las de judicatura y que se ha sacado la plaza de jueza. Sé que es una oposición complicada que se tarda años en sacar, pero ella se la ha sacado en dos años a base de estudiar y

apenas tener vida social.

Me ha gustado compartir este tiempo juntas y descubrir a alguien más que a la amiga de Ari que viene de vez en cuando. Tiene un sarcasmo divertido y me lo he pasado bien este rato.

El resto ha ido llegando poco a poco al apartamento, menos Mauri, que no sé dónde se ha metido. Los últimos en llegar han sido Raúl, Sara y Hugo, que han dicho que se han quedado tomando un par de cervezas, pero tengo la sensación de que no es cierto y han estado planeando con Mauri lo que sea que me tiene preparado, pero ninguno de los tres no ha soltado prenda.

Cuando pienso que me voy a destrozar las uñas de los nervios, Hugo llama a la puerta de mi habitación.

—Tienes que acompañarme, pero necesito taparte los ojos —dice mientras se saca del bolsillo un pañuelo.

CAPÍTULO 64

LA MALDITA CORAZA

Lucía

La última media hora ha sido bastante surrealista y eso que estoy a oscuras.

Por lo que he podido intuir, Hugo me ha subido en autobús hasta las pistas. Allí me ha presentado a una mujer que me va a llevar en moto de nieve a mi destino final y se ha despedido de mí.

Empiezo a sentir los nervios subir por mi estómago cuando noto que la moto empieza a reducir velocidad. Una vez nos detenemos, la mujer me suelta la correa de sujeción y me ayuda a ponerme de pie cuando escucho unos pasos acercarse.

—Justo a tiempo. Gracias por traerla —dice Mauri mientras me coge de las dos manos.

Caminamos juntos hasta que noto calor al entrar en un sitio con la temperatura perfecta. Mauri me abraza desde atrás y deja las manos sobre mi estómago.

—¿Estás lista? —pregunta en mi oído.

Asiento sin ser capaz de decir nada y me quita la venda. Parpadeo un par de veces antes de acostumbrarme de nuevo a la luz y, cuando lo consigo, me quedo sin palabras.

Estamos en una cabaña redonda con forma de copo de nieve en lo alto de la montaña. Tiene una cama enorme, varios sillones y una alfombra de pelo ante una cristalera que ocupa la mitad de la esfera y que regala unas vistas alucinantes a la montaña nevada. A través del cristal veo un balancín con una estufa en el exterior y un telescopio. La única iluminación que hay proviene de las decenas de velas que hay repartidas por las diferentes superficies. Además, la alfombra del suelo está llena de cojines, un par de bandejas tapadas y una cubitera con una botella de vino y dos copas.

—Esto es increíble —susurro.

—No tanto como tú —responde—. ¿Te gusta?

—¿Tú qué crees? —pregunto girándome en sus brazos.

No le doy tiempo ni a contestarme porque me cuelgo de su cuello y lo beso. Mauri me estruja contra su cuerpo y pierdo la noción del tiempo que pasamos besándonos hasta que él interrumpe el beso, pero no me suelta.

—Me encanta el camino que está tomando esto, pero creo que deberíamos cenar antes de que se enfríe todo —dice intentando recuperar el aliento.

—¿Lo has preparado tú? —pregunto mientras me siento en la alfombra y entierro la mano en el pelo, que es tan suave como parece y me recuerda a Erik.

—He tenido ayudantes. Sara y Hugo me han ayudado a colocarlo todo y Raúl ha preparado la cena y el postre. Ya sabes que cocinar no es lo mío y a él se le da de maravilla.

—¿Tiene cocina la cabaña? —pregunto impresionada.

—Sí, por esa puerta del lado se accede a ella y también al baño. Hay una bañera enorme que espero que probemos juntos —propone guiñándome un ojo mientras se sienta a mi lado.

Mauri destapa las bandejas y veo que Raúl se ha lucido. Nos ha preparado un *risotto* de setas y de postre un *brownie* con helado de vainilla.

Está todo delicioso y no dejamos nada en los platos.

Como hemos cenado bastante y el cielo está despejado, decidimos tumbarnos en el balancín de fuera con un par de mantas gordas, que hay encima de la cama, para disfrutar de la paz de la montaña.

Mauri me abraza desde atrás y yo me apoyo en su pecho. Nos quedamos así un rato, disfrutando de las vistas y de la buena compañía.

—Lucía, necesito decirte algo.

Me giro en sus brazos y nos quedamos mirándonos de frente cubiertos por la manta y con mis piernas rodeando su cintura.

—Si queremos que esto funcione, tenemos que ser sinceros sobre lo que pasó en Italia —comienza y yo asiento sabiendo que es una conversación que debemos tener si decidimos continuar dando pasos —. Los motivos por los que te dejé ir ese día no fueron los que tú te crees. Nunca, estando contigo, miré a otra chica, para mí solo existías

tú. Me arrepentí mil veces de haberme ido a estudiar allí porque sentía cómo nos alejábamos día a día, pero pensé que estar juntos nos compensaba. Hasta que viniste y vi lo destrozada que estabas y todo el daño que te estaba haciendo.

—Tú también sufrías. Que durante un tiempo pensara que no era así no significa que no fuera consciente de que no era la única que lo pasaba mal estando separados.

—Lo sé, pero no podía soportar hacerte sufrir de ese modo. Cuando estábamos discutiendo y dije que no merecía la pena, no me estaba refiriendo a ti y a mí como tú pensabas, sino que había decidido devolver la beca y volver contigo a España. No quería seguir allí si el precio era perderte.

—Mauri…

—Por eso, cuando dijiste que lo tenías todo muy claro y que no querías volver a saber nada de mí, fui consciente de todo el daño que te había hecho al irme. Intenté que me escucharás, pero…

—Yo no te dejé hablar —susurro horrorizada con la mano en la boca—. Te grité, te dejé y me comporté fatal contigo. Lo siento —añado mientras siento cómo las lágrimas empiezan a deslizarse por mi rostro.

—Estabas dolida y pensabas que dudaba de nosotros. Pero necesito que tengas claro que yo nunca he dudado de nosotros, jamás. Lo bueno siempre dura, ¿recuerdas? —dice con una sonrisa triste al recordar la frase que siempre me decía—. Pensaba que al cabo de unos días le habrías dado una vuelta y podría razonar contigo, pero me bloqueaste y no quisiste verme tampoco en persona cuando fui a las pocas semanas.

—Todo fue mi culpa. Me comporté muy mal contigo y, aun así, me llamaste. Pensaba que era para limpiar tu conciencia y rechacé todas las llamadas. No quería saber nada de ti y te eché todas las culpas cuando fui yo la que te alejó.

—Ambos nos alejamos. La discusión no venía de ese día, sino de semanas sin tener una conversación decente sin reproches. La culpa fue de los dos, tú no me dejaste hablar, pero yo tendría que haber insistido más. Pensé que te estaba haciendo un favor dejándote

continuar si lo tenías tan claro y me querías fuera de tu vida. Por eso cambié el expediente a Barcelona, para ponértelo más fácil y que no tuvieras que verme.

Me arrepiento al instante de toda la rabia y odio que guardé para él, porque fui yo sola la que abrazó su coraza y no le dejó volver a entrar, la que rechazaba cada llamada y lo tenía bloqueado.

Y, aun así, él estuvo ahí en el peor momento de mi vida.

—Pero viniste cuando murió mamá —susurro—. Incluso cuando yo te había tratado tan mal.

—No fui capaz de no ir. Me importaba tu madre y sabía que el dolor no te iba a dejar despedirte de ella y te ibas a arrepentir. Incluso me fui al aeropuerto pensando en renunciar a las prácticas que estaba haciendo y volver a Madrid para estar cerca, aunque fuera como amigo.

Cierro los ojos con pesar.

—Y yo te volví a alejar una vez más con aquel mensaje. Hice justo lo que siempre hago, atacar cuando siento que me van a hacer daño.

Me siento tan mal por todo el daño que nos he hecho que no entiendo cómo puedo tener la suerte de tener a una persona a mi lado que ha luchado tanto por nosotros, incluso cuando yo misma estaba peleando del lado contrario.

—¿Cómo has podido perdonarme, Mauri?

CAPÍTULO 65

QUERER TAMBIÉN ES SACRIFICARSE

Mauri

Agarro la mano de Lucía y la acerco a mí.

Puede parecer una pregunta difícil, pero para mí la respuesta es muy sencilla.

—Porque no quería una vida sin ti, Lucía. Me cansé de meterme en la cama todas las noches pensando en ti, de recordarte con miles de tonterías del día a día y de echarte de menos tanto que dolía. No tengo mucho que perdonar cuando soy consciente de tú estabas sufriendo igual o más que yo. Éramos muy jóvenes y nadie nos había preparado para todo lo que nos iba a tocar vivir.

—El día que dijiste que el amor es sacrificarse para que la otra persona deje de sufrir lo decías porque eso es justo lo que tú habías hecho por mí.

Asiento incapaz de retener las lágrimas. Lucía me enmarca la cara con las manos y me seca las lágrimas con los pulgares con mucha ternura.

—Me lo has demostrado. Estaba tan cegada con mi rabia que no fui capaz de ver que nosotros habríamos podido con todo o, al menos, lo habríamos peleado juntos como siempre habíamos hecho. Esa confianza feroz que saqué cuando Rosa intentó separarnos se perdió en algún momento.

Junta nuestras frentes y me da un beso en la nariz, como hago siempre yo con ella. No puedo evitar regalarle una sonrisa agradecida por el gesto.

—Solo espero que puedas perdonarme por todo el daño que te he hecho —dice en voz baja.

Vuelvo a asentir con la cabeza y nos quedamos en silencio llorando por todo el tiempo que hemos perdido, pero que, por suerte, todavía podemos recuperar.

—Te quiero, Mauri —susurra contra mi boca—. No te imaginas cuánto, pero espero tener el tiempo suficiente para demostrártelo.

—Juntos somos inmortales, ¿recuerdas? —respondo—. Te prometo que esta vez he vuelto para quedarme.

—Y yo te prometo que no voy a volver a alejarte.

No sé quién besa primero a quién o si somos ambos, pero esta vez el beso se alarga y no nos separamos hasta que entramos dentro de la cabaña y nos empiezan a sobrar las mantas, la ropa y los malos recuerdos.



Un par de horas más tarde, estamos tumbados bajo el edredón después de amarnos como nunca.

Esta vez no ha sido tierno, sino visceral. Hemos soltado la frustración de todo este tiempo separados. Incluso en más de un beso se ha colado el sabor salado de alguna lágrima que no sabría decir de quién era, ya que ambos hemos reído y hemos llorado cuando las emociones nos han desbordado.

Ha sido liberador y creo que esto ha marcado un antes y un después, porque necesitábamos volver a rompernos una última vez para empezar a reconstruir juntos nuestra historia con unos cimientos sólidos sin rencores, inseguridades ni malentendidos.

Bajo la mirada y observo la mano de Lucía haciendo círculos sobre mi pecho. Podría pasarme horas disfrutando de la forma que tiene de tocarme y que tanto deseaba volver a sentir.

—¿En qué piensas? —pregunto.

—Estaba pensando en que hay una letra que describe a la perfección cómo me siento estando contigo.

—¿Cuál?

—«Ahora sé lo que se siente cuando siempre que me miras y sonríes tengo esa sonrisa tonta. Y, de veras, tendré mil problemas, pero ¿y qué más da si llegas y los quemas?» —canta en voz baja *No hay canción que te defina* de Rafa Espino.

Sonrío al reconocer la canción.

—La conozco, pero me siento más identificado con la parte que dice: «Busco entre palabras la perfecta y solo me sale tu nombre. No hay mayor adicción que besarte. Eres mi pasión y mi ternura, mi locura desmedida. Eres mi vida, eres quien me hace sentir grande» —susurro colocándole un mechón de pelo tras la oreja antes de abrazarla—. Te quiero.



Dormimos muy poco, pero cuando nos levantamos lo hacemos felices, con dos sonrisas enormes que decoran nuestras caras, y nos pasamos la mañana disfrutando del servicio de habitaciones y de la enorme bañera de la cabaña deseando que este momento no termine. Aprovechamos cada mínima oportunidad para tocarnos y darnos cariño.

Por la tarde volvemos con el resto del grupo y todos se muestran contentos por que estemos juntos, así que proponen subir al *après-ski*, la fiesta que se hace en Marchica a pie de pistas y que es una de las mejores del sur de Europa, para celebrarlo.

Cuando estamos allí, decido apartarme de la música para llamar a Carlos. Él ha estado a mi lado todos estos años viéndome sufrir y animándome a volver a por ella. Él fue el único que nunca tiró la toalla con nosotros y el que siempre dijo que estábamos en el descanso, pero que el partido todavía no había terminado.

—¿Sacamos el mejor vino? —pregunta en cuanto descuelga.

Ambos nos reímos porque, aun sin haberle dicho nada, da por supuesto que todo ha ido como él decía.

—Sacamos el mejor vino —confirmo.

Escucho sus gritos de alegría a través del teléfono cuando le cuenta a Martina que Lucía y yo por fin hemos vuelto. Hasta le escucho decirle a Berta que su padrino por fin ha hecho las cosas bien cuando la pequeña pregunta qué está pasando.

—Sabía que era cuestión de tiempo. Lucía y tú sois como dos

imanes, era imposible que no acabarais juntos, tío. No sabes la rabia que me daba verte en Barcelona viendo la vida pasar. Dabas un poquito de pena.

—Eres todo palabras bonitas, capullo —respondo riéndome—. La verdad es que ya era hora de volver a poner todo en su sitio.

—Lo celebramos cuando volváis. Dile a Lucía que esta vez no se libra de aguantarme, que sé que me ha echado de menos tanto como yo a ella.

—Le paso tu mensaje. Te aviso el domingo cuando llegue y nos vemos en persona, que llevo ya dos semanas sin ver a mi ahijada y le he comprado un peluche de un oso polar.

—Con razón eres su favorito. La consientes demasiado —dice antes de colgar.

Me meto entre la marea de gente y no tardo demasiado en encontrar a mi grupo, pues localizaría a Lucía en cualquier lugar, así que a los pocos segundos la rodeo con mis brazos y le beso el cuello.

Al final va a tener razón Carlos, y Lucía y yo somos como dos imanes, ya que, aunque seamos muy diferentes, siempre acabamos juntos como si una fuerza magnética nos impidiera estar lejos.

CAPÍTULO 66

Y EL RESTO DEL MUNDO DEJA DE EXISTIR

Mauri

Me bajo de la moto en el portal de Lucía, que debe estar a punto de bajar.

Hace cinco días que volvimos de la nieve y hemos aprovechado cada rato libre para vernos, como hacíamos cuando éramos adolescentes.

Después de la conversación intensa de la nieve, hemos conseguido dejar de lado todos los reproches y disfrutamos de cada instante juntos. Es increíble cómo, a pesar del tiempo que ha pasado, la conexión que tuvimos en su día sigue intacta y es maravilloso ver cómo volvemos a fluir de esa manera tan nuestra.

Se abre la puerta y sale una Lucía que no tiene nada que ver con la que me encontré hace tres meses. Su sonrisa resplandece y parece iluminarlo todo. Aunque la herida de su madre siempre la va a acompañar, estas semanas ha vuelto a brillar con luz propia. Está más contenta, sociable y divertida. Esta sí es mi Lucía.

A medida que se va a acercando me pongo nervioso. Son esos nervios bonitos de anticipación que culminan cuando apoya las manos en mi pecho y me da un beso. La acerco a mí y, antes de separarnos, aspiro su colonia y sonrío.

—¿Qué tal está Ramón?

—Te manda saludos. Dice que un día de estos te pases a echar una partida de tute. Se ha puesto tan contento esta tarde cuando le he dicho que volvíamos a estar juntos que he pensado que le iba a dar algo. Incluso te diría que ha sentido un poco de alivio, aunque no sé por qué.

Yo sí lo sé y es por el miedo que tiene a que Lucía se quede sola cuando él ya no esté, porque tuvimos esa conversación más de una vez cuando estaba ingresado y yo me quedaba con él. La única preocupación de Ramón es que ella sea feliz y me aseguró que con un poco de paciencia se acabaría dando cuenta de lo ciega que estaba, ya

que se notaba que nunca nos habíamos dejado de querer.

—Será porque le encanta ver esa sonrisa tan bonita que te acompaña hoy —respondo antes de acercarla más a mí y juntar nuestros labios.

El beso se alarga un poco más que el primero y al separarnos le doy un beso en la nariz antes de pasarle un casco.

—Venga, vamos, que te quiero llevar a un sitio —digo.

Lucía se lo pone sin añadir nada más, pero puedo ver en su cara que está deseando descubrir a dónde vamos y sé que vuelve a confiar en mí, puesto que ha aceptado sin preguntar.



Diez minutos más tarde aparco fuera del Retiro con una sensación de plenitud que hacía mucho que no sentía.

Volver a sentir a Lucía anclada a la espalda y rodeándome el estómago con las manos es increíble. Es una de las sensaciones que más he echado de menos desde que lo dejamos. Su cercanía siempre me ha encantado, pero cuando va detrás de mí en la moto es otro nivel.

—¿Sabías que nunca he vuelto al monumento? Siempre que venía a correr me metía por otras calles para evitarlo —dice agarrando mi mano.

Entrelazamos los dedos y nos dirigimos hacia nuestro rincón favorito en un silencio cómodo cuando los buenos recuerdos vuelven y los recibimos con los brazos abiertos.

Y es que, a veces, solo hay que ser paciente y pelear por lo que de verdad merece la pena. Nos merecíamos una segunda oportunidad. Estar separados dolía demasiado y nosotros siempre nos hemos querido, incluso en las épocas en las ella sentía tanto resentimiento, ya que si lo tenía era porque todavía seguía importando.

Una vez llegamos, me siento en la escalera con la espalda apoyada en el pedestal y Lucía se apoya en mi pecho para que la rodee con los

brazos.

—Echaba mucho de menos estar aquí contigo —digo antes de besarle el cuello.

—Siempre ha sido mi rincón favorito de Madrid porque es nuestro —responde con una sonrisa—. Aquí solo importamos tú y yo.

Sonrío como el enamorado que soy y deslizo la mano por dentro de su sudadera. Me deleito con la piel suave de su estómago antes de llegar a mi destino final: su teta izquierda. La rodeo y dejo la mano ahí quieta, en el sitio que tanto adoro.

Y es que el sentimiento que tuve en casa de Hugo vuelve a mí con más fuerza que nunca, porque cuando estamos juntos el resto del mundo deja de existir.

EPÍLOGO

UN FUTURO JUNTOS

Lucía

Un mes después

Estas navidades han sido diferentes. La ausencia de mamá se ha notado como siempre, pero al menos mi corazón ya no ha sufrido tanto.

Estoy aprendiendo a convivir con su muerte hablando de las cosas buenas, que son muchas más que las malas. Es cierto que siempre habrá un plato vacío, pero este año también tenía que dar las gracias por que mi abuelo estuviera a mi lado celebrando la entrada del año con una copa de champán y una buena película de vaqueros, a la que Mauri se unió después de celebrarlo con sus padres y su hermana María.

Esa noche fue la primera que Mauri volvió a dormir en mi casa con el beneplácito de mi abuelo, que dijo que parecía tonto metiéndose a escondidas en casa cuando pensábamos que él ya estaba dormido. Para sorpresa de nadie, vuelve a ser el mayo *fan* de mi novio.

Además, este mes me he reencontrado con Carlos y Martina. Quise pedirle perdón al primero por haberme alejado cuando en realidad nosotros éramos buenos amigos de antes, pero Carlos me cortó el discurso y me abrazó dando por zanjado el tema.

Con Martina he decidido empezar de cero y conocerla de verdad. Como en su día lo de Rosa estaba muy reciente, nunca me permití abrir esa puerta con ella y la verdad es que me siento cómoda cuando estamos juntas. Con la que más fácil lo he tenido es con Berta, de la que me enamoré desde el momento en el que nos vio llegar y se echó en los brazos de Mauri para después darme un beso y preguntarme si quería ser su nueva amiga. Decir que me derretí con ella es poco.

Pensar en hijos me recuerda que tengo una llamada perdida de Laura, así que saco el móvil del bolsillo de la sudadera y marco su número.

Estas últimas semanas la hemos ayudado todos con la mudanza y ya está instalada cerca de casa de Ari y Álex. Como soy la única que sabe lo de su embarazo, tuve que disimular mucho para coger todo el peso posible y que ella no cargara con nada, pero por suerte creo que nadie se ha dado cuenta. No sé cuándo piensa contárselo al resto y lo cierto es que está casi de cuatro meses y se le empieza a notar, aunque de momento dice que ha cogido peso porque ha estado comiendo de más por los nervios del nuevo trabajo.

—Hola, ¿me has llamado? ¿Ha pasado algo?

Escucho su suspiro a través de la línea y espero paciente a que esté preparada.

—Todo bien. Es solo que mañana tengo consulta y no quiero ir sola. Me preguntaba si tal vez, si estás libre, te apetecería acompañarme.

—Claro. Cuando te dije que contaras conmigo lo decía en serio.

—Muchas gracias, de verdad. La cita es a las cinco. Te mando la ubicación.

Sé que Laura y yo nunca hemos tenido una gran amistad, pero estas últimas semanas estamos forjando el inicio de una. Le he escrito para ver cómo estaba varias veces y ella se ha interesado por mi trabajo y por cómo me iban las cosas con Mauri, que es increíblemente bien. Por fin he vuelto a sentir la felicidad que tan olvidada tenía.

Creo que sería más sencillo si no se lo guardara para ella, pero intuyo que tiene miedo al rechazo del padre o a que el resto opine sobre su decisión de seguir adelante con el embarazo. Considero que está siendo muy valiente por haber tomado esa decisión con todas las consecuencias.

Miro hacia la puerta cuando aparece mi novio con una toalla tras salir de la ducha y ya no consigo unir más de dos pensamientos lógicos.

Mauri

Lucía observa todos mis movimientos mientras me quito la toalla y me empiezo a vestir.

—Porque hemos quedado en media hora, que si no te secuestraba

en la habitación —dice guiñándome un ojo.

Ambos nos reímos y me acerco a ella para darle un morreo.

—Esta noche —respondo.

Las cosas han ido de maravilla, a pesar de ser una época difícil como son las navidades cuando hay pérdidas. Aun así, mi chica es muy fuerte y lo ha hecho muy bien.

Todo vuelve a ser como antes, pero mejor. Ya no tenemos que estar pendientes de que nos escuchen, pues tenemos mi piso para estar solos.

Sé que Lucía nunca va a dejar a su abuelo solo ni yo lo pretendo, así que me imagino que con el tiempo me acabaré mudando a su casa con ella y con Ramón, que está encantado con haber retomado nuestras partidas de tute.

Esta tarde hemos quedado con mi familia para ir a patinar sobre hielo. Desde el principio aceptaron que Lucía y yo habíamos vuelto con mucha naturalidad e incluso María quiso verla en cuanto pisó España. Cuando mi madre y Lucía se vieron, se abrazaron y lloraron por Pilar, porque yo no fui el único miembro de mi familia que Lucía alejó con su dolor y se echaban mucho de menos.

Estar juntos es tan increíble como cuando éramos adolescentes jugando a querer. Lo bueno de haber pasado tanto tiempo separados es que estas semanas han sido como volver a salir de nuevo por primera vez, con los nervios por vernos y la necesidad constante de tocarnos y besarnos. Tanto es así que muchas veces no distingo dónde se acaba su cuerpo y dónde comienza el mío, como le gusta decir a ella.

Soy un cabrón con suerte y esta vez no pienso separarme de ella, por mucho que se cierre en banda y no quiera escucharme. Tendré paciencia y le enseñaré la caja de recuerdos que encontró en mi piso la semana pasada y que contiene entradas, fotos, objetos y tonterías que fui acumulando de nuestras citas y momentos juntos desde que empezamos y que tanta ilusión le hizo descubrir.

Me acerco a la cómoda y cojo el bote de colonia que sé que le gusta, así que se acerca a mí en cuanto me ve echarme y entierra la cara en mi cuello.

La abrazo y apoyo el mentón en su cabeza. Después de pasarme tanto tiempo deseando esto, aprovecho cada mínima oportunidad para sentirla cerca y asegurarme de que es real.

—Mañana por la tarde le he prometido a Berta que veríamos *Frozen* por enésima vez. ¿Te apetece?

—No puedo, he quedado con Laura —dice mirando su móvil—. Genial, ya me ha enviado la ubicación del ginecólogo.

—¿Ginecólogo? —pregunto extrañado.

Lucía me mira con los ojos abiertos como si no quisiera decir lo que acaba de decir y se enciende una idea en mi cabeza.

—Está embarazada —afirmo y ella asiente.

—Por favor, Mauri. Solo lo sé yo y se lo he prometido. No puedes decir nada.

En ese momento, ato cabos y se me escapa la colonia de las manos al darme cuenta del alcance de todo esto. El golpe cuando cae sobre la alfombra me hace reaccionar.

—Joder. ¿Raúl lo sabe?

—¿Raúl? ¿Qué tiene que ver Raúl con que Laura esté embarazada? —pregunta confusa.

—Tiene que ver porque Laura y Raúl llevan meses acostándose a escondidas.

NOTA DE LA AUTORA

Si has llegado hasta aquí, me imagino que te habrás dado cuenta de que una de mis pasiones, aparte de escribir y leer, es escuchar música. Aunque puedo escuchar casi cualquier género, es el rap con el que me siento más cómoda, porque sus letras son poesía y suelen transmitir unos mensajes increíbles.

Cuando empecé a escribir *El mejor de tus errores*, una de las primeras escenas que me vino a la mente fue, justamente, la frase de la primera canción que sale en esta serie y a partir de ahí quise que la música formara parte de este grupo de amigos.

Me he tomado la licencia de usar alguna letra de canción que no se ajusta con exactitud a la época en la que sitúo la novela, pero el problema es que cuando estaba escribiendo determinadas escenas me venían a la cabeza letras de canciones que eran perfectas para ese momento.

Así que pido a todos los amantes como yo de este género musical, Paco, seguro que alguna has cazado fuera de época, que no me lo tengan mucho en cuenta, ya que era necesario para transmitir el mensaje que quería con esta historia.

Espero que hayáis disfrutado de la poesía hecha canción tanto como yo.

Nair.



LISTA DE REPRODUCCIÓN

Maquiavélico - Canserbero

Cada vez que mientes - K1ZA

Si no estás - Belén Arjona

¿Quién eres? - Carserbero

Odio y amor - ZPU y Marco Fonktana

Doble o nada - ZPU

Amor adolescente - Ambkor y Kelly Gimeno

Abrazos impares - Rayden y Pablo López

Quédate - Shé

Luna negra - Beltrán

No sé cómo decirte - Día Sexto

Sonrisas y lágrimas - Shotta

1000 leguas - Brock Ansiolitiko

Rómpeme - Miranda y Ale Barrequero y D3llano

Cada una de mis canciones - Yer y Fulston

Pensando en ti - Canserbero

Se compone de amor - Nikone

Cómo te atreves - Morat

Tu historia y la mía - Hens y Only

Haz de luz - Rayden

No hay canción que te defina - Rafa Espino

*Spotify

*Youtube




¡Escanea los códigos!

AGRADECIMIENTOS

Con la serie «Valientes» he aprendido que hay sueños que se alcanzan y, en gran parte, es gracias a todas esas personas que me han leído y apoyado en este camino.

JC, contigo todo es más fácil y divertido. Gracias por leer emocionado mis historias y animarme a continuar escribiendo y acudiendo a eventos. Mi vida sin ti sería aburrida, triste y carente de amor. Te quiero.

A mi familia, gracias por estar ahí. No seremos la familia perfecta, pero no os cambiaría por nada del mundo. Papá, mamá, Alba, Oli, Mariete, agradezco a diario teneros en mi vida. El resto de la familia, a pesar de que hay ausencias que todavía duelen, no sé qué sería de mí sin esas comidas familiares y momentos juntos. Sois imprescindibles.

A Dami, María y Angélica, por leerme y disfrutar de mis personajes antes, durante o después de escribir cada historia.

A Maru, gracias por tratar mi manuscrito con cariño y querer a mis personajes.

A Gemma y a Rachel, por vuestra profesionalidad y el cariño que ponéis al corregir y maquetar mis novelas. Gracias por acompañarme en esta aventura.

A Carol, porque no me cansaré de decirte que eres magia hecha arte. Soy muy afortunada por tenerte en mi vida, sobre todo este año lleno de baches para ambas, pero que juntas hemos conseguido superar más fuertes y unidas.

A Anameri, por creer en mí en todo momento. Gracias por esas conversaciones en las que nos abrimos y hablamos de cosas que nunca hemos hablado antes con nadie, pero que decidimos compartir con la otra. Llegaste a mi vida para quedarte y no podría estar más agradecida.

A Marta, por acompañarme en esta aventura desde el principio, leerme y disfrutar mis novelas. Por más planes gastronómicos y paseos eternos juntas.

A mi «Isla», sois ancla. Gracias por escucharme, apoyarme y

hacerme sentir que la amistad no se mide en kilómetros.

A Martis, la mejor compañera de piso de la historia, verte es como si te hubiera visto el día anterior. Gracias por todas las fiestas, los macarrones a las ocho de la mañana, las «cafitirías» y mil momentos divertidos que hemos compartido.

A Paco, por animarme a seguir escribiendo y disfrutar tanto de «Valientes». Es maravilloso compartir nuestra afición por la música rap desde que nos conocimos y todavía lo fue más compartir juntos ese año increíble en Bolonia.

A Cristy, por sus *podcasts* maravillosos hablando de todo y de nada, por compartir miedos literarios y por entendernos tan bien.

A las personas que he conocido gracias al mundo literario. Mención especial a «Las chicas de Fransy» y a «Comando Pepinillo Lector». Compartir lecturas y salseos literarios es más divertido con vosotros.

Y, por último, gracias a todos los lectores que me leen y disfrutan de mis novelas. Vuestras palabras siempre son vitamina y me animan a seguir escribiendo.

SOBRE LA AUTORA



Nair Manuela. Lugo, 1990.

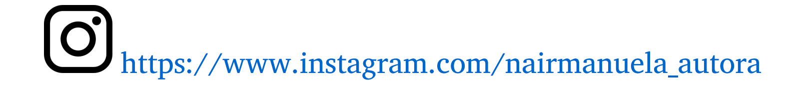
Escritora cartógrafa. Lectora. Abogada. Criminóloga. Mejor persona.

Tal vez no sea la biografía más seria ni la más divertida, pero prefiero que me conozcas a través de mis personajes.

* Otros libros de la autora

- *Mientras siga nevando* (2021) - relato «La magia de la Nochebuena».
- *El mejor de tus errores*. Valientes 1 (2022).
- *Siempre hemos sido mucho más.* Valientes 2 (2023).

PUEDES ENCONTRARME EN LAS SIGUIENTES REDES SOCIALES



https://www.instagram.com/nairmanuela_autora




https://lalibretadenani.com



OTRAS NOVELAS DE LA SERIE



1.El mejor de tus errores
2.Siempre hemos sido mucho más